

La muerte de niños y su tejido de materialidad

Prácticas, representaciones y categorías construidas en las tumbas de infantes en vasijas.

Periodo tardío (900-1470 DC). Valle Calchaquí Norte.

Autor:
Amuedo, Claudia

Tutor:
Acuto, Félix

2010

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Antropología

Grado

TESIS
15.4.25

TESIS 15-4-25
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Nº 801767 MESA
22 JUN 2010 DE
Agr. ENTRADAS

La muerte de niños y su tejido de materialidad

Prácticas, representaciones y categorías
construidas en las tumbas de infantes en vasijas

Período Tardío (900-1470 DC)
Valle Calchaquí Norte

Claudia Amuedo



Director: Dr. Félix Acuto

Tesis final de grado
Licenciatura en Ciencias Antropológicas con orientación en Arqueología
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires
2010

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

A mis mamás, Claudia y Graciela Angeletti

A mi viejo, fuente de reflexión cotidiana

Índice

Agradecimientos-----	5
CAPÍTULO 1: Introducción-----	7
CAPÍTULO 2: Tejido de materialidad: prácticas, representaciones y categorías-----	14
Las prácticas mortuorias desde la perspectiva arqueológica-----	14
La muerte y la tumba como práctica-----	19
La muerte y la tumba como representación-----	23
La muerte y la tumba como categorización-----	26
Consideraciones finales-----	32
CAPÍTULO 3: Vivir y morir en el Valle Calchaquí-----	34
La caracterización clásica del Período Tardío en el NOA-----	34
El Valle Calchaquí Norte durante el Período Tardío-----	37
Reevaluación del Período Tardío-----	39
El Valle Calchaquí Norte desde una nueva perspectiva-----	43
El estudio de las prácticas mortuorias para la comprensión de la vida social-----	47
CAPÍTULO 4: La muestra-----	50
CAPÍTULO 5: Las tumbas de niños en vasijas-----	55
Parte I Análisis: La muerte y la tumba como práctica-----	56
Localización-----	56
-Los poblados tardíos del Valle Calchaquí Norte-----	56
<i>La Paya (SSalCac 1)</i> -----	58
<i>Kipón (SSalCac 3)</i> -----	62
<i>Ruiz de los Llanos (SSalCac 10)</i> -----	64
<i>Tero (SSalCac 14)</i> -----	65
<i>Mariscal (SSalCac 5)</i> -----	69
-Discusión-----	73

Posibilidades de reapertura-----	76
Parte II Análisis: La muerte y la tumba como representación-----	80
Los contenedores cerámicos -----	80
-Sobre las vasijas para entierros-----	81
-Sobre otras posibles funciones de las vasijas-----	83
<i>Vasijas globulares toscas</i> -----	87
<i>Urnas santamarianas</i> -----	93
<i>Urnas santamarianas tres cinturas</i> -----	96
<i>Ollas globulares decoradas</i> -----	98
-Comentarios finales sobre los contenedores-----	101
Objetos depositados dentro de los contenedores-----	101
-Instrumentos para la producción textil-----	103
-Objetos contenedores pequeños-----	105
-Restos de alimentos-----	109
-Adornos corporales-----	110
-Textiles-----	110
-Objetos diversos-----	112
-Ceniza -----	113
-Comentarios finales sobre el acompañamiento -----	113
Cuerpos-----	116
-Disposición de los cuerpos-----	117
<i>Cantidad de cuerpos dentro de un mismo contenedor</i> -----	117
<i>Posición</i> -----	118
<i>Orientación</i> -----	119
<i>Tratamiento y composición</i> -----	120
-Análisis osteológico de los cuerpos -----	121
<i>Estimación de edad</i> -----	123
-Conclusiones sobre los cuerpos-----	127
Parte III Análisis: La muerte y la tumba como categorización-----	128
Espacio compartido entre tumbas y otras actividades-----	129
-Estructuras de almacenamiento-----	131
-Fogones-----	135
-Recursos alimenticios y espacios de procesamiento-----	136
-Discusión: sobre prácticas mortuorias y otras prácticas-----	136

Contenedores cerámicos dentro de cistas -----	139
Las prácticas mortuorias del resto de los subadultos-----	141
Consideraciones finales -----	144
CAPÍTULO 6: Las tumbas de infantes: un retrato de la vida doméstica-----	145
La muerte y la tumba como práctica-----	145
La muerte y la tumba como representación-----	151
-¿Qué representa la estructura?-----	152
-¿Qué representan los objetos colocados junto a los cuerpos?-----	158
-¿Qué representan los cuerpos?-----	160
La muerte y la tumba como categorización-----	161
-Las tumbas en cistas: ¿Fueron exclusivas de adultos? ¿Determinaron categorías etáreas?----	166
-¿Qué categorías etáreas se materializaron en las tumbas?-----	167
CAPÍTULO 7: Consideraciones finales-----	169
BIBLIOGRAFÍA -----	172
ANEXO I: Tumbas-----	187
ANEXO II: Análisis tecno-morfológico-----	192
ANEXO III: Análisis químico-----	194

Agradecimientos

Es muy complicado poder enumerar a todas aquellas personas que hicieron posible, de alguna u otra forma, que logre finalizar con esta etapa. Es importante que sepan que muchas personas figuraron en las mil veces que escribí esta sección en mi mente. Probablemente se me escapen unos cuentos.

Esta tesis, como síntesis de esta larga carrera, no hubiera sido posible sin la confianza y amistad de mi director, Félix Acuto. No sólo le agradezco el acompañamiento académico, sino también por enseñarme una forma distinta de hacer arqueología y por el apoyo en los recovecos de la vida. Además por las sesiones de chismes, son las mejores del mundo y la música de los '80 (Cachi no es lo mismo sin ella).

Al equipo de investigación, por las largas jornadas compartidas bajo el sol cacheño. A Marina Smith, por ser la mejor coequiper haciendo ñoquis; Martín Villariño, por robarme mi puesto de proba e india viciosa (nunca lo fui, pero no por falta de mérito); Ezequiel Gilardenghi, por hacerme la vida imposible de maneras encantadoras y a Lucila Gamarra, por las largas y ácidas charlas nocturnas. Especialmente quiero agradecerle a mis dos grandes amigos, pertenecientes a mi panteón de gente maravillosa: Marisa Kergaravat y Alejandro Ferrari. A Marisa por las charlas e ideas que se nos han cruzado durante estos años, mucho de lo expresado en este trabajo nos pertenece a ambas, por bancar mis berrinchitos y sumarse a todas las locuras que le sugiero. Y a Ale por festejarme cada vez que le hago mate cocido, por las imágenes fuera de foco para esta tesis (mentira, me vinieron bien), por los momentos musicales compartidos y también por el compilado de los '90 (hay un antes y un después de las campañas con Loco Mía y Cristian Castro). A los dos, gracias por cuidarme cuando más lo necesité.

No quiero dejar de mencionar al Negro y a Roque como parte del equipo: Roque por ser el perro más leal y lindo del mundo, y al Negro por ser el más molesto y bobo, pero adorable. También a tres grandes influencias, por su amor y dedicación a la arqueología del Valle Calchaquí: Pío Pablo Díaz, Salvador Debenedetti y Juan Bautista Ambrosetti. Sin su

trabajo y registros esta investigación no hubiera sido posible. Y a la gente del Museo Arqueológico de Cachi por el empeño puesto en el cuidado de la memoria y la identidad calchaquí.

No puedo dejar de señalar el gran aporte a este trabajo realizado a la distancia por Francisco Pazzarelli. No sólo por limar durante horas sobre el mundo andino, sino por compartir sus experiencias, aconsejarme y criticarme. Te has vuelto “mi amigo, el arqueólogo cordobés.” La burocracia no permitió que fueras mi co-director. Ya veremos que sale en un futuro. Por medio de Francisco quiero agradecer también a Alberto Sánchez Vizcaíno, por chequear mis interpretaciones sobre los análisis químicos de las vasijas y tomarse el tiempo para hacer algo superador con ellas. Por último, a Claudia Aranda, quien me enseñó con dedicación y paciencia el respeto y cuidado de los restos humanos.

Quiero agradecer también a todos aquellos seres que me han acompañado en este proceso de manera incondicional, mis amigos y compañeros. A Martín Kogan, por la distancia, los encuentros y su amistad a prueba de balas; Melina Bednarz, porque no sé cómo se las arregla, pero está siempre al lado mío; Juan Layna, por las mil tocaditas de “Azúcar”; Gonzalo Barrios, porque lo quiero con locura aunque no nos veamos tan seguido; Leticia Curti, por ser mi primera amistad dentro de la facultad; Marquitos, porque lo extraño y por ser un gran compañero de emociones; Agustina Carmona, por ser mi yunta durante casi toda la carrera; y Juan Maryañski, por encontrar siempre las formas de hacerme reír al delirar en mi misma sintonía. Especialmente quiero recordar entre los agradecimientos a mis amigas: Luciana García Fuhrmann y Patricia Salatino, por contenerme, aconsejarme y cuidarme siempre. Una birra no es lo mismo sin ustedes al lado, ni hablar de la comida.

Finalmente a mi familia. A mis hermanos: Cristian, Sonia y Marisol, por ser las personas que más quiero en este mundo, perdón por no cuidarlos lo suficiente. Gracias por alentarme a hacer lo que más me gusta y por la banda alocada de sobrinos adorables que me han dado: Nicolás, Germán, Valentina, Sofía y Leticia. Seguro que van a seguir sumando. A mis otros hermanos-primos (primos hermanos les queda chico): Iván y Chuly. Perdón Iván por no hacer un trabajo sobre dinosaurios, igual podés mentirles a tus amigos y decirles que

los muertos los saqué después de pasar por una serie de pruebas en donde puse en riesgo mi vida al grito de “¡Sólo el hombre penitente pasará!” A Chuly por ser mi hermana y mi amiga, por sostenerme cuando estaba pérdida y cuando nada tenía sentido, y por hacerme reír. A mi abuelo Coco y a mi tío Arturo, mis superhéroes. A mis tíos Vanina y Luis, por ser tan buenas personas. A mis cuñadas/primas o amigas, ya no sé qué son: Erica y Natalia.

Por último a mis mamás y mis papás. A mi tío “Beto” por ser mi viejo en muchos momentos importantes, por bancarme con un techo y por las largas discusiones y charlas amenas. A mi segunda mamá, mi tía Graciela. Sin ella esta tesis no sería posible. Siempre una palabra de aliento, siempre un consejo a mano. Gracias por cuidarme en los momentos que más lo necesitaba. A mi viejo. Yo sé que estarías orgulloso de mí. Probablemente esta tesis sea parte de una larga búsqueda de respuestas. Te quiero, te extraño y te entiendo, más allá de que si estuvieras acá nos seguiríamos peleando. Gracias por los paseos a las librerías, por enseñarme a disfrutar de la música y de la vida lejos de la ciudad. Y por último, a la persona más influyente, a mi mamá. Por romperte el alma para que estudie, por ser mi amiga, por aconsejarme, por despertarte a la madrugada y quedarte conmigo cuando soñaba con extraterrestres y por llamarme antes de cada final para desearme suerte como cávala. Gracias.

Este trabajo es posible, entonces, gracias a la gente que figura en esta larga lista.

Capítulo 1

Introducción

El trabajo que presentaré a continuación se concentra sobre las experiencias sociales del pasado relacionadas con las tumbas de infantes. Específicamente la meta es adentrarse en las experiencias de las poblaciones del Período Tardío (900-1470 DC) en el Valle Calchaquí Norte. Esto puede realizarse a través de múltiples accesos, todos ellos relacionados con sus prácticas sociales. El interés por las prácticas sociales en general, y la práctica mortuoria de infantes en particular, está fundado en la posibilidad de reflexionar acerca de las experiencias, significados y relaciones que los antiguos habitantes de los poblados tardíos contenían y representaban en la materialidad en la que estaban insertos.

En sintonía con lo dicho, el objetivo de esta tesis es analizar la naturaleza de las prácticas funerarias de niños y su articulación con otras esferas sociales durante la época tardía en el Valle Calchaquí Norte. A un nivel más amplio, se espera un acercamiento al estudio de la percepción y la experiencia de la muerte en estas comunidades. De esta forma se obtendrá un acercamiento a las representaciones y categorías que se construían en torno a esta práctica. Para lograrlo, en esta investigación me propongo específicamente:

- Analizar el contexto donde tenía lugar el enterratorio y su articulación con otros espacios.
- Analizar la manera en que la tumba se armaba: tipos de contenedores usados y cerramientos.
- Analizar los objetos que acompañan al muerto.
- Analizar el tipo de tratamiento dado a los cuerpos y determinar también las características de los individuos inhumados (edad).
- Analizar el tipo de relaciones que pueden existir entre todos los aspectos mencionados anteriormente.

El objetivo general del proyecto en el cual se inserta esta tesis, dirigido por el Dr. Félix Acuto, se centra en entender las experiencias y percepciones de la vida cotidiana de las poblaciones del Valle Calchaquí Norte, provincia de Salta, durante el Período Tardío (900-1470 DC). Esto permitirá avanzar en la comprensión de su dinámica social, evaluar el tipo de relaciones sociales que se establecieron y poner a prueba las interpretaciones clásicas sobre estas mismas comunidades (Tarragó 1999, 2000; DeMarrais 2001a, 2001b). A un nivel más amplio, se espera que este acercamiento al estudio de la percepción, la experiencia y la vida diaria permita profundizar el conocimiento sobre la ideología, cosmovisión y organización social y política de las comunidades pasadas.

Este examen de la vida social de las poblaciones tardías calchaquíes se fija dentro del amplio debate sobre la caracterización del Período Tardío en el Noroeste Argentino (NOA). En líneas generales, el Período Tardío en la prehistoria del Noroeste Argentino ha sido señalado como una época de progresiva complejización y estratificación social (Tarragó 2000; DeMarrais 2001a, 2001b). De acuerdo a la mayoría de los investigadores, dicho período estuvo representado por organizaciones políticas de tipo jefaturas, por el conflicto y la desigualdad social (Núñez Regueiro 1974; Ottonello y Lorandi 1987; Tarragó 2000; Nielsen 2001, 1996). Enmarcados dentro de estas ideas, los contextos mortuorios han sido considerados como uno de los indicadores más relevantes y directos de la institucionalización de la desigualdad social (Palma 1998; Tarragó 1994, 2000; Tarragó *et al.* 2005; Williams 2005). Por lo tanto, el tratamiento mortuario diferencial en el acompañamiento y características constructivas se ha asumido como evidencia de un acceso diferencial a riquezas (de producción especializada o recursos foráneos), demostrando diferencias en el rango social.

Estas consideraciones no han sido ajenas a los trabajos realizados en el Valle Calchaquí Norte. En el tardío el valle es figurado como un paisaje sembrado de centros regionales como cabecera de los señoríos, densamente poblados rodeados de pequeñas aldeas (Lorandi y Boxaidós 1987-1988; Tarragó y Díaz 1977; Williams 2005). Las prácticas mortuorias, por lo tanto, se han asumido como un indicador de esta realidad.

De la lectura de los trabajos realizados para este período en la región (Ambrosetti 1907, Debenedetti 1908; Tarragó *et al.* 1979; Díaz 1978-1984; González y Díaz 1992; Tarragó 1994; DeMarrais 2001a y 2001b, Baldini y Baffi 2003; Baffi *et al.* 2001) surgen cuestionamientos acerca de la validez de las interpretaciones tradicionales sobre las tumbas (Acuto 2007, Acuto *et al.* 2008, Kergaravat *et al.* 2009). ~~Tampoco~~ dentro de esta discusión no queda claro el papel que juegan los enterratorios de niños. Se han documentado numerosos hallazgos en la región de urnas funerarias para el entierro de niños dentro de complejos habitacionales o relacionados a éstos (Ambrosetti 1907, Díaz 1978-1984, González y Díaz 1992, Baldini y Baffi 2003).

Debemos poder entender a las prácticas mortuorias en general, no necesariamente como un simple reflejo de la estructura social, sino contextualizar la experiencia de la muerte y las prácticas funerarias dentro de la vida social de estas comunidades. Y en particular, debemos considerar a las tumbas de niños de una manera diferente a las pertenecientes al mundo de los adultos. En este sentido, es a través del estudio de las prácticas y experiencias en los asentamientos de esta época que se puede generar una interpretación distinta y alcanzar la comprensión de aspectos sobre la dinámica social de este período y estas sociedades que aún necesitan ser explorados, tal como la relación entre los vivos y los muertos, entre otros aspectos.

En otras palabras, en función del anclaje teórico aplicado, este trabajo se evocará al estudiar otro cariz de la vida social de las comunidades de este período en el Valle Calchaquí Norte. De esto se desprenden una serie de preguntas que encauzaran la investigación: ¿cuáles eran los contextos donde se desarrollaban estas prácticas? ¿Con qué otras esferas de la vida social tardía se relacionaban? ¿Cómo se constituía una tumba de niños? ¿Qué objetos acompañaban, cómo se disponía el cuerpo, en qué lugares? ¿Qué se buscaba representar a través de la tumba? ¿A qué aspectos de la vida social de ese momento histórico se hacía referencia?

En función de los objetivos, para analizar el caso de los entierros de niños durante el Período Tardío en el Valle Calchaquí Norte, utilizaremos tres vectores teóricos que

articulan las variables a través de las cuales se conectan las prácticas mortuorias con la vida y la reproducción social. Estos son: 1) Las prácticas mortuorias y la tumba como una práctica, 2) como una forma de representación, y 3) como una forma de categorización. Estas líneas serán empleadas para trabajar sobre el registro arqueológico de los hallazgos de tumbas de subadultos y sus contextos de aparición en sitios del Valle Calchaquí Norte adscriptos al Período Tardío: La Paya (SSalCac 1), Kipón (SsalCac 3), Mariscal (SSalCac 5), Ruíz de los Llanos (SsalCac 10) y Tero (SSalCac 14).

La estructura que sigue el trabajo perseguirá los lineamientos de lo dicho anteriormente. Esta se organizará a partir de siete capítulos:

En el *Capítulo 2* se exponen los postulados teóricos y su implicancia para la evidencia material analizada. Comenzando con una breve crítica de los modelos clásicos aplicados en el NOA para la interpretación de los contextos mortuorias. Luego continúa una revisión de los trabajos sobre funebria actuales dentro de la arqueología. Finalizando con la sistematización de los tres vectores antes mencionados, donde se propone, a través de la Teoría Social abordar los entierros de niños como: 1) una práctica de producción y reproducción social según las teorías de la práctica (Bourdieu 1999, 2007; Guiddens 1979, 2005; García Canclini 1990, Cohen 1990); 2) como una representación con significación propia comunicada materialmente, según los abordajes de la semiótica (Eco 1972; García Azcárate 2000; Troncoso 2008); y 3) como una forma de categorización, comprendiendo que en una realidad diferente pueden existir conexiones entre ideas y objetos que traspasen las experiencias y lógicas actuales, compartiendo una misma experiencia ontológica impensada en nuestras categorías del mundo moderno (Ingold 2000, Sillar 1996).

En el *Capítulo 3* se presenta una síntesis de los trabajos realizados en la región sobre el Período Tardío, enfocada especialmente sobre las prácticas mortuorias y su importancia en los estudios de la región. Se apunta a las interpretaciones clásicas del momento histórico del NOA en general y del Valle Calchaquí en particular. A continuación las nuevas interpretaciones por el equipo de investigación que se están manejando nuestro equipo de investigación y las de otros investigadores para el resto de las áreas.

En el *Capítulo 4* se presenta la muestra analizada, la situación en las que se encuentran las colecciones actualmente y los problemas que se presentaron en el proceso de investigación. Así también los antecedentes de los trabajos de campo realizados para mostrar cómo se obtuvieron las evidencias examinadas.

En el *Capítulo 5* se tratarán una serie de indicadores presentes en la evidencia arqueológica relacionada con la unidad de análisis seleccionada: las tumbas de infantes tardías del Valle Calchaquí Norte. Siguiendo con los vectores propuestos el capítulo se dividió en tres partes: Parte 1) Para tratar al entierro de niños como una práctica se tomaron: la localización de las tumbas y la posibilidad de reapertura de las mismas. Parte 2) Para el segundo vector, el de la tumba como representación se analizaron: los contenedores cerámicos utilizados, los objetos depositados en su interior y los restos humanos inhumados. Parte 3) Por último, para el tercer vector, el de la tumba como forma de categorización, se analizaron las asociaciones materiales que la evidencia examinada presenta en los contextos arqueológicos.

En el *Capítulo 6* se integran los resultados de los análisis presentados anteriormente, en función de los objetivos trazados en la investigación: la observación de la naturaleza de la práctica mortuoria de niños. Luego se presenta la discusión e interpretación de estos a partir de la perspectiva teórica tomada ¿Cómo se constituye la práctica? ¿Qué representan los objetos y los cuerpos? ¿Qué categorías sociales nacen y cruzan en la práctica?

En el *Capítulo 7*, finalmente se postularan algunas *Consideraciones finales* a manera de conclusión del trabajo.

En este trabajo se espera evaluar y discutir los modelos aplicados al análisis de las tumbas en la región. Con esto se espera profundizar el conocimiento de las experiencias cotidianas de las poblaciones prehispánicas del Valle Calchaquí Septentrional al ahondar en la convivencia espacial que éstas tenían con sus muertos. También es válido aclarar que las tumbas de adultos no serán consideradas en este estudio por pertenecer a una práctica de

?

naturaleza distinta, y por lo tanto categorías de personas distintas. Esto es sostenido por la evidencia material, donde tanto las características constructivas, como el acompañamiento, el emplazamiento y el tratamiento de los cuerpos son diferentes al de los subadultos. Los entierros de adultos se destacan por ser múltiples e individuales en cistas (estructuras circulares de muros simples y dobles de piedra), ubicados en los lugares de habitación, asociadas a los muros externos de los recintos, en vías de circulación y en montículos (no se observan tumbas de adultos en el interior de los recintos habitacionales), y con acompañamiento de objetos diversos que evocan a actividades de la vida cotidiana (Acuto *et al.* 2008). Considerando estas diferencias, se pretende superar el vacío y descuido de los trabajos sobre tumbas de niños al tratarlas como una representación a escala de los enterratorios de las personas adultas, partiendo con la idea de que éstas son la evidencia de una práctica con un correlato material diferente, y por lo tanto inserta dentro de un mundo de significación y representación propio.

aplicar
R adulto - niño
categorías?
C qué es adulto?
qué es niño?

Capítulo 2

Tejido de materialidad: prácticas, representaciones y categorías

El abordaje de este trabajo sobre las prácticas mortuorias de niños ejecutadas durante el Periodo Tardío (900-1470 DC) en el Valle Calchaquí Norte es propuesto a través de las teorías de la práctica (Bourdieu 1999, 2007; Giddens 1979, 2005; García Canclini 1990, Cohen 1990). Esta perspectiva se encuentra en sintonía con los acercamientos realizados desde la arqueología a los procesos sociales, teniendo en cuenta la escala histórica en la que se desarrollan las relaciones y las prácticas sociales (Acuto *et al.* 2008). Esta investigación, en particular, se inserta en las discusiones sobre los aspectos experienciales de la relación entre las personas, los cuerpos, la materialidad y espacialidad (Ingold 2000, Tilley 1994; Gosden 2005, Troncoso 2005,2008; Acuto 2007, 2008, entre otros).

o sea
¿?

El interés por las prácticas sociales en general, y la práctica mortuoria en particular, está fundado en la posibilidad de reflexionar acerca de las experiencias, significados y relaciones que los antiguos habitantes del Valle Calchaquí mantenían y representaban en la materialidad en la que estaban insertos. Materialidad entendida como una red de objetos con una configuración espacio-temporal históricamente producida y en relación dialéctica con las prácticas y categorizaciones de una sociedad en particular (Acuto 2008). Considero, a partir de esta perspectiva, avanzar en la comprensión de la dinámica social de las poblaciones del tardío, evaluar el tipo de relaciones sociales que se establecieron y poner a prueba las interpretaciones ya esbozadas sobre estas mismas comunidades (Tarragó 2000; DeMarrais 2001a, 2001b; Acuto 2008; Acuto *et al.* 2008)

Las prácticas mortuorias desde la perspectiva arqueológica

Tradicionalmente, las tumbas han sido un indicador clave, entre otros, a la hora de abordar los estudios de rango, estratificación y desigualdad social siguiendo los modelos del Evolucionismo Cultural. Estos reducen los tipos de grupos humanos a una serie

consecutiva de estadios evolutivos por las que las poblaciones transitan a lo largo de la historia. En estos modelos de estructuras o formaciones sociales utilizados por la Arqueología Procesual, la cultura material se convierte en un mero reflejo pasivo del sistema social (Hodder 1994) correspondiente a cada sociedad.

La aplicación de estos modelos en el desarrollo de las investigaciones arqueológicas impulsadas en el Noroeste Argentino (NOA) a partir de los '70 -discusión que se ampliará en el capítulo siguiente- ha tomado como uno de los indicadores claves de complejidad y desigualdad social a las variaciones observadas en el registro mortuario. Dentro de esta visión, los rangos sociales y las diferencias entre los vivos se objetivan, según el caso, en el tratamiento del cuerpo, el emplazamiento y el abastecimiento de los contextos funerarios (Palma 1997-98; Tarragó 2000, Williams 2005). Estas consideraciones dentro de la caracterización del Período Tardío (900-1470 DC) del NOA (Palma 1998; Tarragó 1994, 2000; Williams 2005) han enfatizado en la observación del acceso a recursos, distribución y consumo desigual de bienes en vida (Tarragó 2000; DeMarrais 2001a), reflejado en el momento de la muerte. Por lo tanto, la metodología aplicada para el análisis de la evidencia se ha enfocado en la contabilización y comparación de la distribución y cantidad de artefactos por tumba (Palma 1997-98), junto con el establecimiento arbitrario de aquellos objetos que debieran ser considerados de prestigio. Arbitrarios porque, como se explicará a continuación, el valor se establece a partir de la energía invertida en su producción (en movilización de mano de obra, en tiempo, en distancia de la fuente de materias primas, en conocimientos para su producción) De esta manera se descontextualiza a los objetos del momento histórico en el que estos circulaban y eran cargados de significación (Hodder 1994). Estas propuestas de análisis continúan aplicándose actualmente en algunos casos, sin ser cuestionadas.

Las ideas anteriores se relacionan con el criticado enfoque que ofrece la Arqueología Procesual para el abordaje de los contextos mortuarios. Este, sobre la base de los trabajos de Saxe (1970), Binford (1971) y Tainter (1978), sostiene que las prácticas mortuorias reflejan, transcultural y transhistóricamente, el status que las personas tuvieron en vida.

Sin dudas, el trabajo de Binford (1971) fue el que abrió el camino a este tipo de interpretaciones de los contextos mortuorios en arqueología. Para Binford (1971) dos aspectos del fenómeno social son simbolizados en el ritual mortuorio: la persona social (que comprende edad, género, posición social vertical y horizontal), y el tamaño y composición de la unidad que reconoce obligaciones hacia el difunto. La variabilidad en las prácticas debe ser entendida en relación al grado de paralelismo existente entre ambos aspectos —el fenómeno aislado y el sistema sociocultural mayor— (Binford 1971). La posición de prestigio lleva a aumentar la cantidad de vínculos con más personas, suponiendo diferencias en el ritual mortuorio al haber mayor inversión energética en la elaboración de sus tumbas, en la calidad y cantidad de objetos personas u animales que acompañan al cuerpo de los individuos con mayor jerarquía social (Binford 1971; Tainter 1978). Para medir la cantidad de energía invertida se desarrolló una serie compleja de métodos estadísticos para interpretar los patrones mortuorios. Se prevé, entonces, que la cantidad de energía invertida en el ritual funerario es la medida que refleja las variaciones en la estructura de rangos sociales prehistóricos (Tainter 1975). Esto es lo que debe ser estudiado por los arqueólogos.

Dentro de esta propuesta teórica, las tumbas de niños en general han sido desplazadas y descuidadas, tratándolas como parte del universo de las personas adultas (Fahlander y Oestigaard 2008). Por ejemplo, los entierros de infantes poco elaborados a menudo se toman como prueba de la baja condición social de los padres o que éstos no deseaban que se adjuntara demasiadas emociones al niño. Por el contrario, aquellas muy abundantes, que contiene demasiados artefactos acompañando al cuerpo del niño no pueden ser tomadas como la representación de la profesión y el estatus de las personas enterradas ¿Cómo se explica esto? Una explicación popular es que los niños muertos pueden heredar el prestigio del padre, con un prestigio adquirido desde el nacimiento, y por lo tanto ser enterrado como si el niño fuera un adulto (ver discusión en Baxter 2005).

Estas concepciones, construidas y situadas en Occidente moderno, entran en conflicto al observar maneras diferentes de disponer a los muertos en sociedades contemporáneas o pasadas (e.g. Parker Pearson 2002; Fahlander y Oestigaard 2008). Fuera de toda reflexión

sobre cómo occidente constituyó sus ideas sobre la muerte (ver Ariés 2000 [1975]), la arqueología ha estado demasiado ocupada con la muerte y el entierro, pero siempre bajo la premisa de que las diferentes dimensiones sociales de la persona en vida aparecerán reflejadas en los contextos funerarios. Esto último se relaciona con los esfuerzos de la disciplina por observar aspectos estructurales de la vida social, empleando las evidencias de entierros a fin de reconstruir o interpretar las estructuras sociales, las jerarquías, las tradiciones, la identidad social, sexo. De acuerdo con este modelo, invariablemente la estructura y la organización de los sistemas sociales, así como las posiciones ocupadas por los miembros de esos sistemas, son simbolizadas en la muerte a través de la forma del ritual mortuario y el tipo de inhumación dada (Saxe, 1970; Binford, 1971, Tainter 1975). Sin embargo, esta perspectiva ha sido ampliamente criticada. Basándose en estudios históricos y etnográficos se ha demostrado que no existe una relación directa y necesaria entre la estructura social y las tumbas que se producen. Estas relaciones deben ser demostradas y no asumidas directamente, hecho rara vez cuestionado por la mayoría de los arqueólogos (Fahlander y Oestigaard 2008). En otras palabras, las tumbas no reflejan invariablemente el status y el rol social del muerto que contiene. El tipo de enterramiento que recibe un individuo puede estar vinculado directamente con otros aspectos estructurales de la sociedad, y de esta manera conectar a la muerte con otras esferas sociales no vinculables en nuestra visión del mundo.

Los trabajos que han cuestionado la existencia de una relación tan directa entre la cultura material y aspectos constitutivos de la organización social pueden ser enmarcados dentro de los enfoques postprocesuales de la teoría arqueológica (Hodder 1984, 1994; Parker Pearson 1984, 2002; McGuire 1988; Stoodley 2000; Arnold 2001; Hutson 2002; Williams 2004; Fahlander y Oestigaard 2008). Estos rechazan la idea de “reflejo” aplicada sobre poblaciones de distintos contextos culturales e históricos por ser determinista y sesgada. Las prácticas mortuorias de una sociedad, en este caso, no reflejan pasivamente la estructura de posiciones sociales, sino que en ciertos casos y dado el potencial del ritual, pueden ser activamente manipuladas para enmascarar, disimular o imitar conductas (Carr 1995). La cultura material relacionada con esta práctica puede ser manipulada activamente para la construcción de las relaciones sociales (McGuire 1988; Cannon *et al.* 1989), como

así también puede ser usada para cuestionar la continuidad de las relaciones anteriores, aquellas que se mantuvieron en vida. Por lo tanto, la materialidad de la muerte es un medio activo en donde la estructura social puede no sólo reproducirse, sino también transferirse, reestructurarse, reasignarse, o incluso, cuestionarse (McGuire 1988; Parker Pearson 2002; Fahlander y Oestigaard 2008).

Parker Pearson (2002) plantea la importancia de la actuación de los vivos en el ritual mortuario, quienes intervienen representando al individuo muerto, no como se presentaba a sí mismo, sino como lo percibía el resto. Si partimos de la idea de que el ritual mortuario es una práctica llevada adelante por y para los vivos, es factible, por ejemplo, plantearse la posibilidad de que el orden social no sea sólo reafirmado y reproducido, sino también criticado o subvertido (McGuire 1988). Así mismo, el acompañamiento mortuario, la inclusión de ciertos objetos, la forma y tipo de tumba y la inhumación dada pueden no responder necesariamente a las condiciones materiales del fallecido en vida, sino más bien a creencias sobre la muerte y ciertas pautas culturales preestablecidas como: regalos postmortem; prevención, para que el muerto no vuelva; reconocimiento de las acciones de las personas; preparación para un viaje; objetos personales del difunto; o pueden realzar una de sus facetas como persona social y no todas (ver ejemplos en Parker Pearson 2002). La tumba y el acompañamiento, como parte de la práctica, no se constituye transhistóricamente como la manifestación de la persona social del inhumado, sino que depende tanto de la concepción de la muerte en un contexto particular como de la agencia de los vivos que objetivan estas ideas (Kergaravat *et al.* 2009).

Ahora bien, debemos tener en cuenta que la materialidad de los contextos mortuarios no se limita a los muertos, sus pertenencias y la tumba. También incluye la memoria, las competencias, las bendiciones, los eternos retornos y los diálogos, así como las propiedades de los lugares que habitan y sus repercusiones (Fahlander y Oestigaard 2008). Todas estas posibilidades nos permiten comprender que la idea de la muerte no se agota en el ritual mortuario, sino que constituye una totalidad que le da forma a ciertas prácticas e ideas que los vivos tienen, no sólo articuladas con las personas fallecidas, sino también con ciertos lugares y momentos, de cómo funciona el mundo. Por lo tanto, la tumba no es un reflejo

directo y estático de la estructura social, sino que es el producto material de una práctica que luego de su producción puede articularse activamente con otras prácticas.

Dentro de este contexto se comprende que el estudio de las prácticas mortuorias de niños debe ser abordado como una práctica históricamente situada y significada dentro de los esquemas de percepción propios de las comunidades pasadas, sin extrapolar categorías ontológicas propias de occidente. Un buen comienzo sería preguntarnos sobre las categorías sociales de los niños y su relación con las elecciones hechas en el momento de su muerte (Finlay 2000), con tratamientos diferenciales en relación con otros individuos.

En este sentido, tomando a la tumba como producto material de una práctica social históricamente situada, es que debemos analizar el caso de los entierros de infantes durante el Período Tardío en el Valle Calchaquí Norte. Para esto a continuación se expondrán los contenidos teóricos sobre los que se fundamentarán los tres vectores que articulan la investigación: la muerte y la tumba como práctica, la muerte y la tumba como representación, la muerte y la tumba como categorización. La tumba entendida como el producto de una práctica social que se inserta una vez que es materializada en otra serie de prácticas sociales. La tumba como una representación material cargada de significados, que comunica ideas concretas no sólo sobre la muerte sino sobre otros aspectos sociales (ideas de persona, de status, de la vida cotidiana, del género, etc.). La tumba como una expresión material de una categoría social, de una forma de clasificar la realidad y las relaciones posibles dentro de esta categoría con otros productos materiales e ideas.

tumba & muerte

La muerte y la tumba como práctica

La muerte como un evento ineludible dentro del ciclo de la vida genera una serie de conductas, define roles, dispara ideas y sentidos, determinados y conocidos por todos los sujetos pertenecientes a una comunidad concreta. La evidencia material con la que contamos para analizar a las prácticas relacionadas con la muerte es la tumba, entendida como el producto de las disposiciones seguidas ante el acontecimiento.

En esta investigación, para pensar la vida en el pasado es indispensable analizar la experiencia subjetiva, situada, evaluada desde el habitar (Ingold 2000) y desde la escala corporal, donde las personas, al entrar en contacto con otras personas, con la naturaleza y con la cultura material, incorporan la vida social y cultural: un *habitus* que los convierte en agentes competentes dentro de la sociedad. Es en la vida cotidiana donde se produce y enraíza la vida social, porque la estructura social sólo existe en las prácticas, inclusive las representaciones del mundo se producen y reproducen a través de prácticas –discursivas y no discursivas- (Giddens 1979), constituyendo a los sujetos como agentes idóneos. Por lo tanto, todas las prácticas son importantes para corporizar la estructura social y, junto con la rutina, se vuelven un elemento básico de la actividad cotidiana, que al extenderse en un tiempo y un espacio determinado, hacen evidente la naturaleza recursiva de la vida (Giddens 1995).

Efectivamente, nuestra aprehensión del mundo es práctica, y más aún en sociedades orales sin medios masivos de transmisión de ideas. Nosotros conocemos y nos enfrentamos a los acontecimientos y al devenir de la realidad a partir de los esquemas de percepción incorporados en la vida cotidiana. Estos permiten percibir al mundo a través del cuerpo, de los sentidos, interactuando con el medio de manera activa, dándole estructura a las prácticas. Esta estructura de disposiciones es lo que entendemos por *habitus* (Bourdieu 1999)

El *habitus* es reflexivo y estructurante, es individual y colectivo, es histórico y sincrónico. Esta dialéctica es la que en el desarrollo de las conductas de los sujetos se presenta como síntesis para la producción y reproducción del orden social en el que se desarrollan sus conductas. Las prácticas generadas por un mismo *habitus* no son parte de un desarrollo autónomo de una esencia única ni una creación continua de novedades. Sino que la práctica nace de la confrontación del *habitus* con el acontecimiento, en donde el *habitus* tiende a engendrar todas las conductas razonables y de sentido común posibles, dando lugar a la reflexión y a la agencia, dentro de los límites de estas regularidades, en su calidad de estructurante y guía de las prácticas. Posibles porque están ajustadas a la lógica

característica de un determinado campo de acción (Bourdieu 1999). Estas conductas parten del sentido práctico, como una disposición corporal en un nivel de conciencia práctica de la estructura social que se activa y dirige la acción (Giddens 1995) con el entorno. En esta manifestación de la estructura en la interacción, el *habitus* estabiliza la experiencia (Ingold 2000), generando una apertura y un cierre a la práctica.

El *habitus* también es transferible. No aliena, sino que forma sujetos capacitados para interactuar dentro de una sociedad. Asegura la presencia activa de las experiencias pasadas, que depositadas bajo los mecanismos de percepción, pensamiento y acción, tienden a garantizar la conformidad de las prácticas y su constancia a través del tiempo, sin entrar en contradicción con las posibilidades de creatividad y ajustes desarrolladas por el agente (Ingold 2000). La historia está incorporada, naturalizada y olvidada, llevando al *habitus* a ser una presencia activa de todo el pasado del que es producto. El pasado funciona como un capital acumulado, pero la práctica es autónoma de este (Bourdieu 2007:98). Autónoma porque esta en relación con el entorno/contexto inmediato y actual, la conducta del presente puede acomodarse creativamente, pero la experiencia acumulada moldea y le da sentido al acontecimiento. Las disposiciones del *habitus* se constituyen como una bisagra entre el pasado y presente, entre la experiencia y el acontecimiento, lo que permite habitar las instituciones, apropiárselas prácticamente y, de este modo, mantenerlas activas, pero imponiéndoles la revisión y transformación como contrapartida de la reactivación. De esta manera tenemos dos maneras de objetivar la historia: en las instituciones adquiridas y en los cuerpos que las activan (Bourdieu 2007).

Entonces, una práctica nace de la confrontación del *habitus* con el acontecimiento, como por ejemplo lo sería ante la muerte de un sujeto. Ante el acontecimiento, el *habitus* tiende a engendrar todas las conductas razonables y de sentido común posibles (lógicas) dentro de los límites de estas regularidades. Las regularidades no determinan una acción, sino que prevén, de todas las respuestas posibles, la más adecuada a la situación. En definitiva, el sentido práctico encierra una finalidad retrospectiva, como una idea preconcebida de qué hacer cuando se produce tal encuentro, hacer posible una anticipación casi perfecta en todas las configuraciones concretas de un espacio de juego (Bourdieu 2007).

Las conductas adoptadas en el momento de la muerte pueden ser múltiples y desplegarse de maneras diferentes a través del tiempo. No pueden ser improvisadas. Las conductas y percepciones desplegadas ante la muerte como evento pueden considerarse como una práctica estructurada por un *habitus* determinado, relacionado con la manera en que la muerte es categorizada y percibida. La materialidad generada ante la muerte de un sujeto, los contextos mortuorios, no son más que la evidencia de conductas institucionalizadas como parte del ritual mortuorio. Acciones pautadas y reglamentadas de las cuales las personas son conscientes plenamente en el ritual mortuorio. A diferencia de esta conciencia plena en el ritual, la conciencia práctica está incorporada, hecha carne en el sujeto, y si bien es histórica, va a manifestarse en su percepción de la muerte de otro sujeto (como por ejemplo a través del llanto, la alegría, la danza, la violencia, la vestimenta, etc.) y del contexto material propio de esa práctica.

Esto se puede ejemplificar, siguiendo la lectura de Ariés (2000 [1975]), con la idea de la muerte que se manifestó en la sociedad francesa durante la Edad Media en comparación con las ideas del siglo XX en la misma Francia. La muerte en el medioevo era un evento público, que si bien estaba cargado de tristeza y cierta solemnidad, era propiedad del moribundo. Este seguía lo aprendido de presenciar escenas semejantes, disponía y presidía de su muerte, rodeado de familiares, sirvientes, conocidos y desconocidos, adultos y niños. Hasta se retrataba el momento para la posteridad. El lecho de muerte era un espacio público, una figura familiar. La muerte era percibida como un momento importante dentro del ciclo de la vida y nadie debía perderse, ni el mismo agonizante. La familiaridad con la muerte reposaba en la simple aceptación del orden de la naturaleza. Según Ariés, la muerte era la consumación de la individualidad: al sujeto no sólo le pertenece la vida, sino su misma muerte. La materialización de esto se observa a fines del siglo XVIII con la aparición de placas y monumentos funerarios con la identidad de los fallecidos, antes anónimos. Ariés (2000 [1975]) sostiene que en pleno siglo XX el carácter público y solemne del conocimiento de la muerte es impensado. Las reglas morales exigen que se muera en la ignorancia de la muerte y la discreción, tanto del moribundo como de su entorno, como una forma moderna de dignidad. La actitud global en las sociedades

industriales ante la muerte es expresada y sentida en términos de la negación: no se habla de la muerte, no se debe manifestar la pena. La muerte es parte de una situación excepcional que sale de lo cotidiano y la cremación es la forma más clara de liberarse de los muertos, desterrando el culto a la tumba y con esto el culto a los muertos. La prioridad del bienestar y en consumo en la sociedad contemporánea excluye a la muerte como parte de lo cotidiano (ver Ariés 2000 [1975]).

El contraste entre ambas situaciones históricas nos permite observar las variaciones en las manifestaciones y percepciones que pueden desplegarse ante la muerte. La muerte como evento dispara una práctica, con roles, ideas y sentidos definidos y conocidos por todos los participantes por pertenecer a una estructura social específica. La tumba es el producto de esta práctica, su materialización, que dará forma a la relación de los vivos con los muertos y favorecerá a la reproducción de la práctica misma a lo largo del tiempo. Entonces, una vez construida la tumba y enterrado el muerto, esta pasa a involucrarse en otras prácticas que tienen que ver con la relación que los vivos van a construir con sus muertos, y también estimular con su presencia la forma en que los vivos van a relacionarse con los otros vivos: el procedimiento del duelo, el trato con los duelistas, formas de comportamiento, sensaciones, etc. La tumba a su vez, con su presencia, articulará formas de manejarse y de moverse y percibir el espacio en el que se encuentra por parte de los vivos de una manera diferente a que si no estuviera ahí. Por lo tanto, la tumba es el elemento concreto con el que contamos para pensar las prácticas que se desplegaron en el pasado ante el evento de la muerte de un sujeto.

La muerte y la tumba como representación

Continuando con esta idea de que la tumba es el resultado de una práctica estructurada y cargada de significado, se debe evaluar el rol de la cultura material en los contextos mortuorios. Como primer paso, sostengo que la cultura material es activa dentro de la construcción social de la realidad y está significativamente constituida, tal como reza el precepto inicial de la Arqueología Postprocesual (Hodder 1994). Esto permitirá

considerar algunas ideas desde la perspectiva teórica de la semiótica encausada desde los estudios arqueológicos.

La semiótica como disciplina a través de su investigación pretende explicar y comprender, cómo y por qué un determinado fenómeno adquiere, en una determinada sociedad y contexto histórico, una significación que le es propia, cómo ésta es comunicada y cuáles son sus posibilidades de transformación (Salatino 2008). Para la semiótica todos los aspectos de una cultura pueden ser estudiados como fenómenos de comunicación (*sensu* Eco 1972). La comunicación en este caso no es más que la emisión de mensajes, por medio de múltiples lenguajes, basados en códigos convencionales subyacentes que son aprehendidos en la experiencia práctica. La decodificación de estos sistemas de símbolos, la posibilidad de comprender su estructura, es parte de lo que los agentes competentes deben realizar para poder transmitir o recibir información. Esta estructura no es más que un modelo operativo que permite simplificar la realidad de manera arbitraria a una serie de categorías bajo un mismo punto de vista (Eco 1972). En el caso de los objetos, estos forman parte de la comunicación, se convierten en una unidad semántica en el momento que se disponen en relación u oposición con otras unidades semánticas dentro de una estructura convenida. Adquieren valor y significado en su interacción contextual con otros objetos, como también otros significados queden excluidos u ocultados, por lo tanto cualquier representación es parcial.

Los trabajos arqueológicos enmarcados dentro de los estudios semióticos consideran que los objetos materiales encierran tácitamente conductas sociales que pueden interpretarse en sus contextos al formar parte de una interacción comunicativa en el que participan los sujetos (García Azcárate 2000). La materialidad es relevante en la búsqueda de comunicación desde el momento que el sujeto selecciona un objeto por sobre otro para expresarse dentro de un espacio particular por sobre otro (Sillar 1996). Con su elección participa a los demás sujetos de un mundo de significación codificado que será percibido bajo una o múltiples interpretaciones (Eco 1972), según las estrategias discursivas que la relación social entre los sujetos habilite.

En relación con una práctica socialmente establecida, los sujetos, a través del sentido práctico, saben qué significados deben entrar en juego en la comunicación establecida, fijando y estabilizando los modos en que las cosas deben ser leídas (Hutson 2002). En este sentido, el mundo de significación se construye a partir de la combinación de los objetos y los cuerpos dentro de un espacio definido (Giddens 1995), fijando significados en éstos para reducir las posibilidades de interpretación dentro de un contexto. Es en estas operaciones donde se crean significados, en la práctica, al descubrir una estructura y una coherencia interna aprehendidas en la vida social y compartida. Esto es lo que genera la acción comunicativa.

La institucionalización de algunas prácticas encierra una intención oculta de ordenar los pensamientos y sugerir los sentimientos a través del orden riguroso: la disposición regulada de los cuerpos y los objetos, y la expresión corporal del efecto (como risas o lágrimas, por ejemplo) (Bourdieu 2007). Podemos pensar en los objetos como “operadores analógicos” y ayudas memorias (Bourdieu 2007) que, al retener toda suerte de equivalencias prácticas en sus combinaciones y su situación espacial, pueden dar sentido a actos comunicativos, evocando formas de relacionarse y de actuar que no se darían de la misma forma sin ellos presentes. Los objetos, en su forma y su situación contextual, comunican una serie de experiencias sensoriales e imponen obligaciones en las formas en que nos relacionamos con ellos, y con las otras personas a través de ellos (Gosden 2005).

En este sentido, los significados que el arqueólogo puede inferir no se plantean como sacados de la cabeza de la gente, sino que son conceptos públicos, reproducidos en las prácticas de la vida cotidiana, institucionalizados y repetidos como parte de la rutina; y por lo tanto, anclados en los objetos y en las combinaciones entre estos. Esto es así porque, como ya se dijo, la cultura material está constituida de manera significativa (Hodder 1994), y no sólo por su valor funcional. La cultura material tiene una dimensión simbólica que afecta a la relación que los sujetos mantienen con los objetos, y la relación entre ambos es social y está históricamente situada. Por lo tanto, el contexto de la cultura material no sólo es abstracto y conceptual, sino también pragmático. Los objetos forman una red de asociaciones que motivan las formas de actuar dentro de la estructura constituida por ellos

y, consecuentemente, restringen formas de ser interpretados. Los objetos y los paisajes, entonces, tienen la capacidad para producir y difundir significados (Acuto 2008).

El contexto en el que se inserta el objeto ofrece las claves de significación (Hodder 1994). La mayoría de los objetos arqueológicos están ubicados en un lugar y tiempo y en relación con otros objetos. Este entramado puede ser leído para extraer una interpretación del contenido del significado. En la dimensión espacial, los arqueólogos tratan de identificar significados y estructuras funcionales y simbólicas a partir de la disposición de los objetos que constituyen el fenómeno en el espacio. Como a comienzos de la Arqueología Procesual, se ha buscado inferir los significados por las relaciones relevantes de variación que definen las estructuras de significación (tiempo, espacio, semejanzas y diferencias).

En esta tesis me interesa indagar sobre el código comunicacional representado en el arreglo contextual de los objetos, el cadáver y la tumba, para remontarnos a la actividad humana que lo ha generado en la práctica persiguiendo una coherencia que permite la comunicación de significados, sentidos y emociones, tomando como ejemplo el trabajo realizado por Stoodley (2000) sobre la relación de los ciclos de la vida y el género representados en las inhumaciones de la Inglaterra anglo-sajona temprana (siglos V a VII AD). Esta relación es mostrada por la asociación de ciertos elementos dentro de las tumbas, como armas y vestidos / joyas, con ciertos grupos de edad, al mismo tiempo que los mismos tienen un simbolismo asociado al género. Por ejemplo, las armas (escudos, espada, hachas) aparecen asociadas a los entierros a partir de los grupos de edad joven y marcan el ingreso a la primera etapa del ciclo masculino. Este se corresponde con un ciclo femenino similar. Para las mujeres su estatus social está más relacionado con su rol como madre que su posición social dentro de la sociedad. Hay una marcada diferencia entre la cantidad de cintos asociados a restos femeninos y la edad de las personas fallecidas. Este ejemplo nos muestra que los objetos incorporados en la tumba adquieren sus significados en la relación existente entre ellos, los cuerpos y el sexo del difunto. También que las representaciones que se producen a través de una tumba son específicas y parciales. En este caso no es status lo que se representa, como podríamos inferir por la cantidad y calidad de objetos incorporados, sino los ciclos de vida y la variación de estos en relación géneros relacionados con las

personas fallecidas. Siguiendo este ejemplo, la meta es comprender cómo las tumbas operaron en la percepción del espacio, cómo y qué comunicaron, y cómo afectaron a las prácticas de los sujetos y sus experiencias.

En conclusión, se deben rescatar los significados creados en la práctica funeraria a través del análisis de las relaciones entre los elementos que constituyen el fenómeno: los elementos que acompañan, el cuerpo, el tipo de tumba y su ubicación. Esto bajo la premisa de que existe una lógica en la organización definida mediante una sintaxis específica, propia de ese grupo y momento histórico, que participa como medio activo en la producción y reproducción de las prácticas sociales. El interrogante de este trabajo para abordar el arreglo material que acompaña a la muerte sería qué significados son puestos en juego al construir una tumba. Cómo se relacionan las actividades representadas con la muerte al mundo de los vivos. Qué aspectos estructurales se corporizaban a través con este tipo de materialidad, y qué tipo de relaciones sociales, percepciones y experiencias favorecían las tumbas.

La muerte y la tumba como categorización

Otra consideración que debemos tener en cuenta a la hora de abordar la cultura material que constituye los contextos mortuorios analizados, son las categorías asociadas y construidas en la práctica. Primero debemos partir de la idea de que el mundo está semánticamente ordenado y categorizado, y nuestra relación con él se establece a partir de la formación de conjuntos y clasificaciones. Las categorías agrupan cosas, prácticas e ideas, creando una ontología particular que hay que descubrir. Lo que pertenece a un grupo y ~~de~~ se diferencia de otro está determinado de forma arbitraria (Bourdieu 1979:44), justificando de esta forma que sociedades diferentes agrupen ideas u objetos de manera distinta. Por lo tanto, indagar sobre las categorías asociadas a la tumba es posible porque cada sociedad comparte teorías acerca del mundo y de su lugar en él, a partir de modelos de cómo es y de cómo debe ser. Con estos modelos las sociedades construyen categorías a partir de clasificaciones de la realidad. Las categorías son construcciones colectivas, y no

individuales (Dukheim y Mauss 1971), y son construidas y adquiridas históricamente, “organizan el pensamiento del mundo social del conjunto de los sujetos pertenecientes a ese mundo y modelados por él” (Bourdieu 2000:480). Lo importante es que estos esquemas se engendran y se reproducen a través de la práctica social.

Ingold (2000) aporta uno de los ejemplos más claros para comprender la particularidad de los modelos de organización de la realidad social y la arbitrariedad en el armado de las clasificaciones. En su trabajo compara a la sociedad occidental moderna con cuatro ejemplos etnográficos¹ en sus relaciones con las plantas cultivadas y los animales domésticos. El autor plantea que en la tradición del pensamiento occidental, la idea de hacer - entendida como la inscripción de una forma conceptual en la sustancia material - se ha ampliado de la fabricación de artefactos a la cría de plantas y animales. Esto se contrapone a las formas en la que se establece esta relación en las sociedades agropastoriles analizadas. Una de las diferencias es que en las primeras, los agricultores no “hacen” a las plantas y los animales, sino que acondicionan el ambiente para su crecimiento, como una madre que asiste y alimenta. Por ejemplo, las mujeres Ashuar comparan a sus hijos con las plantas de su jardín, entre los que existe una relación violenta, se cree que las mandiocas tienen la habilidad de sustraer la sangre de los recién nacidos. Esta tensión es vivida, a manera inversa, entre los animales de la selva y los cazadores, ya que los animales tienen sus propias madres que los cuidan. En este ejemplo confluyen las actividades del cultivo de plantas y cría de animales /caza con la educación de los hijos por sus madres, humanos y no humanos, correspondientes a categorías separadas y diametralmente opuestas en la cosmología occidental, más allá de las posibles metáforas en el uso de la palabra “criar”, como advierte Ingold (2000:94), embebidas de conceptos como domesticación y propiedad, ajenas a las sociedades occidentales consideradas.

Con este ejemplo consideramos que aunque existen categorías presentadas como universales con las cuales significamos y percibimos al mundo: el tiempo, el espacio, la historia, la vida, la muerte, etc., el contenido de cada una es particular, histórica y

¹ Los Ashuar del Alto Amazonas- Campesinos de Monte Hagen de Papua Nueva Guinea- Los Dogon de Mali- Los campesinos de Boyacá, Colombia.

culturalmente, propias de una relación espacio-temporal concreta, como lo demuestra el ejemplo anterior. Así también son particulares las asociaciones entre categorías y las cosas que integran una categoría determinada. Cuando clasificamos dentro de categorías, lo que hacemos es percibir cómo el universo debe ordenarse, temporal y espacialmente, tanto como por la forma, la función y la coalescencia de los elementos que lo componen. El fin último de este ejercicio es poder abordar la realidad, inasequible sin esta herramienta, y no ser apabullados por formas, colores y conductas a las que no podemos otorgar sentido (Ingold 2000); y a la vez poder comunicarnos a través de este orden del conocimiento con el resto de los sujetos sociales. Es en el ejercicio propuesto en la práctica donde se confirma, reforma o critica las producciones de la actividad taxonómica del mundo. En este sentido, las categorías implicadas en este juego de sujetos y objetos estarán involucradas dentro de un sistema lógico que las contiene, las define y especifica qué tipos de relaciones existirán entre las clases incluidas. Por lo tanto, lo que se incluye dentro de una esfera de interacción no puede mezclarse con otra dentro de un mismo sistema lógico. Este sistema lógico, entendido como una ontología particular, captura y estructura el conocimiento del universo en un momento y espacio social en particular y, con esto, captura el significado de conceptos específicos para esa estructura social en particular.

En sintonía con esto último, debemos entender a la muerte como una categoría históricamente situada, que puede tener conexiones que traspasen nuestra experiencia y comprensión modernas. Por lo tanto, es un error considerar que la interacción de las esferas de la vida social y las experiencias contemporáneas se dio de la misma forma en el pasado (e.g. Hodder 1984; Acuto y Zarankin 2008). Lo que en la actualidad vivimos como categorías separadas pueden pertenecer a la misma experiencia ontológica de otros (Ingold 2000). Por ejemplo, Sillar (1996) plantea que muchos aspectos de la tecnología de una cultura, como las técnicas, herramientas o materias primas se elaboran como metáforas o significado dentro de la cosmovisión de la cultura. En algunos casos, la elección de las materias primas y las técnicas utilizadas para el proceso dependen de la representación de estos materiales y técnicas dentro de la sociedad, y no el grado de efectividad u optimización energética conseguida. Considerando la aplicación de técnicas similares en varios contextos diferentes propone llegar a una mejor comprensión del significado cultural

de la tecnología. Para esto, en su trabajo de poblaciones del área centro-sur de los Andes observa que las ideas de machacado de la materia unen actividades tan lejanas para nosotros como la molienda de arcilla para la producción cerámica, de granos para alimentos, o actividades bélicas. Las palabras que se utilizan para decir “bien molido”, pueden ser usadas para describir la preparación de harina, pero también para describir la derrota de un enemigo. Obligatoriamente, todo aquello que debe ser productivo (alimentos, arcilla, enemigos) tiene que ser previamente molido, como una práctica fundamentalmente estructural (Pazzarelli 2009).

Podemos abordar desde esta perspectiva las ideas de la muerte en nuestra actualidad. La muerte en occidente, en el siglo XXI, se vincula con una serie de relaciones sociales (y comerciales) y con un universo material que rompe directamente con la rutina, con nuestros ritmos cotidianos. Esta interrupción se corresponde con la separación radical de las categorías de la vida y de la muerte. Por lo tanto, aquello que pertenece a las acciones cotidianas va a suspenderse, dando paso al ritual mortuorio. El cuerpo, como materia finita, es dejado de lado en la relación con los vivos luego de sus funerales. En parte esto se debe a una visión clínica del cuerpo y la muerte (Williams 2004), donde el cuerpo biológico es un pasivo contenedor de la conciencia activa del sujeto. Ante la muerte, el cuerpo es el que se extingue y se degrada, proceso no presenciado por los duelistas, dado el poder nemotécnico que tal fenómeno produciría sobre los recuerdos que se tienen de la persona fallecida (Williams 2004). La relación se mantendrá, para algunos, dentro de la oposición cristiana de “cuerpo” y “alma”, con la materia etérea, pero nunca directamente con el cuerpo del difunto. El cuerpo no es el sujeto. El cuerpo será dispuesto según las leyes nacionales existentes a través de empresas comerciales generadas para tratar al cuerpo según las formas convenidas y aceptadas. El cuerpo será depositado en un cementerio o cremado, alejado de la esfera de la vida.

Esto contrasta claramente con otras formas contemporáneas de entender y relacionarse con la muerte, como por ejemplo lo es en el mundo andino. En este la relación entre los vivos y los muertos debe ser constante y de reciprocidad. Dentro de la cosmología andina, los antepasados representan la unidad; son la aleación que identifica a la comunidad mayor,

por lo tanto, las manifestaciones hacia los muertos producen y reproducen tanto el vínculo entre los antepasados y la comunidad, como entre los vivos (Gil García 2002). A su vez, los muertos están relacionados con los ciclos productivos de la comunidad, los que, por ejemplo, empujan las papas desde debajo de la tierra para que crezcan (Pazzarelli 2009). Entonces, su importancia trasciende la simple idea de fin de la vida; el rito funerario no es solamente “el último adiós” o “el último viaje” de individuo, es lo que permite la continuidad de la comunidad en el tiempo, la circulación de los flujos vitales, y por lo tanto, la reproducción de la vida (Earls y Silverblatt 1978).

Un ejemplo que permite apreciar como el contexto mortuario y las categorías construidas en él pueden ser radicalmente opuestas y válidas para diferentes concepciones de la muerte puede ser el caso de los inmigrantes andinos que habitan la ciudad de Buenos Aires. Estos se vieron involucrados dentro de un conflicto con las autoridades de la ciudad por el “mal uso” del espacio público al visitar a sus muertos en el Día de los Muertos. Canelo (2008) observa cómo se desarrolla este conflicto en el cementerio de Flores, donde las comunidades de inmigrantes en la fecha de la festividad incluían la participación masiva de familias extensas que, durante todo el día instaladas entre las tumbas, comparten ofrendas, bebidas, alimentos, música y rezos. Esto contrasta fuertemente con la idea de un cementerio visitado por escasas personas, de manera solemne y silenciosa (Canelo 2008) aceptada por la cosmovisión moderna y urbana, encontrando a estas prácticas como irrespetuosas y contrarias a las normas. Aquello que permite la circulación de la vida para unos, como comer arriba de una tumba, es inmoral para otros. Y esto se relaciona con los vínculos que la categoría muerte permite incluir y aquello que no. Por ejemplo, embriagarse en un cementerio o alimentarse sobre una tumba está totalmente descartado de nuestras posibles actividades.

Otro punto que debemos tomar en cuenta a la hora de reflexionar sobre la creación de categorías es que no sólo debemos pensar en aquellas que se construyen en la práctica mortuoria en relación con otras actividades sociales representadas en el contexto arqueológico, sino también su vínculo con la persona fallecida. Para esto debemos considerar, por ejemplo, que nuestra comprensión de la heterogénea clasificación de

generaciones entre bebés, niños, adolescentes, adultos y ancianos persigue objetivos imbricados directamente con nuestra inserción histórica (Baxter 2005). Es importante entender que su naturaleza no es transhistórica. La categoría de los niños es culturalmente específica y tiene una gama de diferentes significados dependiendo del contexto social (Finlay 2000). Por ejemplo, Inge Bolin (2006), en sus estudios sobre la infancia en las comunidades actuales de pastores de gran altura de los Andes, comenta que la infancia difiere considerablemente del uso de la misma categoría en la sociedad occidental moderna. Los niños de Chillihuani, en Perú, no tienen infancia. Los niños participan en el mundo adulto desde una temprana edad y pronto se convierten en miembros importantes de la sociedad. En estas regiones remotas, la cultura infantil no está separada del de los adultos. No existen los cuentos o canciones infantiles, por ejemplo. Ellos aprenden casi todo lo que necesitan saber a través de la observación participante. Otro dato interesante de este pueblo, que hace comprensible esta forma de comprender las categorías etáreas de los pastores, es que las personas no llevan la cuenta del año de nacimiento de sus hijos, los niños no se ven obligados a hacer ciertas cosas de acuerdo a la edad (Bolin 2006).

En sintonía con estas ideas, el registro arqueológico analizado, en este caso las tumbas de infantes, puede relacionarse con ideas y conceptos relacionados con la infancia aunque no necesariamente. Con esto quiero decir que las tumbas analizadas pueden relacionarse o no con las ideas de la infancia, y también pueden conjugarse con otras categorías sociales.

entendidos

Consideraciones finales.

Se considera que la tumba es producto de una serie de prácticas articuladas ante el evento de la muerte, su objetivación. A través de su materialidad se representan y comunican significados particulares y parciales. La tumba, la muerte y el cuerpo, a través de su materialidad, pueden generar conexiones metafóricas que integren dentro de una misma categoría ontológica actividades y prácticas diferentes dentro de nuestra cosmovisión occidental moderna.

Ateniéndome a esta última idea expresada, se debe considerar la posibilidad de que las relaciones entre los objetos y los sujetos se establezcan a partir de categorías arraigadas profundamente en las prácticas y en las experiencias históricas de las poblaciones a estudiar. En este trabajo se pretende abordar la práctica a través del universo material que encierra el entierro de niños. No se considera que la tumba sea necesariamente un reflejo directo de la estructura de la vida social, las representaciones son contextuales, esto es lo que les da significados. A su vez, la apertura y participación hacia el resto de las prácticas y representaciones del sistema mayor debe demostrarse y no asumirse. Para terminar este capítulo, en resumen, proponemos dejar de lado los análisis de enterratorios como un simple engranaje funcional y, por lo tanto, como reflejo del sistema social que lo contiene. Como también, siguiendo con estas posturas, abandonar el uso de las inhumaciones de infantes como parte del universo de los sujetos adultos. Esta investigación, muy por el contrario, se propone estudiar a la práctica mortuoria de niños en sí misma, resultado de una práctica socialmente aprehendida, con roles y sentidos históricamente constituidos. La propuesta es, por lo tanto, indagar sobre las conductas que ha constituido el registro arqueológico para reflexionar acerca de las experiencias, significados y relaciones que los sujetos en el pasado mantuvieron y representaron en la materialidad en la que estaban insertos. De la misma manera, considerar el tejido de materialidad construido en torno a la muerte: los significados y las categorías que se tejieron, reconocidos dentro de una ontología particular y diferente a la nuestra.

Capítulo 3

Vivir y morir en el Valle Calchaquí

Esta investigación sobre la vida social de las antiguas poblaciones del Valle Calchaquí Norte se inserta dentro de una discusión más amplia sobre la caracterización del Período Tardío (900-1470 DC) en el Noroeste Argentino (NOA). Por lo tanto, se hace necesario presentar brevemente las caracterizaciones clásicas y las nuevas interpretaciones sobre la vida en este período en el NOA en general y en el Valle Calchaquí Norte en particular.

En primer lugar, se presenta la caracterización tradicional del Período Tardío instalada a mediados del siglo XX y retomando los trabajos realizados y los modelos aplicados por otros investigadores en los últimos años. Segundo, se identifica al Valle Calchaquí Norte dentro de la línea anterior para el momento histórico abordado. Luego se presenta la discusión establecida en los últimos años para los modelos clásicos aplicados a los momentos previos a la llegada del Inca en el NOA y cómo las investigaciones desarrolladas en el Valle Calchaquí Norte por nuestro equipo se insertan dentro de esta problemática. Con esta estructura, la presentación de los antecedentes pretende hacer comprensible el aporte de esta investigación sobre las prácticas mortuorias de infantes a la comprensión de la vida social en el pasado dentro del marco general establecido en este capítulo.

La caracterización clásica del Período Tardío en el NOA.

El momento histórico estudiado, el Período Tardío (900-1470 DC) del NOA, también conocido como de Desarrollos Regionales, se identifica como una época de creciente complejización y estratificación social (Núñez Regueiro 1974; Ottonello y Lorandi 1987; Tarragó 2000; Nielsen 2001, 1996) con una fuerte regionalización y control efectivo de la producción y circulación de bienes (Baldini 2002).

En relación con esto, la evidencia ha sido interpretada a favor de una organización política del tipo jefatura, con indicios de conflicto y desigualdad social. Cada jefatura estaba constituida por un centro urbano que tenía el control hegemónico sobre la región circundante. Este centro, de características residenciales y defensivas, encabezaba una jerarquía de asentamientos de menor envergadura (Nielsen 1996; Seldes 1996; Natri 1997-1998; Tarragó 2000; DeMarrais 2001a, 2001b). La ubicación estratégica de los sitios en la cima de cerros de difícil acceso, y su construcción defensiva (pucará), eran una respuesta al clima de conflicto y tensión entre los grupos. Se ha argumentado que el conflicto inmanente a este período respondió al crecimiento poblacional y a la búsqueda de control de los recursos estratégicos (Nielsen 1996), como los de producción agrícola, y las rutas de intercambio (Ruiz 1995-1996). Por lo tanto, los enfrentamientos estuvieron motivados por la defensa de los territorios y sus recursos (Baldini 2002), controlados cada uno por señoríos con cierta autonomía política (Ruiz 1995-1996). Además, se ha sostenido que existía interacción entre centros regionales a través de redes de alianzas e intercambio de productos (Tarragó 2000).

De acuerdo a estos investigadores, este clima externo se traducía hacia el interior de las jefaturas a través de la institucionalización de la desigualdad social (Tarragó 1999; Baldini 2002). Esta desigualdad, agregando también un crecimiento demográfico masivo, se expresó por medio de: una organización del trabajo que implicaba la dedicación de tiempo completo de artesanos (metalúrgicos, textiles, ceramistas, etc.) y productores primarios (agricultores, pastores), además de la distribución y consumo desigual de bienes, que determinaba privilegios de acceso para la elite (Tarragó 2000; DeMarrais 2001a). Este modelo sobre las sociedades del Período Tardío explica que la movilización y la coordinación de gran cantidad de fuerza de trabajo, por parte de los grupos de elite, permitió la intensificación de la producción agrícola. En muchas regiones esto se dio a través del desarrollo de infraestructura hidráulica, que junto con el control centralizado de la producción en sus manos, aseguraron el dominio y reproducción de la elite en un ámbito de creciente definición de entidades regionales.

Dentro de este marco, los contextos mortuorios han sido tomados como un indicador clave de la desigualdad social institucionalizada (Palma 1998; Tarragó 1994, 2000; Tarragó *et al.* 2005; Baldini 2002; Williams 2005). Esto último bajo el supuesto de que las diferentes dimensiones sociales de la persona en vida (edad, sexo, grupos de pertenencia, rangos, ocupación o jerarquía social) van a aparecer reflejadas en los contextos funerarios. Se ha asumido así que las tumbas constituyen indicadores directos de la organización social (Tarragó 1994). A partir del análisis del acompañamiento se ha determinado acceso diferencial a los recursos (Baldini 2002) en general (e.g. recursos agrícolas, materias primas) y a los bienes de prestigio (e.g. productos de especialización artesanal o recursos llamados exóticos) en particular.

Como ejemplo, para la Quebrada de Humahuaca se destacan los trabajos de Palma (1993). Este investigador, a partir del análisis de colecciones y libretas de campo de diversos sitios de la región (Yakoraite, Los Amarillos, Campo Morado, Peñas Blancas y La Huerta) reconstruye los patrones funerarios para los momentos tardíos e incas. Observa la correlación entre las prácticas mortuorias y los sistemas políticos a los que están integrados los sitios. Para esto considera los tipos de tumbas, la ubicación y el tratamiento de los cuerpos. Establece dos dimensiones sociales: una superordinada y otra subordinada. La primera definida por entierros en cámaras sepulcrales y por el contenido de su interior, no sólo los cuerpos, sino también objetos como bienes rituales (complejo alucinógeno y keros) y de prestigio (vinchas de plata, adornos de oro y otros objetos de bronce, y valvas de la vertiente pacífica, cerámica especializada). La segunda dimensión, la subordinada, se destaca por realizarse en cámaras o de manera directa pero los bienes mencionados anteriormente no aparecen.

En este sentido, las prácticas mortuorias, como veremos, han sido uno de los indicadores claves para medir la complejidad alcanzada por una sociedad. Los otros indicadores buscados en el contexto arqueológico², como veremos en la discusión a continuación,

² Almacenamiento centralizado, intensificación agrícola, organización de poblados jerarquizados, crecimiento demográfico, estructuras de almacenamiento centralizadas, especialización artesanal, etc.

fueron asumidos pero la evidencia del NOA no es suficiente para responder al modelo de jefatura.

El Valle Calchaquí Norte durante el Período Tardío.

Las interpretaciones sobre el devenir del Período Tardío en el Valle Calchaquí Norte no han sido diferentes a la de toda la región del NOA.

Este valle se ubica en la provincia de Salta, en el noroeste de la República Argentina (*Figura 1*). Es un valle longitudinal que corre de norte a sur, siguiendo las peripecias del río Calchaquí. El valle tiene una extensión aproximada de 200 km, con menos de 100 km para el sector norte. Sus líneas fundamentales están dadas por dos cordones montañosos paralelos con alturas máximas de 6.382 msnm (Cerro Meléndez). El fondo del valle, donde se encuentra la gran mayoría de los poblados conglomerados tardíos, se ubica a una altura de 2.300 msnm aproximadamente. El sector norte se extiende desde las inmediaciones de la localidad de La Poma y su límite sur está, según las fuentes citadas por Lorandi y Boixádos (1987-1988), en el pueblo de Atapsi, cercano a Seclantás.

Williams (2005) caracteriza a las sociedades tardías de la zona, anteriores a la llegada Inca, como sociedades de rango medio con evidencias claras de desigualdad social y organización política jerarquizada. El paisaje social del pasado se nos presenta con una serie de centros regionales densamente poblados, rodeados de pequeñas aldeas (DeMarrais 1997; Gifford 2003; Lorandi y Boixádos 1987-1988; Tarragó y Díaz 1977; Williams 2005), funcionando como unidades políticas independientes.

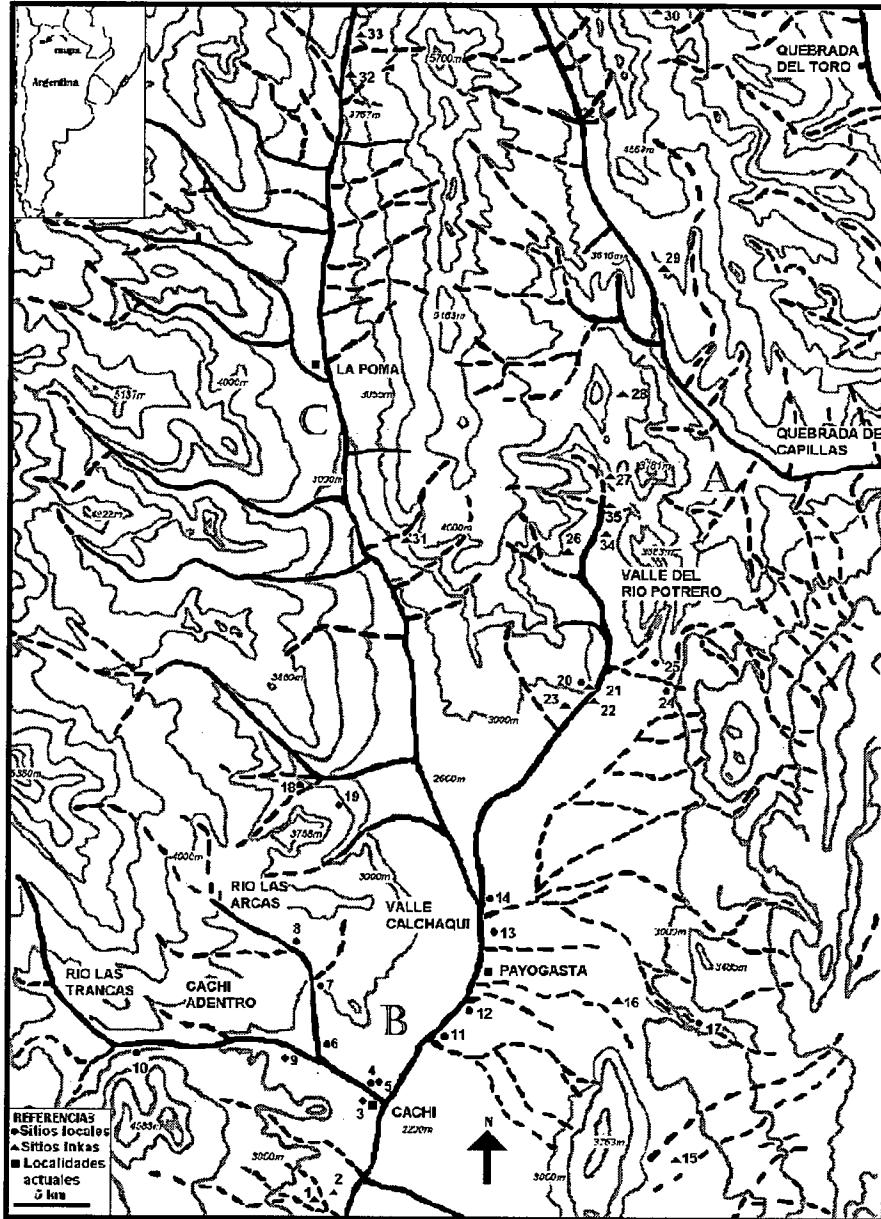


Figura 1: Valle Calchaquí Norte. A) Quebrada del Río Potrero y conexión con la Quebrada del Toro; B) sector medio del valle Calchaquí Medio; C) Extremo Norte del valle Calchaquí: 1. La Paya (SSalCac 1), 2. Guitián (SSalCac 2), 3. Tero (SSalCac 14), 4. Fuerte Alto (SSalCac 4), 5. Mariscal (SSalCac 5), 6. Borgatta (SSalCac 16), 7. Choque (SSalCac 17), 8. Las Pailas (SSalCac 18), 9. Loma del Oratorio (SSalCac 8), 10. Corral del Algarrobal (SSalCac 27), 11. Quipón 1 (SSalCac 3), 12. Ruiz de los Llanos (SSalCac 10), 13. Valdez (SSalCac 12), 14. Buena Vista (SSalCac 87), 15. Tin Tin (SSalCac 66), 16. Agua de los Loros (SSalCac 63), 17. Tonco 2 (SSalCac 126) y Tonco 3 (SSalCac 126), 18. Pucará de Palermo (SSalCac 6), 19. Alto Palermo, 20. Cortaderas Alto (SSalCac 44), 21. Cortaderas Bajo (SSalCac 65), 22. Cortaderas Izquierda (SSalCac 43), 23. Cortaderas Derecha (SSalCac 65D o 133), 24. Belgrano (SSalCac 120), 25. Casa Quemada (SSalCac 146), 26. Potrero de Payogasta (SSalCac 42), 27. Ojo de Agua, 28. Corral Blanco (SSalRol 10), 29. Capillas (SSalRol 9), 30. Corralito (SSalRol 12), 31. Los Graneros (SSalLap 14), 32. Río Blanco, 33. La Encrucijada (SSalLap 25), 34. El Calvario o RP005, 35. RP002.

Entre los indicadores arqueológicos tomados para sostener el modelo que define al Período Tardío del Valle Calchaquí Norte (de desigualdad social y estratificación económica institucionalizadas) se incluyeron:

- La existencia de sitios de diferentes dimensiones que a través de la aplicación de modelos de rango-tamaño fueron considerados como un patrón de asentamiento producto de un sistema político complejo y estratificado, con un centro político principal, asentamientos secundarios y pequeños sitios satélites (DeMarrais 1997).
- Diferencias en la arquitectura y organización espacial: construcción de espacios públicos o plazas y estructuras monticulares con posibles usos ceremoniales, contraste en el tamaño de los sitios y existencia de arquitectura diferencial dentro de los sitios (DeMarrais 2001a; Williams 2005).
- Participación de redes de intercambio regionales que habilitaron el acceso de bienes exóticos como obsidiana y el uso de nuevas materias primas (Gifford 2003; Williams 2005), como por ejemplo valvas.
- Trabajo coordinado por un líder local para la ejecución de las obras destinadas a la intensificación agrícola (DeMarrais 2001a).
- Tratamiento mortuario diferencial en relación con el ajuar (Baldini 2002; Williams 2005) y diferencias en las cámaras funerarias (Baldini 2002).

Como vemos, la región estudiada no se despega de la definición general realizada para los momentos tardíos en todo el NOA. La zona fue integrada a un esquema rígido producido por la utilización de modelos teóricos evolucionistas que actualmente son discutidos, como se expondrá a continuación.

Reevaluación del Período Tardío

En los últimos años, la caracterización clásica del Período Tardío, ha sido cuestionada (Acuto 2007, Albeck y Zaburlín 2007, Leibowicz 2007, Nielsen 2006),

criticándose tanto los modelos teóricos empleados para sostenerla, como la falta de evidencias sustanciales de complejidad socio-política y desigualdad que el registro arqueológico de varias regiones exhibe (Acuto 2007, 2008; Nielsen 2005, 2006).

El modelo de jefatura empleado en los trabajos cuestionados parte de los postulados del Evolucionismo Cultural. Los modelos propuestos establecen una tipología evolutiva transcultural por la que las sociedades se suceden bajo un supuesto progresista, tomando como modelo último de perfección del avance del progreso al capitalismo industrializado. Los modelos generan una serie de expectativas en el registro arqueológico, a manera de fórmula, a través indicadores materiales. En este sentido, el modelo de jefatura se basa en la idea de entidades políticas centralizadas, fundadas en la desigualdad social, sostenidas por el control y redistribución de recursos económicos estratégicos (de subsistencia o riqueza) (Earle 1987; Spencer 1990). El control centralizado de la distribución de bienes, opuesto a la economía doméstica, es el fundamento de la estratificación social que caracteriza a este estadio social (Nielsen 2006). Con su aplicación, el modelo de jefatura abrevó al NOA de una gran cantidad de indicadores materiales que reflejarían el grado de organización socio-política. La arqueología sólo se centro en tres de ellos:

- Los sistemas de asentamiento formados sitios de diferente tamaño y, por lo tanto, rango: centros poblados con núcleos como cabeceras. Estableciendo, en algunos casos, enclaves en zonas productivas diferentes (Nastri 1997-98; Tarragó 2000).
- La especialización artesanal para la producción de objetos de alto valor social y simbólico (Tarragó 2000). Esta producción habría sido apropiada por un sector de la sociedad, y este sector a su vez legitima su poder por el consumo de estos recursos.
- El tratamiento mortuario diferencial en el acompañamiento y características constructivas. Con estos se ha trabajado sobre el acceso diferencial a riquezas (de producción especializada o recursos foráneos), demostrando diferencias en el rango social.

Estos tres indicadores se han usado para la interpretación de la organización social y política de las sociedades pasadas, siguiendo las tipologías sugeridas por los modelos

utilizados. Sin embargo, en varias regiones del NOA estos indicadores no estarían respaldados por el registro arqueológico presente. Por otra parte, ciertos indicadores presentes en las expectativas arqueológicas han sido asumidos pero no sistemáticamente investigados. Estos son:

- El crecimiento demográfico sostenido.
- La expansión de los trabajos agrícolas, con la incorporación de nuevos espacios productivos, con un grupo no productivo coordinando las tareas y un posterior pago de tributo.
- La presencia de estructuras de almacenamiento como la evidencia de la centralización del excedente productivo surgido del pago de tributo.
- La organización de los espacios públicos para la realización de rituales y prácticas de redistribución de recursos.

Recientemente, para el caso de la Quebrada de Humahuaca durante el Período Tardío, Nielsen (2005, 2006) propuso un “modelo corporativo”. La propuesta de Nielsen se basa en las críticas a los modelos de jefatura aplicados desde la década de los '70 en el NOA y a la revisión de la evidencia arqueológica de la región de los Andes Circunpuneños.

Según el autor, las sociedades de la región se habrían caracterizado por: una orientación corporativa, con mecanismos institucionales para regular el ejercicio del poder político y restringiendo la acumulación económica. A su vez, cada *ayllu* (o linaje) debió contar con autonomía para nombrar a sus líderes y fiscalizarlos. Así como también manejar sus recursos a través del control colectivo dentro de sus territorios. Y el poder de los curacas no se habría materializado en la acumulación de bienes, sino en el manejo de las redes de redistribución y su articulación.

En trabajos recientes, Acuto (2007, 2008, Acuto *et al.* 2008) sostiene que la materialidad y espacialidad que la gente habitaba en el Período Tardío del NOA creaba un sentido de integración, conocimiento y articulación, o comunalidad, clausurando la mayoría de las tendencias que pudieran llevar hacia la desigualdad y la estratificación institucionalizadas.

Esta conclusión surge de un enfoque centrado en las experiencias y relaciones sociales cotidianas que las poblaciones tardías construyeron en el habitar los paisajes, en la materialidad y espacialidad construidas por este.

En su trabajo se habla de tres tipos de experiencias cotidianas sugeridas por el análisis del registro arqueológico (organización espacial, arquitectura y cultura material). Estas experiencias son:

- La integración comunal: promovía una fluida interacción cotidiana, más que una fragmentación social. No existían barreras físicas que impidieran la percepción sensorial de las actividades desarrolladas dentro de los poblados conglomerados. Esto contribuyó a generar control y restricción de acumulación de bienes, conocimiento o poder, por parte de la propia comunidad.
- La de compartir: espacios, actividades, conocimientos tecnológicos, símbolos, etc.
- La homogeneidad material: observada en los objetos consumidos, los espacios habitados y las técnicas empleadas. Esto contribuyó a la creación de condiciones de igualdad.

A partir de esta evidencia el autor determina que:

“El orden material y espacial con el que se desarrollaba la vida social en esta época, lejos de producir fragmentación, distinción y estratificación, propiciaba experiencias y relaciones sociales de articulación, apertura y similitud”. (Acuto 2008:185)

Estos nuevos trabajos no solo establecen una crítica a la postura clásica abocada al análisis de los aspectos estructurales de la sociedad, sino que también proponen otras formas de trabajar la evidencia arqueológica. Se propone, por el contrario, un acercamiento a las sociedades del pasado relacionado con las experiencias subjetivas y las prácticas sociales, como por ejemplo el estudio de la vida cotidiana en los poblados y organización del espacio social habitado (Acuto *et al.* 2008, Albeck y Zaburlín 2007).

El Valle Calchaquí Norte desde una nueva perspectiva

Desde el 2006, hemos comenzado a desarrollar un estudio sistemático sobre los poblados conglomerados tardíos del Valle Calchaquí Norte (provincia de Salta), a través del proyecto “Percepción y experiencias en las aldeas prehispánicas del Valle Calchaquí Norte (Salta): Arqueología de la vida cotidiana, prácticas y relaciones sociales durante el Período Prehispánico Tardío”, dirigido por el Dr. Félix Acuto (IMHICIHU-CONICET). Esta investigación se ha centrado en el análisis detallado de la organización espacial y arquitectura de los poblados conglomerados y la distribución de los objetos de superficie, acompañado por excavaciones en complejos residenciales y el análisis de las tumbas excavadas por proyectos pasados. A través de estos estudios apuntamos específicamente a examinar la naturaleza de la vida cotidiana y las prácticas e interacciones sociales dentro de estas comunidades. Se busca con esto poder contrastar nuestra hipótesis de trabajo que sostiene que: La vida social en los poblados conglomerados del Período Tardío del Valle Calchaquí Norte estuvo caracterizada por la integración comunal y la homogeneidad simbólica y material, más que ser producto de una organización socio-política centralizada, definida por la desigualdad y la estratificación institucionalizadas (Acuto *et al.* 2008).

El objetivo de nuestras investigaciones en el Valle Calchaquí Norte es comprender la naturaleza y estructuración de las relaciones sociales cotidianas, junto con las percepciones y experiencias sensoriales y corporales que los pobladores prehispánicos adquirirían al habitar un asentamiento conglomerado en los años comprendidos entre 900 y 1470 DC.

Los trabajos de campo se realizaron sobre dos sitios conglomerados: Mariscal (SSalCac 5) y Las Pailas (SSalCac 18). Y con distintas intensidades también se realizaron análisis sobre otros sitios como: Borgatta (SSalCac 16), Ruíz de los Llanos (SSalCac 10), Loma del Oratorio (SSalCac 8), La Hoyada (SSalCac 144) y Epifanio Burgos (SSalCac 170). Asimismo, integramos al análisis registros de excavaciones realizadas por otros investigadores, a los que sumamos nuestras propias exploraciones para un análisis espacial más específico. Estos son: La Paya (SSalCac 1) y Kipón (SSalCac 3), a partir de la información obtenida de los trabajos realizados a principio del siglo XX por Juan Bautista

Ambrosetti (1907) y Salvador Debenedetti (1908). Para nutrir el registro de La Paya se tomaran las libretas de Pío Pablo Díaz (1981), junto con sus trabajos en Tero (SSalCac 14) (Díaz 1978-84).

Nuestra investigación ha abarcado diversas actividades (Acuto *et al.* 2008):

- Para reflexionar sobre las experiencias de habitar estos espacios, y las relaciones sociales que el espacio construido favorecía o clausuraba se realizó un análisis de la arquitectura y la organización espacial de los sitios a través de una comprensión del espacio subjetiva y situada. Se observaron las conexiones internas, la articulación, la ubicación relativa de los recintos dentro del sitio. También se observaron las vías de circulación internas en relación a su conexión con los lugares y recintos para ver como era circular dentro del sitio.
- Análisis de la distribución del material de superficie de las estructuras dentro de los sitios para discutir su posible función de los espacios.
- Para discutir similitudes y diferencias en la distribución de las actividades y las prácticas de consumo dentro del sitio, se realizó un relevamiento de la distribución espacial de los artefactos en superficie de las estructuras y sectores de los sitios seleccionados para un estudio detallado. Integrando a esta información trabajos de excavación en Mariscal (SSalCac 5), junto con análisis de la información obtenida por excavaciones precedentes en los sitios de La Paya, Kipón y Tero (Ambrosetti 1907, Debenedetti 1908, Díaz 1978-84, Díaz 1986). De estos sitios pudimos analizar los hallazgos conservados en el Museo de P.P. Díaz de Cachi, provincia de Salta y en el Museo Etnográfico de Buenos Aires.

En todas estas instancias del trabajo de campo se incluyeron, como parte de la misma actividad, explícitas reflexiones y discusiones interpretativas. Ya sea al recorrer los sitios, estudiar la arquitectura y la organización espacial, al analizar el material de superficie, como al excavar en los recintos, planteamos instancias de discusión y reflexión colectiva sobre las experiencias que los sujetos pudieron tener en el pasado y la forma en que espacialidad y materialidad articulaban las relaciones sociales (Bender *et al.* 1997; Hodder

1999). Los métodos de registro fueron establecidos al comenzar los trabajos, estimulando de esta manera la reflexión como una actividad obligada dentro de las otras actividades. Dentro de esta labor reflexiva se realizaron entrevistas con miembros de la comunidad local (ver Acuto *et al.* 2008).

Nuestras investigaciones muestran que hay varios indicadores claves de rango, estratificación y desigualdad que están ausentes del registro arqueológico analizado para Período Tardío en el Valle Calchaquí (Acuto 2007; Acuto *et al.* 2008).

- No se observa fragmentación en los sitios, sino que se muestran una continuidad en la articulación. No hay diferencias en las técnicas arquitectónicas utilizadas. Tampoco se detectaron estructuras monumentales, edificios administrativos o pertenecientes a instituciones políticas centralizadas. Tampoco existen rasgos que hayan implicado una gran movilización de mano de obra, como por ejemplo plataformas o monumentos funerarios. La gran mayoría de los recintos de los diferentes sitios son de carácter residencial y doméstico. Interpretamos que la homogeneidad observada, junto con el diseño espacial de los poblados, estimulaban la proximidad de los residentes y, junto con esto, el conocimiento, y hasta cierto control, de las actividades realizadas por ellos.
- La distribución de los artefactos en la superficie se muestra homogénea dentro de los sitios (Acuto *et al.* 2008). Estos nos muestran que algunas labores eran ampliamente populares y se realizaban en todas las unidades residenciales, como por ejemplo la preparación de alimentos y consumo (evidenciado por la presencia de cerámica quemada, fogones, molinos de piedra), o la inhumación de cuerpos humanos de adultos o de niños. No hay evidencia de lugares destinados a la producción especializada de un bien en particular, ni tampoco se han encontrado en la excavación de contextos habitacionales y mortuorios una significativa presencia de bienes de prestigio.
- La circulación se realizaba por los senderos sobreelevados, aprovechando los anchos muros, pasando por entre la mayoría de las estructuras, la mayoría de ellas no techadas de acuerdo con estudios arquitectónicos realizados (Gifford 2003:242).

Si tenemos en cuenta que los grandes patios no techados fueron loci de una gran variedad de actividades cotidianas (cocina, molienda, producción de objetos, etc.), es posible pensar en una visibilidad cotidiana de las actividades domésticas de los habitantes del mismo sitio, donde la privacidad o la separación no eran privilegiadas.

- Otro dato importante, que se extrajo del análisis superficial y de los registros de excavación de los sitios, es la baja frecuencia de elementos foráneos como la obsidiana o cerámica decorada con estilos no locales. Esto puede ser una evidencia del poco desarrollo de las relaciones de intercambio en esta región del NOA en este momento histórico. Si tenemos en cuenta que otros investigadores han propuesto que el intercambio dio oportunidades para el surgimiento de una elite que controlaba el comercio y la circulación de bienes foráneos, y por lo tanto fue una de las circunstancias principales para el surgimiento de la desigualdad social (Tarragó 2000, Nielsen 1996), su escasa presencia en el registro arqueológico del Valle Calchaquí Norte descarta su potencial rol de marcador social para los grupos que manejaban su circulación.
- No hay evidencia de almacenaje centralizado, ni tampoco de movilización, control y administración de la producción de bienes primarios o de la apropiación de la producción excedente que podría haber servido para financiar y asegurar la posición de las elites y sus instituciones. El almacenamiento fue una actividad desarrollada a nivel doméstico, en pequeñas estructuras de piedra, en pozos pircados o en ollas (González y Díaz 1992; Tarragó 1977), dentro de los complejos residenciales.

Dentro de esta mirada del mundo doméstico y cotidiano de los pobladores prehispánicos del Valle Calchaquí Norte, a partir de los resultados obtenidos en nuestras investigaciones, nos permiten pensar en que la norma del habitar en un poblado del Tardío era la *redundancia material, la articulación e integración*. Esta redundancia es el sustrato que recorre a todas las observaciones emprendidas: todos residían en casas de arquitectura y diseño similares, empleaban y consumían los mismos tipos de bienes, decoraban sus objetos con los mismos motivos, y enterraban a sus muertos en tumbas y vasijas de iguales características, sin existir tampoco marcadas diferencias en los objetos ofrendados. Los

residentes de los poblados conglomerados bajo estudio no habitaban un paisaje fragmentado y jerarquizado, sino todo lo contrario, las experiencias cotidianas estimulaban un sentido de semejanza y unidad dentro de la comunidad.

El estudio de las prácticas mortuorias para la comprensión de la vida social

¿Cómo han sido tomadas las prácticas mortuorias de infantes en vasijas dentro de este contexto? Como se mencionó en el capítulo anterior, existe en la arqueología un déficit relacionado con las tumbas de niños. La arqueología del NOA no escapa a este panorama. El tipo de práctica relacionada con las inhumaciones de niños en esta región ha sido generalmente descuidada, tratándola como parte del universo de las personas adultas (Tarragó 1994) o considerando su continente cerámico por separado. Esto último se relaciona con los abundantes trabajos que existen sobre las urnas decoradas de diversos estilos (Santamarianos, Loma Rica, Belén, etc.) (e.g. Baldini 1980; Caviglia 1985; Marchegiani 2008, Nasti 2008). Estos trabajos mencionan los usos de las vasijas en contextos mortuorios, sin introducirse en el universo de la funebria.

Pese a estas críticas, se destacan las investigaciones producidas por Norma Ratto *et al.* (2007) y la serie de trabajos emprendidos por Lidia Baldini e Inés Baffi (Baffi *el. at* 2001; Baldini y Baffi 2003, 2007a, 2007b) sobre entierros de infantes en contenedores cerámicos. Puntualmente, en el primer trabajo (Ratto *et al.* 2007) se establece desde un principio la importancia del hallazgo, el entierro en urna del bebé de La Troya (Tinogasta, Catamarca, Argentina), por contar con la información del contexto arqueológico. Esto se relaciona con la pérdida de este tipo de hallazgos producida, entre otras cosas, por los saqueos y los daños causados por las excavaciones asistemáticas desarrolladas durante largos años enfocadas en contextos mortuorios (Ratto *et al.* 2007). En tanto, Lidia Baldini e Inés Baffi han presentado una serie de trabajos en los últimos años llamando a la reflexión sobre el registro arqueológico relacionado con el entierro de niños en vasijas, y sobre las motivaciones y las prácticas sociales relacionadas con ellos (Baffi *el. at* 2001; Baldini y Baffi 2003, 2007a, 2007b). Las autoras han profundizado sobre todo en los enterramientos

de subadultos realizados dentro de “vasijas de uso doméstico en sitios tardíos” en la zona del Valle Calchaquí (Baldini y Baffi 2007b). No han considerado los hallazgos en urnas decoradas del tipo santamariano.

Su trabajo inicial en la temática fue disparado por el hallazgo, dentro de una excavación de rescate, de un entierro de infante en una urna globular del tipo negra tosca peinada en el sitio Ruiz de los Llanos (SSalCac 10) (Baffi *et al.* 2001). Al estos datos integraron los datos procedentes de los sitios La Paya, Kipón, Tero y el Churcal (Baldini y Baffi 2006, 2007b). Las autoras proponen que este tipo de vasijas globulares fueron utilizadas previamente para otro tipo de actividades y luego para el entierro de niños. Si bien la propuesta es interesante, el uso anterior de los contenedores cerámicos es asumido pero no demostrado, tanto por Ambrosetti (1907), Díaz (1978-84) y Baldini y Baffi (2007). La presencia de hollín en las paredes externas es la evidencia más fuerte para establecer un uso previo y por encontrarse, en algunos casos, en el interior de recintos dentro de los poblados conglomerados (Baldini y Baffi 2003, 2007a).

Otro punto importante, que se retomará más adelante, es el mencionado por las autoras sobre la presencia de ceniza en los fondos de las ollas, al igual que se han encontrado asociados a entierros de adultos. Este rasgo de los contextos mortuorios, conocido desde los primeros trabajos en la zona, es interpretado como parte del ritual mortuario (Ambrosetti 1907; Baffi y Baldini 2003) en el que los cuerpos habrían sido depositados sobre las cenizas aún calientes de la quema de algunos vegetales (Baldini y Baffi 2007a). Tanto este último rasgo como la caracterización de los contenedores serán tenidos en cuenta a la hora de avanzar en esta investigación, ampliándose la evidencia para sostener las interpretaciones realizadas por los investigadores mencionados o para refutarlas, en el caso de ser necesario.

Otro punto que debemos considerar en la discusión e importancia del registro analizado es la prolongación histórica de este tipo de práctica mortuoria para infantes desde el asentamiento de las primeras poblaciones agrícolas de organización aldeana en el valle (Albeck 1999; DeMarrais 2001a, Tarragó y Di Lorenzi 1976), conocido como el Período

Formativo (200 AC – 950 DC). Si bien se sostiene que el culto a los muertos era más sencillo por la falta de decoración de las urnas en los momentos más tempranos (Tarragó 1980), salvo por la utilización de urnas santamarianas para el entierro de niños momentos tardíos, no ha existido un cambio sustancial en las inhumaciones en cuanto a el acompañamiento funerario, los contenedores cerámicos, ni los lugares de entierro (Díaz 1978-84; Tarragó 1980, 1996) como los que se observan para momentos tardíos (ver *supra*). La evidencia plantea una continuidad en las prácticas mortuorias de niños en vasijas desde el Formativo hasta la llegada del inca (Díaz 1984-78; Tarragó *et al.* 1979, Tarragó 1996), a pesar de los cambios sociales que surgieron en cada momento (Tarragó 1980; DeMarrais 2001a). Por lo tanto, no deberíamos entender estas prácticas como simples reflejos de una organización social mayor, sino contextualizar a la experiencia de la muerte y las tumbas dentro de la vida social de estas comunidades, con significados propios que pueden o no conectarse con otros ámbitos de la sociedad. Debemos, en este sentido, comprender cuál era la naturaleza de las prácticas mortuorias de niños para luego explorar cómo se articulaban los enterratorios con otras esferas de la vida de las poblaciones del Período Tardío.

En conclusión, dentro del contexto descrito, esta investigación se propone analizar la naturaleza de las prácticas mortuorias de niños, como un aporte a la comprensión de las prácticas, relaciones y experiencias intersubjetivas de las poblaciones calchaquíes tardías. De esta manera, estudiando a la práctica en sí misma a través de su materialidad, y evaluando su articulación con otras prácticas sociales, se pretende un alejamiento de las posturas, en el que se insertan la gran mayoría de los trabajos arqueológicos de la región, donde el estudio de la funebria de niños ha sido descuidado, salvo las excepciones mencionadas. Es decir, la propuesta es no tomar a las tumbas como un hecho aislado, como evidencia directa para el análisis estructural del sistema social mayor, sino explorar cómo se articulaban los enterratorios con otras esferas de la vida de estas poblaciones a través de las posibles representaciones y categorías sociales interrelacionadas y construidas en la práctica.

Capítulo 4

La muestra

En el Valle Calchaquí Norte se han documentado numerosos hallazgos (Ambrosetti 1907, Díaz 1978-1984, González y Díaz 1992) de entierro de niños en contenedores cerámicos. Según la evidencia arqueológica, durante el Período Tardío (900-1470 DC) las tumbas de infantes se realizaron en el interior de vasijas, decoradas (urnas santamarianas y urnas santamarianas tres cinturas) o del tipo utilitario (vasijas globulares). Estos enterratorios se encuentran actualmente diseminados en el interior de los sitios conglomerados y por fuera de estos, por ejemplo en áreas de cementerio (Ambrosetti 1907).

De estos hallazgos se destacan en la zona de estudio los realizados por Juan Bautista Ambrosetti (1907) en La Paya (SSalCac 1), Salvador Debenedetti (1908) en Kipón (SSalCac 3), Pío Pablo Díaz (1978-84, 1981; Tarragó *et al.* 1979) y colaboradores en Tero (SSalCac 14) y La Paya, y en el sitio Ruiz de los Llanos (SSalCac 10), por Lidia Baldini e Inés Baffi (Baldini *et al.* 2001). Pero más allá de los cuantiosos hallazgos realizados, son muy pocos los trabajos específicos dedicados a estos contextos en particular (Baffi *et al.* 2001; Baldini y Baffi 2003, 2007a, 2007b, DeMarrais 2001b).

La muestra de enterratorios de infantes que se analizaron en esta investigación suma un total de 75. De éstos, 28 corresponden a los sitios La Paya: 20 son producto de los trabajos realizados a principios del siglo XX por Juan Bautista Ambrosetti (1907) y ocho corresponden a las excavaciones de realizadas por Pío Pablo Díaz (1981). Al sitio Kipón le corresponden cinco enterratorios (Debenedetti (1908). Del sitio Ruiz de los Llanos se tomó en cuenta el rescate de una vasijas tosca con restos humanos (Baffi *et al.* 2001). También se incluyen en la muestra los 36 hallazgos realizados por el mismo Díaz (1978-84, 1976, 1990; Tarragó *et al.* 1979) en el sitio Tero. Por último, las cinco urnas halladas por nuestro equipo en el sitio Mariscal. Es importante, antes de pasar al análisis, aclarar los problemas existentes con la muestra ya que limitaron la posibilidad de desarrollar o profundizar algunas de las interpretaciones

Tanto en La Paya como en Tero hay evidencia de ocupación en momentos previos y posteriores al arribo de los incas a la zona. Teniendo esto en cuenta, fueron consideradas aquellas tumbas no asociadas a elementos de filiación imperial. Observamos sólo tres casos: el Hallazgo 71 de La Paya (Ambrosetti 1907) y los entierros (E) E45 y E52 de Tero (Díaz 1978-84). El primero se trata de una cista con dos adultos y una urna en su interior. Acompañando los cuerpos de los adultos se halló un plato con apéndice ornitomorfo, típicamente incaico. El E52 se encontró un fragmento de otro plato asociado directamente con la tapa de la urna. Y el E45 se realizó dentro de una olla globular decorada con una tapa de laja asociada a un plato ornitomorfo. Estas tumbas se encontraron asociadas directamente a elementos de filiación incaica, pero no incorporaron estos elementos en la estructura del entierro. Sin embargo, se dejaron fuera de la muestra y se mantuvieron sólo aquellas tumbas sin asociación con elementos incaicos, ya sea directa o indirectamente.

Para estudiar la localización se empleó la descripción provista por los informes arqueológicos realizados por Díaz (1978-84, 1981), Ambrosetti (1907) y Debenedetti (1908), así como también la información proveniente de nuestro propio trabajo de campo. Debemos mencionar, sin embargo, el posible sesgo en relación con esta variable al incorporar sólo información de trabajos realizados dentro y en los alrededores de los poblados conglomerados y no hallazgos de tumbas aisladas. Si bien son conocidos en la bibliografía del NOA el hallazgo de entierros de niños en urnas en lugares aislados (e. g. Ratto *et al.* 2002), en nuestro caso no contamos con este tipo de información, aunque no descartamos su existencia en la zona. Tampoco pudo determinarse en muchos casos si las estructuras en las que se ubicaron varios hallazgos se trataban de patios o habitaciones por la falta de datos, como las dimensiones de los recintos. En el caso de los hallazgos de La Paya realizados por Ambrosetti (1907), sólo contamos para reconstruir la ubicación de las tumbas con la mención “las exploraciones dentro del perímetro de la ciudad” y algunos comentarios realizados por el autor.

Relacionado con el tipo de entierros, la generalidad nos habla de la utilización de vasijas para el alojamiento de los cuerpos de infantes. Sin embargo, hay dos casos en la muestra

que son considerados como entierros directos por el excavador: el E1 y E6 de La Paya, hallados cubiertos por grandes fragmentos de ollas de cerámica. El uso de grandes fragmentos de vasijas como los de estos ejemplos continúa, según mi criterio, en la misma sintonía que aquellos entierros en vasijas enteras o en aquellas formadas por fragmentos de varias, como por ejemplo el E3 de La Paya (Díaz 1978-84, 1981). Por lo tanto, ambos, el E1 y E6 de La Paya, son incluidos dentro de la muestra, siendo cuantificados como el resto de los hallazgos.

En relación con los tipos de contenedores se tuvieron en cuenta las formas y estilos considerados y definidos en los informes. Estos son ampliamente conocidos, por lo que no generó ambigüedad en la interpretación. Los tipos de vasijas observadas son: urnas del tipo santamariano, urnas tres cinturas del tipo santamariano, ollas globulares decoradas y vasijas semiglobulares del tipo utilitario. Estas últimas son descritas de múltiples maneras en la bibliografía (ollas negras, de cocina u ordinarias, debido al hollín que presentan en la superficie externa), en este trabajo serán tratadas como vasijas globulares toscas.

En el Museo Arqueológico Pío Pablo Díaz³, se tuvo acceso a las vasijas de enterratorios de los sitios La Paya y Tero excavados por Díaz y a las de Mariscal trabajados por nuestro equipo. Estas vasijas observadas suman un total de 34 dentro de la muestra general de entierros (N 75). Obtuvimos de éstas datos relacionados con formas, tipos de decoración, medidas y posibles huellas de uso (e. g. hollín, marcas interiores). El estado de conservación es bueno y la mayoría se encuentran parcialmente enteras. Las excavadas por Díaz fueron lavadas con agua corriente en el mismo laboratorio del museo, como se aclara en el inventario de la institución. Sólo el material de Mariscal no fue sometido a este tratamiento. Esta aclaración es importante, porque si bien no afecta los posibles análisis químicos, puede alterar la obtención de algún componente (Ribotta 2003).

Fueron realizados siete análisis químicos provenientes de diferentes vasijas. No pudieron ser analizadas las 34 vasijas observadas por ser exámenes realmente costosos. Sin embargo, considero que la muestra analizada nos permite aproximarnos, a través de la detección de

³ Localidad de Cachi, provincia de Salta, Argentina.

los residuos, a los recursos que las vasijas contuvieron en el pasado. Los análisis se realizaron por medio de la técnica de cromatografía de gases acoplada a espectrometría de masas (CG-EM) utilizando ésteres metílicos. El uso de ésteres metílicos puede presentar una serie de problemas al destruir el perfil lipídico completo (Vizcaíno 2010, *comunicación personal*), desapareciendo los mono, di, y triacilgliceroles, etc. De esta forma se complica la detección de algunas especies. Aún es así, como se verá en el análisis de la *Parte II del Capítulo 5*, pudieron identificarse recursos de origen vegetal y animal.

Otro dato a tener en cuenta para la elección de la muestra de contenedores cerámicos es que, a pesar de tener el Museo Arqueológico de Cachi un inventario preciso, las siglas de algunas vasijas se perdieron o borraron. Por esto se tomaron para el análisis aquellas que fueron ubicadas y tienen información contextual precisa, reduciendo considerablemente el universo de la muestra. Las vasijas de La Paya descritas por Ambrosetti (1907) no pudieron ser observadas al no encontrarse accesibles dentro del depósito del Museo Etnográfico Juan Bautista Ambrosetti,⁴ o por encontrarse fuera del país, producto de intercambios con otros museos del mundo.

En el caso del estudio de los objetos utilizados como acompañamiento de los cuerpos, se emplearon las descripciones realizadas por los investigadores, complementando con el análisis directo de varias de las piezas alojadas en el Museo Etnográfico y en el Museo Arqueológico de Cachi. Sin embargo, es importante aclarar, al igual que en el caso de los contenedores cerámicos, que prácticamente la mitad de los artefactos recuperados por Ambrosetti fueron intercambiados con otros museos.

Con respecto al tratamiento de los cuerpos enterrados se empleó la información reportada por cada uno de los investigadores: si los cuerpos estaban articulados o no, completos o no, y el número de individuos detectados. Es importante mencionar que en el caso de las inhumaciones encontradas por Ambrosetti (1907) y Debenedetti (1908) los restos osteológicos no fueron conservados. Debemos contemplar esto como producto de las consideraciones de la época relacionadas con los trabajos de campo, sin la meticulosidad

⁴ Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

utilizada actualmente y la poca relevancia dada a los restos humanos para la obtención de información; junto con la fragilidad del material y la mala conservación que ofrecen las condiciones del valle. Contamos, sin embargo, con la posibilidad de analizar nuestros propios hallazgos (N 8) y el acceso a los realizados por Díaz en La Paya (N 1) y Tero (N 9), depositados en el Museo Arqueológico de Cachi. A esta muestra se sumó la información del hallazgo realizado por Baffi y Baldini (Baffi *et al.* 2001) en Ruiz de los Llanos. La información considerada en esta sección se encuentra presente de forma parcial dentro de la muestra general de 75 entierros. Las variables consideradas no cuentan con información de todos los entierros, sino que los datos varían según la tumba y diferencias en el relevamiento de los datos. Por ejemplo, se cuenta con la cantidad de cuerpos presentes en 68 de las 75 tumbas. A esta falencia responden las variaciones de los totales analizadas en cada variable. En relación a los cuerpos individualizados con información sobre su posición, orientación, composición, tratamiento: de los 75 enterratorios sólo pudieron individualizarse 62 cadáveres correspondientes a 57 tumbas. La información también es fragmentaria, es decir, no todos los cuerpos tienen registros para cada variable.

Capítulo 5

Las tumbas de niños en vasijas

Como se describe en la introducción de esta tesis, el objetivo principal de este trabajo es analizar la naturaleza de las prácticas funerarias de niños durante el Período Tardío (900-1470 DC) del Valle Calchaquí Norte. Como se mencionó, este trabajo se fundamenta sobre tres vectores que articulan las variables a través de las cuales se analizan las prácticas mortuorias. Estos son: La muerte y la tumba 1) como una práctica, 2) como una forma de representación, y 3) como una forma de categorización. Estas líneas serán empleadas para trabajar sobre el registro arqueológico de los hallazgos de subadultos y sus contextos de aparición en sitios adscriptos al Período Tardío en la zona de estudio.

En este capítulo se tratarán una serie de indicadores presentes en la evidencia arqueológica relacionada con la unidad de análisis seleccionada: el entierro de infantes en el Valle Calchaquí Norte. Para tratar al entierro de niños como una práctica se tomarán: la localización de las tumbas y la posibilidad de reapertura de las mismas. Para el segundo vector, el de la tumba como representación, se analizarán: los contenedores cerámicos utilizados, los objetos depositados en su interior y los restos humanos inhumados. Por último, para el tercer vector, el de la tumba como forma de categorización, se analizarán las asociaciones espaciales y materiales que la evidencia analizada presenta en los contextos arqueológicos, la relación con las tumbas de adultos y los hallazgos de subadultos mayores a los analizados.

Capítulo 5- Parte I

Análisis

La muerte y la tumba como práctica

En esta sección se presenta la evidencia para discutir las prácticas funebrias de infantes materializadas en las tumbas en contenedores cerámicos. Considero que los datos provenientes de la localización y las posibilidades de reapertura de los contenedores donde fueron inhumados los restos humanos me permitirán evaluar la dinámica y el tipo de relaciones sociales establecida entre los vivos y los muertos a través de sus relaciones físicas, tanto durante el momento del ritual funerario como a lo largo del tiempo, una vez concretada la tumba.

Localización

El estudio de patrones en la localización ofrece pistas sobre la relación con los muertos durante su entierro y a lo largo del tiempo. Así, los datos surgidos del análisis de la localización de los entierros permitieron discutir la posibilidad que ofrecieron los emplazamientos de las tumbas a la participación del ritual mortuorio y al posterior acceso a éstas. Si el espacio elegido es, por ejemplo, el de un patio, donde las actividades cotidianas realizadas fueron compartidas por varios miembros de la comunidad, podemos pensar que este espacio permitió la participación de un grupo medianamente amplio de personas durante la inhumación de los restos. Asimismo, el lugar seleccionado para la ubicación de los entierros habría facilitado su acceso cotidiano una vez que el ritual se hubiese consumado. Estas consideraciones no serán las mismas en un espacio restringido, de menor acceso o en un espacio público, como una senda de circulación, con amplio acceso. Estas son las ideas que se discutirán en el *Capítulo 6* con la integración de los datos.

Los poblados tardíos del Valle Calchaquí Norte

Los poblados conglomerados correspondientes al Período Tardío (900-1470 DC) del Valle Calchaquí Norte están emplazados, en su mayoría, en el fondo del valle sobre las primeras terrazas del río. Los sitios se encuentran en las cercanías de las áreas más fértiles del valle, asociadas a zonas de cultivo (Baldini 2007). Estos se caracterizan por estar compuestos por múltiples recintos semisubterráneos, de tamaños variables, adosados entre sí por muros compartidos siguiendo un patrón celular. Los muros, por lo general, son de pirca doble con relleno. Algunos de ellos son parte del revestimiento de los perfiles expuestos en la excavación de los pozos donde se construyeron las estructuras. El material sobrante de las excavaciones de las estructuras fue utilizado para construir las vías de circulación y los montículos que las articulan. Los montículos, en este sentido, funcionan como nodos de las sendas que recorren los sitios, actuando como bisagras entre sectores diferentes dentro del mismo poblado.

Las estructuras observables en los sitios se pueden clasificar en techados y no techados. Esta diferencia, si bien no es determinante por la poca evidencia de techos en excavación, se establece a partir de las dimensiones de los recintos (Gifford 2003:242). Dentro de los sitios, y particularmente dentro de los recintos, se registran una serie de actividades básicas relacionadas con tareas domésticas y de subsistencia. Estas son: procesamiento, almacenamiento, cocción y consumo de alimentos y bebidas; producción de variados artefactos, tal como cerámica, instrumentos líticos, textiles y metalurgia (Acuto *et al.* 2008) (Ver Tablas 7 y 8 Parte III del Capítulo 5). Es dentro de estos contextos donde se han encontrado los hallazgos analizados en esta investigación: los entierros de infantes. La propuesta es analizar la frecuencia con la que se presentan las tumbas en ubicaciones definidas tanto dentro como fuera de los sitios, con el fin de establecer los criterios de selección utilizados para la inhumación de los cuerpos de los niños.

A continuación se presentará una breve descripción de los sitios trabajados en esta investigación, profundizando sobre los espacios donde se realizaron los hallazgos de los enterramientos de niños en los casos donde la información está actualmente disponible.

La Paya (SSalCac 1)

Este sitio se encuentra ubicado a 10 km del actual pueblo de Cachi, en la entrada de la quebrada de La Paya (Figura 2), en la confluencia de ésta con el río Calchaquí. El sitio, de gran relevancia dentro de la historia de la arqueología argentina, fue excavado por Juan Bautista Ambrosetti entre 1906 y 1907. También se destacan en esta investigación los trabajos de rescate encarados en 1981 por el entonces director del Museo Arqueológico de Cachi, el Sr. Pío Pablo Díaz. Este investigador realizó excavaciones sobre unos terrenos del sitio destinados a la expansión de la capilla que actualmente se encuentra emplazada sobre él (Díaz 1981; Baldini 1980).



Figura 2: Extraído de Ambrosetti (1907)

El poblado prehispánico de La Paya ocupa actualmente seis hectáreas (Baldini y Baffi 2007b) compuestas por recintos agrupados según un patrón celular, de plantas subrectangulares de tamaños irregulares, con un N de 566 estructuras (Alfaro de Lanzone 1985) (Figura 3). Todas las estructuras son residenciales: no hay evidencias de edificios administrativos, ni de uso ritual o monumentos. El sitio se encuentra surcado por vías de circulación sobreelevadas que articulan y sectorizan en conjuntos a las estructuras. El poblado se encuentra delimitado por una extensa muralla de roca. También se observan algunas estructuras por fuera de esta muralla, aunque en un número menor (Alfaro de Lanzone 1985). Continua al poblado, en la parte Oeste, se encuentra la "Necrópolis"

(Ambrosetti 1907), una área de cementerio integrada con algunas estructuras en muy mal estado de conservación.

La información sobre la localización de los entierros de infantes provista por las investigaciones realizadas en estos sitios no siempre es completa (Ambrosetti 1907; Debenedetti 1908; Díaz 1978-84, 1981). No obstante, hay datos que nos permiten reconstruir el registro arqueológico.

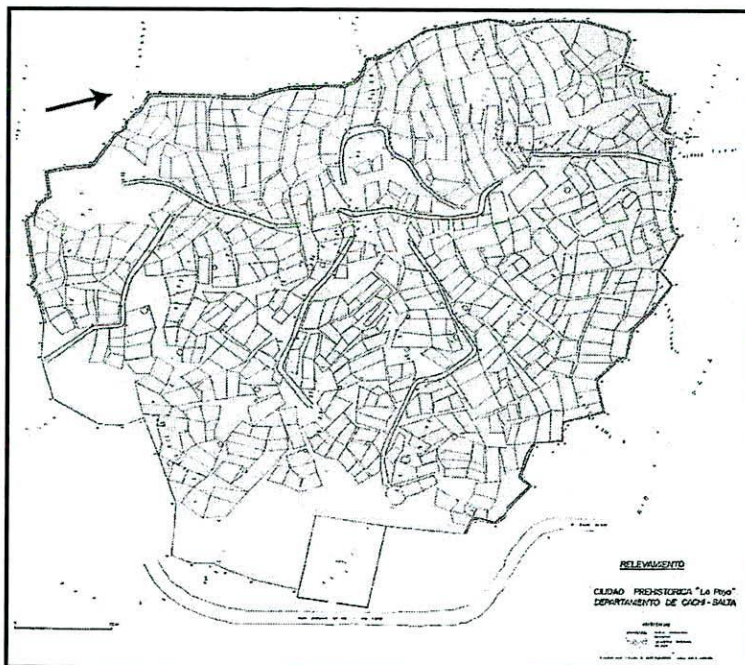


Figura 3: La Paya. Extraído de Alfaro de Lanzone (1985)

Ambrosetti (1907) trabajó en la Primera Expedición dentro del perímetro de la “Ciudad”, excavando en la segunda etapa, para evitar problemas con los pobladores locales, el sector que llama “Necrópolis” y del “otro lado del río”. La información sobre la localización de las tumbas que brinda es fragmentaria. Este investigador comenta:

“Respecto a la ubicación de las tumbas podemos adelantar que algunas pocas se hallaron en ángulos de casas... pero la generalidad se hallaron ya solas ó de á dos ó tres en las esquinas de algún grupo de habitaciones, pero del lado externo, muchas otras se descubrieron en el plan de las calles propiamente dichas, es decir, dentro de esas fajas angostas y largas de terreno...” (Ambrosetti 1907:83-84)

Esto se corresponde, como veremos, con la localización de urnas funerarias en otros sitios de mismo período: dentro de las estructuras, cercanas a los muros, o por fuera de las mismas, en las sendas sobreelevadas.

Mejor información sobre la ubicación de las tumbas de infantes en La Paya nos provee Díaz a partir de sus excavaciones sistemáticas y parciales realizadas en nueve recintos ubicados en el sector Sudeste del sitio (Díaz 1981). De las libretas de campo (Díaz 1978-84; 1981) de Tero y La Paya se ha podido extraer información para complementar los croquis de las estructuras que el mismo investigador dejó bosquejados. Los croquis no cuentan con escala, pero en este caso éstas no son imprescindibles ya que igualmente nos permiten tener una aproximación a la localización de los enterratorios. Se reconstruyeron de La Paya a partir de esta información un total de siete recintos (R), de R1 a R7.

Los enterratorios excavados por Días (indicados con la letra E) se encuentran ubicados tanto en recintos de grandes dimensiones, a los que podríamos considerar patios o espacios parcialmente techados; como también en espacios de tamaño menor y acceso restringido, como el R2 (*Figura 4*). En el caso del R6 de La Paya (*Figura 5*) podemos observar el emplazamiento del entierro (E10) asociado a entierros de adultos (E8 y E9) dentro de un mismo recinto. Todos los enterratorios se encontraron a escasos centímetros de los muros delimitantes de las estructuras (*Figuras 6 y 7*).

En conclusión, los entierros de infantes en vasijas asociados a La Paya según los registros trabajados (Ambrosetti 1907; Díaz 1981) son 28, ubicados:

- En el interior de las estructuras se han contabilizado 14 tumbas.
- En el área de cementerio se hallaron 11 tumbas.
- Dentro del poblado conglomerado, pero por fuera de los recintos habitacionales, sólo tres tumbas.

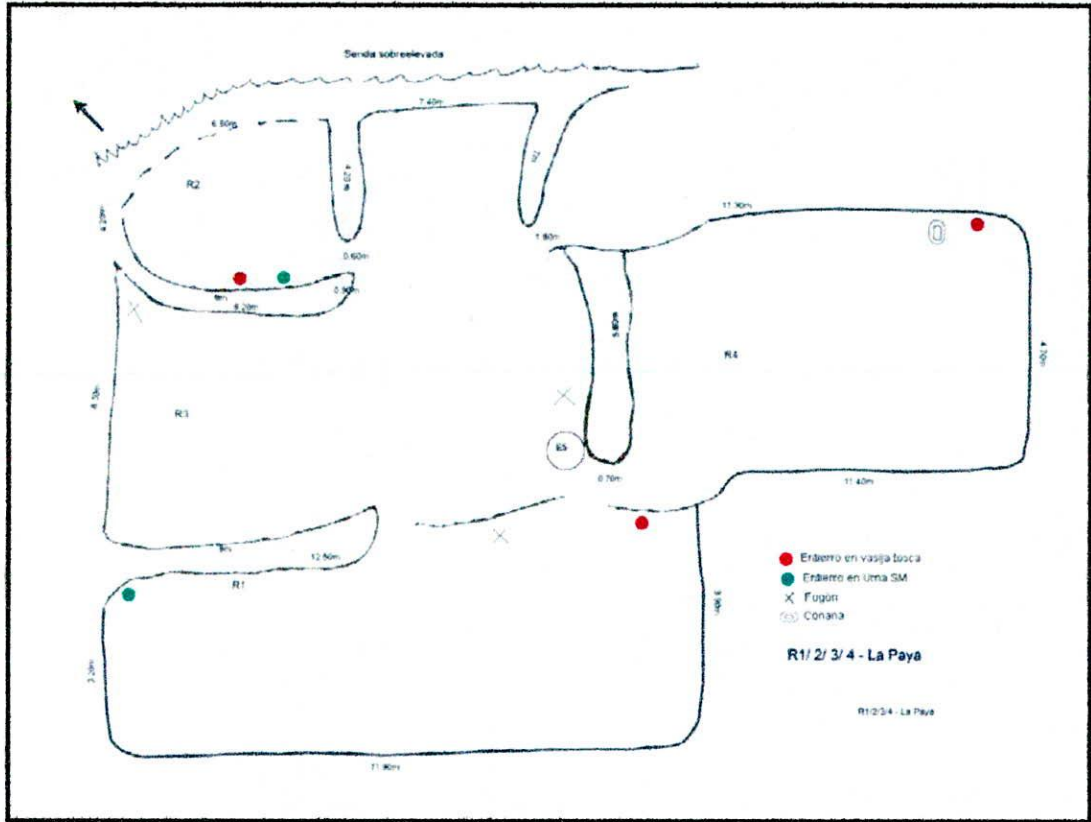


Figura 4: croquis extraído de Díaz (1981) en el que se observan la articulación de los recintos: R1, R2, R3 y R4.

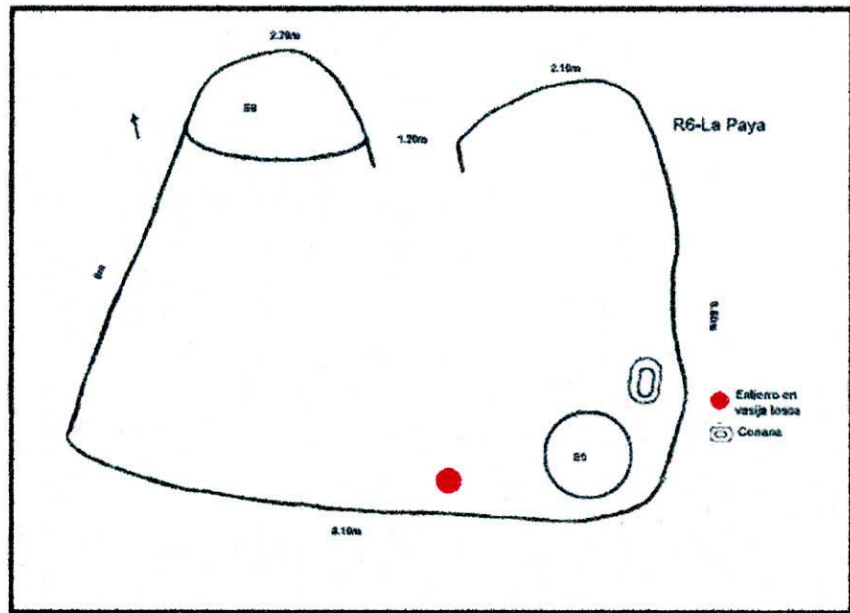
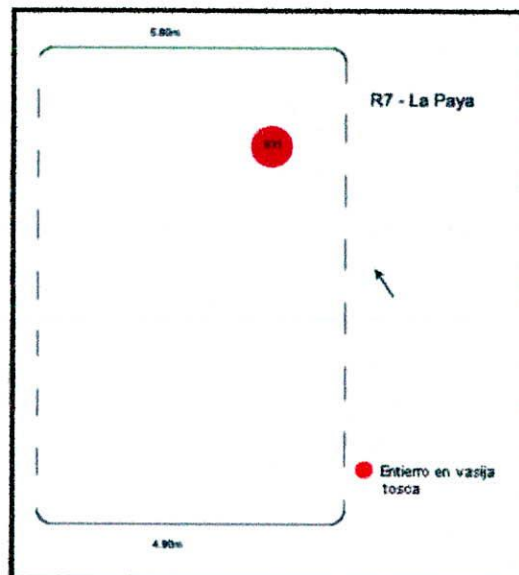
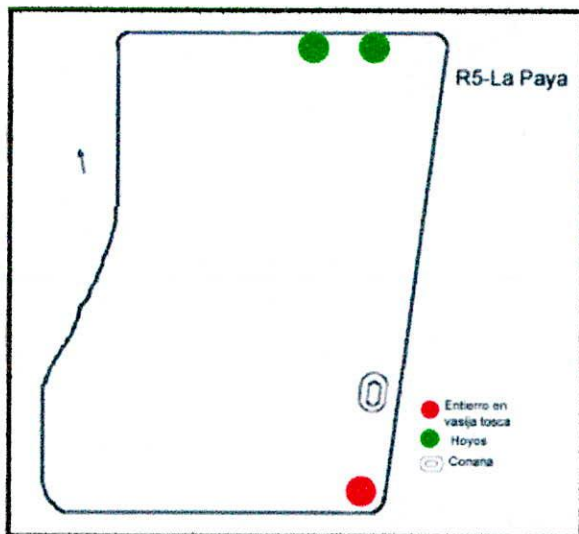


Figura 5: croquis extraído y modificado de Díaz (1981) en el que se observa el R6 y los entierros E8, E9 y E10.



Figuras 6 y 7: Croquis tomados y modificados de Díaz (1981). En las libretas de campo no se aclaran las dimensiones de los recintos

Kipón (SSalCac 3)

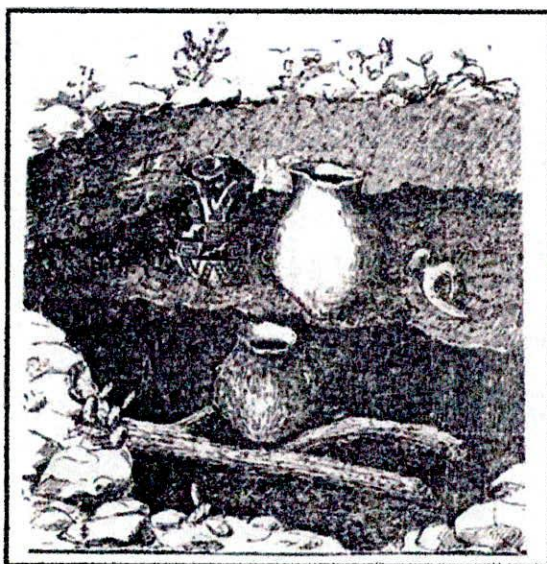


Figura 8: Contexto del Hallazgo 9. Extraído de Debenedetti (1908)

Mientras Ambrosetti se realizaban sus trabajos en La Paya, Debenedetti (1908) hacia el suyo en el sitio Kipón, a aproximadamente 5 Km. al norte de la actual localidad de Cachi. El sitio, ubicado en la primera terraza del río Calchaquí sobre la margen izquierda, ya a principios del siglo XX se encontraba en un muy mal estado de conservación. Actualmente sólo puede reconocerse su pasada existencia por las hondonadas de aquellos que alguna vez fueron recintos semisubterráneos.

Son 13 los entierros contabilizados y descritos por Debenedetti (1908) compuestos por tumbas en cistas y urnas. Sólo cinco corresponden a entierros de infantes: el Hallazgo 1, Hallazgo 9 (c y e *Figura 8*), el Hallazgo 10c y el Hallazgo 13. Siguiendo el croquis realizado por el investigador (*Figura 9*), los hallazgos 1 y 9 se encontrarían ubicados dentro del poblado conglomerado, y posiblemente dentro del interior de los recintos. Aunque esto último es muy difícil de determinar por las condiciones de preservación mencionadas. El Hallazgo 10c fue encontrado dentro de una cista, posiblemente ubicado sobre un montículo emplazado dentro del poblado. El hallazgo 13 se encuentra en la periferia del poblado.

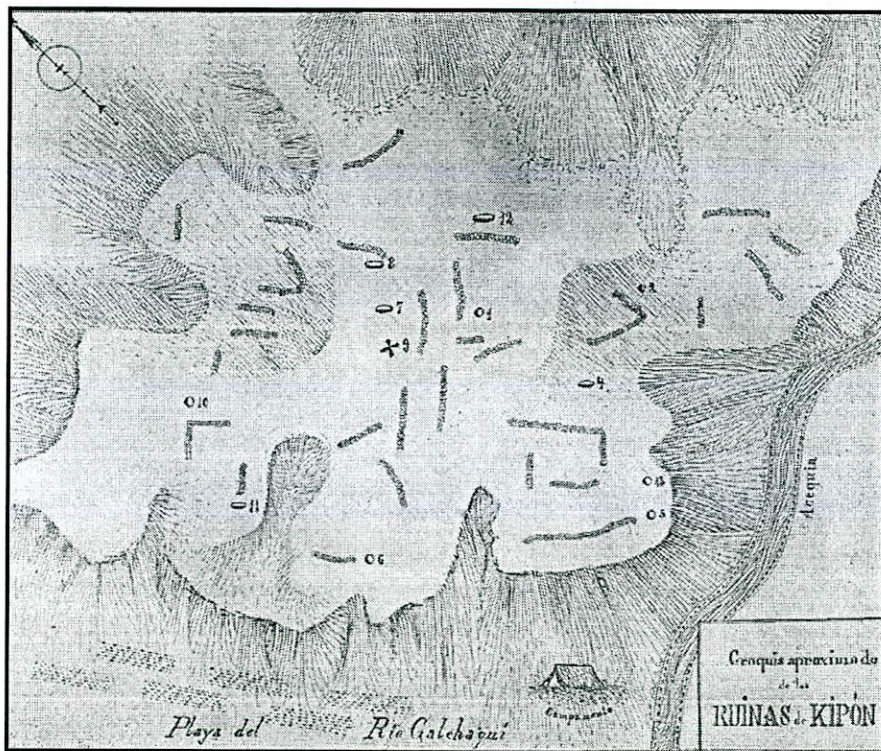


Figura 9: Kipón (Debenedetti 1908)

En conclusión, en Kipón fueron halladas:

- Tres fueron localizados en el interior de los recintos habitacionales, o relacionados a ellos.
- Un entierro fue localizado dentro de una cista ubicada sobre un montículo.
- Por fuera del poblado se encontró sólo un entierro.

Ruiz de los Llanos (SSalCac 10)

Cercano a Kipón se encuentra el sitio Ruiz de los Llanos, a 7 km del actual pueblo de Cachi. Este tiene una buena visibilidad en superficie, pese a encontrarse dividido en dos partes por la actual Ruta Nacional 40, y en malas condiciones de conservación por el emplazamiento de construcciones actuales (casas, huertas, corrales, etc.). Las características espaciales del sitio, según lo observado en nuestras investigaciones, son similares a las de los sitios tardíos de la zona: sectores formados por conjuntos de recintos semisubterráneos separados por sendas sobreelevadas articuladas por estructuras monticulares.

Si bien no se han realizado publicaciones sobre trabajos arqueológicos realizados en el sitio, para esta investigación se considera el rescate realizado por Inés Baffi y Lidia Baldini (Baffi *et al.* 2001) de un entierro dentro de una vasija globular tosca ubicado en “un espacio rodeado por recintos y sectores monticulares” (Baldini y Baffi 2007a:17) sobre un montículo (Baffi *et al.* 2001) (*Figura 10*).

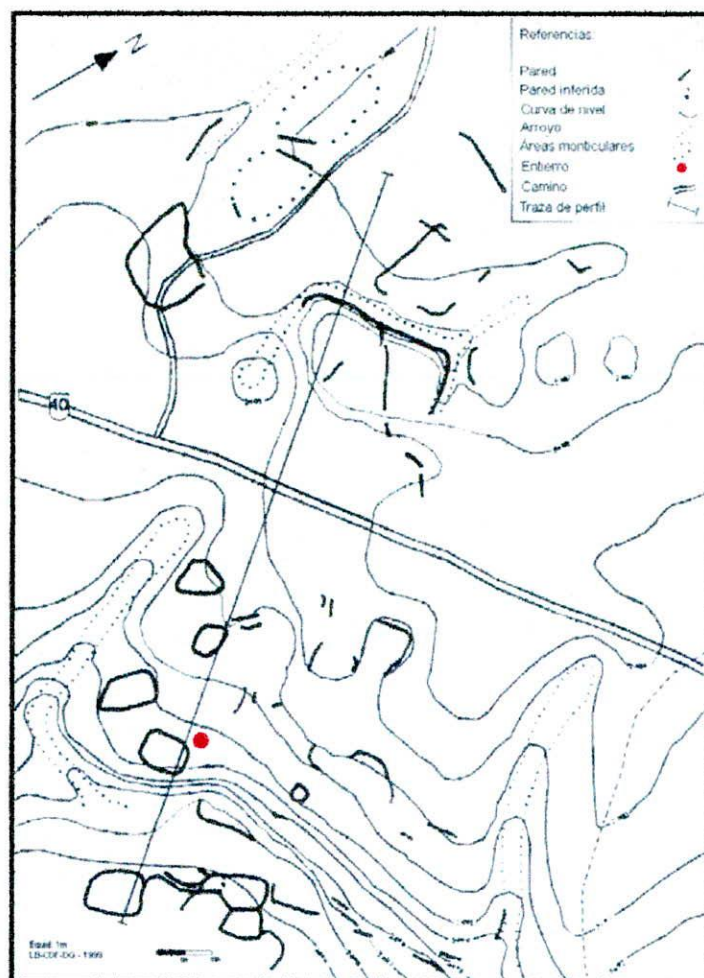


Figura 10: Plano de un sector del sitio Ruiz de los Llanos (SSalCac 10). Extraído y modificado de Baffi *et al.* (2001)

Tero (SSalCac 14)

Tero se encuentra en las inmediaciones de Cachi, hacia el Sudoeste del pueblo, en la margen derecha del río Cachi. El sitio fue sometido a trabajos de rescate en los '70 bajo la amenaza de construcción de un nuevo barrio sobre los terrenos en los se encontraba emplazado. En aquel entonces el conglomerado ocupaba 2,5 hectáreas (Tarragó *et al.* 1979). Estas fueron excavadas en sucesivas etapas, cubriéndose de manera completa el rescate de 25 estructuras debidamente documentadas. Se hallaron en el sitio un total de 59 enterratorios, de los cuales 36 fueron de niños. De éstos, sólo uno fue hallado en un área monticular y los 35 restantes fueron ubicados dentro las estructuras habitacionales.

En los recintos R16 (*Figura 11*) y R24 (*Figura 12*) pueden observarse la localización de los entierros cercanos a los muros en estructuras de tamaño relativamente menor a otras, posiblemente fueron techadas. En el R24 de Tero (*Figura 11*) podemos observar la coexistencia dentro de una misma estructura de seis entierros de niños en vasijas, todos ellos cercanos a los muros. Es interesante agregar que el tipo de acceso corporal a la estructura por medio de un pasillo también restringe el acceso visual a las actividades que pudieron realizarse en su interior.

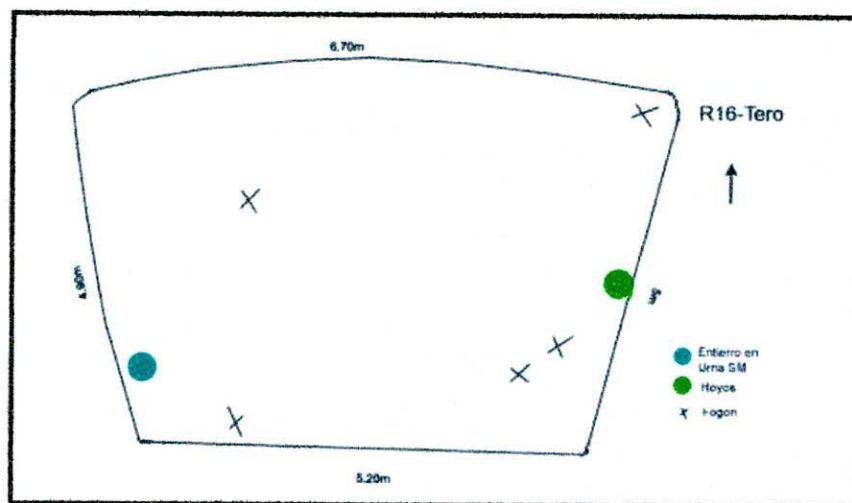


Figura 11: R16 de Tero. Croquis tomado y modificado de Díaz (1978-84).

En los R12 y R22 (*Figura 13 y 14*) observamos nuevamente la correspondencia entre más de un entierro -tres tumbas de niños en contenedor y una cista con tres adultos inhumados- dentro de un recinto al que llamaríamos patio, por el tamaño relativamente mayor al del resto de las estructuras. Pueden notarse la convivencia de más de un tipo de contenedor dentro de un mismo recinto y la presencia de otras estructuras que se discutirán en otras secciones de este mismo capítulo.

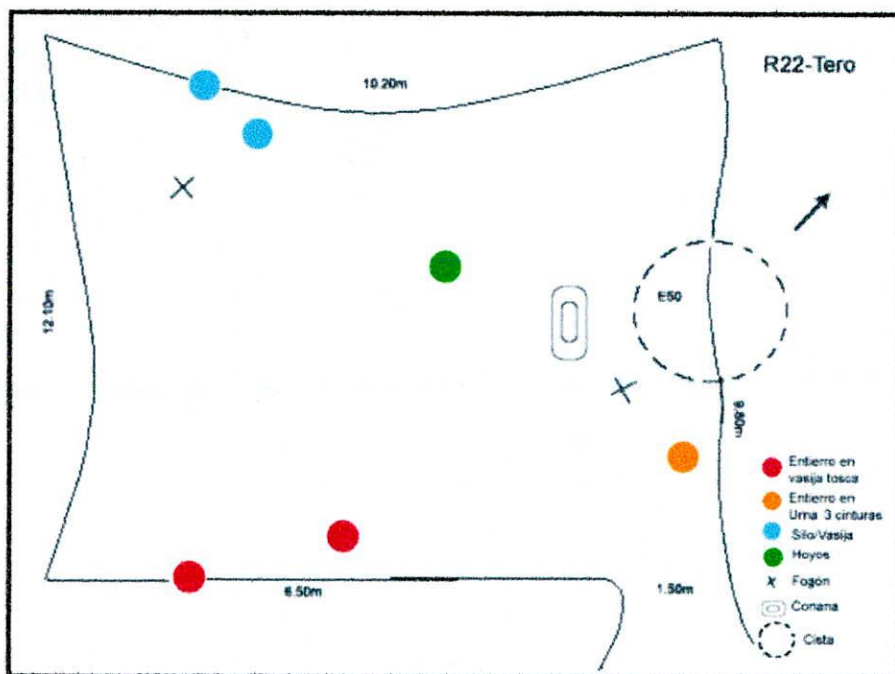
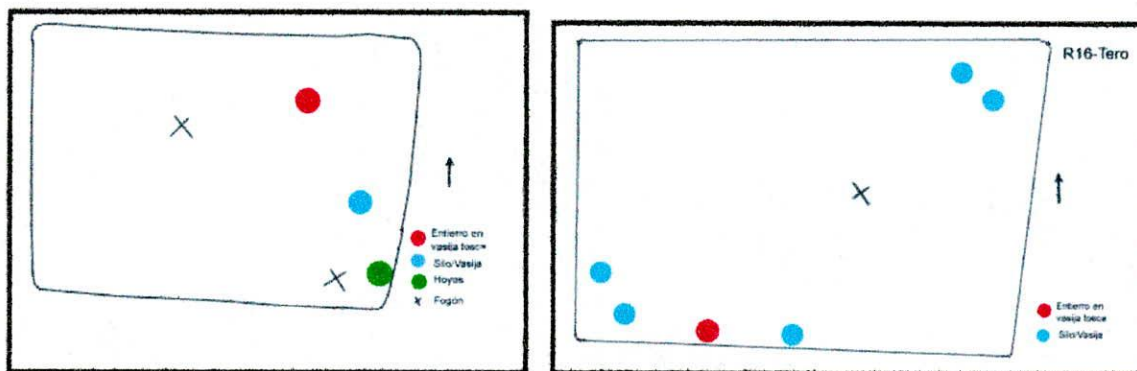


Figura 14: R22 de Tero. Croquis tomado y modificado de Díaz (1978-84). La curvatura de los muros fue ilustrada de esa forma. No es posible determinar si se condice con la realidad.

Para los croquis de R20 (Figura 15) y R25 (Figura 16), no se cuenta con las dimensiones de los recintos. Pese a esto es interesante poder observar en los esquemas la combinación de contenedores, uno en cada ejemplo, con otras estructuras y su localización en el interior de los recintos, contra las paredes o cercanas a estas.



Figuras 15 y 16: en las libretas de campo (Díaz 1978-84) no se aclaran las dimensiones de los recintos

Un dato importante que rescato, siguiendo las condiciones de hallazgo de las tumbas a través de la lectura de las libretas de campo y de nuestras propias investigaciones, es que

los entierros realizados en el interior de los recintos se ubicaron con sus bocas en niveles cercanos a los pisos de ocupación. Los contenedores fueron depositados por debajo del nivel de ocupación, exponiendo sólo las bocas y parte de los cuerpos de estos en la superficie.

Si bien existe un plano del sitio Tero, este nunca se publicó. Por lo tanto, los aportes realizados por los registros de campo de Díaz (1978-84) son de suma importancia para reconstruir los recintos y la ubicación de los entierros en relación a ellos. En total pudieron reconstruir la localización de 16 entierros del interior de seis complejos residenciales (tanto habitaciones como patios) y por los datos obtenidos, otros 19 fueron localizados en el interior de estructuras, sumando un total de 35 entierros. Sólo uno fue ubicado sobre un montículo.

Mariscal (SSalCac 5)

Este sitio, también adyacente al poblado de Cachi, hacia el Este, se encuentra emplazado sobre una de las terrazas del río homónimo. Mariscal es un poblado conglomerado organizado de forma similar al resto de los sitios considerados: áreas monticulares conectadas por sendas sobreelevadas que separan áreas compuestas por estructuras residenciales de diversos tamaños.

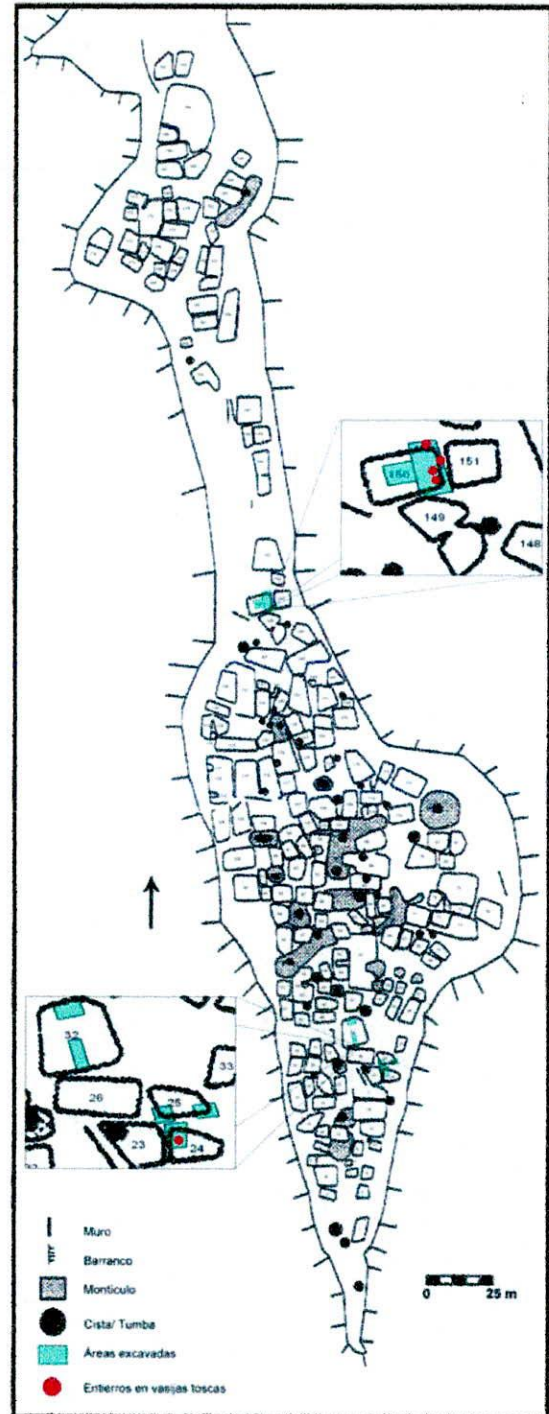


Figura 17: Mariscal (SSalCac 5)

En los trabajos realizados por nuestro equipo de investigación se excavaron parcialmente cuatro estructuras (ver *Figura 17*). Se privilegió la obtención de información de sectores diferentes dentro del poblado que nos facilitara analizar la distribución espacial del material y el tipo de actividades realizadas dentro del asentamiento y la localización de cada una. En estas excavaciones se hallaron cinco vasijas con inhumaciones de niños. Cuatro de éstas fueron localizadas en el interior y exterior de la misma estructura, el R150, y la quinta asociada al R24.

El R150, por sus dimensiones (5,70 m x 6,70 m, aprox.) se estima que en el pasado pudo encontrarse techado. Esta estructura se encuentra ubicada en una zona donde la terraza se estrecha, haciendo del sector un paso obligado de un lado y del otro del poblado. Existe en el sitio una senda que lo corre de Norte a Sur por la barranca Oeste. Este sendero se encuentra inmediatamente continuo al muro Oeste del R150. Dentro de este se encontraron dos vasijas toscas globulares (O1 y O3 unidad 2), y dos vasijas similares asociadas al recinto (O1 de la unidad 1 y la O2 de la unidad 2), cercanas a su muro pero ubicadas en el lado externo (*Figura 18*).

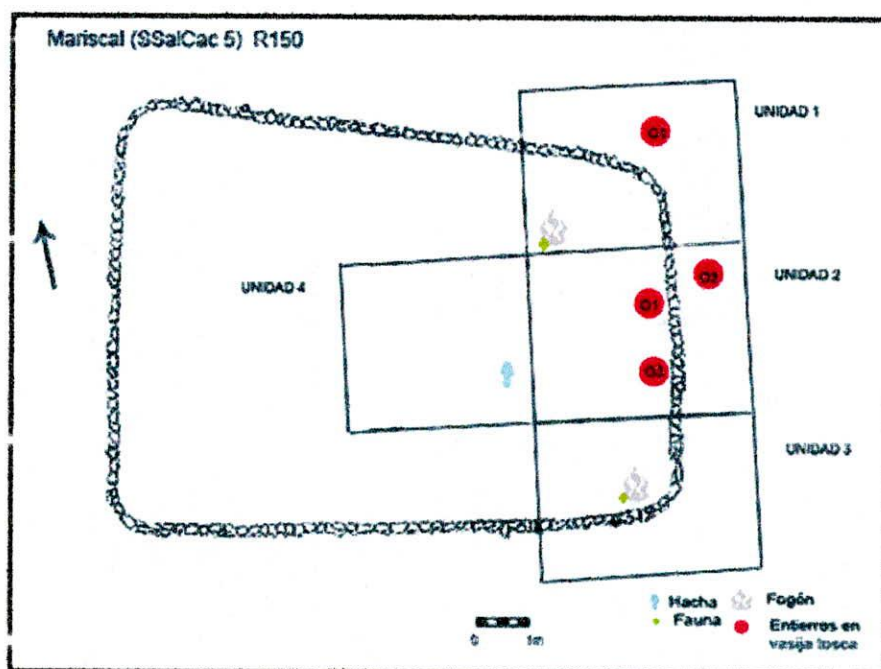


Figura 18: Planta y distribución de los hallazgos sobre el piso de ocupación de R150.

Las vasijas halladas en el interior del R 150 (O1 y O3 unidad 2) se encontraron cercanas al muro Este (a 10 cm), con sus bocas sobresaliendo del nivel del piso de ocupación del recinto. Ambas bocas se hallaron a 0,99 m de la superficie actual del sitio, la O3 cerrada con una tapa de laja; mientras que el sedimento considerado como parte del piso de ocupación termina a 1,10 m. (Figura 19). Al extraerlas se confirmó que las vasijas fueron enterradas excavando parte del sedimento estéril del recinto, ya que se encontraban rodeadas por este.

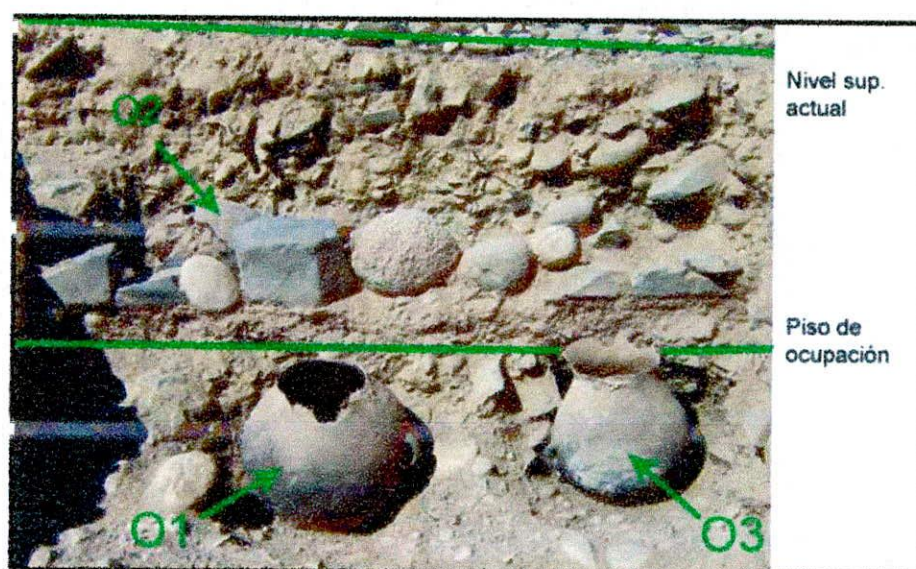


Figura 19: Perfil Este de la Unidad 2, R150, Mariscal.

Los otros dos contenedores, también globulares toscos, se hallaron inmediatamente cercanos al mismo muro pero del lado exterior del recinto. El entierro O1 de la unidad 1 se encontró a escasos centímetros de la superficie actual (0,34 m), cercana al ángulo Este de la estructura (0,24 m). Este lugar forma parte de las vías de circulación y acceso al recinto. Es importante destacar que por la escasa distancia de la superficie actual y por el poco sedimento hallado en su interior, el contenedor O1 de la Unidad 1 pudo ser enterrado superficialmente o, en el mejor de los casos, pudo ser depositado y expuesto en la superficie durante los momentos de ocupación del sitio. La disposición en la que fue descubierto, de costado y con dos pucos a manera de tapa (Figura 20) apoya esta idea, ya que este tipo de contenedores, como se observará más adelante (Parte II, Capítulo 5), no

presentar gran estabilidad y los restos humanos inhumados en su interior no se encontraban alterados. Con esto se descarta la posibilidad de que se haya volcado hacia un costado.

El entierro O2 de la unidad 2 también fue hallado del lado exterior del muro (*Figura 18*). A diferencia del O1 de la unidad 1, éste fue hallado a 0,79 m de la superficie actual. Consideramos que la vasija fue enterrada totalmente porque se encontró apoyada a un costado sobre las rocas utilizadas como cimiento de la estructura. Otra evidencia es el sedimento que rodeaba a la vasija, éste era similar al de los niveles superiores y a los costados, y por debajo aparece el sedimento estéril.



Figura 20: 5=150-1-O1

El otro recinto excavado en el sitio Mariscal en el que se halló una tumba en contenedor cerámico es el R24. Este se encuentra emplazado en el sector Sudeste del sitio, cercano a la barranca Este. Las dimensiones de la estructura (5,42 m x 5,50 m) sugieren que es una estructura menor que pudo estar parcialmente techado. También se observa, de manera similar al R150, que el sendero que transita paralelo a la barranca corre por el sector Este de la estructura. Aunque, a diferencia del R150, el sector donde se ubica el R24 no es un paso obligado para recorrer el resto del sitio (ver *Figura 17*); o por lo menos no hay evidencia física que diga lo contrario. Si bien la estructura fue excavada parcialmente, ésta nos ofrece la posibilidad de discutir la articulación de la tumba con las estructuras residenciales que rodean al R24.

El hallazgo O1 se trata de una vasija globular tosca con una conana utilizada como cerramiento y con restos humanos en su interior. Esta tumba se situó junto a lo que pudo ser una rampa de acceso al recinto, descendiente de una senda sobreelevada o la parte externa de su mismo muro (*Figura 21*). La vasija fue hallada empotrada entre el muro y

interior de los sitios, las tumbas se ubicaron cercanas a los muros y/o en los ángulos de los recintos. En el caso de los trabajos de Ambrosetti en La Paya (1907) se menciona este tipo de datos, aunque de una manera no sistemática. En Kipón, como se indicó, tampoco, aunque puede inferirse del croquis presentado por Debenedetti (1908) (ver *Figura 6*). Para el resto de los sitios este dato es preciso.

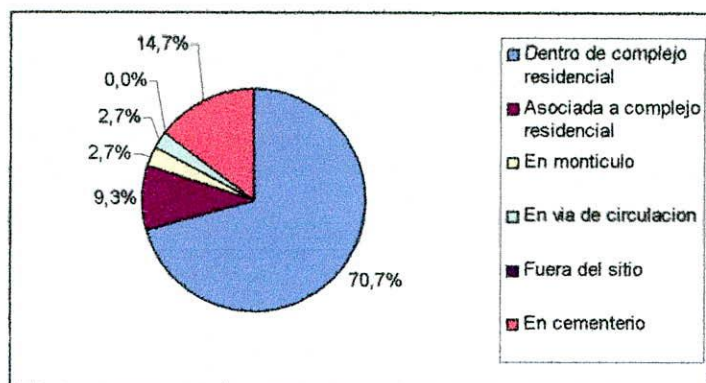


Gráfico 1: Localización

De la muestra general (N 75), 70,7 % (N 53) de los hallazgos están alojados dentro de los contextos residenciales, ya sea dentro de patios o en habitaciones techadas. Se observa, por lo tanto, una fuerte correlación entre los complejos residenciales y las tumbas de

infantes que debe ser tenida en cuenta en relación a otros lugares también utilizados para inhumar, como por ejemplo los montículos. Estos son mencionados en la bibliografía de la zona de investigación como los lugares para las inhumaciones (DeMarrais 2005), aunque sólo representan el 2,7 % de la muestra.

Los montículos, como ya se mencionó, son estructuras alargadas que recorren y sectorizan los poblados conglomerados. Algunos funcionaron como sendas sobreelevadas para la circulación y otros actuaban como nodos articuladores de estas sendas. Estas estructuras son producto de la construcción del sitio y la creación de las estructuras semisubterráneas, formadas por el sedimento extraído de estas. En el caso de las vías de circulación se debe aclarar que hay dos tipos: aquellas que se definieron como montículos alargados que sectorizan los poblados, y otro tipo son los caminos internos, de cada sector. Estos caminos internos están formados, en algunos casos, por las zonas no excavadas de las superficies donde se emplazaron los recintos; o en otros casos, parte de los muros dobles de pirca con relleno. Básicamente, estas sendas internas, a diferencia de las monticulares, no presentan gran elevación en relación a los pisos de ocupación de las estructuras habitacionales.

una serie de rocas. Pudo reconocerse que el sedimento que rodeaba a la pieza en su parte superior era distinto al de la parte inferior. Este último fue identificado como el sedimento estéril, comenzando a los 1,10 m, con una diferencia de 0,17 m con el inicio de la vasija (0,93 m de profundidad). Por lo tanto, la boca del contenedor sobresalía de la superficie de lo que pudo ser el acceso a la estructura en los momentos de ocupación del sitio.

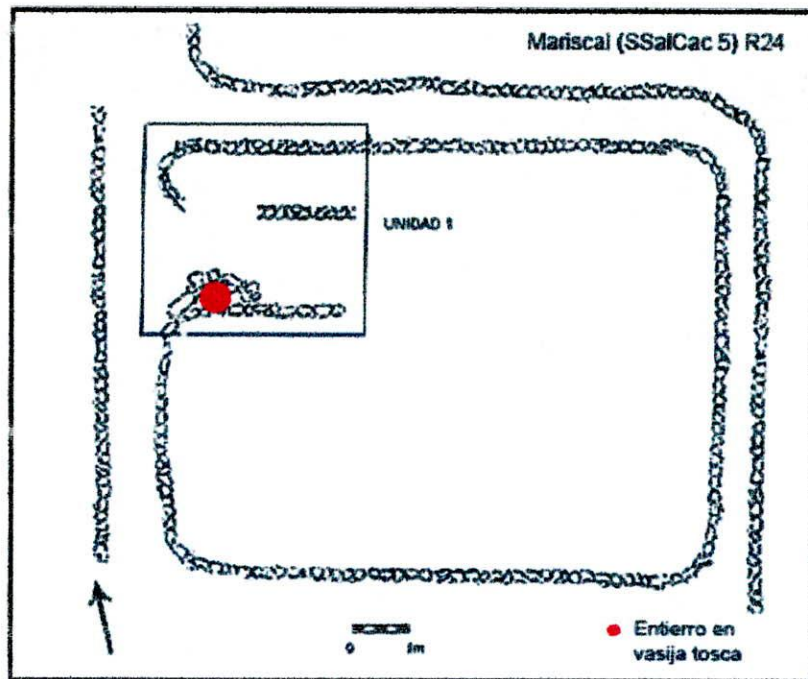


Figura 21: Planta y distribución de los hallazgos sobre el piso de ocupación de R24.

Una de las conclusiones que pueden extraerse de los cinco enterratorios hallados en el sitio Mariscal es que todos ellos estaban asociados a recintos habitacionales, tanto en su interior como por fuera de ellos, adyacentes a los muros y algunos de ellos asociados a senderos.

Discusión

La localización de las tumbas de infantes en los sitios mencionados muestra una tendencia a favor del emplazamiento dentro de los poblados conglomerados (85,3 %), con sólo un 14,7 % ubicado en áreas de cementerio (*Gráfico 1*). Es decir, de la muestra general de 75 casos, 64 se encuentran al interior de los sitios. Considerando los entierros en el

Probablemente fueron utilizadas para la circulación interna de cada sector, con menos tránsito que las monticulares.

En la parte más elevada de los montículos que funcionan como nodos, con más espacio y algunos con mayor altura, hemos observado, en la recorrida de los sitios, el emplazamiento de cistas –estructura mortuoria propia de los adultos en el Período Tardío- muchas de ellas violentadas por saqueadores, pero es muy difícil detectar en superficie los posibles saqueos de vasijas. Aún así, y basándome en la evidencia disponible, los montículos fueron una de las opciones para emplazar las tumbas de niños, pero no la más frecuente, sino que fue utilizada excepcionalmente (2 de 75). Uno de los casos es el Hallazgo 10 de Kipón, el contenedor con el cuerpo de un infante fue hallado dentro de una cista con los cuerpos de nueve adultos (Debenedetti 1908:30). El otro de los hallazgos es el E14 del sitio Tero, calzada con rocas dentro de un hoyo sobre un montículo (Díaz 1978-84).

En el caso de las vías de circulación, en las monticulares se halló emplazada una sola tumba, el caso de Ruiz de los Llanos (Baffi *et al.* 2001; Baldini y Baffi 2003, 2007a, 2007b). Se trató de una excavación de rescate y no se cuenta con más información de otros sectores del sitio. Aún así, es un importante ejemplo de un entierro ubicado en un montículo alargado (Baffi *et al.* 2001). Por otro lado, dentro de los caminos internos se encontró sólo una tumba, el 5=150-1-O1 de Mariscal (ver *supra*).

Son pocos los casos de tumbas de infantes en áreas de cementerio. En la Necrópolis de La Paya se ubicaron sólo 14,7 % (N 11) de entierros en vasija, la gran mayoría pertenecientes al sitio La Paya. Esta zona, definida por Ambrosetti presenta concentraciones de cistas en un área definida, en la que hemos observado la presencia de varias estructuras habitacionales con características similares a las estructuras internas del poblado. Sin quitarle su categoría de cementerio, esta área no fue tampoco la más popular a la hora de localizar las tumbas dentro de contenedores cerámicos.

En conclusión, los datos muestran una tendencia que indica la preferencia por los lugares cerrados y de mayor privacidad, especialmente al interior de los complejos residenciales de acceso restringido al grupo familiar, por sobre sectores de mayor exposición pública.

Posibilidades de reapertura

La posibilidad de reapertura de los enterratorios puede permitir la contemplación, la reutilización o la incorporación de elementos en su interior. Por lo tanto, determinar la posibilidad de ejercer esta acción es imprescindible para establecer la relación física creada con los muertos en el pasado. El acceso puede posibilitar la incorporación o extracción de materiales como ofrendas, alimentos etc.; la contemplación de los cuerpos, la remoción de restos esqueléticos, entre otras acciones. Por lo tanto, la posibilidad del acceso físico al interior de la tumbas permite establecer una continuidad en el tiempo en las relaciones sociales entre los vivos y el cadáver.

Hay indicios sobre la posibilidad de reapertura de las vasijas donde se enterraban a los infantes. El primero de estos indicios es el de las bocas las tumbas ubicadas dentro de estructuras. Las bocas no fueron enterradas como el resto del cuerpo de las vasijas, sino que se dejaron expuestas sobre los pisos de ocupación, cercanas a los muros. Segundo, se destaca, como se verá a continuación, la alta frecuencia de tapas ubicadas las bocas de las vasijas. Estos cerramientos tampoco sellaron las bocas, sino que eran removibles. Por último, se destaca en los registros el poco sedimento presente en el interior de las tumbas cubriendo los cuerpos. Algunas fueron encontradas sin tierra en su interior.

Sobre las condiciones de hallazgo de las tumbas Ambrosetti (1907) comenta:

“No pocas fueron halladas completamente vacías, pero tapadas ya con pucos fragmentados de otras urnas ó con piedras solas ó junto á otras y con otras alfarerías á su alrededor...En algunos casos las piedras eran conanas ó molinos de mano y en uno una gruesa piedra con un mortero escavado cubría la urna” (Ambrosetti 1907:93)

Es importante volver a mencionar que las tumbas se hallaron dentro de estructuras residenciales, en la mayoría de los casos (70,7% N 53). También en vías de circulación, en montículos y en áreas de cementerio. Lo interesante de aquellas ubicadas en el interior de las estructuras es que fueron localizadas cercanas a los muros y con las bocas al mismo nivel del piso de ocupación⁵. Con esta disposición, sólo se tenía acceso visual a las tapas y los labios de las vasijas (Figuras 22 y 23). Esto se diferencia, por ejemplo, con aquellos superficiales como el 5=150-1-O1, (ver Figura 15). Este, como se ha descrito más arriba, fue localizado semienterrada en una vía de circulación continua al R150, apoyada o enterrada superficialmente, con dos pucos como tapa, permitiendo un acceso visual completo a la estructura de la tumba.

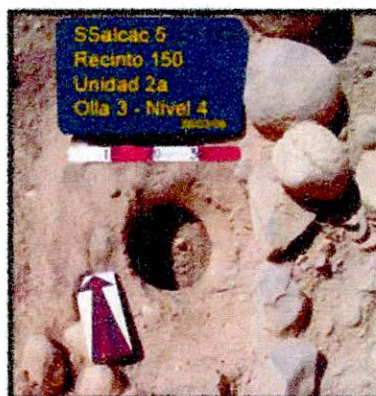


Figura 22 y 23: Hallazgo del enterratorio 5=150-2-O3 de Mariscal.

De los 75 enterratorios analizados un 64 % (N 48) tenían tapa (Gráfico 2). En el registro de los sitios investigados son tres tipos de materiales los utilizados sobre las vasijas: pucos, restos de vasijas (bases, fragmentos grandes), y lítico. Dentro de estos materiales, en cerámica se destacan los pucos con un 33,3 % (N 15) y el reciclado de bases de ollas con un total de 31,3 % (N 15). Las rocas ocupan un 35,4 % (N 16), siendo la mayoría de ellas conanas devenidas en tapa. Por lo tanto, la distribución de los tipos de materiales seleccionados es relativamente similar, como puede apreciarse en el Gráfico 3.

⁵ Es importante aclarar, aunque es un dato que se ampliará más adelante (Parte III del Capítulo 5), que en similares condiciones de hallazgo, se han encontrado contenedores sin entierros y con sus bocas tapadas con los mismos materiales.

Un dato interesante que aporta el análisis de los elementos utilizados para tapar los contenedores cerámicos es que tanto pucos, como los fragmentos de vasijas y los líticos, en su mayoría conanas, cada uno remite a actividades diferentes realizadas por ellos previamente. Los pucos son interpretados como elementos para servir o fragmentar alimentos, las vasijas formaron parte de alguna actividad como la cocción o el almacenamiento de alimentos y las conanas formaron parte del procesamiento de los alimentos. Esto será retomado integrando la evidencia que se presentará en la *Parte II* y *Parte III del Capítulo 5*.

Las tapas utilizadas en las tumbas eran removibles, permitiendo la reapertura de las tumbas, no se encontraban selladas⁶ con barro o resinas. El acceso al interior de las vasijas era posible en la mayoría de los casos donde las urnas estaban cubiertas con los materiales mencionados. El

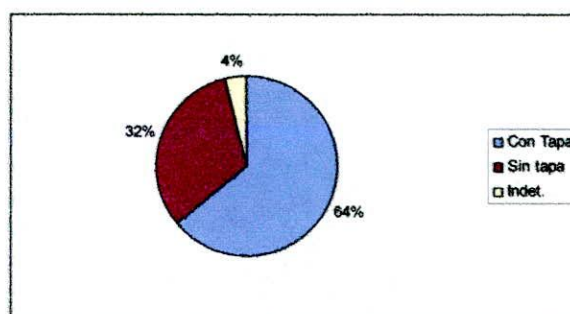


Gráfico 2: Frecuencia de tapas.

cometido de esto probablemente fue evitar la filtración de objetos extraños en su interior o visibilidad en ciertos momentos. En los casos donde se halló la urna con una tapa, ésta no se encontraba completamente llena de sedimento. Sugiriendo de esta forma que si el sedimento pudo filtrarse por los espacios alrededor de la tapa y los cuerpos depositados en

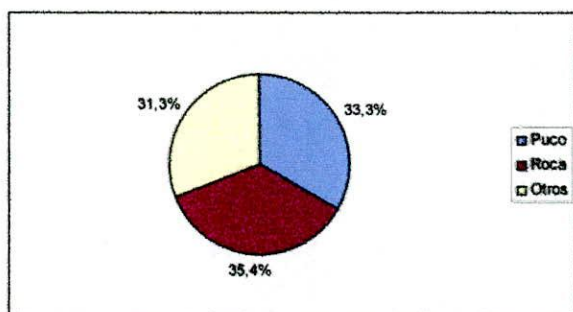


Gráfico 3: Frecuencia de los tipos de cerramientos utilizados.

su interior no fueron cubiertos de sedimento de manera intencional (Ambrosetti 1907; Díaz 1978-84, 1981; Baldini y Baffi 2003). La presencia de sedimento no sería producto de una acción voluntaria de los dueños, sino del paso natural del tiempo.

⁶ El sellado de las bocas de vasijas se observa particularmente en momentos del Período Hispano-Indígena (siglos XVI y XVII)(Gamarra 2008).

A manera de conclusión sostengo que las tumbas fueron organizadas privilegiando el continuo acceso corporal y visual de los sujetos. Es decir, los cadáveres no fueron cubiertos por sedimentos, tampoco el acceso al interior de las vasijas fue enterrado. Las bocas de los contenedores cerámicos se ubicaron sobresaliendo de los pisos de ocupación, cerradas en su mayoría con tapas removibles, permitiendo la manipulación del contenido de la tumba.

Capítulo 5- Parte II

Análisis

La muerte y la tumba como representación

En esta sección se presenta la evidencia para discutir las posibles representaciones establecidas en el contexto mortuorio a partir de la selección de los objetos presentes en la tumba. Estos objetos son: las vasijas utilizadas como contenedores y los ítems materiales que constituyen el acompañamiento. Asimismo, analizo el cadáver, su constitución y disposición como campo de representación. Primero, observo la variabilidad de las vasijas que se utilizaron como urnas para inhumar a los cuerpos y los usos posibles que estos objetos tuvieron a lo largo de su vida útil. Luego, analizo la variabilidad del acompañamiento y la actividad representada a través de los objetos introducidos en la tumba y las esferas de la vida social con los que se relacionarían. Por último, estudio el tipo de tratamiento dado a los cuerpos (cantidad de cuerpos en una misma tumba, su posición, orientación e integridad), considerando si existió una búsqueda de individualización de los sujetos y recurrencias en la disposición de estos, junto con la determinación del grupo de edad representado, para establecer un límite al conjunto de individuos considerado para formar parte constitutiva de este tipo de práctica.

A partir de estos datos y considerando que la tumba transmite representaciones en la combinación de los elementos, pretendo contestar el siguiente interrogante: ¿qué significados son puestos en juego al construir una tumba? Para hacer esto se parte de la idea de que la tumba es, como ya se dijo, el resultado de una práctica estructurada y cargada de significado.

Los contenedores cerámicos

El entierro de niños en vasijas está ampliamente extendido en la región del NOA (Raffino 1984; Tarragó 1994; Palma 1997-98; Baffi *et al.* 2001; Ratto *et al.* 2007; Marcheghiani 2008, Barbirch y De Stefano 2010), existiendo distintos tipos de

contenedores utilizados. Según la bibliografía y el registro observado, las más populares para la zona norte del Valle Calchaquí son: las urnas santamarianas, las santamarianas del tipo Tres Cinturas, las vasijas globulares utilitarias, también llamas toscas peinadas, y en menor medida las vasijas globulares decoradas (Ambrosetti 1907, Díaz 1981) (ver *Tabla 1*). Si bien tres de ellas presentan decoración en su superficie, esta información trasciende los intereses de la investigación⁷.

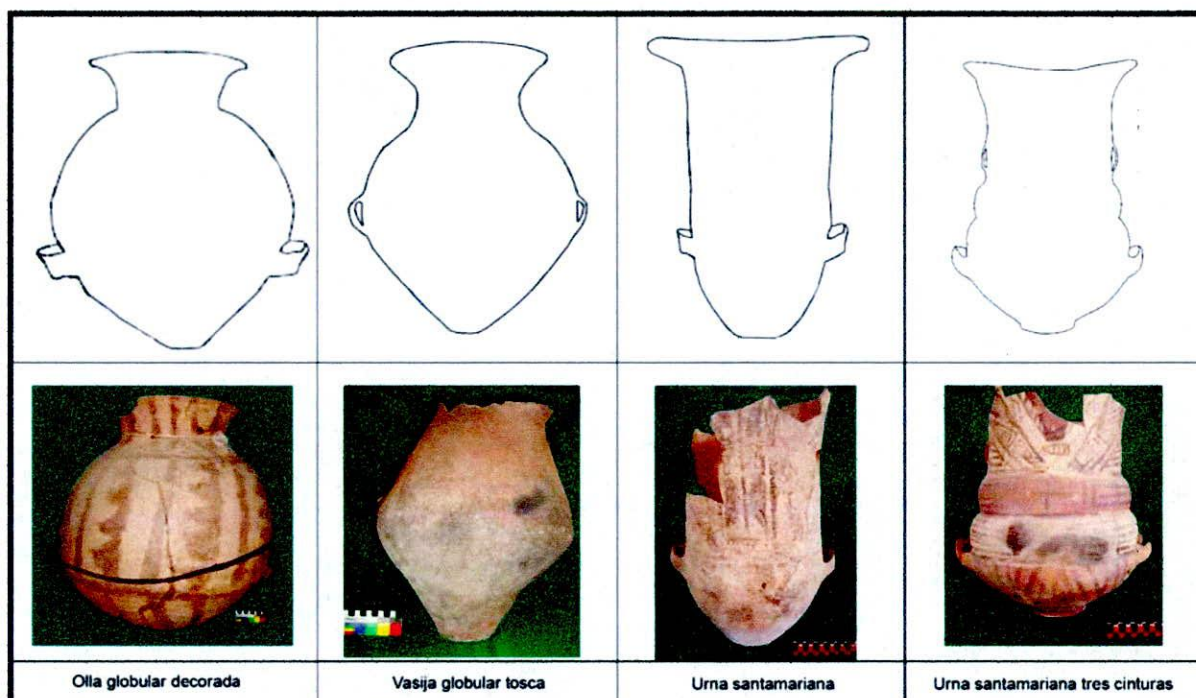


Tabla 1

Sobre las vasijas para entierros

Como ya se dijo, la muestra está compuesta por 75 enterratorios, por lo tanto son 75 las vasijas consideradas en esta sección. Se puede destacar que más de la mitad de los entierros, un 54,6 % (N 41), se realizaron dentro de ollas globulares del tipo utilitario, muchas de ellas (N 13) conservan aún hollín en sus paredes exteriores (*Gráfico 4*) lo que muestra que fueron vasijas con funciones culinarias.

⁷ Se considerará la importancia de la presencia y ausencia de la ornamentación para las interpretaciones, pero no se puntualizará sobre los estilos y formas representados. El interés de esta investigación se centra en las formas de las vasijas y en la presencia/ausencia de decoración, pero no en los motivos utilizados.

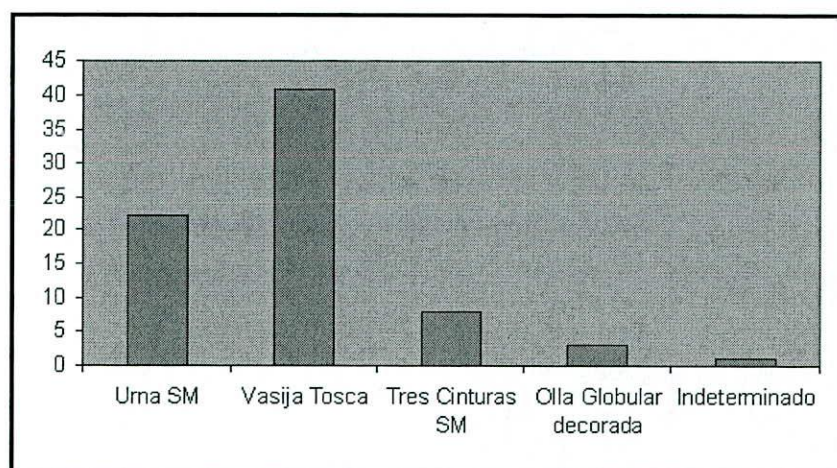


Gráfico 4

Del universo de la muestra, las urnas santamarianas suman el 29,3 % (N 22), llegando a un 40 % (N 30) si se agregan las urnas santamarianas tres cinturas (N 8). Este dato es interesante para la discusión sobre la naturaleza de las famosas urnas santamarianas (Baldini y Baffi 2003, DeMarrais 2005). La discusión se establece a partir de la función primigenia de las urnas santamarianas, asumida desde la arqueología como un artefacto producido para el uso funerario. De ahí su nombre más común: urna (Baldini y Baffi 2003). Las altas frecuencias en el uso de vasijas sin decoración para el entierro de infantes, junto con el hallazgo, tanto en excavaciones en contextos no mortuorios como en recolecciones de superficie, de restos de urnas, permiten pensar que las urnas santamarianas cumplían múltiples funciones, o por lo menos no exclusivas, para las comunidades del pasado (Baldini y Baffi 2006). Una de ellas fue la funebria, pero como veremos a continuación, no la única.

Otro dato a tener en cuenta, al discutir las múltiples funciones de las ollas, es que las urnas santamarianas clásicas no fueron los únicos contenedores empleados para inhumar restos mortales de infantes, sino que aparecen otro tipo de vasijas a la par que las santamarianas, tal como las vasijas globulares toscas, las urnas santamarianas tres cinturas y las ollas globulares decoradas. Estas últimas utilizadas con menor frecuencia: sólo un 4 % (N 3).

Para comprender las representaciones que encarnaban estos distintos tipos de vasijas como primer paso se buscó demostrar si éstas fueron o no fabricadas especialmente para el ritual fúnebre. Para esto se buscó evidencias de usos previos en los contenedores utilizados en los entierros y se compararon estas evidencias con recipientes cerámicos similares pero sin restos humanos inhumados en su interior. Como segundo paso, una vez demostrada su no exclusividad para uso funebrío, se apuntó a establecer en qué contextos se usaban y con qué tipo de prácticas y relaciones sociales se articulaban antes de ser depositadas como urnas.

Sobre otras posibles funciones de las vasijas

Para determinar los posibles usos de las vasijas se realizaron los siguientes dos tipos de análisis (*Tabla 1*): *morfológico-funcional*, utilizando los atributos físicos observables macroscópicamente (perfil, atributos dimensionales, propiedades que restringen la función, las alteraciones o huellas asociadas al uso de la pieza, presencia y localización de la decoración) y *análisis químicos* para identificar residuos orgánicos en el interior de los contenedores. Esto me permitió determinar clasificaciones funcionales generales propuestas desde la arqueología (Rice 1987). Luego, en función de ciertas descripciones etnográficas o etnoarqueológicas (Skibo 1992), se relacionaron formas y residuos de las cerámicas con actividades específicas.

Existen, en general, características morfológicas que incluyen o excluyen la intervención de algunas vasijas en determinadas tareas específicas. En esta investigación tomamos las señaladas por Menacho (2007): la *transportabilidad*, la *receptividad*, y *atributos propios* de la clase a la que pertenece la pieza. La *transportabilidad* es la capacidad que tiene una pieza de ser movilizada de un lugar al otro sin romperse. Esto puede medirse a través del volumen. El límite está registrado en un máximo de 15 litros por Menacho (2007) en sus trabajos etnoarqueológicos con pastores en la Puna jujeña. La *receptividad* es la relación entre el diámetro máximo y el diámetro de la abertura (en una escala de 0 a 1). Esta característica también permite controlar la capacidad de acceso o manipulación del interior

de las piezas. En este sentido, una baja receptividad evita derrame en el movimiento (valores menores a 0.6) y el uso de cerramientos o la pérdida de calor (menores a 0.72). Por el contrario, índices mayores (de 0.6 a 1) permiten un fácil acceso al interior pero aumentan la posibilidad de pérdida de calor o líquido en el transporte. Los valores intermedios (0.4 a 0.8), por su parte, permiten la retención del calor y a su vez el fácil acceso y manipulación del contenido. Por lo tanto, estos últimos son los esperables en vasijas utilizadas para la cocción de alimentos. Los *atributos morfológicos propios*, como pueden ser la forma de los labios o la ubicación y la forma de las asas, por ejemplo, pueden ser características más importantes a la hora de manipular la pieza (Rice 1987) si ésta está caliente, si es pesada o difícil de apoyar.

Para evaluar la *transportabilidad* de las piezas consideramos tanto el volumen como la *receptividad* de las piezas. El volumen fue calculado dividiendo a la vasija en segmentos horizontales de 10 cm, luego sobre cada segmento se tomaron los diámetros. Estos primeros datos permitieron calcular el radio propio a cada segmento de vasija. A continuación se estimó el volumen para cada segmento, y por último se realizó la sumatoria de los segmentos para obtener el volumen total para cada vasija (Pazzarelli 2006). En el cálculo aplicado los segmentos se determinan tomando los radios inferiores y superiores (r_1 y r_2) y la distancia entre estos (h). Considerando estos datos, la fórmula realizada fue la siguiente:

$$V = [(\Pi \times h)/3] \times (r_1^2 + r_1 \times r_2 + r_2^2)$$

Debemos advertir que la capacidad calculada para cada vasija retiene un margen de error al no considerar en la longitud del radio el espesor de las paredes de las piezas. Se advierte también que no se tuvieron en cuenta los segmentos superiores de las vasijas para el cálculo del volumen, porque en la mayoría tanto el borde como el cuello estaban ausentes. Esta omisión, sin embargo, es considerada poco significativa al asumir que los contenedores no eran llenados hasta el límite del borde.

Los *análisis químicos*, junto con los análisis tecno-morfológicos propuestos anteriormente, fueron una vía de información más para la caracterización cerámica (Evershed *et al.* 1992; Cañabate Guerrero y Sánchez Vizcaíno 1995). Esto fue posible porque en las paredes de las vasijas cerámicas pueden identificarse residuos de los diferentes alimentos con los que ésta estuvo en contacto (y que penetraron debido a la porosidad del material), durante las actividades de cocción, almacenamiento y procesado (*Figura 24*). No necesariamente dejan incrustaciones de alimentos, sino que algunos restos son absorbidos por las vasijas (Skibo 1992) y conservados en su estructura. La búsqueda y la identificación de lípidos se realizó utilizando la técnica de cromatografía de gases acoplada a espectrometría de masas (CG-EM). Estas dos técnicas han sido exitosamente aplicadas a residuos orgánicos alojados en la cerámica con resultados muy valiosos para la comprensión de la vida del pasado (Evershed *et al.* 1992; Cañabate Guerrero y Sánchez Vizcaíno 1995, Mirón 2002, González y Frére 2004, etc.).

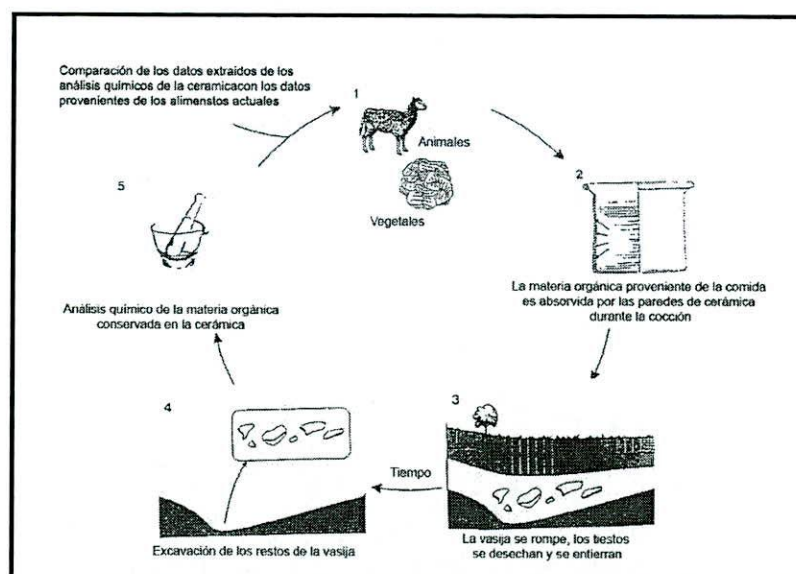


Figura 24: Extraída y modificada de Evershed *et al.* 1992

Los lípidos, por ser insolubles en agua, permanecen durante mucho tiempo en los lugares donde fueron depositados (Evershed *et al.* 1992). Los lípidos son moléculas presentes en las grasas de origen animal y vegetal, compuestas en su mayoría por carbono, hidrógeno y oxígeno, y en menor medida, fósforo y nitrógeno (Cañabate Guerrero y Sánchez Vizcaíno

1995). Los lípidos de mayor interés identificados en el material arqueológico son los ácidos grasos (aunque también lo son los acilgliceroles y los esteroides).

Los ácidos grasos se dividen en saturados e insaturados. Los saturados son aquellos cuya cadena de carbonos está compuesta por enlaces simples, mientras que los insaturados presentan un doble enlace o más de uno en su cadena carbonada. Los saturados son estructuras estables químicamente, mientras que los insaturados son susceptibles de sufrir degradación en sus cadenas porque las dobles ligaduras son más reactivas. Por ejemplo, el ácido oleico (C18:1) puede sufrir una ruptura oxidativa produciendo ácido azelaico, un diácido de nueve carbonos. Esto es importante para este estudio ya que nos permite considerar la degradación sufrida en el material analizado (Maier 2010, *conversación personal*).

Acidos grasos		Nombre vulgar	Muestra							
			La Paja (R2/E3)	Tero (R5)	Tero (R5/E18)	Tero (R13/E39)	Tero (R20)	Mariscal (R150/ 2/D1)	Mariscal (R150/ 2/O3)	
			SM	V. tosca	V. tosca	V. tosca	V. tosca	V. tosca	V. tosca	
C9:0	ácido nonanodioico	ácido azelaico		x				x		
C14:0	ácido tetradecanoico	ácido mirístico	x	x	x			x	x	x
C15:0	ácido pentadecanoico	ácido pentadecílico	x	x	x			x	x	x
C15:0	ácido iso-pentadecanoico		x	x	x	x		x	x	x
C16:0	ácido hexadecanoico	ácido palmítico	x	x	x			x	x	x
C16:0	ácido iso-hexadecanoico					x			x	x
C16:1	ácido hexadecenoico	ácido palmitoleico	x	x	x	x		x		x
C17:0	ácido heptadecanoico	ácido margarico		x	x			x	x	x
C17:0	ácido iso-heptadecanoico		x	x	x	x		x		
C17:1	ácido heptadecanoico							x		
C18:0	ácido octadecanoico	ácido esteárico	x	x	x	x		x	x	x
C18:1	ácido octadecenoico	ácido oleico	x	x	x	x		x	x	x
C19:0	ácido nonadecanoico	ácido nondecílico		x	x					x
C20:0	ácido icosanoico	ácido araquídico	x	x	x			x	x	x
C22:0	ácido docosenoico	ácido behénico	x	x	x			x	x	x
C22:1	ácido docosenoico					x				
C23:0	ácido tricosenoico								x	x
C24:0	ácido tetracosanoico	ácido lignocérico	x	x	x			x		x
C25:0	ácido pentacosanoico									x
C26:0	ácido hexacosanoico	ácido cerótico	x	x	x			x		x
C28:0	ácido octacosanoico	ácido montánico						x		x
Hidrocarburo			x	x	x	x		x		

Tabla 2

La presencia de ácidos grasos en las muestras cerámicas analizadas se debe a que en algún momento estas grasas o aceites fueron parte de los contenidos de la vasija, y quedaron dentro de sus paredes porosas luego de la cocción o conservación de los recursos portadores de esas grasas en su interior. Los ácidos grasos presentes, sin embargo, no forman un grupo de datos certeros para determinar una especie. Ya que cada especie, animal o vegetal, está compuesta por la combinación de un conjunto de ácidos, y muy difícilmente la presencia de uno sea concluyente a la hora de establecer el recurso específico. Aún así, la variabilidad de los ácidos grasos puede indicar las distintas clases de animales o vegetales que mantuvo el recipiente si se cuenta con los estándares de referencia necesarios, ya que diferentes especies muestran combinaciones similares. Por lo tanto, para la interpretación de los análisis se tomaron las referencias de trabajos realizados en zonas aledañas, además de los estándares sobre la composición de alimentos señalados desde la química orgánica y también consideramos las especies utilizadas en los alimentos en el pasado, a través de macrorestos arqueológicos, y en el presente.

Con estas consideraciones metodológicas ahora veremos su aplicación en cada uno de los contenedores descriptos.

Vasijas globulares toscas

Se realizaron análisis sobre 16 de las 41 vasijas que componen la muestra total de entierros, por las dificultades mencionadas en el *Capítulo 4*⁸. Las vasijas provienen de las excavaciones de rescate de Díaz (1981; 1978-84) en Tero y La Paya, y las excavadas en Mariscal por nuestro equipo. Además se realizaron estudios sobre otras seis vasijas provenientes de los mismos sitios y en las mismas condiciones de hallazgo pero sin restos humanos en su interior. Esto último permitió comparar los atributos de cada muestra, las que se usaron para inhumar y las que no, con el fin de determinar si existen rasgos especiales que las diferencien.

⁸ Las piezas no se encontraban disponibles en los museos mencionados, ya sea por intercambio con otros museos del mundo, como ocurrió con las colección de La Paya excavada por Ambrosetti (1907) y Kipón por Debenedetti (1908); o por la mala conservación o extravío, como también ocurrió con las colecciones mencionadas junto con los trabajos de Díaz (1976, 1978-84, 1981, 1990) en Tero y La Paya.

Las vasijas analizadas presentan formas subglobulares de contorno inflexionado (Shepard 1957) con dos asas verticales ubicadas en la mitad del cuerpo de la pieza (Figura 25). La superficie externa de todas las piezas registradas fue trabajada con un peine cuando la arcilla aún estaba fresca y alisada en su interior. Es difícil estimar si este tratamiento es puramente ornamental o guarda alguna relación con el uso de la cerámica. Otra característica de las piezas es que presentan un cuello corto que finaliza en un borde evertido de 5 cm promedio. Las *características dimensionales* que las distinguen son las siguientes:

-El diámetro de la boca de las piezas tiene un promedio de 23,1 cm, con un máximo de 30 cm y un mínimo de 17 cm.

-El diámetro máximo de los cuerpos se alcanza a la altura de las asas con un promedio de 38,2 cm, con un máximo 51,5 cm y un mínimo de 26 cm.

-La base, por su parte, termina en forma cónica, con un diámetro general de 10 cm.

-La altura promedio es de 47,8 cm, con extremos de 56,5 cm y 29cm.

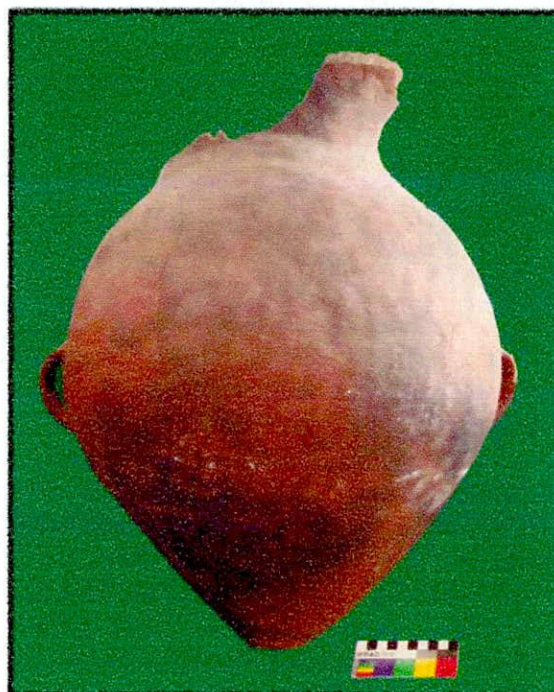


Figura 25: Vasija globular tosca. Perteneciente al E6 de Tero.

El volumen promedio de la totalidad de las vasijas toscas es de 43,36 litros. Por su parte, el volumen promedio de las vasijas utilizadas para entierro (N 16) es de 48 litros (con medidas que varían entre 77 y 15 litros). Como podemos observar en el *gráfico 5* la mayor concentración de vasijas se da entre los 60 y 30 litros, superando ampliamente el límite de *transportabilidad* de 15 litros. Las vasijas sin entierros (N 6) alcanzaron un promedio de 23,26 litros de capacidad (con extremos de 75, 35 litros y 8,2 l). Consideramos que la

diferencia entre los volúmenes promedio es relativa a la cantidad de vasijas que representan cada muestra.

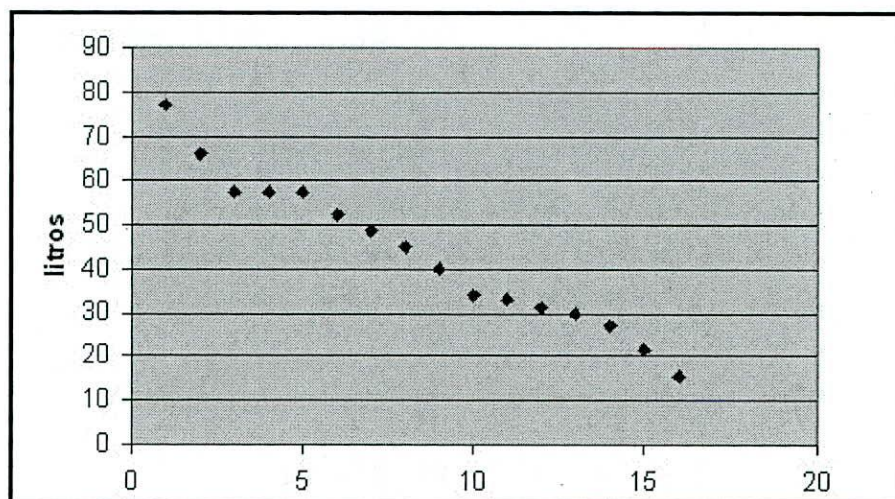


Gráfico 5

En el caso de las vasijas globulares, el índice de *receptividad* tiene un promedio de 0,57, con un mínimo de 0,44 y un máximo de 0,69. Por lo tanto, dentro de estos rangos tenemos piezas que podrían permitir ser transportadas (aunque su tamaño no lo permitiría), evitan la rápida pérdida de calor o evaporación de líquidos y permiten una fácil manipulación del interior.

Los *atributos morfológicos propios* de las vasijas globulares toscas son: las bases cónicas y las asas verticales. En el caso de las bases, la estabilidad que le otorgan a las piezas es mínima: el diámetro promedio es de 10 cm contra un promedio de diámetros máximos de 38,2 cm (con un máximo de 51,5 cm y un mínimo de 23 cm). Las asas, por su parte, están colocadas de forma vertical en la mitad de la esfera que conforma el cuerpo de la pieza. Estas asas están colocadas de manera diferente a las de los otros contenedores analizados, como se podrá observar más adelante.

En las cerámica andina las bases cónicas se entierran en la tierra para estabilizarlas al apoyarlas en las superficies planas, de esta manera las afianzan para que no vuelquen. En la zona andina se registra este tipo de base en los aríbalos para servir chicha incaicos (*Figura*



Figura 26: Aríbalo inca.

26). Randall (1993) describe el mismo tipo de bases en los *raki* (tinaja de cerámica grande). En el proceso de producción de chicha las bases de estos contenedores eran clavadas en el suelo.

En las vasijas tocas analizadas la presencia de hollín en la superficie externa sugiere la posibilidad de que pudieron ser enterradas en el centro o cercanas a fogones para la cocción de alimentos, y dada su poca posibilidad de transporte, quedar fijas en estos lugares. El hollín, como una de las *alteraciones observables* en las piezas, está presente en la mayoría de la muestra de vasijas tocas: de un total de 22 (16

pertenecientes a entierros y otras seis vasijas halladas sin restos humanos) sólo cuatro no presentan hollín en su superficie externa. Tampoco existe una correspondencia entre el volumen y la presencia de hollín, como tampoco en el tipo de dispersión a lo largo de la superficie: seis contenedores muestran hollín por toda la superficie, cinco muestran distribución heterogénea, con una mayor cantidad por debajo de las asas y siete lo muestran localizado por debajo de las asas.

Como ya se mencionó, la discusión de los *análisis químicos* merece ser considerada también según el tipo de vasija. Los análisis hechos por CG-EM del interior de las vasijas tocas muestran que los componentes mayoritarios son los ácidos esteárico (C18:0), oleico (C18:1) y palmítico (C16:0). En tres de las muestras se han identificado los ácidos araquídico (C20:0) y behénico (C22:0). Y en menor medida se han presentado ácidos saturados (C14:0, C15:0, iso-C15:0, iso-C16:0, C17:0, iso-C17:0, C19:0, C23:0, C24:0, C25:0, C26; C28:0) e insaturados (C16:1, C17:1 y C22:1).

La abundancia de los ácidos esteárico (C18:0) y palmítico (C16:0) es típico de la degradación de grasas animales. Aún debemos considerar la posibilidad de que en el caso donde se realizó una inhumación las grasas presentes pueden pertenecer a los restos

humanos. Sin embargo, la presencia de ácidos grasos ramificados (los que presentan la nomenclatura “iso”) nos sugiere la posibilidad de estar frente a grasas de rumiantes como camélidos (Maier 2010, *comunicación personal*). Esta particularidad se produce por las características de la alimentación del rumen, dependiente de la fermentación bacteriana. Los ácidos grasos comunes tienen la cadena con un número par de átomos de carbono, sin embargo, las bacterias sintetizan frecuentemente ácidos grasos con un número impar de átomos de carbono (como por ejemplo C15:0, C17:0 o C19:0), que pasan a las grasas animales (Vázquez et. al 2008).⁹

El ácido oleico (C18:1) es uno de los ácidos grasos más difundidos, presente en mayores y menores proporciones en todos los aceites y grasas (Bailey 1984). Es el mayor componente de los aceites vegetales, como por ejemplo el maíz, y también se encuentra como un componente principal en las grasas animales¹⁰.

Los ácidos aráquidico (C20:0), behénico (C22:0) y lignocerínico (C24:0) están presentes en muchas trazas de aceites de origen vegetal (Bailey 1984), dándonos un indicio de este tipo de recursos. Si bien es necesario contrastar con macrorestos vegetales, esta combinación de ácidos puede ser una evidencia de consumo de maní, presente en la producción y el consumo andino. El ácido montánico (C28:0) está presente en las ceras del tipo vegetal, como las presentes en el maíz. A su vez, sus componentes principales son el ácido palmítico (C16:0), oleico: (C18:1) y linoleico (C18:2)¹¹. Por lo tanto, estas combinaciones, si bien no son definitorias, pueden sugerir la presencia de maíz, recurso ya presente en los contextos analizados (ver *infra*). El ácido célico (C22:1) es un compuesto característico del poroto blanco o “chocho” (Ayala 2004). Este indicador se encuentra presente en sólo una de las vasijas analizadas. Los porotos son recursos de zonas más húmedas que las

⁹ También habría que considerar la posibilidad de que esos ácidos grasos se produzcan a partir de actividad microbiana en el sitio, si bien estos procesos son muy lentos a bajas temperaturas (Maier 2010, *conversación personal*).

¹⁰ Como se dijo anteriormente, tanto la cocción como el almacenamiento dejan residuos en las paredes de las vasijas, por lo tanto los resultados pueden corresponder a cualquiera de las dos actividades. Se deben cruzar los resultados de los análisis químicos con otros indicadores, como el hollín, para esclarecer el tipo de actividad.

¹¹ El ácido linoleico no está presente posiblemente por la degradación del ácido al tener más de un doble enlace.

calchaquíes, como los valles orientales, pero actualmente son cultivados en la zona de Cachi Adentro. Debería investigarse la posible producción local en el pasado a través de otra línea de evidencia arqueológica, como análisis de almidones y macrorestos carbonizados.

El ácido cerótico (C26:0), por su parte, está presente en cuatro de las muestras extraídas de las vasijas analizadas. Este es el componente principal (65 %) de la cera de abeja. La cera de abeja es una mezcla de hidrocarburos, ácidos grasos libres y ésteres de ácidos grasos con alcoholes de cadena larga. Entre los ácidos grasos principales encontramos los ácidos palmíticos y cerótico, los cuales presentan una oxidación muy lenta (Rodríguez Báez y López Naranjo 2007). Si bien estos indicadores sugieren la presencia de miel, la proporción de los alcoholes de cadena larga¹² esperados debería ser mucho mayor a las presentes en los análisis realizados (Vizcaíno 2010, *conversación personal*). Por lo tanto, si bien no es concluyente, la presencia de ciertos indicadores sugiere el posible uso de miel como recurso o de almacenamiento de cera de abeja para otros usos (como recubrimiento de las vasijas, cosmético, medicinal, etc.).

A manera de conclusión, las tendencias marcadas en el estudio de los atributos de las vasijas globulares toscas me llevan a sostener que además de ser utilizadas como contenedores para entierros, estas tuvieron usos previos y no excluyentes relacionados con la cocción y el acopio de alimentos. Lo primero evidenciado por la presencia de hollín en las superficies externas, junto con la receptividad media que impide la rápida pérdida de calor, pero habilita la manipulación en el interior de la pieza. Son piezas de poca estabilidad, por la gran diferencia entre el diámetro máximo de su cuerpo y el de la base, que dificulta su apoyo en superficies lisas. Estas bases cónicas, según ejemplos etnográficos, permiten ser depositadas en el medio de fogones, encastrando sus bases en huecos evitando de esta manera el riesgo de vuelcos. Otra evidencia que respalda su uso culinario es la identificación de lípidos en los análisis químicos, con la individualización de algunos de los recursos implicados en cocción y/o almacenamiento. El uso de estas vasijas como

¹² Uno de los indicadores de la miel son los alcoholes de cadena larga con número par de carbonos (C24 a C34, siendo mayoritario el C30) como consecuencia de la degradación de los ésteres de cera (Vizcaíno 2010, *conversación personal*).

almacenes se sugiere por las condiciones de descubrimiento, que se describirán en la sección dedicada a los contextos de hallazgos (*Parte III del Capítulo 5*). Se descarta el transporte de contenidos dentro de la pieza por superar en volumen los 15 litros máximos que posibilitan esta habilidad (Menacho 2007).

Urnas santamarianas

Se realizaron análisis sobre nueve urnas santamarianas de las 21 que componen la muestra estudiada. No se pudieron estudiar todas las urnas incluidas en la muestra general porque, como se comentó en el *Capítulo 4*, no todas ellas fueron ubicadas en los museos donde se encuentran alojadas luego de las excavaciones efectuadas por Ambrosetti (1907), Debenedetti (1908) y Díaz (1978-84; 1981). Sólo se tuvo acceso a las vasijas provienen de las excavaciones de rescate de Díaz (1981; 1978-84) en Tero y La Paya alojadas en el Museo Arqueológico de Cachi. Únicamente para comparar se agrega el análisis de una urna sin entierro de restos humanos en su interior, producto de un rescate realizado por Díaz en el año 1988, alojada en el mismo museo. Como se expuso para las vasijas toscas, el fin del estudio fue establecer la existencia o no de atributos exclusivos de los contenedores utilizados para entierros.

En cuanto a su morfología, las urnas santamarianas se corresponden con las formas restringidas independientes (Shepard 1957) ya que el diámetro de la boca de la pieza es independiente de su diámetro mayor (Marchegiani 2008). La estructura está compuesta por dos secciones: el cuello y el cuerpo, propiamente dicho (*Figura 27*). Las superficies externas e internas están alisadas, presentando baños de color blanco o rojos sobre los que se pinta con colores negros, la mayoría

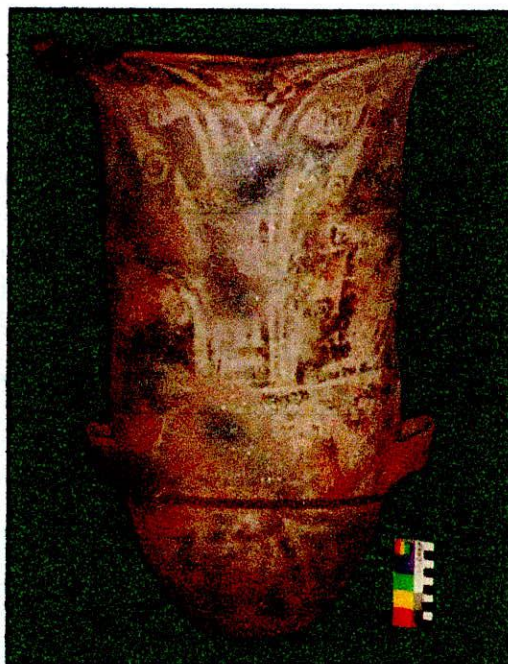


Figura 27: Urna santamariana perteneciente al E26 de Tero.

de las veces, y en otros casos rojos. Los diseños y la iconografía presente en estas piezas es bien conocido en la bibliografía de la zona y el Valle Calchaquí en general (Caviglia 1985; Natri 2008; Marchegiani 2008) y no es parte de esta investigación ahondar en su interpretación.

Sus *características dimensionales* son las siguientes:

- El diámetro de la boca de las piezas tiene un promedio de 25,42 cm, con un máximo de 34 cm y un mínimo de 23 cm.
- El diámetro máximo de los cuerpos se alcanza a la altura de las asas con un promedio de 27,1 cm, con un máximo de 34 cm y un mínimo de 23 cm.
- Las bases, de forma cóncava, tiene un diámetro promedio de 11,5 cm.
- La altura máxima alcanzada es de 53 cm (pieza completa).

El volumen calculado para cada pieza comprende sólo parte de los cuellos, por estar los bordes generalmente rotos. Esto no es considerado un problema ya que es probable que las vasijas para poder ser transportadas no se hubiesen llenado hasta el tope de sus cuellos. En este caso, tenemos un promedio de 13,25 litros, con un extremo de 27,25 litros de una urna completa. La urna de rescate sin entierro, mencionada con anterioridad, no se sale del promedio (11,05 litros) que muestran las urnas santamarianas con la mitad de sus cuellos. Aún así, las vasijas no excederían el límite de *transportabilidad*, o lo harían en el caso de ser utilizadas hasta el límite de su capacidad.

En cuanto al índice de *receptividad*, el promedio es de 0,945, con un mínimo de 0,71 y un máximo de 1. Como se mencionó, estos valores posibilitan un fácil acceso al interior del contenedor, pero aumenta la posibilidad de pérdida de calor y una mayor evaporación si son utilizadas para tareas culinarias, o de líquidos u otro tipo de materiales si son utilizadas para el transporte.

Los *atributos morfológicos propios* de las urnas santamarianas son sus largos cuellos y las asas. Los cuellos, en la mayoría de los casos, no presentan diámetros diferentes a lo que

consideramos el cuerpo de la pieza. La diferencia o el paso del cuerpo al cuello es muy sutil, explicando de esta manera los altos índices de receptividad registrados. Aún así, los cuellos se diferencian por una estructura cilíndrica, coronando el cuerpo inferior ovoide. En este cuerpo inferior se ubican las asas encintadas, de 4,5 cm de ancho promedio, de manera horizontal. Estas se ubican en la parte inferior de la pieza, denominada cuerpo, de forma horizontal, permitiendo un buen agarre y distribución del peso, evitando el colapso de la pieza. Las bases cóncavas, por su parte, muestran un promedio de 11,55 cm de diámetro. Por lo tanto, considerando los diámetros máximos, con un promedio de 37,1 cm, y sus formas cóncavas, a diferencia de las bases cónicas, posibilitan la estabilidad de la pieza sobre una superficie plana.

Las piezas no exhiben *alteraciones observables* como, por ejemplo, presencia de hollín. Sí pudo observarse remoción de material en el fondo de las urnas, producto, tal vez, de la abrasión o raspado por el contacto mecánico con un agente abrasivo (Skibo 1992, Mehacho 2007). Esto sugiere que se trata de vasijas utilizadas en otras tareas antes del entierro.

Los *análisis químicos* realizados por CG-EM en una pieza muestran resultados similares a los presentes en las vasijas toscas. Los ácidos grasos ramificados, como ya se mencionó, son indicios de grasas pertenecientes a animales rumiantes, como los camélidos presentes en el registro arqueológico y actual en la zona. Del mismo modo está presente la combinación de los ácidos aráquidico (C20:0), behénico (C22:0) y lignocerínico (C24:0), propios de los recursos de origen vegetal. Por último, también hay evidencia de posibles rastros de cera de abeja, por la presencia de ácido cerótico (C26:0). Estos resultados sugieren la posibilidad de una relación con actividades de acopio o transporte de los recursos mencionados.

Aunque no presentan hollín como sucede en las vasijas toscas, la similitud entre las urnas santamarianas y las vasijas toscas en los lípidos detectados en los análisis permiten plantear que estos contenedores cerámicos habrían sido utilizados, previamente a su uso como urnas funerarias, en algún tipo de actividades relacionada con los alimentos (ver *Capítulo 6*).

Por los atributos presentes en las urnas santamarianas puede considerarse la posibilidad de transporte de recursos en su interior si la pieza no fue saturada de contenido, ya que la pieza completa supera los 27 litros de capacidad contra los 15 litros tomados como límite para su transporte y los altos índices de receptividad, cercanos a 1, aumentan las posibilidades de derrame. A su vez, la ubicación de las asas encintadas en la parte inferior y de forma horizontal hace pensar en una distribución del peso en la parte inferior del cuerpo que evitaría el colapso de la pieza. Por otro lado, la ubicación de las asas permitiría una mayor visibilización de los diseños impresos en su superficie al tener que elevar a la pieza. Si bien los análisis químicos realizados de los residuos de una de las piezas y los contextos de hallazgo (que se discutirán a continuación en la *Parte III del Capítulo 5*) indican un uso como almacén de estas vasijas, esto no necesariamente niega la posibilidad que estas vasijas hayan estado involucradas en otras actividades.

Urnas santamarianas tres cinturas

De este tipo de contenedores sólo se pudieron analizar dos de un total de ocho entierros realizados en este tipo de urnas. Estas fueron vasijas obtenidas de las excavaciones realizadas por Díaz (1978-84) en Tero.

En cuanto a su morfología pertenecen a la clase estructural restringida independiente (ver *supra*; Shepard 1957). Siguiendo a Baldini (1980), las urnas tres cinturas tienen un contorno complejo con más de una entrada (*Figura 28*). Las superficies externas e internas se muestran alisadas, presentando decoración en todo el exterior y en el interior sólo en los bordes. Los colores utilizados son los mismos que para las urnas santamarianas: blanco, negro y rojo. Estos se alternan según la sección, pudiendo aparecer de a pares o los tres juntos. Al igual que con las urnas santamarianas, sólo consideraremos la presencia y ausencia de diseño e iconografía, no así los tipos presentes (Baldini 1980) y su interpretación.



Figura 28: Urna santamariana tres cinturas perteneciente al E27 de Tero.

Sus *características dimensionales* son las siguientes:

- El diámetro de la boca de las piezas tiene un promedio de 24,5 cm.
- El diámetro máximo de los cuerpos se alcanza a la altura de las asas con un promedio de 31 cm.
- La base, por su parte, termina en forma cóncava, con un diámetro de 11/10cm.
- La altura máxima alcanzada es de 40 cm (con faltantes del labio).

El volumen calculado para una de las piezas a la que sólo le falta el labio evertido (Figura 28) fue de 25,65 litros. Al igual que en el caso de las urnas santamarianas, se estima que no fueron llenadas hasta el límite de su capacidad.

El índice de *receptividad* de las piezas analizadas es de 0,8 y 0,96. Por lo tanto, se plantean las mismas consideraciones que para las urnas santamarianas, es decir, las piezas santamarianas tres cinturas permiten al usuario un buen acceso al interior de la pieza. Su uso culinario, por su parte, supondría una pérdida rápida de calor y evaporación de los alimentos. Y el transporte sólo sería posible si no se llenara hasta el tope.

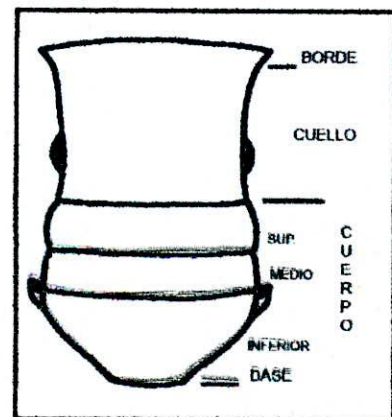


Figura 29: Modelo de segmentación de una urna (Baldini 1980).

Los *atributos morfológicos propios* de las urnas santamarianas tres cinturas son: la división en secciones, la ubicación de las asas y la presencia de apéndices en los perfiles (Figura 29). Las tres entradas presentes en el contorno, también conocidas como “cinturas”, delimitan secciones horizontales en el cuerpo de la pieza. Por lo tanto, a diferencia de las

urnas santamarianas con dos secciones, las tres cinturas presentan cuatro secciones: el cuello, dos secciones horizontales superpuestas y la última sección que contiene la base. Otra de las características es la ubicación de las asas: entre los límites de la última sección y la segunda sección horizontal. Y, por último, los apéndices, que pueden estar presentes o no en los cuellos, los cuales son pequeñas asas trenzadas puestas de forma vertical. Probablemente su función sea ornamentales por ser muy delgadas y susceptibles de romperse si se toma a las piezas por ahí. Las bases le otorgan a las piezas gran estabilidad sobre superficies planas al no presentar una gran diferencia entre el diámetro de sus bases (11 cm máximo) con el diámetro máximo (31 cm).

Tampoco se detectó dentro de las *alteraciones observables* presencia de hollín, ni pudo observarse remoción de material en el fondo de las urnas. No se realizaron análisis químicos sobre este tipo de contenedor.

Para este tipo de contenedor se interpreta una situación similar a la establecida para las urnas santamarianas, ya que las diferencias observadas en sus atributos físicos no afectan a sus posibles funciones para transporte y acopio de alimentos. Estas diferencias pueden deberse a un orden externo a las propiedades físicas que las hacían competentes dentro de las actividades en las que participaban.

Ollas globulares decoradas

En la muestra general se han registrado tres entierros en este tipo de contenedores. Sólo se tuvo acceso a una de las ollas decoradas alojada en el Museo Arqueológico de Cachi (Prov. de Salta) perteneciente al E45 de Tero, no considerado dentro de la muestra general de 75 entierros por estar asociado a elementos de filiación inca¹³. Se consideran los datos extraídos de esta pieza por ser similar a las expuestas en el museo y aquellas descritas en las libretas de campo de Ambrosetti (1907) y Díaz (1978-84; 1981).

¹³ El E45 se realizó dentro de una olla globular decorada con una tapa de laja asociada a un plato ornitomorfo de clara filiación imperial. En el interior de éste se hallaron dos infantes con restos de madera y dos ollitas toscas como acompañamiento.

Las vasijas analizadas son globulares de contorno inflexionado (Shepard 1957). A diferencia de las vasijas toscas, sus asas son horizontales, ubicadas en la mitad del cuerpo de la pieza. La superficie externa de la vasija registrada se presenta alisada, y al igual que los registros de La Paya, esta se encuentra "...pintada con un fondo blanco; con grandes líneas negras, formando grandes ángulos..." (Ambrosetti 1907:234) (Figura 30). No se observa este tipo de ornamentación en el resto de la cerámica santamariana. Otra característica presente es un cuello corto que finaliza en un borde evertido de 5 cm.

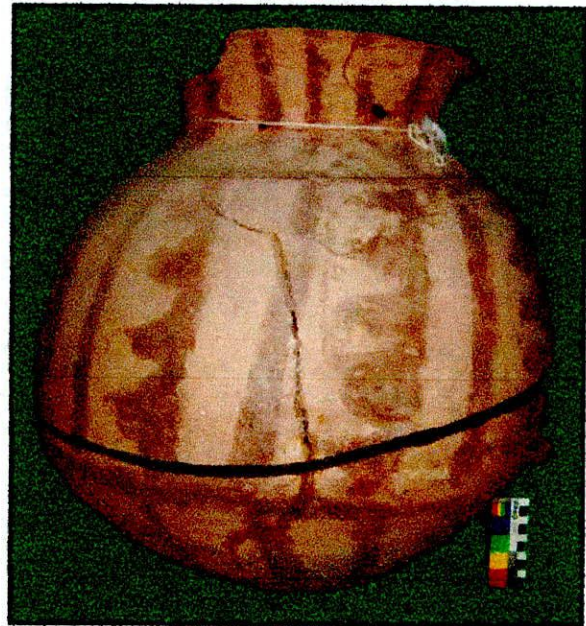


Figura 30: Olla globular decorada perteneciente al E45 de Tero.

Las *características dimensionales* que las distinguen son las siguientes:

- El diámetro de la boca de las piezas tiene de 28 cm.
- El diámetro máximo a la altura de las asas es de 60,5 cm. Ambrosetti registra 50 cm máximo.
- La base termina en forma cónica (Ambrosetti 1907:234)
- La altura promedio es de 60 cm (Ambrosetti 1907:103)

El volumen estimado para la olla del E45 es de 93,42 litros, superando ampliamente el máximo alcanzado por las vasijas toscas (77 litros). Estos valores sobrepasan con creces el límite de *transpotabilidad* (15 litros) establecido sin el riesgo de colapso de la pieza con algún tipo de contenido.

La *receptividad* de la pieza analizada es de 0,46. Similar a los índices manejados para las vasijas toscas, por lo tanto tomaremos las mismas consideraciones que con aquellas. En

este sentido, los rangos presentes podrían permitir el transporte evitando el derrame, también evitan la pérdida de calor acelerada o la evaporación, y posibilitan el acceso al interior para manipular su contenido.

La pieza analizada no presenta *alteraciones observables* en su superficie como remoción de material u hollín ni señales evidentes macroscópicamente de uso previo.

Por último, los *atributos morfológicos propios* que pueden observarse son: la ubicación y tipo de asas, las bases cónicas, el tratamiento de la superficie y decoración, y las grandes dimensiones en relación a las otras piezas analizadas. Las asas están ubicadas en la parte inferior del cuerpo y de manera horizontal, a diferencia de las vasijas toscas que se encuentran en la mitad del cuerpo de manera vertical. Esta ubicación posiblemente ayudaba a una mejor distribución del peso si la pieza debía acomodarse de lugar, evitando el colapso de la pieza pero con movilizaciones mínimas, dado el gran tamaño y peso con contenido en su interior. Las bases cónicas, al igual que las vasijas globulares toscas, sólo permitirían una mayor estabilidad de la pieza si éstas eran enterradas, encastrándolas en las superficies lisas. Como se comentó más arriba, estos usos son frecuentes en la cerámica andina como por ejemplo los *virques* para la producción de chicha (Randall 1993). También, a diferencia de las vasijas globulares toscas, las superficies de las globulares decoradas están alisadas, con un baño blanco y trazos rectos color negro y no presentan evidencia de exposición al fuego. Las dimensiones, como se mencionó más arriba, superan ampliamente las de los otros contenedores cerámicos.

A manera de conclusión, se destaca el gran tamaño de estas piezas y su mayor capacidad en relación a los otros contenedores. Esto permite pensar que sus posibilidades de transporte con contenido en su interior fueron nulas, por los riesgos de colapso de la pieza. La ubicación de las asas en la parte inferior del cuerpo y de manera horizontal posiblemente ayudaba a una mejor distribución del peso, evitando el colapso de la pieza pero con movilizaciones mínimas. La función previa sugerida por la evidencia es la de almacén para acopio, descartando sus funciones culinarias por la falta de hollín en su superficie externa. Los contextos de hallazgo de otras piezas del mismo tipo, pero sin entierros, apoyan esta

idea (*Parte III del Capítulo 5*). Debería profundizarse la investigación sobre las ollas globulares decoradas ya que poco se ha dicho sobre ellas, como por ejemplo, análisis químicos de los residuos internos para determinar qué tipo de recursos se alojaban en su interior.

Comentarios finales sobre los contenedores

A manera de síntesis, como se planteó al comienzo del análisis de los contenedores, para reflexionar acerca de las representaciones que encarnaban los distintos tipos de vasijas se debía demostrar si fueron o no fabricadas especialmente para el ritual fúnebre. La evidencia hasta aquí observada muestra que los contenedores usados para entierros cumplieron previamente una serie de actividades diferentes. Estas actividades, anteriores a la inhumación de restos humanos, se relacionan con tareas ligadas al procesamiento de alimentos, como las prácticas culinarias o de acopio de comida. Estas ideas serán reforzadas con la evidencia que se presentará en la *Parte III del Capítulo 5*, de los diferentes contextos de hallazgo relacionados con los contenedores.

Objetos depositados dentro de los contenedores

Consideramos parte del acompañamiento a aquellos objetos que se hallaron dentro de los contenedores cerámicos. Los contenedores y aquellos objetos utilizados como tapas no entran en esta categoría por formar parte estructural de la tumba. El acompañamiento, como veremos a continuación, es variado en su composición. De la muestra general de 75 enterratorios, es importante mencionar que en 37¹⁴ entierros no fueron depositados objetos en su interior además de los cuerpos humanos. Por lo tanto, se debe mencionar que la inclusión de objetos como ofrenda en los entierros no era la norma, estos están presentes

¹⁴ De La Paya: E1, E2, E4, E6, E11 (Díaz 1981); Hallazgos 18, 45a, 45b, 57a, 57b, 65, 95, 133, 162, 166a, 166b, 166c (Ambrosetti 1907). De Kipón: Hallazgos 9e, 13. De Ruíz de los Llanos el rescate de Baldini y Baffi (Baffi *et al.* 2001) De Tero: E16, E18, E21, E22, E23, E24, E25, E26, E27, E36, E37, E48, E49, E53, E58, E59 (Díaz 1978-84), Rescate I y Rescate III (Díaz 1990).

sólo en un 49,3 % de los casos. En el *Gráfico 6* se puede observar la distribución y el tipo de objetos depositados como ofrendas (N 92), considerando todos los elementos que acompañaron a los restos humanos del resto de las tumbas (N 38).

Para enriquecer estos datos, se discute brevemente a los objetos dividiéndolos por la actividad representada a través de ellos y las esferas o ámbitos de la vida social con las que están relacionados. Esto último me permitirá, a la hora de discutir los datos, observar las posibilidades de significación que los objetos ofrecen, junto con las combinaciones posibles entre ellos. Un trabajo semejante al realizado por Stoodley (2000) sobre el registro anglosajón temprano, observando que la presencia y combinación de elementos representaron los ciclos de la vida según el género a través del número o tipo de armas o vestidos y joyas que acompañaron a los cuerpos humanos. Con esto quiero rescatar que la incorporación de ciertos elementos dentro de las estructuras funebrias no es inocente, sino que responde a una búsqueda, realizada por aquellos que depositaron los objetos, de crear significados dentro de un mundo de ideas que posibilitaba su lectura y comprensión. Por lo tanto, siguiendo con la idea de dividir a los elementos utilizados como acompañamiento según la actividad representada, hace imprescindible considerar la problemática no tumba por tumba, sino tomar el universo del ajuar en conjunto con el fin de poder contemplar las tendencias de aparición de los objetos en general. Sin embargo, para una mejor comprensión de registro analizado, se hacen referencias a casos particulares.

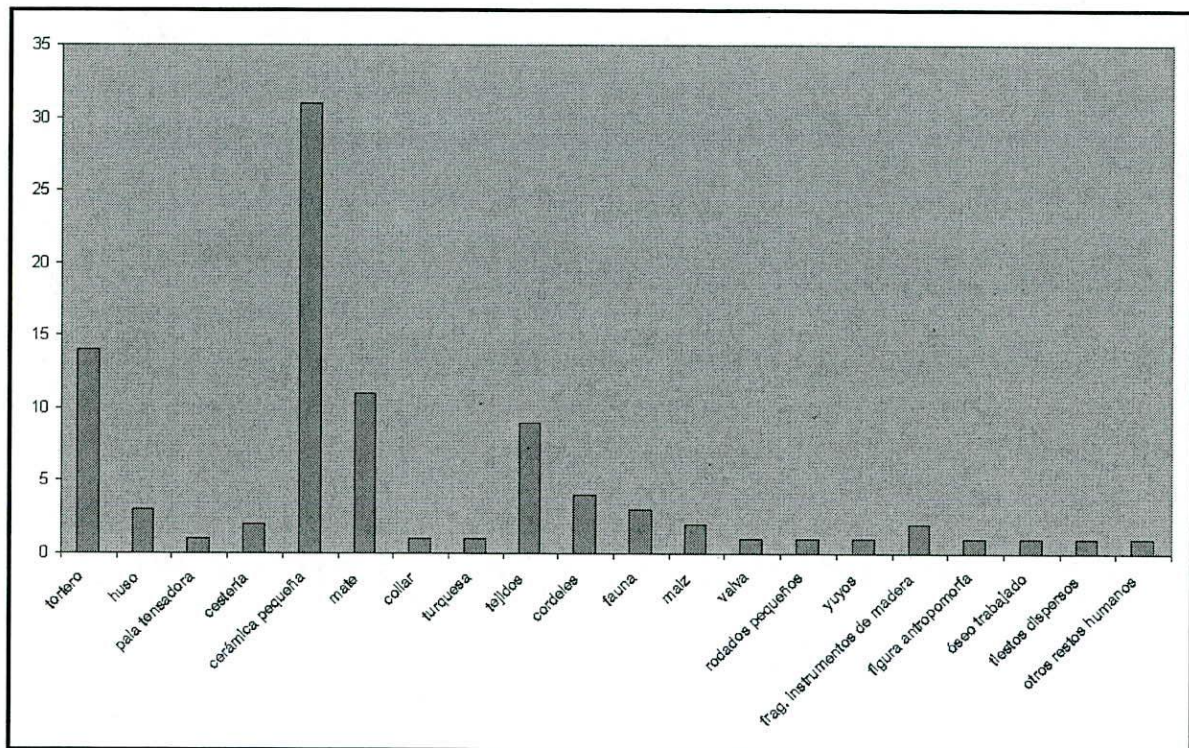


Gráfico 6

Instrumentos para la producción textil

Hay diferentes herramientas ligadas a esta actividad, como los husos, los torteros, las palas tensoras, los telares, los pigmentos, etc. En los entierros se hallaron los siguientes objetos: husos, torteros y una pala tensora (*Tabla 3*) (*Figura 31*).

Los husos son objetos alargados y redondeados con los extremos afinados. Dentro se coloca el tortero en el momento de hilar. Es en el huso donde la hebra va enrollándose mientras gira. En los entierros de infantes sólo se han hallado tres. Por otro lado, los torteros, también conocidos como *muyunas*, son discos pequeños de dos a tres centímetros de diámetro aproximadamente, hechos de diversos tipos de materiales, generalmente decorados, que se utilizan como contrapeso del huso de hilar. Los torteros son uno de los objetos más numerosos dentro de la muestra, representando un 15,38 % (N 14), con diferencias en la materia prima utilizada. Otro de los objetos que aparece en el

acompañamiento, en sólo un caso, es una pala tensora. Éstas se utilizan en la producción textil para apretar los hilos que forman la trama del tejido.

En sus observaciones realizadas sobre los torteros hallados en La Paya, Ambrosetti (1907) comenta que éstos muestran

Objeto	Material	Cantidad	Tumbas
Husos	madera	1	E3 de La Paya
		1	E5 de Tero
	lítico	1	E5 de Tero
Torteros	cerámica	1	E46 de Tero
	lítico	1	Hallazgo 12 de La Paya
		1	E5 de Tero
	óseo	1	E5 de Tero
		1	Hallazgo 10 de Kipón
	madera	2	Hallazgo 12 de La Paya
		3	Hallazgo 14B de La Paya
		2	E7 de La Paya
2		Hallazgo 1 de Kipón	
Pala tensora	madera	1	E20 de Tero

Tabla 3: Objetos de producción textil presentes en las tumbas de infantes.

superficies alisadas y lustradas. Nuestras propias observaciones confirman este mismo tipo de evidencia sobre las palas y en algunos torteros hallados en las tumbas excavadas por Ambrosetti en La Paya. Estos muestran también superficies lustradas en algunas fases de sus cuerpos pese a las dificultades en la conservación de los materiales con los que fueron realizados (madera en la mayoría de los casos). Estas huellas pueden considerarse como productos del uso de estas piezas antes de ser abandonadas dentro de las urnas.



Figura 31: Ejemplos ilustrativos de los elementos textiles. Todos pertenecen a La Paya (Ambrosetti 1907) 1) tortero lítico no decorado, 2 y 4) tortero de madera decorado, 3) tortero lítico decorado, 5) huso e madera con tortero óseo, 6) pala tensora.

Para sintetizar podemos observar que los enterratorios relacionados con los elementos de producción textil son en total ocho dentro de la muestra general de 75. Si bien esto no muestra una tendencia generalizada, permitirá nutrir la discusión sobre los significados construidos en las tumbas. Dentro de la muestra de objetos analizados (N 91) como ajuar las herramientas textiles suman un total de 18.

Objetos contenedores pequeños

Dentro de este grupo consideramos a aquellos recipientes, ya sea cerámica, de cestería o de calabaza (mate), que fueron hallados en el interior de las tumbas (*Figura 32*). Estos se presentan en diferentes materiales y formas, contabilizándose un total de 44 sobre la muestra general de 91 objetos. Con el fin de exponer su aparición fueron separados según el tipo de material: cerámica, mate y cestería (*Tabla 4*).

En cerámica se contabilizaron 31 objetos en total, enumerados en la *Tabla 4*. Aparecen como acompañamiento contenedores pequeños con motivos santamarianas (SM), aunque de formas y tamaños diversos. Entre las formas se observan pucos, pucos pequeños, pucos campaluniformes (cuellos verticales), un vaso de dos bocas¹⁵, vasos libatorios del tipo santamariano¹⁶ y ollas santamarianas.

Los contenedores sin decoración son 19, y también presentan variaciones en las formas y el tratamiento de las superficies. Por lo general las superficies se encuentran pulidas, presentando diferentes colores (negro, gris y rojo), o sólo peinadas (toscas). Las formas representadas son las siguientes: jarra asimétrica pequeña de manufactura tosca, pucos pequeños negro pulido, pucos negro pulido, pucos gris pulido, pequeño pucos rojo pulido, olla pequeña roja alisada y vasos de boca angosta y cuello alto conocidos como *yuritos* (Ambrosetti 1907) o “vasijas calciformes” (Díaz 1978-84). (ver *Figura 32*)

Dentro de un grupo se encuentran los mates, producto foráneo proveniente de los valles mesotérmicos (Tarragó 2000), representado con un total de 11 elementos. Cinco de los mates fueron decorados por medio del pirograbado y los seis restantes no fueron decorados.

¹⁵ Estos vasos son mencionados por Ambrosetti (1907:386) entre sus hallazgos en La Paya, aunque desconocemos el uso que pudieron tener en el pasado.

¹⁶ Uno de ellos dentro del E17 de Tero, con la representación de un sapo, otro asociado al E20 de Tero (Díaz 1978-84), y uno dentro del Hallazgo 12 de La Paya “...pintado toscamente. En su exterior, cerca de los bordes, presenta una serpiente en relieve, y del otro los restos de un cuadrúpedo cuya cabeza ha desaparecido...” (Ambrosetti 1907:103).

En dos casos se hallaron objetos de cestería. Uno hallado en el E7 de Tero, que por las malas condiciones de conservación a las que se vio sometido el entierro en general, aparece mencionado en el registro como “vestigios de cestería” (Díaz 1978-84). El otro es un pequeño cesto en el entierro 5=24-1a-01. Este se realizó utilizando la técnica espiral (coiled). La forma de la pieza es pese a la mala conservación pudo determinarse como abierta. (Pieza 12, *Figura 32*)

A manera de síntesis se puede mencionar que los objetos mencionados bajo el rotulo de contenedores pequeños aparecieron en 24 enterratorios dentro de los 37 entierros con acompañamiento, lo que demuestra su importante ubicuidad. Debemos tener en cuenta que algunos de los materiales, los mates y la cestería, son perecibles, y dadas las malas condiciones de conservación, puede que no hayan sobrevivido al paso del tiempo. Llama la atención por los datos comentados la gran variabilidad de pucos utilizados (*Gráfico 7*) (pulidos, rojos pulidos, negros pulidos, santamarianos negro sobre rojo y negro/rojo sobre ante, con diferentes tipos de decoración), y la aparición de piezas en casos únicos o no más de tres, como es el caso de los vasos libatorios y la cestería. Posiblemente esto nos indique la no producción de recipientes especialmente diseñados para este tipo de práctica, sino que cualquier tipo podía insertarse en las tumbas. Otro dato importante que se menciona es la asociación en alguno de los casos con restos de alimentos, material discutido a continuación.

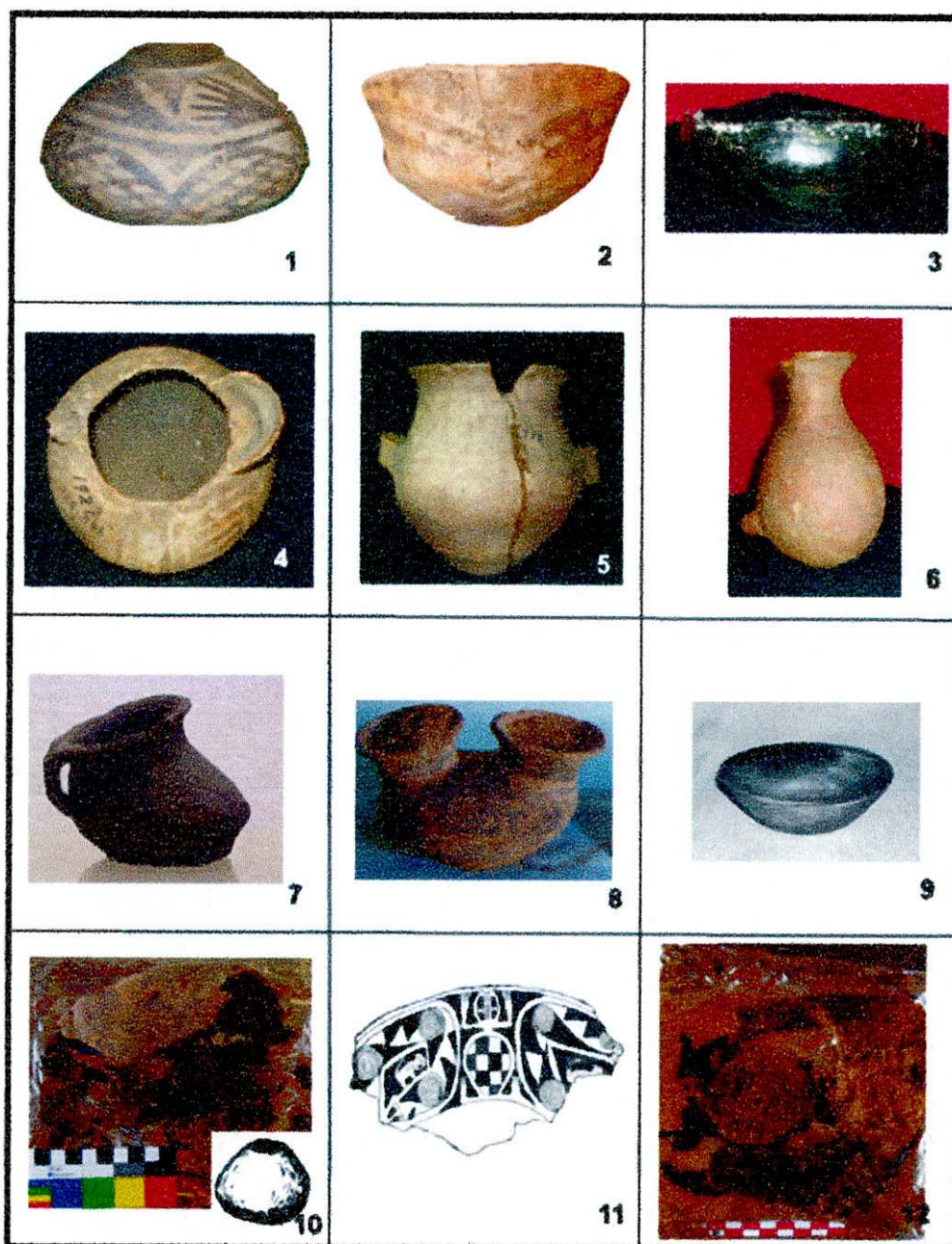


Figura 32: Ejemplos ilustrativos de la variabilidad de cuencos presentes en las tumbas. 1) pucos santamariano de Tero, 2) pucos santamariano campaluniforme de Tero, 3) pucos negro pulido de La Paya, 4) vaso libatorio de Tero, 5) olla santamariana de La Paya, 6) *yurito* de La Paya, 7) vaso asimétrico de Mariscal, 8) vaso de dos bocas santamariano de Mariscal, 9) pucos toscos (indet.), 10) mate de Mariscal, 11) decoración de mate pirograbado de La Paya, 12) pequeña cesta de Mariscal.

Objeto	Material	Tipo	Cantidad	Tumbas
Contenedores pequeños	cerámica	puco SM	1	5=150-2-02
			2	Hallazgo 159 de La Paya
		puco SM pequeño	1	E56 de Tero
			1	E57 de Tero
		puco campuliniforme SM	1	Hallazgo 143a de La Paya
		vaso de dos bocas SM	1	5=150-2-03
		vasos libatorios SM	1	E17 de Tero
			1	E20 de Tero
			1	Hallazgo 12 de La Paya
		ollas SM	1	E20 de Tero
			1	Hallazgo 148 de La Paya
		puco rojo pulido	1	Hallazgo 1 de Kipón
		olla pequeña roja alisada	1	E28 de Tero
		yurito	2	E20 de Tero
		jarra asimétrica	1	5=150-2-01
		puquito quemado	1	5=150-2-01
			1	5=150-2-01
		puco negro pulido	1	5=150-24-1-01
			4	E14 de Tero
			1	E30 de Tero
	1		E31 de Tero	
	1		Hallazgo 143b	
	1		Hallazgo 159 de La Paya	
	1		E30 de Tero	
	puco pulido	1	E31 de Tero	
		1	E55 de Tero	
		1	E5 de Tero	
	mate	pirograbado	1	E5 de Tero
			2	Hallazgo 1 de La Paya
			1	Hallazgo 10 de Kipón
		sin decoración	1	5=150-1-01
			1	E3 de La Paya
			1	E7 de La Paya
1			E7 de Tero	
1			E14 de Tero	
1			Rescate 1976	
1			5=24-1-01	
cestería	1	E7 de Tero	
	Técnica espiral forma abierta	1	5=24-1-01	

Tabla 4

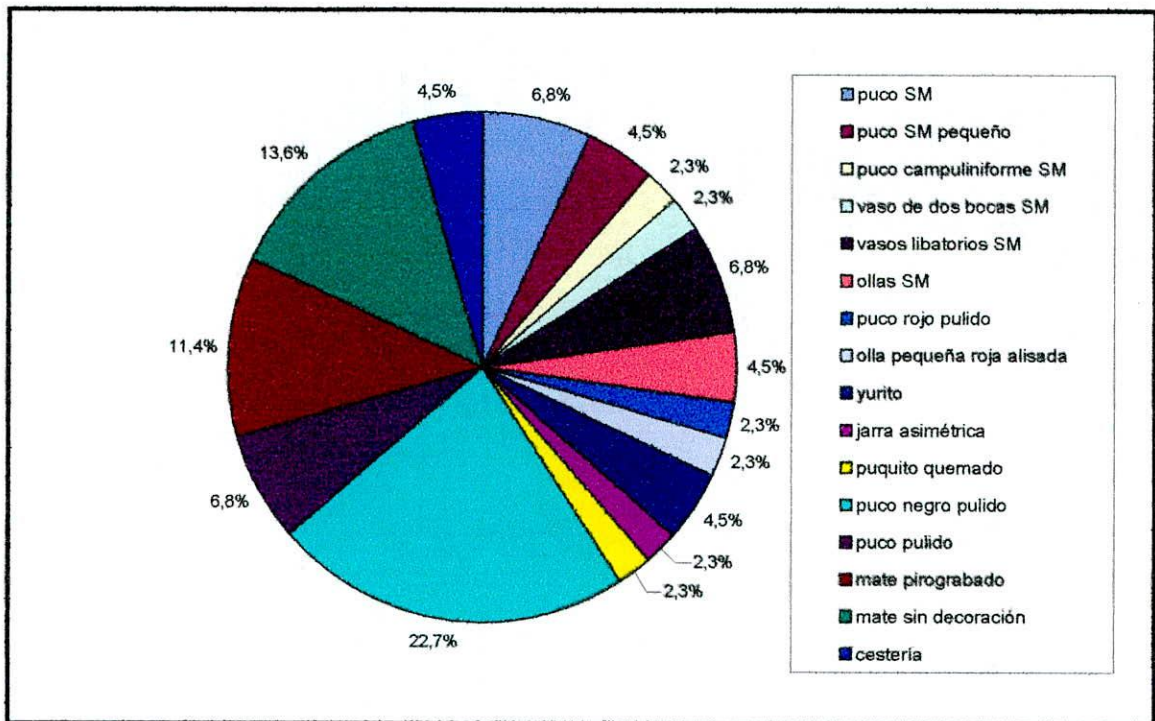


Gráfico 7

Restos de alimentos

Si bien son pocas las menciones sobre restos de alimentos, considero que es importante tener este dato en cuenta para relacionarlo en la discusión con los contextos de hallazgo que se mencionarán en la *Parte III del Capítulo 5*. En esta se presentarán las posibles relaciones que existen entre los contextos mortuorios con otro tipo de contextos generados por prácticas diferentes. En el caso de los entierros, existen sólo tres asociados con restos de camélidos (3,3% de 91 de la muestra general de objetos) interpretados como ofrendas (Díaz 1978-84). En el caso del Hallazgo 160 de La Paya los restos de camélido están rodeando la urna, junto con carbones y restos de comida (Ambrosetti 1907). En los otros dos entierros, el Hallazgo 9 de Kipón (Debenedetti 1908) y el E51 de Tero (Díaz 1978-84), los restos de camélidos fueron depositados en el interior de los contenedores, acompañando a los cuerpos. En la bibliografía o en las fuentes no se menciona para ningún caso qué tipo de partes esqueléticas están presentes.

También se hallaron restos de maíz en tres casos (3,3% de 91 de la muestra general de objetos). Un de ellos pertenece al sitio Mariscal (5=24-1-O1). Es un entierro múltiple de tres niños, con granos de maíz que cubrían los cuerpos. En el momento del hallazgo los cuerpos se encontraban amalgamados por el maíz, lo que dificultó su extracción. Este es un caso único dentro de la muestra general de entierros (N 75): es el único con la inhumación de tres cuerpos y el único entierro con evidencias de haber sido cubierto por granos. El otro de los casos en el que se mencionan restos de alimentos es el caso del E14 de Tero. En este se hallaron cinco pucos pulidos (Tarragó *et al.* 1979), dos de ellos presentaban vestigios de alimentos en su interior (Díaz 1978-84). Por último, dentro del Hallazgo 148 se hallaron restos de mazorcas de maíz quemadas (Ambrosetti 1907).

Adornos corporales

Dentro de este grupo sólo tenemos un hallazgo. En el E35 de Tero se encontraron 396 cuentas de collar realizadas en valvas dispersas y una sola cuenta de turquesa (E35 de Tero) (Díaz 1978-84). Se trataría por lo tanto de un collar completo, aunque fue hallado de forma dispersa. Díaz comenta que las cuentas se encontraron regadas por fuera y dentro de la vasija junto con parte de los restos del cuerpo de un niño (Díaz 1978-84:11), y en el interior se encontró un segundo cuerpo completo. Esto es interpretado por el investigador como dos momentos de inhumación, junto con la evidencia de reutilización de la tumba de una manera violenta, desalojando al primer cuerpo junto con los restos del collar que formaba parte de su ofrenda. Ahora bien, podemos también interpretar en este caso que el collar no fue depositado entero, sino que pudo ser roto en el momento de la inhumación de los cuerpos.

Textiles

Se han reconocido dentro de las vasijas nueve entierros con presencia de tejidos (*Tabla 5*). Contabilizando nueve tejidos (9,9 %) y cuatro cordeles (4,4 %) dentro de la

muestra general de 91 objetos. Algunos de estos, según las observaciones de los excavadores (Díaz 1978-84), podría ser parte del material con el que se envolvieron los cuerpos formando fardos.

En Tero se presentan cuatro casos: uno es el E34, con fragmentos de tela, otro de ellos es el E38, con “...vestigios de un tejido muy fino.” (Díaz 1978-84:20); tercero, el E54, mencionado

Objeto	Características	Tumbas
Tejidos y cordeles	tejido fino	E38 de Tero
	color marrón/ gorros/ paquete funerario	Rescate 1976 de Tero
	Hallazgo 12 de La Paya
	tejido fino y otro más grueso	Hallazgo 35 de La Paya
Tejidos	E34 de Tero
	paquete funerario	E54 de Tero
	tejido fino y otro más grueso	E3 de La Paya
	E7 de La Paya
	tejido fino y de color marrón	E10 de La Paya

Tabla 5

como “un paquete funerario con tela, cordeles y ceniza.” (Díaz 1978-84:13). Y el cuarto se trata de un rescate realizado por Díaz (1976), en donde se hallaron dos cuerpos envueltos “...en una tela muy fina de color marrón...pequeños rastros de tejido que al parecer estaban adheridos al cráneo”. Eran tejidos de distintos grosores y cordeles de lo que pudieron ser gorros y envolturas de los cráneos (Díaz 1976).

En La Paya se mencionan tres casos por Díaz (1981) y dos por Ambrosetti (1907). En los registros de Díaz comenta que en el E3 el esqueleto se encontró envuelto en dos textiles, uno externo más grueso y otro interno más fino, formando un pequeño fardo; en el E7 los restos de tejido se hallaron mezclados con los restos óseos dentro del contenedor cerámico; y por último, en el E10 los tejidos aparecen muy deteriorados, pero se reconoce que ellos eran finos y de color marrón oscuro (Díaz 1981). Ambrosetti, por su parte, menciona que en el Hallazgo 12 de La Paya los dos cráneos yacían sobre los restos de un tejido de lana de los que sólo se pudo rescatar algunos cordones (Ambrosetti 1907:103). También el Hallazgo 35 presenta restos de dos tipos de textiles, uno más fino que el otro, acompañado por restos de cordeles, interpretados por el investigador como los restos de la envoltura del niño (Ambrosetti 1907:122).

Con estos podemos considerar la idea de que los cuerpos fueron inhumados, en algunos casos, envueltos en textiles de diferente factura, utilizando cordeles. Posiblemente los textiles se asocien al tratamiento para la inhumación de los cuerpos en fardos.

Objetos diversos

Dentro de este grupo consideramos diversos objetos que deben ser discutidos en relación a los otros hallazgos depositados en los entierros. Todos ellos se destacan por ser únicos: una valva (E14 de Tero), de la que no se menciona su procedencia, un rodado pequeño (E20 de Tero), “yuyos” secos (E54 de Tero), dos fragmentos de instrumentos de madera no reconocibles (E7 de La Paya y el E20 de Tero), una figura antropomorfa masculina de madera de 13 cm de altura (Hallazgo 1 de Kipón), un fragmento de óseo trabajado, posiblemente un instrumento (E28 Tero) y tiestos dispersos (E3 de La Paya) (Debenedetti 1908; Díaz 1978-84, 1981).



Figura 33

Otro de los hallazgos únicos fue el realizado en Mariscal (5=150-2-O1) dentro de una vasija tosca, por sobre el cuerpo completo de un infante. Depositada sobre el torso de este niño se encontró un trozo de pocos centímetros (3,7 cm x 1.6 cm) de una costilla humana adulta (Aranda 2008, *comunicación personal*) y muestra cortes en ambos extremos (Figura 33).

Ceniza

Otro hallazgo que se realizó dentro de las vasijas es el de ceniza en el fondo de las piezas, por debajo de los cuerpos. Si bien este tipo de sustancia es conocido como parte de la práctica (Ambrosetti 1907; Baldini y Baffi 2003), sólo se documentó su presencia en 14¹⁷ casos del total de entierros analizados (18,91 %). Ambrosetti (1907) menciona que posiblemente se trate de yareta quemada introducida en las tumbas con el fin de aplacar los olores producidos por la descomposición de los cuerpos. Díaz, por su parte, sostiene que en algunos casos el residuo blanco pudo ser cal (óxido de calcio) utilizada para preservar los cuerpos (1976), evitando también la propagación de las emanaciones producto de la corrupción de los cuerpos. En el caso de Baldini y Baffi (2003) mencionan la posibilidad de que las cenizas sean el producto de la depositación de los cuerpos sobre brazas calientes en el momento del ritual mortuorio. Retomaremos estas ideas en el *Capítulo 6*.

Comentarios finales sobre el acompañamiento.

Esta sección se busca exponer las tendencias mostradas en el análisis de los objetos que acompañan a los cuerpos. Como vimos, estos objetos están relacionados con esferas, prácticas y mundos citados con su presencia material en las tumbas. Hay grupos de objetos que citan categorías y esferas sociales relacionadas con dinámicas particulares, como lo son: la producción textil, los contenedores con representaciones simbólicas o los utilitarios, objetos foráneos, adornos corporales de adultos, mundo agrícola, mundo de la fauna doméstica, restos corporales de adulto, otros (*Gráfico 8*).

Las actividades textiles, representadas por los torteros, los husos y las palas, aparecen materializadas con 18 objetos en ocho de las tumbas analizadas. Si bien esto no muestra una tendencia generalizada, es importante considerarla ya que no todas las actividades posibles están presentes. Por ejemplo, no se han hallado puntas o instrumentos líticos que

¹⁷ En Tero: E7, E34, E35, E37, E53, E54 y E59 (Díaz 1978-84). En La Paya Hallazgo 160. El rescate de Ruíz de los Llanos (Baffi *et al.* 2001). Y en Mariscal: 5=150-1-o1, 5=150-2-o1, 5=150-2-o2 y 5=150-2-o3.

representen la caza o el procesamiento de carne, ni tarabitas para representar la actividad de caravaneo, materiales que sí están presentes en las tumbas de adultos (Acuto *et al.* 2008). En el caso de los textiles, estos posiblemente no fueron parte del acompañamiento propiamente dicho, sino que su introducción se relaciona con un tipo de tratamiento del cuerpo al formar fardos envolviéndolos con distintas telas y cordeles. En el próximo apartado se discutirá puntualmente este tema.

Los contenedores pequeños son los más frecuentes, presentes en 26 de las 38 tumbas con acompañamiento en su interior. Estos no son iguales ni se repiten en su número de aparición siguiendo un patrón. Con esto sugiero que estos elementos (pucos, ollitas, vasos libatorios, vasos de dos bocas, cestos o mates, etc.) no fueron especialmente diseñados para la práctica, como sí se insinúa en otros contextos arqueológicos del NOA (Pérez de Micou 2003). Los cuencos pequeños, más allá de la variabilidad de sus formas, pueden dividirse en contenedores con representaciones (decorados) y utilitarios (sin decoración). Dentro de la muestra general de 91 objetos, 20 presentan decoración en su superficie y 24 son cuencos pequeños sin decoración. Los motivos representados, según las fuentes estudiadas (Ambrosetti 1907; Debenedetti 1908; Díaz 1978-84, 1976, 1990), son santamarianos en su mayoría.

Los adornos personales, por otro lado, no son contemplados como parte de la práctica de los entierros en vasijas. Si bien se ha hallado el collar antes mencionado, este no fue encontrado asociado directamente al cuerpo. Lo mismo sucede con las tumbas de adultos, aunque con una frecuencia mayor (Acuto *et al.* 2008:37), aparecen dentro de las cistas donde se inhumaron los cuerpos humanos, pero no sobre los cuerpos. Este tipo de objeto, el collar, no pertenece a la cultura material de los infantes, más bien representa a la de los adultos, ya que son utilizadas como adornos de sus cuerpos. En el mismo sentido, remitiendo al mundo de los adultos se presenta en un entierro una parte del cuerpo de un individuo adulto a través de un fragmento de costilla (N 1)

Aparecen asimismo elementos naturales, algunos trabajados, que hacen referencia a otras zonas del NOA, como lo son: los mates (N 11), productos de los valles mesotérmicos; una

valva, posiblemente marina y una cuenta de turquesa (N 1), material proveniente de la Puna. Se incorporan elementos que representan recursos domesticados: de fauna, como camélido (N 3), y agrícolas, como el maíz (N 3). También aparecen representaciones de recursos no domesticados, como las hierbas llamadas “yuyitos” por Díaz (19789-84), y su poca frecuencia puede deberse a la mala conservación del área investigada. La figura antropomorfa mencionada remite, por los atributos trabajados, al género masculino.

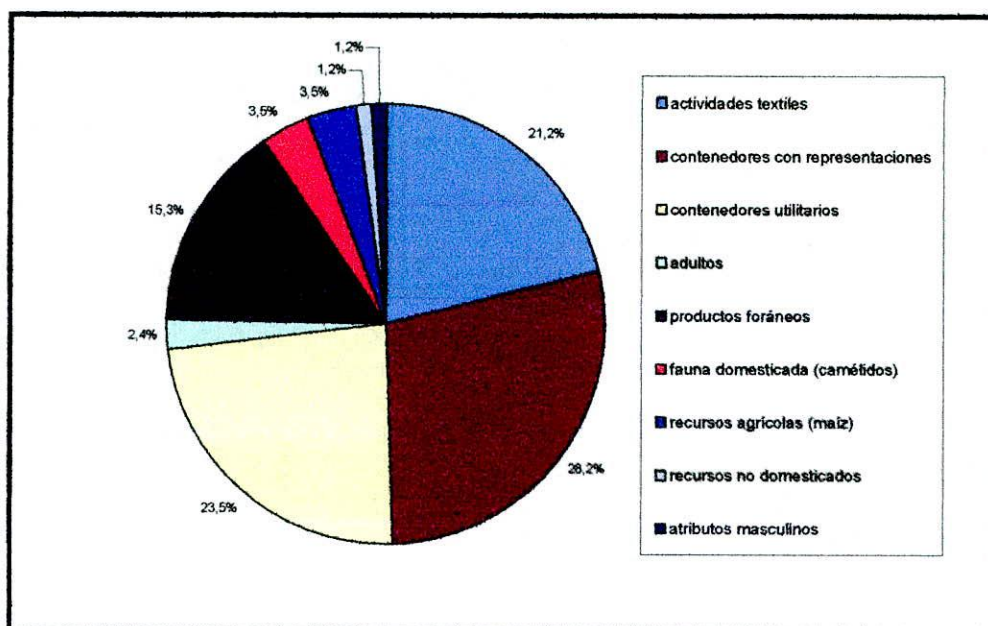


Gráfico 8

El análisis del acompañamiento propone una serie de esferas sociales representadas por un total de 85 objetos de los 91 analizados. Se destacan numéricamente (28,2% N 24) los objetos que incorporan iconografía, con toda una serie de representaciones presentes en los análisis de otras áreas de actividad dentro del sitio, como patios o sendas por ejemplo. Luego los contenedores llamados utilitarios (23,5 % N 20) por no tener representaciones en superficie. Esto no quiere decir que no estén cargados de significación, pero la comunicación de éstos no se realiza a través de símbolos estandarizados colectivamente y comunicados a través del diseño en la pieza. Otra de las áreas con mayor citación es la de producción textil, a través de pequeños objetos para la producción. Como se comentó, si bien no es una actividad con un alto grado de presencia, se destaca por estar representada entre otras múltiples tareas conocidas que se encuentran ausentes en los contextos

mortuorios. Los productos foráneos por su parte (15,3 % N 13), si bien tampoco son tan frecuente, fueron incorporados a las tumbas, algunos excepcionalmente, como la turquesa y la valva. El mundo agrícola y el de los animales domésticos aparece en proporciones similares (3,5 % N 3), aunque, como veremos en la próxima sección, aparecen más elementos citando estas esferas en los elementos estructurales de la tumba (tapas, contenedores y localización). Remiten a los vegetales no domesticados una única aparición: un manojo de “yuyitos”. Los atributos de género tampoco fueron la norma dentro de las citas del acompañamiento, ya que fueron representados en una única figura antropomorfa (1,2 % N1).

El resto de los objetos incorporados sostiene esta tendencia relacionada con la falta de un patrón claro en los elementos que se incorporan a la tumba, más bien hay un mundo que no se incorpora. Existe toda una serie de elementos que sí aparecen en los pisos de ocupación de las estructuras dentro de los sitios (hachas, puntas, moldes, morteros, manos, pigmentos, tabletas de rapé, inhaladores, etc.), como se vio en la *Parte I del Capítulo 5* que no forman parte del acompañamiento de los infantes.

Cuerpos

En esta sección se expondrán las observaciones realizadas sobre los restos humanos hallados en el interior de las vasijas ya comentadas. Estas observaciones apuntan a rastrear patrones en la disposición de los cuerpos: *cantidad dentro de un mismo contenedor, posición, orientación, composición y tratamiento*. Con esto, como se dijo al comienzo de esta sección, busco determinar si existió un proceso de individuación y si el tratamiento del cadáver fue un campo de representaciones activo y activado. En otras palabras, apunto a establecer si el cuerpo del difunto fue dispuesto con el objeto de representar algo específico y qué era eso que quería representar. Por otro lado, en base a parámetros bioarqueológicos, se presentará una estimación del *rango etáreo*, para comprender el límite de edad del conjunto de individuos representado a través de esta práctica.

Como se comentó en el *Capítulo 4*, la información presente en esta sección es parcial dentro de la muestra general de 75 entierros. Las variables estudiadas no cuentan con datos de todos los entierros, sino que estos varían según la tumba y diferencias en el relevamiento de los datos. A esta falencia responden las variaciones de los totales analizadas en cada variable. Como se dijo, se cuenta con el dato de la cantidad de cuerpos presentes en 68 de las 75 tumbas. En relación a los cuerpos individualizados, 62 cadáveres correspondientes a 57 tumbas, la información también es fragmentaria, es decir, no todos los cuerpos tienen registros para cada variable observada.

Disposición de los cuerpos

Cantidad de cuerpos dentro de un mismo contenedor

En primer lugar es importante señalar que en siete casos no se hay información disponible en las notas de campo para establecer la cantidad de individuos presentes en las tumbas. Por lo tanto,

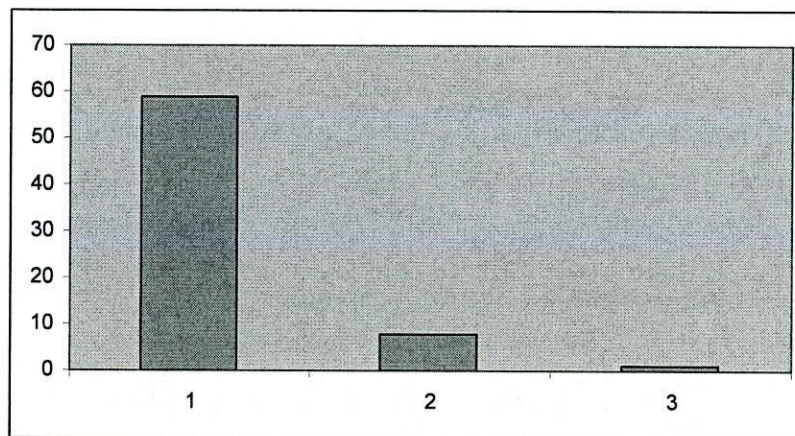


Gráfico 9

se trabajó sobre un universo de 68 entierros. Dentro de esta muestra de 68 tumbas se evidencia la mayor frecuencia de inhumaciones individuales (86,76 % N 59) (*Gráfico 9*). Existen muy pocos casos (N 9) en los que se han observado más de un cuerpo. Se destacan el E35 de Tero y el hallazgo del R24 de Mariscal. El E35 de Tero por presentar evidencias de la incorporación de un segundo cuerpo luego del vaciamiento parcial del contenido de la urna (Díaz 1978-84). El segundo, de Mariscal (5=24-1-01), es una vasija tosca cubierta con una conana y en su interior tres cuerpos de niños pequeños. Este es el único caso

dentro de la muestra que presenta más de dos cuerpos. Debido a que estos se encontraban parcialmente articulados y aglutinados entre sí por granos de maíz que llenaban parcialmente la vasija, es difícil establecer si podemos hablar de un solo evento o varios. De los siete casos restantes se puede decir: en el caso del E5 de Tero los restos fueron hallados “casi momificados naturalmente” (Díaz 1978-84:3); en el E20 de Tero los restos de dos cuerpos fueron hallados recostados sobre las paredes de la vasija. En el rescate efectuado en 1976 por Díaz (1976) se hallaron dos cuerpos en muy mal estado de conservación. Pertenecientes a La Paya los Hallazgos 12, con dos niños recostados sobre un textil, dos cuerpos pertenecientes al Hallazgo 148; y en el caso del Hallazgo 159 sólo se hallaron dos cráneos de niños (Ambrosetti 1907). Otra de las tumbas de este grupo pertenece a Mariscal, el entierro 5=150-2-01. Este presenta dos cuerpos, uno completo y otro representado por partes de su cráneo (dos temporales).

Es interesante destacar que a diferencia de los entierros de adultos en cistas, donde el 69 % (102 de N 148) de las tumbas analizadas contienen más de un cuerpo, la amplia mayoría de los entierros de infantes contenían un solo cuerpo.

Posición

No existe mención sobre la posición en la que fueron inhumados u hallados los restos humanos de 53 casos de la muestra general (N 75), por lo que se cuenta con la información de 22 entierros.

Con respecto a las posiciones en las que fueron colocados los cuerpos se destacan, en el caso de haber sido descritos por los excavadores, aquellos que fueron depositados “sentados” o de “cunclillas” dentro de las ollas (Díaz 1978-84, 1981) o decúbito lateral semiflexionado. En cunclillas se presentan diez casos¹⁸, todos del sitio Tero. Semiflexionados, es decir, recostados sobre un lado del contenedor con la parte posterior

¹⁸ E18, E24, E 26, E28, E34, E36, E37, E38 E46 y E55 (Díaz 1978-84)

del tórax apoyada en la pared (ver *Figura 33*), aparecen en 11 casos¹⁹. Existe un solo caso en donde el cuerpo fue depositado en posición decúbito dorsal (5=150-1-O1), sobre una de las paredes del contenedor que fue depositado de costado sobre la superficie (*Figura 34*).

Según estos datos, la posición de los cuerpos no siguió un patrón específico. Considero que las pocas variaciones observadas en la posición de los cuerpos, de cunclillas y recostado sobre un costado, están determinadas por el poco espacio disponible dentro de las vasijas utilizadas para la inhumación y la cantidad de cuerpos en el interior. En los



Figura 34

casos de un solo cuerpo, estos fueron depositados en cunclillas; donde fueron inhumados más de dos cuerpos estos aparecen semiflexionados y recostados sobre las paredes de las vasijas.

Orientación

Este dato no fue recogido en todos los casos, sólo en 25²⁰ tumbas de las 75 totales, algunas de ellas múltiples, individualizando 31 individuos. Uno de los datos más sobresalientes es la orientación de los rostros de 16 de los individuos, pertenecientes a estas 25 tumbas, hacia el Este (con dos variantes hacia el Sudeste). Del resto, tres casos se orientan con sus rostros hacia el Sur, seis hacia el Oeste, cuatro hacia el Norte, uno hacia

¹⁹ Del sitio Tero: E5 (dos cuerpos), E17, E20 (dos cuerpos), E35 (dos cuerpos), E53, Rescate 1976. De La Paya E1. El rescate de sitio Ruíz de Llanos. Y del sitio Mariscal: 5=150-2-O1 (dos cuerpos), 5=150-2-O2, 5=24-1-O1 (tres cuerpos). Esto suma 18 cuerpos por ser algunos entierros múltiples.

²⁰ Del sitio La Paya: E1 (Díaz 1981). Del sitio Tero: E5, E7, E16, E17, E18, E20, E22, E23, E24, E28, E34, E35, E36, E46, E53, E55, E56, E57, E59 (Díaz 1978-84) y el Rescate de Díaz (1976). Del sitio Mariscal: 5=150-1-O, 5=150-2-O1, 5=150-2-O2, 5=150-2-O3.

arriba y uno indeterminado. Los cuerpos de aquellos que están recostados en las vasijas están orientados en su mayoría Este-Oeste.

Estos datos expuestos refuerzan las ideas ya expresadas por Ambrosetti (1908), Díaz (1978-84) y Baldini y Baffi (2003) de que existe un patrón relacionado con la orientación de los cráneos observando hacia naciente del sol (Ambrosetti 1908).

Tratamiento y composición

Con respecto al tratamiento de los cuerpos, teniendo en cuenta los problemas en el registro ya comentados, pudieron analizarse 62 casos. Se observó que en su mayoría, un 90,32 %, (N 56) fueron enterrados completos. Esto es así si consideramos a los problemas de conservación como los causantes del conjunto de los cuerpos semicompletos. Manejo este supuesto por la lectura de los registros de excavación de las tumbas donde ninguno de los investigadores llama la atención sobre la falta de partes de los cuerpos inhumados, sino que se destacan, por sobre las razones culturales, las malas condiciones de conservación a las que fueron sometidos los entierros y la fragilidad de los restos hallados (Ambrosetti 1907; Díaz 1976, 1978-84, 1990; Baffi *et al.* 2001). Sin embargo, no puede confirmarse que todos los entierros fueron realizados con cuerpos completos, por lo tanto se manejará como una hipótesis a contrastar con el registro de campo de nuevos hallazgos.

Aún siendo los cuerpos completos los que con mayor frecuencia fueron inhumados, los cráneos individuales aparecen en menor medida, constituyendo 9,67 % (N 6) de la muestra. Sólo en un caso, el entierro 5=150-2-O1, el cráneo aparece acompañando los restos de un individuo completo. En el resto de los casos²¹ sólo fueron inhumados los cráneos.

Otra consideración relacionada con el tratamiento de los cuerpos es que, como se anticipó, la presencia de textiles en algunas tumbas evidencia la inhumación de los cuerpos en fardos. Díaz (1976, 1978-84, 1981), tanto en La Paya como en Tero, menciona los hallazgos

²¹ De La Paya: Hallazgo 159 (Ambrosetti 1907) y E11 (Díaz 1981). De Tero E17 y E26 (Díaz 1978-84) y de Mariscal el entierro 5=150-2-O3.

de este tipo de tratamiento en nueve casos (ver sección de *Textiles*). El E54 de Tero es un ejemplo de fardo funerario armado con textiles y cordeles. Otro caso claro es el rescate realizado en 1976 por Díaz (1976), comentado en la sección de acompañamiento. En éste se encontraron dos niños envueltos “en una tela muy fina de color marrón“(Díaz 1976). Este tipo de dato es registrado en un solo caso por Ambrosetti (1907), y no aparece en el registro de los otros sitios analizados.

El uso de textiles para el armado de fardos funerarios explicaría, en algunos de los casos, la posición adoptada y conservada de los cuerpos en cunclillas. Lamentablemente no se ha tenido acceso a registros visuales de los hallazgos para nutrir la interpretación de este tipo de dato. Sin embargo, no todos los cuerpos fueron tratados de la misma forma. Si bien existe la posibilidad de que los textiles no se hayan conservado, mis propias observaciones en las excavaciones de las tumbas de Mariscal dan cuenta de que los muertos de este sitio no fueron enterrados en fardos. En Mariscal no se observó restos de textiles y la disposición de los cuerpos, semiflexionados y de costado, tampoco sugiere esa posibilidad. Por lo tanto, puedo determinar que no existen evidencias del uso de fardos en todos los casos. Considero que este tratamiento es una variable dentro de la práctica, al igual que la incorporación de los cráneos sin los restos postcraneales. A pesar de esta variación, los cuerpos en su mayoría parecen haber sido incorporados en los contenedores de forma completa y sin envolturas en tejidos.

Análisis osteológico de los cuerpos

Se realizaron sobre los restos humanos disponibles una serie de análisis con el fin de determinar el grupo de edad representado en este tipo de inhumaciones. Para estimar la edad en restos esqueléticos debemos considerar que lo que se obtiene es su edad fisiológica y no su edad cronológica. Dos factores son fundamentales para explicar esta diferencia entre los dos tipos de edades: los niveles de maduración pueden variar entre poblaciones y los factores genéticos o ambientales pueden afectar el desarrollo de los individuos (Scheuer y Black 2000, Rissech 2008). Otro sesgo se produce por el uso de parámetros para estimar

la edad, basados en poblaciones actuales, aunque se continúa utilizando bajo el presupuesto de que las tasas de cambio morfológico no han variado significativamente entre poblaciones presentes o pasadas (Hoppa 2000). Otro de los problemas es el tipo de referencia con el que se establecen los parámetros para subadultos, ya que se trata de un material escaso, y por lo general, es material radiográfico u osteológico de origen arqueológico (Rissech 2008). Por lo tanto no hay un seguimiento del desarrollo de diferentes partes esqueléticas de origen biológico conocido.

Existen tres métodos conocidos para determinar la edad esquelética de los subadultos: el desarrollo dental (erupción, formación y pérdida de los dientes), el tamaño de los huesos y los centros de osificación y la fusión presente en determinados momentos del desarrollo (Rissech 2008). El primero de estos métodos, el de desarrollo dental, es el más adecuado para los individuos subadultos ya que es preciso y constante en los primeros años de vida. El segundo método, basado en los ritmos de crecimiento, tiene en cuenta el tamaño de cada elemento óseo en diferentes edades. Estos índices pueden ser afectados tanto por estrés ambiental a nivel individual o poblacional, como por variables genéticas (Stinson 2000). Los elementos diagnósticos más utilizados, siguiendo a Rissech (2008), por su alta conservación y facilidad de cálculo son: el coxal, la escápula y el fémur. En este caso utilicé, por ser los mejor conservados, y por lo tanto los más representados, los húmeros y los fémures. Por último, el tercer método relacionado con la maduración esquelética tiene en cuenta la aparición, morfología y fusión de los centros de osificación de los elementos óseos. Esto también varía con la edad. Por ejemplo, el desarrollo y fusión de los huesos del cráneo permiten estimar la edad de un individuo menor de un mes. En esta investigación se empleó para calcular la edad fetal y perinatal hasta los 2,5 años el método de Weaver (1979 en Scheuer y Black 2000 y Rissech 2008). Este método permite precisar una edad estimativa a través del desarrollo del temporal dividido en cuatro estados (Scheuer y Black 2000 y Rissech 2008).

Estos tres métodos se utilizaron en la muestra examinada, aunque no todos pudieron ser aplicados en conjunto sobre cada individuo, dado el estado de conservación malo en el que se encuentra la mayor parte de la muestra. Se analizaron un total de 14 entierros de los 75

considerados en la muestra general, los que sumaron un total de 19 cuerpos. De estos, cinco entierros corresponden al sitio Mariscal con un total de ocho individuos. Del sitio Tero se analizaron los cuerpos de siete entierros con nueve cuerpos individualizados. Y por último, se tomó un entierro con un solo cuerpo de La Paya. Como se explicó en el *Capítulo 4*, no se cuenta con material osteológico de la muestra general de 75 entierros, ya sea por la mala conservación que sufre el material óseo en la zona, como por la falta de recuperación del material osteológico de subadultos dentro de los métodos de excavación empleados a principios de siglo por Ambrosetti (1907) y Debenedetti (1908). Dentro de esta muestra de 19 individuos se incluye los datos obtenidos por Baffi del entierro de Ruíz de los Llanos (Baffi *et al.* 2001; Baldini y Baffi 2007a).

Estimación de edad

A través del método de desarrollo dental de Ubelaker (1978 en Scheuer y Black 2000) se pudo estimar la edad de 12 individuos de los 19 analizados (no se cuenta con los restos dentales de siete de ellos) (*Tabla 6*). La distribución de las edades representa un grupo menor a 3 años, si no consideramos el margen de error contenido para el grupo de 2 años de ± 8 meses. Se destacan por sobre el resto con una mayor frecuencia el grupo de individuos de 1,5 años (18 meses ± 4) compuesto cinco casos.

La estimación de la edad a partir del tamaño de los huesos se realizó tomando la longitud de aquellos mejor conservados y de forma completa. Se utilizaron las tablas de longitud para fémur y húmero como referencia presentes en Scheuer y Black (2000). Así, de los 19 individuos que integran la muestra sólo pudieron ser analizados a través de este método nueve que conservaron de manera completa algún fémur y/o húmero. Cuatro de los individuos sólo pudieron analizarse bajo este método, sin poder contrastar con otros elementos diagnósticos. Los cinco restantes pudieron compararse las estimaciones de la longitud de los elementos óseos con aquella determinada a partir de la evidencia dental. El contraste observado entre los resultados permite sugerir la posibilidad de algún evento de

estrés nutricional, apoyado por la evidencia en seis casos de criba orbitaria²². Esta evidencia apoya la posibilidad de que el desfasaje entre el desarrollo de la edad dental, determinada genéticamente, y el crecimiento del esqueleto postcranial, afectado por variables ambientales, se deba a un estado de estrés nutricional sufrido por los individuos en el pasado²³. El caso de los restos analizados por Baffi (Baffi *et al.* 2001), presenta esta diferencia de edades que no sólo fue producida por el estrés nutricional, sino también por la acción de un proceso infeccioso evidenciado por señales de periostitis.

Por el desarrollo del temporal se han analizado siete individuos de los cuales cuatro pudieron compararse con otros parámetros para afinar la estimación de la edad (ver *Tabla 6*), y para tres individuos fue la única evidencia para poder establecerla. En los casos de los individuos 2 y 3 (del entierro 5=24-1a-O1) la edad determinada por los temporales, de 2,5 años, difiere de la edad dental, en 1,5 años. Por la amplitud de los rangos establecidos para la edad del desarrollo del temporal, dividido en cuatro estados entre: nacimiento, seis meses, un año y dos años y medio (Rissech 2008), puede producirse esta diferencia a la que salvamos a favor de la edad dental por estar genéticamente determinada (Baldini y Baffi 2007a). Aún así, este método es un gran aporte para aquellas muestras muy deterioradas por la mala conservación al permitir ubicar en un rango etéreo que sirve a los fines de esta investigación.

Por lo tanto, y realizando las salvedades relacionadas con la falta de los mismos indicadores para cada individuo analizado y apoyándonos en aquellos más efectivos, como la edad dental, podemos estimar que el rango de edad de la muestra analizada presenta la distribución observada en el *Gráfico 10*. Este rango se asocia con la categoría de infancia, definida dentro de las categorías del desarrollo ontogenético humano (Baffi y Baldini 2007a). El período infantil transcurre desde el comienzo de la vida extrauterina hasta la erupción de los segundos molares de leche (entre los 2 años de vida.) (Bermúdez de Castro 2008).

²² La criba orbitaria, o hiperostosis porótica es una hipertrofia del hueso causada por anemia causada por falta de hierro en la alimentación. En la mayoría de los casos esta se muestra en las paredes de las órbitas (Aranda 2007).

²³ Ante la carencia de nutrientes, la primera respuesta del cuerpo y la lentificación del crecimiento, y en casos severos a la detención de este (Baffi y Torres 2000).

También, considerando que existen escasas posibilidades que los individuos con menos de 36 semanas de gestación (o vida intrauterina, VIU) hayan podido nacer con vida o sobrevivir en el pasado, por lo tanto, se considera la categoría de neonatos o mortinatos para cuatro de los casos analizados (Vulcano 2010, *conversación personal*).

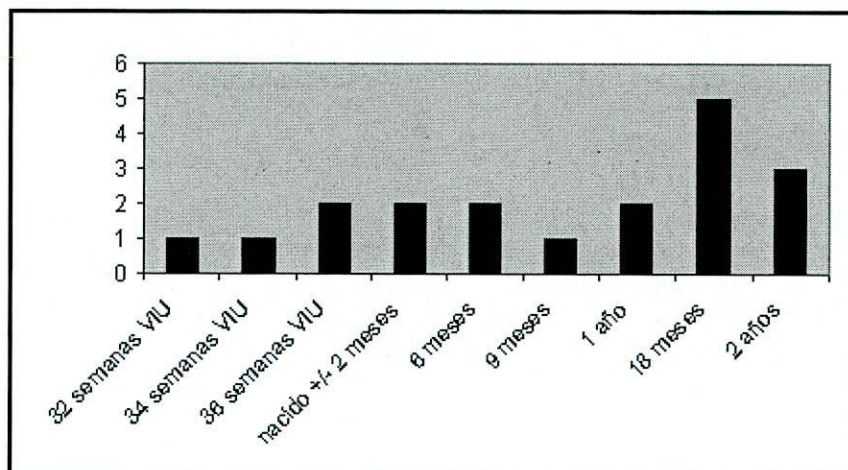


Gráfico 10

Tabla 6

Sitio	Entierro	Individuo	Dentición (Método Ubelaker)	Medidas		Edad estimada	Temporal (Scheuer y Black 2000)	Patologías observadas
				Húmero	Fémur			
Mariscal	5=150-1-01	1	18 meses +/- 6 meses	x	x	18 meses	criba orbitaria
	5=150-2-01	1	18 meses +/- 6 meses	x	x	18 meses	criba orbitaria
		2	6 meses	Estadio 2: 6 meses
	5=150-2-02	1	18 meses +/- 6 meses	x	x	18 meses	criba orbitaria
	5=150-2-03	1	1 año +/- 4 meses	1 año +/- 4 meses
	5=24-1a-01	1	9 meses +/- 3	x	9 meses	Estadio 3: 1 año
		2	18 meses +/- 6 meses	18 meses +/- 6 meses	Estadio 4: 2,5 años
3		18 meses +/- 6 meses	x	x	18 meses +/- 6 meses	Estadio 4: 2,5 años	criba orbitaria	
Tero	E5	1	6 meses	Estadio 2: 6 meses
		2	2 años +/- 8 meses	2 años +/- 8 meses	criba orbitaria
	E20	1	nacido +/- 2 meses	nacido +/- 2 meses
		2	1 año	Estadio 3: 1 año
	E23	1	x	32 semanas (neonato)
	E27	1	x	40 semanas (neonato) a 2 meses
	E37	1	x	34 semanas (neonato)
E38	1	x	36 semanas (neonato)	
E56	1	2 años +/- 8 meses	2 años +/- 8 meses	Estadio 3: 1 año	criba orbitaria	
La Paya	E1	1	nacido +/- 2 meses	x	x	36 semanas (neonato)
Ruiz de los Llanos (Baffi <i>et al.</i> 2001)		1	2 años +/- 8 meses	x	2 años +/- 8 meses

Conclusiones sobre los cuerpos

A manera de síntesis, la observación de los datos sugiere que el entierro dentro de vasijas era una práctica en la que mayormente se inhumaba un solo cadáver, en contraste con lo ocurrido en los entierros de adultos en su mayoría múltiples, junto con la tendencia, a manera de hipótesis, a favor del entierro de los cuerpos completos. La presencia de cráneos, a su vez, permite considerar que este tipo de práctica, la de inhumar cráneos aislados, no es exclusiva de los adultos.

El posicionamiento de los cuerpos, según mis observaciones, no siguió un patrón específico aunque se destacan dos variantes: la posición en cunclillas y semiflexionado. La orientación, al igual que el posicionamiento, no muestra un patrón exclusivo, aún así sobresale por sobre el resto, la observación de los rostros orientados hacia el Este. Este dato, como se comentó, es destacado por otros investigadores de la zona (Ambrosetti 1907; Debenedetti 1908; Díaz 1978-84; Baldini y Baffi 2003). Para ambas variables deben profundizarse sus observaciones, dado que no es un dato rescatado para todos los entierros en los registros analizados.

En relación a las edades consideradas en esta práctica el rango establecido entre el nacimiento y los dos o tres años de vida se asocia con la categoría de infancia. Por otro lado, por las escasas posibilidades de sobrevivencia de algunos casos de la muestra con menos de 36 semanas de gestación, se considera dentro de la práctica la inhumación de restos de neonatos o mortinatos. En síntesis, las tumbas en contenedores sólo son empleadas con individuos menores de tres años de edad, aproximadamente. No se han hallado en el área restos de niños mayores incluidos en este tipo de tumbas, luego del umbral de los tres años el tipo de tratamiento mortuario es otro. Estos niños mayores han tenido, como veremos en la próxima sección, otro tipo de tratamiento mortuario.

Capítulo 5- Parte III

Análisis

La muerte y la tumba como categorización

A partir de las observaciones realizadas sobre el registro de los entierros de infantes en contenedores cerámicos comencé a notar ciertas asociaciones a las que considero como la pista a seguir para comprender el tejido de la materialidad existente en torno a las prácticas mortuorias de niños. En este sentido, esta sección presentará la evidencia que utilicé para establecer las posibles asociaciones entre los contextos mortuorios (su localización, los contenedores y lo que se depositó en ellos: los cuerpos y los objetos) y otros contextos materiales relacionados, los cuales estaban asociados con prácticas distintas a las funerarias, contando con sus objetos y espacios propios o compartidos. En otras palabras, pretendo examinar si la práctica de entierro de infantes durante el Período Tardío (900-1470 DC) del Valle Calchaquí Norte presentaba similitudes espaciales y/o materiales con otras actividades y prácticas, explorando su conexión ontológica dentro las categorizaciones del mundo de la sociedad nor-calchaquí. El interés es entonces determinar si otras actividades y prácticas formaban parte de la misma trama material y de sentido que las prácticas mortuorias de infantes.

Para cumplir con tal objetivo, primero se tomaron las relaciones existentes dentro de los recintos donde fueron emplazadas las tumbas con otros contextos materiales o rasgos que pueden evidenciar actividades diferentes compartiendo objetos y un espacio común. Segundo, se consideró los casos de contenedores cerámicos dentro de cistas circulares de piedra, describiéndose tres situaciones: 1) vasijas cerámicas con inhumaciones de infantes dentro de cistas con entierros de adultos, 2) vasijas cerámicas con inhumaciones de infantes en cistas sin entierros de adultos, y 3) vasijas cerámicas sin inhumaciones de infantes dentro de cistas sin entierros de adultos. Con esto busqué establecer la relación y asociaciones existentes entre la estructura mortuoria de adultos y el entierro de infantes en contenedores. Tercero, se indagó en la documentación disponible el tipo de inhumación proporcionada a los restos de subadultos mayores que los infantes enterrados en

contenedores cerámicos. El fin de esto fue reconstruir la categoría etérea materializada en el momento de la muerte y las diferencias en el tratamiento mortuario de ambos grupos.

Espacio compartido entre tumbas y otras actividades.

Para poder establecer cuáles fueron las actividades que compartieron el mismo espacio que las tumbas y el mismo tipo de objetos, se consideró la evidencia disponible de los sitios en los que se han realizado excavaciones sistemáticas: La Paya por Ambrosetti (1907) y Díaz (1981), Kipón por Debenedetti (1908), Tero por Díaz (1978-84) y Tarragó (1979), y Mariscal por nuestro equipo (Acuto 2008; Acuto *et al.* 2008; Kergaravat *et al.* 2008). De estos sitios se cuenta con información detallada en los informes de excavación de aquellos elementos o rasgos que se encontraron relacionados a los pisos de ocupación (Tablas 7 y 8). A continuación se describen las asociaciones espaciales o materiales entre actividades y objetos con las tumbas de niños.

RECINTOS	Lítico	Tipo de cerámica	Óseo	Otros artefactos	Elementos naturales	Fogón	Entierros/Tipo		Silos	
							Cista	Vasijas	Hoyos picados	Vasijas
1	Mortero/ mano de moler							E1/ E2		
2								E3/ E4		
3	Conana/ instrumentos con pigmentos (2)	Puco con pigmento rojo		Hacha de cobre	Ocre rojo/ ocre	1 (NE)/ 1(S)	E5		1 (restos de camélido y ocre)	
4	Conana (2)/ piedra tacita teñida con ocre				Ocre rojo/ colmillo de mamífero			E6	Varios (con restos de camélido, aves y ocre rojo)	
5	Conana/ mortero de pómez / mano de moler de pómez	Vaso laboratorio						E7	Varios (cerámica, huesos, ceniza, carbón y restos de caña de maíz)	
6	Punta de obsidiana (2)/ punta/ conana/ mortero de pómez	Artefacto de cerámica (?)					E8/ E9	E10		
7	Artefacto piedra con tacita							E11		Media vasija con barro consolidado alrededor
8	Mortero (2)/ conana pequeña/ punta/ hacha/ conana		7			"Fogones contra la pared S y O"				
9	Punta de obsidiana/ conana									

Tabla 7: Material hallado en los pisos de ocupación del sitio La Paya, excavado por Díaz (1978-84). No se incluyó lo recuperado en el sedimento de relleno de las estructuras.

RECIPTOS	Lítico	Tipo de cerámica	Óseo	Otros artefactos	Elementos naturales	Fogón	Entierros/Tipo		Sitios		Observaciones
							Cista	Vasijas	Hoyos picados	Vasijas	
1	Mortero / hacha	Puco tosco / figura antropomorfa	Instrumento			1 (SO)	E7	E8		1 tosca con tapa	
2	Percutor/punta obsidiana/ mano de moler (2)/conana (2)/morteros (3)	Tiestos SM y toscos/ puco rojo pulido/ vasija tosca.	Hueso decorado	Cuentas		2 (SO)/1 (SE)/ 1 (NO)			1	1 vasija tosca/ 1 vasija tosca con tapa	
3	Percutor con ocre	Tiestos SM y toscos	Restos de camélido			1 (S)/1 (O)					
4	Conana					1 (NE)	E19				
5	Mano de moler (2)/ conanas (5) punta/ raspador/ percutor/ mortero	Vasijas toscas (8)/ urna SM/ vaso libatorio/	Punzón/ placas de quirquincho/ tubo		Valva	5		E16/ E17/ E18	3	6 vasijas toscas/ 1 urna SM	Restos de un perro encima de una urna decorada rota/ "Tisticho" para darle de comer a la casa.
6	Conanas (5)/ manos de moler (2)/ hachas (3)/	Urna y puco SM	Restos de camélido		Ocre/ madera	1 (SE)/ 1 E			1 hoyo picado	1 freg. vasija tosca con tapa, debajo un hoyo /1 vasija tosca con tapa	Sileta sector N.
7	Hacha/ conana/ tortero	Urna SM (2)/ Vasija tosca (4)/ Aríbalo			Semillas de quinúa	1 (SSE)		E21/ E22/ E23/ E24/ E25	1		
8	Conanas (2)	Aríbalo/ vasija tosca/ vasija globular decorada			Semillas de quinúa	1 (SO)/ 1 (N)/ 1 (O)				1 vasija tosca con tapa/ 1 globular decorada con tapa	Concentración de ceniza, carbón, hueso y semillas de quinúa en el ángulo SE, producida tal vez por el derrame de líquido, como un lugar para comer.
9	Conana/ percutor/ mortero/ hacha	Urna SM (2)/ pucos campeliformes (2)/ urna SM tres cinturas	Adorno colgante			1 (S)/ 1 (E26- E27)/ 1 (N)		E26/ E27/ E28	2 (con restos de camélido)		
10	conana	Puco SM	Miembro de camélido articulado, completo	Artefacto de cobre		1 (NE)/ 1 (SE)	E29		1		
12	Mortero de pómez (2)/ mano de moler (3)/ hacha/ pulidor	Vaso libatorio (2)	Tubos (2)/ puntas (2)/ punzón		Semillas de churqui y algarroba	1 (NE)/ 1 (SE)/ 1 (S)/ 1 (centro)/ 1 (NO)	E33	E30/ E31/ E34/ E35/ E36/ E37/ E38	5 (con tapa)	1 vasija tosca con tapa	Dos agujeros de poste en el centro del recinto.
14	Hacha	Plato Inka						E45			El plato Inka está sobre una caja que tapa el E45
16	Percutor/ mano de moler/ artefacto con esas de pedra/ mortero de pómez/ hacha	Plato Inka/ puco SM (2)				4 (SE)/ 1 (centro)		E46	1		
17	Conanas (3)/ manos de moler (2)/ hacha/ percutor/ núcleo/ reedera/ barreta	Puco SM				3 (NO)				1 vasija tosca con tapa	Una mano dice que es de "pecanite". Consolidación en el ángulo NW, con una conana, un puco y un hoyo.
18	Hachas (2)/ obsidiana				Azúfre	1 (NO)/ 1 (SE)	E47				
19						1 (NO)/ 1 (NE)					
20	Raspador/ hacha	Urna SM/ puco SM/ vaso libatorio/ vasija tosca			Ocre	1 NE		E48		1 urna SM (restos de camélido)/ 1 vasija tosca con tapa puco/ 3 vasijas toscas (restos de camélido)	
21	Hacha	Puco SM (2)				1 (SO)/ 1 (E)					"Quíncha"
22	Mano de moler/ conana/ mortero/ percutor	Puco SM/ Urna SM 3 cinturas			Valva	1 (E) / 1 (NO)	E50	E49/ E51/ E52	1 (con escalera)	1 vasija tosca con tapa/ 1 vasija tosca/	Se destaca la prolijidad de la pirca de del sitio en comparación con la del E 50.
23						1 (NO)					recinto muy destruido
24	Hacha/ conana pequeña/ mano de moler/ mortero múltiple.		Restos de camélido			1 (NE)		E53/ E54/ E55/ E56/ E57/ E58		1 vasija tosca con tapa	Hay una especie de basural en el interior, con un fogón y dos contenedores.
25						1 (N)/ 1 (O)		E59	1	1 vasija tosca con tapa	Entierro hecho en el relleno de la habitación.

Tabla 8: Material hallado en los pisos de ocupación del sitio Tero, excavado por Diaz (1978-84). No se incluyó lo recuperado en el sedimento de relleno de las estructuras.

Estructuras de almacenamiento

Tanto en Tero como en La Paya han sido reconocidas por Díaz (1978-84, 1981) varias estructuras subterráneas dentro de los recintos que se presentan en dos modalidades: hoyos excavados en los pisos de ocupación, revestidos con rocas y algunos con tapas; o vasijas enterradas, tanto toscas como decoradas (urnas santamarianas, urnas santamarianas tres cinturas y ollas globulares decoradas), con tapas. Los contenedores cerámicos y los hoyos pircados aparecen excavados a partir de los pisos de ocupación, las vasijas con las bocas emergiendo de éstos, permitiendo la posibilidad de manipular su interior.

Tomando los datos disponibles por cada sitio se han cuantificado las siguientes estructuras:

- Tero: 17 hoyos (en su mayoría revestidos con rocas), 24 vasijas con tapas (21 toscas, dos urnas santamarianas y una globular decorada) (Díaz 1978-84).
- La Paya: cinco hoyos y una olla globular decorada documentadas por Díaz (1981). Ambrosetti (1907), por su parte, registró 24 estructuras dentro de la Ciudad (siete vasijas toscas, dos ollas globulares decoradas, cinco urnas santamarianas y diez hoyos)²⁴. Por fuera de la ciudad, en la Necrópolis y del otro lado de la barranca se hallaron 14 estructuras (cinco vasijas toscas, cinco urnas santamarianas, una urna santamariana tres cinturas y tres hoyos)²⁵ (Ambrosetti 1907).
- Kipón: en este sitio Debenedetti (1908) documentó dos vasijas toscas sin entierros en su interior, dentro de un conjunto compuesto por cuatro contenedores. Estos son el Hallazgo 9a, y 9k.
- Mariscal: en este sitio sólo se halló una vasija tosca dentro del R25, parcialmente excavado, cercana al muro Este del recinto.

²⁴ Dentro de la ciudad: Hallazgos en Pozos pircados (cistas): 10,24, 36, 42, 44, 47, 51, 55, 59, 89. Hallazgos en vasijas toscas: 34 (conjunto de tres vasijas), 37, 42 (en el interior), 62 (conjunto). Hallazgos en Urnas santamarianas: 35, 43, 62 (dos urnas SM), 65. Olla Globular decorada: 29, 62. Ambrosetti 1907).

²⁵ La Paya, fuera de la ciudad: Hallazgos en pozos pircados (cistas): 105, 168, 200. Hallazgos en vasijas toscas: 90, 113, 151, 171, 199. Hallazgos en Urnas santamarianas: 149, 150, 154 (conjunto), 167. Hallazgo SM 3 cinturas: 154 (Ambrosetti 1907).

La gran mayoría de estas estructuras, al igual que los entierros, fueron ubicadas cercanas a las paredes y con tapas. Los materiales utilizados como cerramientos fueron: líticos (conanas o rocas sin uso previo evidente²⁶) o cerámica (fragmentos de vasijas o pucos). Los pucos aparecen solamente como cerramientos de vasijas, el resto de las tapas aparece en todos los tipos de estructuras.

En cuanto a las *características dimensionales, atributos morfológicos propios, alteraciones observables* de los contenedores estudiados en esta sección, éstos fueron analizados en conjunto con aquellos que se utilizaron para entierros de restos humanos (ver *Parte II Capítulo 5*). Las vasijas toscas estudiadas fueron seis y sólo una urna santamariana. Particularmente se puede rescatar del análisis que estas vasijas tienen las mismas características morfológicas y alteraciones observables que aquellas que se utilizaron para inhumar restos humanos. No presentan rasgos, ni atributos especiales que las diferencien unas de otras. Por su parte, las vasijas toscas sin inhumaciones presentan también hollín en el exterior.

En el interior de estas estructuras, tanto hoyos como contenedores, se han hallado macrorestos de semillas²⁷ y restos de camélidos²⁸, entre otros elementos como conanas y arcillas. Sumado a esto, la evidencia arrojada por los análisis de ácidos grasos realizados sobre dos vasijas toscas enterradas sin inhumaciones, pertenecientes al R5 y R20 de Tero (ver *Anexo III*), es consecuente con el dato anterior y con los análisis efectuados en muestras provenientes de vasijas con entierros de infantes (ver *Parte 1 del Capítulo 5*).

Los análisis se realizaron por CG-EM sobre muestras extraídas del interior de estas dos vasijas toscas sin entierros. A través de estos análisis se identificó cierta abundancia de ácido estearico (C18:0) y ácido palmítico (C16:0). Estos ácidos están presentes en la degradación de grasas animales (ver *supra*). La presencia de grasa animal en estas vasijas sin inhumaciones, descarta la posibilidad de que éstas pertenezcan a los restos humanos.

²⁶ En su mayoría lajas y algunos rodados de río.

²⁷ Hallazgo 10 de La Paya: "...depósito de mazorcas de maíz quemadas, una pecana rota, una bola arrojada rota y una sustancia blanda que parece ser arcilla" (Ambrosetti 1907)

²⁸ En Tero: restos de camélido en hoyos en el R9, en vasijas toscas en el R20.

Posiblemente los lípidos hayan pertenecido a camélidos, dato fundamentado por la presencia de ácidos grasos ramificados (*iso*), propio de las grasas de rumiantes.

El ácido oleico (C18:1), el mayor componente de los aceites vegetales y de las grasas animales, también fue reconocido en el análisis. La existencia en las muestras analizadas de los ácidos aráquico (C20:0), behénico (C22:0) y lignocerínico (C24:0), existentes en aceites de origen vegetal (Bailey 1984), indicarían la presencia de este tipo de recurso como el maní o el maíz. Dato reforzado por la presencia de macrorestos en algunas de las estructuras de mencionadas. El ácido montánico (C28:0), palmítico (C16:0), oleico (C18:1) y linoleico (C18:2) son aceites componentes del maíz y su presencia en las muestras analizadas puede sugerir la existencia de este tipo de recurso, también confirmado por los macrorestos. Por último, hay rastros en el interior de las vasijas de ácido cerótico (C26:0), que como ya se mencionó es el componente principal de la cera de abeja junto con el ácido palmítico. La presencia de ambos sugiere, aunque no de manera determinante, que este recurso pudo haber sido alguna vez colocado dentro de estos contenedores cerámicos.

De acuerdo a las evidencias presentadas relacionadas con las características estructurales, localización y emplazamiento, y contenidos de los pozos revestidos y de las ollas enterradas, podemos interpretar a estas estructuras como depósitos o almacenes. En el caso particular de las vasijas, y tal como he argumentado para el caso de las vasijas usadas para inhumar infantes, los atributos morfológicos y las huellas de uso detectadas en ellas señalan que a lo largo de su ciclo de vida o biografía las ollas parecieran haber cumplido variadas funciones: cocción, transporte y almacenamiento de recursos.

Además de los vestigios de recursos animales y vegetales encontrados en el interior de estas estructuras subterráneas, lo que demuestra su uso como depósitos, las características espaciales y materiales que los hoyos revestidos de piedras y las ollas enterradas con sus bocas aflorando sobre los pisos de ocupación apoyan la idea de que fueron almacenes. Tanto hoyos como vasijas estuvieron ubicados, en su mayoría, en los lugares más frescos dentro de los recintos (cercanas a las paredes y enterrados por debajo de los pisos de ocupación), o en aquellos lugares con mayor exposición al frío y con mayor ventilación (en

patios o espacios abiertos). Estas variantes están sujetas, según ejemplos etnográficos andinos, al tipo de recurso almacenado. Por ejemplo, el maíz debe ser conservado bien seco y en un lugar aireado para que los granos no se descompongan, como es el caso de las vasijas cerámicas. El rol que éstas cumplen es fundamental ya que absorben el exceso de humedad y evita la acción de roedores (Vokral 1991 en Pazarelli 2009:13). En el caso de la zona aymara de Puno, en el Altiplano, se practica el almacenamiento de la papa dentro de un cerco de piedra, llamado *Phina Uyo* (Tapia y Fries 2007:136). Este recurso necesita de lugares secos. Los almacenes se localizan entonces fuera de la casa, en el patio, con la ventaja de que las papas no brotan ni se arrugan al estar en un ambiente frío, al contrario de los depósitos hechos en el interior de las casas donde la temperatura es más cálida. Ambos ejemplos son interesantes para observar las variables a tener en cuenta según los recursos acopiados, tanto espaciales como materiales. Posiblemente, las variantes en el registro descripto en esta investigación respondan, entre otras cosas, a este tipo de problemática.

Existen varios aspectos que muestran una conexión entre los entierros de niños en urnas cerámicas y las estructuras de almacenaje recién descriptas. En primer lugar hubo una asociación espacial (ver *Figuras 2 a 21 en la Parte I del Capítulo 5*). La convivencia entre entierros y estructuras de almacenaje se da en diez de los 11 recintos que contienen inhumaciones de restos humanos en Tero. En el caso de La Paya, la correspondencia se da en tres estructuras residenciales de las seis que contienen entierros de infantes.

Ya Ambrosetti (1907) en sus investigaciones menciona la coexistencia de estructuras con y sin inhumaciones de restos humanos:

“No pocas fueron halladas completamente vacías, pero tapadas ya con pucos fragmentados de otras urnas ó con piedras solas ó junto á otras y con otras alfarerías á su alrededor.” (1907:93)

“Varias veces se hallaron estas urnas dentro y en los ángulos de antiguas habitaciones rodeadas de cenizas [hallazgo 34] ó sin ella, con ó sin cadáveres de niño” (1907:93)

Además de esta asociación espacial, hay coincidencias en el emplazamiento particular que tumbas y almacenes tuvieron dentro de los recintos y patios. Los almacenes en vasijas fueron situados cerca de los muros de las habitaciones, con tapas, y enterrados debajo de los pisos de ocupación con sus bocas por encima de éstos. Estas condiciones son las mismas en las que fueron hallados los contenedores utilizados para inhumar infantes (ver *Parte I del Capítulo 5*). A su vez, los tipos de contenedores y el material utilizado para cerrarlos son similares a los presentes en las tumbas analizadas.

Por último, un dato interesante a destacar es el uso de las denominadas urnas santamarianas como estructura de almacenaje. Esto no sólo rebate la idea, implícita en su nombre, de que estas piezas fueron exclusivamente producidas para uso funebrio, sino que muestran que un grupo de símbolos plasmados en sus superficies unificaban semánticamente dos actividades totalmente distintas para nuestros ojos: almacenamiento de alimentos y entierro de niños.

Fogones

También en convivencia con los entierros se han registrado fogones, como los que pueden observarse en las Tablas 7 y 8 (ver *Figuras 2 a 21 en la Parte I del Capítulo 5*). Estos fogones, asociados a restos de comida, evidencian las actividades culinarias realizadas al interior de los recintos.

En los sitios estudiados se han reconocido las siguientes asociaciones entre fogones y entierros:

- La Paya, en las excavaciones de Díaz (1981) no se han registrado asociaciones. En cambio, Ambrosetti (1907) comenta la asociación, como por ejemplo el Hallazgo 34.²⁹
- Tero existen diez casos de fogones asociados con entierros en vasijas (24 recintos con fogones) (Díaz 1978-84).

²⁹ Este se describe como un lugar lleno de ceniza, como un fogón, con tres ollas negras destruidas.

- Mariscal se halló una estructura de combustión con restos de camélidos en el recinto 150, cercanos a los dos entierros del interior de recinto (5=150-2-01 y 5=150-2-03).

Recursos alimenticios y espacios de procesamiento

En los recintos excavados en Tero, La Paya y Mariscal se hallaron en los pisos de ocupación restos de alimentos. Los registros realizados por los excavadores describen restos de recursos animales, en su mayoría camélidos, y vegetales, tal como semillas o marlos de maíz, semillas de quínoa y algarrobo (ver *Tabla 7 y 8*). También se destaca en el registro, como puede observarse en la *Tabla 8*, la presencia de morteros, conanas y manos de moler en la mayoría de los recintos excavados. En La Paya se hallaron elementos de molienda en siete de los nueve recintos excavados y en Tero en 13 de 25 recintos. Como puede notarse, la presencia de estas herramientas indica que el procesamiento de alimentos fue desarrollado, al menos en parte, dentro del poblado. El hallazgo de áreas de procesamiento de recursos alimenticios refuerza esta idea.

Díaz (1978-84), en los registros de excavación de Tero, describe tres de estas áreas de procesamiento de recursos. En el R8 reconoció una concentración de ceniza, carbón, hueso y semillas de quínoa en el ángulo Sudeste. Allí se hallaron concreciones producidas, según interpreta Díaz (1978-84), por el derrame de líquido al ser, potencialmente, un lugar para comer. En el R9 se registró un pequeño mortero interpretado por Díaz (1978-84) como especial para manipular semillas pequeñas como la quínoa. El mortero se halló fijado al piso con una pequeña depresión en forma de semicírculo. Por último, en el R17 se observó una consolidación en el ángulo Noroeste, con una conana, un puco y un hoyo. Este espacio fue interpretado por Díaz (1978-84) como un espacio de procesamiento y acopio de semillas. Por nuestra parte, y como ya fue mencionado, en el R150 del sitio Mariscal detectamos dos fogones con una alta frecuencia de restos óseos de camélidos asociados. Esta evidencia indicaría que fue un espacio de preparación de alimentos dentro de la estructura.

De los 13 recintos con restos alimenticios y herramientas de molienda líticas encontrados en Tero, siete presentan entierros. En La Paya esta asociación se da en cinco de los siete recintos que presentan evidencia de procesamiento de alimentos. En Mariscal, el contexto descrito del R150 se encuentra asociado a dos entierros en el interior de la estructura.

Discusión: sobre prácticas mortuorias y otras prácticas

Los contextos analizados dentro de las estructuras habitacionales hablan de actividades relacionadas con la vida doméstica almacenamiento, preparación y cocción de los alimentos, junto con restos de recursos utilizados (semillas y restos óseos de los animales consumidos). Estas actividades y los objetos que involucraron convivieron con el entierro de infantes en urnas.

Llamativamente, las estructuras para el almacenamiento que comparten los mismos espacios con las tumbas, comparten también el tipo de objetos y el arreglo material. Tres aspectos marcan las similitudes materiales y espaciales entre las prácticas funerarias de infantes y el almacenaje: 1) Igual tipo de vasijas fueron indistintamente utilizadas para contener restos mortales de niños o bienes almacenados. 2) En ambos casos las evidencias muestran que estas vasijas fueron previamente empleadas en otras actividades. Los restos de hollín en el exterior de las urnas toscas y el hallazgo de residuos de recursos vegetales y animales en su interior apoya la idea que estas vasijas, en algún punto de su biografía, fueron empleadas para cocinar. Asimismo, los restos de residuos de recursos vegetales y animales en sus paredes internas podrían también indicar que también pudieron haber sido usadas para almacenar bienes. Los rastros de hollín en las paredes de algunas de las ollas de almacenaje confirman que vasijas de cocina fueron en algún momento transformadas en almacenes. 3) Además, existen varias similitudes con respecto al arreglo espacial de las vasijas fúnebres y los almacenes. En ambos casos las ollas se encuentran cercanas a los muros, enterradas por debajo del nivel del piso de ocupación, dejando disponibles en las superficies sus bocas, y en la mayoría de los casos con tapas.

Varios de estos aspectos fueron también observados por otros investigadores. En relación al tipo de almacenamiento que estas comunidades pudieron sostener, González y Díaz (1992) plantean que éste era *de carácter doméstico y aldeano* tanto en momentos del tardío como incaicos, y que tal vez la función anterior de algunas cistas, así como de los cántaros globulares hallados en los espacios residenciales, algunos con restos de subadultos en su interior, haya sido la de acopio (González y Díaz 1992:25). Esta interpretación, que sugiere la reutilización de los espacios de almacenamiento para enterratorios ya era planteada también por Díaz (1978-84) en sus registros del sitio Tero. En sintonía con esto, según estos investigadores, algunas de las tumbas vacías que halló Ambrosetti (1907) en La Paya no fueron más que depósitos o *collicas*³⁰ abandonadas (González y Díaz 1992). Con respecto a los contenedores cerámicos: la ubicación, los hallazgos de restos de alimentos en su interior y la identificación de residuos orgánicos en las paredes de las vasijas que se usaron para inhumar restos de niños apoyan la hipótesis de estos investigadores: para la inhumación de los infantes se utilizaron vasijas y espacios destinados, en algún otro momento dentro de la biografía de las piezas, a otras actividades.

Los mismos espacios donde se enterraba y almacenaba también fueron empleados para procesar y cocinar alimentos. La evidencia presente en los contextos arqueológicos de los sitios estudiados, tal como la presencia de fogones dentro de los recintos y los restos de alimentos asociados, apoya esta hipótesis. En este sentido, y como fue explicado, el hollín presente en las vasijas globulares toscas analizadas (ver *Parte II del Capítulo 5*) sugiere que la cocción pudo realizarse dentro de estas ollas que luego pasaron a formar parte de los almacenes. Sumado a esto, la presencia de conanas, morteros y manos de moler en el interior de las estructuras habitacionales (recintos techados y patios abiertos) indicaría que el procesamiento de recursos se realizó, en parte, en estos espacios³¹. Por lo tanto, pareciera

³⁰ Hoyos circulares pircados utilizados como silos.

³¹ Los lugares interpretados como de procesamiento de semillas (ver *supra*) apoyarían la idea del procesamiento doméstico, aunque deberían recuperarse los registros visuales y analizar la evidencia de los contextos para confirmarlo. Sin embargo, el procesamiento no fue una actividad exclusiva de los espacios cerrados, como los recintos y los patios analizados, ya que se han detectado morteros comunales en los suburbios de algunos sitios, como La Paya y Mariscal.

haber habido algún tipo de articulación o conexión entre las actividades culinarias – la alimentación de la familia – y el entierro de infantes.

En síntesis, en esta sección dedicada al espacio compartido entre tumbas de infantes en contenedores cerámicos y otras actividades se rescata que no sólo se comparte el espacio, sino que muchos de sus componentes estructurales forman parte de estas actividades: los contenedores, los cerramientos como conanas y los alimentos mismos. Los materiales que componen y definen una tumba no son exclusivos de la práctica mortuoria, ni fueron elaborados para tal fin. Como quedó definido para los contenedores, los objetos presentes en las tumbas tienen una biografía propia, una trayectoria dentro de la vida del poblado, que se integra en la construcción de la tumba, integrando esferas inconjugables en nuestra cosmología occidental: los alimentos y la muerte. Esta integración no se agota en la construcción de la tumba, sino que continúa activa en la convivencia de las actividades, las tumbas y el procesamiento de alimentos, dentro de los mismos recintos.

Contenedores cerámicos dentro de cistas

Las cistas son conocidas en la arqueología del Período Tardío del NOA por ser las estructuras elegidas para realizar la inhumación de restos humanos de adultos (Tarragó 1994; Acuto *et al.* 2008). Las cistas son de arquitectura circular con muro de piedra (simple o doble), y se ubican, generalmente, en el interior de los poblados conglomerados o también por fuera de los sitios, aunque adyacentes a éstos (Acuto *et al.* 2008). Dentro de algunas de las cistas con adultos registradas en los sitios analizados se han detectado contenedores cerámicos con inhumaciones de infantes. También, si bien no son la generalidad, se han descubierto entierros en vasijas dentro de cistas sin inhumaciones de adultos.

Dentro de la muestra general considerada en esta investigación de 75 entierros en vasijas, nueve han sido encontrados dentro de cistas sin restos de adultos. Este tipo de hallazgos

son mencionados por Ambrosetti (1907) y Díaz (1981) en La Paya³² y Debenedetti (1908) en Kipón³³. Algunas cistas contenían más de una vasija con inhumaciones en su interior. Este es el caso del Hallazgo 166 de La Paya. Se trata de una cista de forma oval de cuyo interior se recuperó una vasija tosca y dos urnas tres cinturas tapadas con pucos santamarianos (Ambrosetti 1907: 253). En los registros de campo utilizados en esta investigación se menciona que la hechura de las estructuras circulares de piedra en las que se colocaron contenedores cerámicos con entierros de niños es similar a la de las cistas utilizadas para inhumar adultos. Al igual que las tumbas de adultos (Acuto *et al.* 2008), éstas son de pirca simples o dobles con relleno.

Como se comentó, también asociados a restos de adultos inhumados en cistas se han alojado entierros de infantes en contenedores cerámicos. En la muestra esta combinación sólo aparece en tres casos de La Paya: el Sepulcro 17 (Ambrosetti 1907:106), con dos adultos y un infante; el Sepulcro 95 (Ambrosetti 1907:178) y el Sepulcro 133 (Ambrosetti 1907:221). Los dos últimos cada uno con un adulto y un infante. Estos últimos dos casos son interpretados por el investigador como inhumaciones de madre e hijo. Otras cista con el entierro de un infante es el Hallazgo 10 de Kipón (Debenedetti 1908:29), acompañando los cuerpos de nueve adultos.

Asimismo, se han encontrado pequeñas estructuras circulares de piedra (sin entierros de adultos) que en su interior contenían vasijas sin restos de niños. Sólo son conocidas en la documentación recopilada por Ambrosetti (1907) de La Paya. Probablemente esto se deba al gran número de hallazgos (202 Hallazgos y Sepulcros) realizados por este investigador en relación a otros sitios excavados en la zona, aunque no se debe descartar que este tipo de contexto sea una particularidad de este poblado. Considero que la información sobre este tipo de evidencia debe ser ampliada, aunque la existente no es poco significativa. Fueron siete los contextos compuestos por estructuras circulares y contenedores integrados³⁴, en algunos casos con más de una vasija. En dos casos los contenedores son urnas

³² Hallazgos: 12, 18, 45a, 166 (con entierros en 3 contenedores) y el Sepulcro 166.

³³ Hallazgos 1 y 13.

³⁴ Hallazgos 36, 37, 42, 44, 55, 105, 168.

santamarianas con tapas de pucos, y el resto son vasijas toscas, con tapas de puco o conanas.

A través de estos datos, juntos con los discutidos más arriba, podemos comprender que las estructuras mortuorias más características, las cistas para adultos y los contenedores cerámicos para infantes, no fueron exclusivas para cada grupo etáreo. Las cistas, si bien en la mayor parte de los casos contienen restos de adultos, aparecen conteniendo entierros en vasijas. Asociadas a las estructuras tipo cistas aparecen vasijas toscas y urnas santamarianas, con entierros de restos de infantes y sin éstos. Interpreto ésta combinación como otro tipo de estructura de almacenamiento. Esta idea es apoyada por el hallazgo de contextos con esta combinación, vasijas en cista, sin inhumaciones de restos humanos. La evidencia, una vez más, indicaría un contexto material similar para almacenaje y para entierros de infantes.

Las prácticas mortuorias del resto de los subadultos

Si bien esta problemática merece una investigación aparte que aún no ha sido encaminada, es necesario desandar sobre la evidencia disponible desde hace tiempo en el registro para determinar si el corte clásico propuesto desde la arqueología del NOA, entre adultos en cistas y niños en vasijas, es tan neto. Como se comprobó en la sección anterior, los niños inhumados dentro de los contenedores de la muestra analizada nunca superan los tres años de edad. A partir de este dato surge la siguiente pregunta: ¿Qué pasó con el resto de los niños mayores que morían en el Período Tardío en el Valle Calchaquí Norte? En los registros de excavación de la zona se puede rastrear información que, aunque no esclarecen la problemática, me permitirán establecer algunas hipótesis útiles para esta tesis. Primero se analizaron los registros de La Paya escritos por Ambrosetti y luego los de Tero relevados por Díaz (1978-84)

En sus excavaciones en La Paya, Ambrosetti excavó cuatro contextos, los Sepulcros 40, 97, 140 y 196, en los que halló restos de niños mayores dentro de cistas, algunos de ellos

acompañados por adultos. Uno de ellos es el Sepulcro 40, dentro de la Ciudad. En éste se inhumaron los restos de tres niños y dos adultos dentro de una cista con elementos en las ofrendas que no se observan en las tumbas en vasijas. El acompañamiento estaba compuesto por dos tabletas de rapé, un cincel de cobre, un tortero de madera, frutos secos y moldes de peine. El segundo contexto también pertenece a la Ciudad, se trata del Sepulcro 97, descrito por el mismo Ambrosetti (1907:181) como el único sepulcro hallado en sus excavaciones, léase cista, exclusivo de un niño de aproximadamente diez o 12 años, cuyo acompañamiento es realmente abundante en comparación al observado en los contenedores: un vaso asimétrico, un puco negro pulido y un *yurito* rojo pulido. El tercer ejemplo es el Sepulcro 140, ubicado en la Necrópolis. En esta tumba se enterraron dos niños de diez años y uno más pequeño, según Ambrosetti (1907:229). Como acompañamiento sólo tenían un vaso campaluniforme y un rodado. Por último, el Sepulcro 196, ubicado en el borde de la terraza, contenía cinco cuerpos inhumados: dos adultos y tres niños mayores. Su acompañamiento, al igual que el de los otros, es abundante, destacándose los restos de obsidiana, una ollita santamariana, un estuche de madera con una cabeza de mamífero tallada y también un cuchillón de madera, elementos para tejer, una pala de madera y dos pucos.

Los hallazgos de niños mayores se han registrado también en el sitio Tero. Algunos fueron inhumados directamente en cistas, tanto en contextos tardíos e incas³⁵. El entierro tardío, el período comprendido en esta investigación, es el E50. Se trata de una cista ubicada por debajo del muro Este del R22, construido por encima de la falsa bóveda (ver *Figura 14*) (Díaz 1978-84). Dentro de ésta se inhumaron dos adultos y un niño. Como acompañamiento se hallaron dos pucos grises, vestigios de canastos, artefactos de madera, un tortero y un mortero de piedra pómez pequeño. Estos morteros pequeños aparecen también en los pisos de ocupación y se conservan en el Museo Arqueológico de Cachi. Estos no son de gran tamaño, sin embargo ninguno fue hallado en el interior de las tumbas en contenedores. Otro de los hallazgos de interés realizados en el sitio es el E47. Este es el único entierro directo detectado en los cinco sitios trabajados. Se trata del cuerpo

³⁵ Los contextos imperiales son las cistas E12, con un aríbalo dentro del acompañamiento, y E33 con dos ollas con pie de comptera también como parte de las ofrendas. El primero contiene los cuerpos de doce adultos y dos niños. El segundo, cuatro adultos y dos niños.

flexionado de un niño de aproximadamente siete años de edad, enterrado bajo el piso de ocupación del R18 sobre una superficie empedrada con rocas rodadas, sin acompañamiento (Díaz 1978-84). En los registros de los excavadores no aparecen indicios de rasgos que evidencien una inhumación posterior a la ocupación

Como primer punto a destacar, los subadultos mayores a tres años fueron inhumados dentro de cistas, a diferencia de los menores, alojados en contenedores cerámicos. El caso del E47 se aleja de las dos tendencias, es un caso único dentro del registro mortuorio. Es fechado por los excavadores como una tumba tardía. Sin embargo, se deberían realizar fechados absolutos para una mejor discusión de este hallazgo, aunque no debe descartarse de esta investigación, tomándolo, tal vez, como la manifestación de la agencia de los sujetos que inhumaron los restos de este niño.

Por su parte, los niños mayores inhumados en cistas pueden aparecer acompañados por adultos en la mayoría de los casos, aunque la evidencia propone la posibilidad de inhumaciones individuales. Otro punto a considerar es el acompañamiento. Como puede observarse en la descripción de los elementos presentes en las tumbas que contienen los cuerpos de estos niños, son muy pocos los elementos que coinciden con las ofrendas dejadas dentro de las ollas que contenía infantes menores de tres años. Las tumbas de niños mayores presentan elementos que se asemejan a los presentes depositados en las tumbas exclusivamente de adultos (Acuto *et al.* 2008).

Considerando la evidencia, puedo sostener que los niños mayores en el momento de su muerte fueron considerados de una manera diferente a los infantes menores de tres años. La estructura funeraria, el acompañamiento y la conformación de tumbas múltiples son semejantes al tratamiento mortuorio que reciben los sujetos adultos. No hay diferencias en el tratamiento mortuorio entre los adultos y los niños mayores, sino que conforman una unidad opuesta a las tumbas de infantes.

Consideraciones finales.

El objetivo principal de esta sección fue indagar acerca de las asociaciones materiales y espaciales entre las tumbas de infantes y otras prácticas sociales y actividades. En primer lugar, se pudo comprobar que los entierros de infantes en ollas presentan interesantes similitudes con las actividades de almacenaje, procesamiento y cocción de alimentos. Estas actividades y prácticas no sólo tuvieron lugar en los mismos espacios domésticos, sino que también involucraron el uso de los mismos tipos de objetos y presentaron similares arreglos materiales y disposiciones espaciales. Sumado a esto, la evidencia indica que varias de las ollas empleadas para almacenar productos, como aquellas usadas para inhumar niños, fueron previamente vasijas de cocina. Segundo, se buscó establecer la relación entre las estructuras tipo cistas para el entierro de adultos y el entierro de infantes en contenedores. Se destaca, por sobre lo expuesto, el uso de cistas para contener vasijas, con y sin entierros de infantes. Este dato es interesante por dos razones: primero, porque posibilita pensar en la no exclusividad de su uso para inhumar adultos; y segundo, porque la presencia de cistas con contenedores sin entierros hace pensar en la posibilidad de otra modalidad de almacenamiento. En este caso se vuelve a comprobar la asociación material entre almacenaje y entierro de infantes. Por último, dado el corte radical entre tumbas en cistas para adultos y contenedores cerámicos para infantes, se aproximó información sobre el tipo de inhumación dada a los niños mayores de tres años. Los datos permiten observar que en la esfera mortuoria los niños mayores tenían el mismo tratamiento que los adultos, es decir, emplazados dentro de cistas con un acompañamiento mucho más diverso que los infantes. Posiblemente los niños mayores hayan pertenecido al mundo de los adultos plenamente, a diferencia de aquellos menores.

Las tumbas de infantes: un retrato de la vida doméstica

Luego del análisis de la evidencia arqueológica de tumbas de niños tardías del Valle Calchaquí Norte, en este capítulo se realizará la integración y reflexión sobre las prácticas generadas en torno al ritual fúnebre y los monumentos mortuorios, así como también las representaciones y categorías construidas y reproducidas a través de estas prácticas sociales. Si bien los datos en el *Capítulo 5* fueron estructurados siguiendo los tres vectores que articulan esta tesis, la interpretación hace necesario un solapamiento de la evidencia y el cruce constante de datos de un vector al otro. Sin embargo, se respeta el objetivo inicial de tomar a la muerte y la tumba como práctica, como representación y como categorización.

La muerte y la tumba como práctica

Cómo se ha discutido en el *Capítulo 2* de esta tesis, se ha entendido que la muerte y la tumba están involucradas con prácticas específicas que generan relaciones sociales y configuraciones materiales particulares. La tumba no es un reflejo directo y estático de la organización social, ni un simple epifenómeno del proceso social. Por el contrario, la tumba (y la experiencia de la muerte) es una producción material que dispara y articula acciones y relaciones sociales, como así también involucra la espacialización de la muerte y la selección de objetos, y pone en juego significados.

El entierro del difunto constituye uno de estos instantes en donde una práctica social se pone en juego, estableciéndose, manipulándose y negociándose ciertas relaciones sociales, sentidos, lugares y objetos. Pero la experiencia de la muerte no concluye con el entierro, sino que se continúa a partir de la presencia de las tumbas en algún lugar del paisaje. Después de enterrado(s) el(los) difunto(s), su tumba(s) sigue generando relaciones sociales (tanto con los muertos como entre los vivos) y sentidos. Por lo tanto, la esfera funeraria se presenta como una práctica que involucra tanto el momento del entierro como lo que

sucede después que la tumba se materializó en el paisaje. Ahora bien, en mi caso de estudio ¿cómo fueron estas dos instancias de la práctica funeraria de niños en el Valle Calchaquí Norte? ¿Qué tipo de acciones, relaciones sociales, objetos y significados estuvieron presentes en el momento del entierro y después de éste?

La localización de las tumbas de infantes nos provee de pistas sobre el momento del entierro de los niños y las interacciones que se desarrollaron. Como se discutió en el *Capítulo 5*, el análisis de la ubicación de las tumbas de niños muestra una predilección por el emplazamiento dentro de los poblados conglomerados más que por fuera de ellos. Es decir, si bien se han encontrado tumbas por fuera de los poblados tardíos, un 85,3 % (N 64) del total de la muestra de tumbas (N 75) fueron ubicadas dentro de los asentamientos. De las tumbas en el interior de los sitios se nota una clara preferencia por la instalación en conjuntos arquitectónicos delimitados (70,7 % N 60), especialmente en el interior de los complejos residenciales, ya sea en sus patios o sus recintos habitacionales. Estas áreas presentan mayor intimidad, generada por el acceso restringido, el espacio limitado por muros y la presencia de techos en el caso de los recintos habitacionales. Por los datos considerados se observa que esta práctica estuvo centrada en la esfera doméstica y cotidiana, es decir, emplazada en los espacios donde las personas realizaron actividades relacionadas con la alimentación, la producción de un variado tipo de utensilios (vasijas cerámicas, artefactos de piedra, textiles, entre algunos otros), descanso, reunión, reproducción, entre otras.

Otros lugares también utilizados para inhumar, pero de manera menos frecuente (N 15), fueron: los montículos (N 2), las vías de circulación monticulares (N 1), dentro de los caminos internos (N 1) y en áreas de cementerio (N 11). En estos casos también, a excepción de las áreas de cementerio, el espacio disponible alrededor de la tumba para la celebración y la participación en el ritual mortuorio continuó siendo restringido. Las vías de circulación por lo general nunca superan más de un metro de ancho y los montículos, salvo excepciones, no cuentan tampoco con espacio para congregarse a grupos numerosos por estar integrados y rodeados de construcciones (Acuto *et al.* 2008). Los cementerios, por su parte, si bien no son los lugares favoritos para el entierro de niños ya que representan

sólo el 14,7 % de la muestra, pudieron potencialmente permitir en el momento de la inhumación del cadáver la participación de un grupo más amplio que el familiar.

Es importante remarcar que las tumbas no fueron ubicadas en espacios públicos o comunales, ni tampoco constituyeron construcciones que se destacaban dentro del asentamiento. Los sepulcros de infantes no fueron en ningún caso monumentos masivos, localizados en lugares centrales de los poblados o visualmente destacados. Por lo tanto, podemos sostener que el entierro de niños no fue parte de actos políticos. No hubo así una búsqueda en los momentos tardíos de destacar algunas tumbas por sobre otras, ubicándolas en lugares importantes en el sitio como parte de estrategias políticas públicas tendientes a naturalizar un contexto de desigualdad social. Contrariamente a esto, el entierro de niños significó un acto íntimo centrado en el espacio de vivienda; espacio que no habilitaba una amplia participación de personas al momento de depositar el cadáver en su tumba.

La ubicación dentro de estos espacios íntimos no permitió la participación de mucha gente al momento del entierro. Pero al mismo tiempo, no podemos decir que la búsqueda en la ubicación de las tumbas fue la privacidad. Si bien las tumbas aparecen en los espacios familiares, como se explicó anteriormente, la organización espacial de los sitios tardíos permitía una fluida articulación entre sus habitantes a través de múltiples senderos monticulares sobreelevados, vías de circulación sobre los muros internos de cada sector y la circulación entre estructuras conectadas entre sí. Esta forma de circulación abierta llevó a que las tumbas ubicadas dentro de las estructuras pudieran ser visualizadas.

Las tumbas no se encontraron en una plaza, en una *chullpa*, arriba de un cerro, en un monumento, sino que fueron puestas en el interior de las casas. Pero las casas estaban abiertas a la comunidad, no sólo por la posibilidad de circular u observar en su interior, sino por la proximidad entre ellas. Esta proximidad permitía la percepción, a través de otros sentidos como el olfato o el oído, de las actividades realizadas en el interior de las viviendas, como por ejemplo los sonidos de la molienda o machacado, los aromas de la cocina o del fogón encendido. Por lo tanto, la natural corrupción de los cuerpos inhumados no pudo pasar desapercibida para los habitantes próximos a la morada, sobre todo si los

rituales fúnebres tenían varios días de duración como suele ser el caso en muchas sociedades tradicionales. Susan Kus (1992), sobre sus trabajos etnográficos en Madagascar, discute aspectos que no han sido tocados sobre el ritual fúnebre, como el olor. El ritual fúnebre ha sido visto por la arqueología desde un punto de vista ascético y clínico. Sus estudios sobre la práctica mostraron como el cuerpo genera fuertes olores, percibidos e interpretados de manera diferente por los participantes. En el caso de los entierros de infantes nor-calchaquíes, las cenizas o cal halladas en el interior de las vasijas fueron interpretadas como atemperantes de los vahos provocados por la descomposición de los cuerpos (Díaz 1976). Sin embargo, sólo en 14 (18,91 %) de las 75 tumbas analizadas se registró esta sustancia. Aún existiendo los atemperantes, la dureza de las emanaciones no pudo pasar desapercibida para los habitantes de las estructuras cercanas, haciendo de algún modo pública la presencia de la muerte. Si el ritual fúnebre tuvo una duración de varios días, esto implica que el evento fúnebre dentro del poblado conglomerado debió haber sido ampliamente percibido por los vecinos. El cuerpo sigue teniendo agencia, tiene acción, al marcar y comunicar su presencia y su nuevo estado (Williams 2004).

Luego del momento del armado de la tumba y la inhumación del cuerpo, ésta comienza a formar parte de la vida cotidiana de los sujetos que ocuparon esos espacios, en su mayoría recintos habitacionales o patios. Dentro de estos espacios se desarrollaban actividades relacionadas con la rutina diaria de los vivos (ver *Parte III del Capítulo 5*), como la cocina de alimentos y su consumo, la molienda de granos, la producción de alimentos y herramientas, el descanso, entre otros. Por lo tanto, en cuanto a la relación a lo largo del tiempo, también los lugares elegidos para colocar las tumbas y la manera en que éstas fueron armadas o estructuradas nos hablan de las relaciones que se establecieron entre los niños muertos y los familiares vivos.

¿De qué manera esta práctica se enquista en la vida de las personas habitantes de los poblados tardíos? La localización de la tumba dentro de las estructuras habitacionales y enterradas contra los muros no clausuró los espacios para la realización de otras actividades relacionadas con la vida doméstica. Las tumbas no fueron ubicadas en el centro de los recintos, o en altares especiales, bloqueando el paso por ser elementos destacados en la

organización de la estructura arquitectónica. Más bien fueron acomodadas a los lados permitiendo continuar con la realización de las actividades diarias. Así, la incorporación de los entierros en las casas no cambió los ritmos de las actividades domésticas. A su vez, las notables semejanzas entre las tumbas de niños y los almacenes (ambos compuestos por vasijas con tapas líticas o cerámicas, ubicadas contra los muros y enterradas con sus bocas y tapas aflorando de la superficie del piso) generó una imagen de los espacios habitados bastante homogénea, en los que las tumbas no se destacaron del resto de otras estructuras sino que se embebieron en la materialidad de la vida cotidiana.

La esfera cotidiana, la casa, absorbió a la muerte haciéndola participar de la misma lógica material y espacial, esto fue a través del uso de objetos similares, como se verá más adelante, y colocando las tumbas igual que los almacenes, en los mismos lugares y con los mismos elementos. Esta mimetización de la materialidad y la del mundo cotidiano de la casa produjo a lo largo del tiempo una absorción del entierro en la vida cotidiana prolongada a través del tiempo. La tumba fue parte del paisaje cotidiano, junto con el fogón, los instrumentos de molienda, los almacenes, los alimentos, la familia. La experiencia de la muerte fue cotidiana, una relación diaria y pedestre entre la familia y los niños muertos, experimentada a través de la tumba. La muerte de los niños, en este sentido, no se incorporó dentro de ciclos rituales especiales o generó nuevas temporalidades dentro del hogar, sino que formó parte de los momentos seculares, se integró a los tiempos cotidianos.

Otro dato importante es provisto por la manera en que las tumbas estuvieron diseñadas y estructuradas. Como argumenté, la evidencia disponible indica la posibilidad que las tumbas hayan sido reabiertas, permitiendo el acceso físico al interior de las vasijas y al cuerpo del difunto. Las tumbas ubicadas en el interior de las estructuras fueron halladas enterradas por debajo de los pisos de ocupación, con sus bocas emergiendo de éstos, haciendo posible el acceso al interior. El interior, por su parte, no contenía relleno más allá del sedimento que pudo filtrarse del exterior al tener la mayoría de las tumbas (64 % N 48) un cerramiento removible de diversos materiales. Por lo tanto, con sólo remover las tapas, el cuerpo y el acompañamiento pudieron ser observados y manipulados.

¿Qué nos muestra esto? Que siguió habiendo una participación corporal de los niños fallecidos en la vida cotidiana. Éstos no se transformaron al momento de su muerte en entidades tutelares mayores o sobrenaturales, como suele ser la categoría de ancestro general o *Apu* en el mundo andino, sino agentes que se mantuvieron en la vida íntima. La observación de los cuerpos y la posibilidad de cuidarlos, limpiarlos o sólo observarlos, generó una continuidad en la relación con un individuo específico, no interrumpida con su muerte. Por lo tanto, la participación de la tumba en la vida doméstica cargó de sentido a la casa, la presencia en su interior y la interacción continua con el muerto implicaron una inversión emocional que atravesó al resto de las actividades realizadas en su interior.

La continuidad en la relación entre los vivos y los muertos al convivir en un mismo espacio, pudo prolongarse también con la incorporación de elementos como pequeños objetos, alimentos, o la remoción de otros. Con esta idea es posible pensar que el acompañamiento de los cadáveres no sea producto de un único momento, el de la inhumación, sino que pudo ser una parte activa en el tiempo de manera continua. La evidencia muestra que los cuencos pequeños son el grupo de objetos con mayor representación en el análisis del acompañamiento. Estos muestran mucha variabilidad en formas y estilos, y algunos fueron hallados con restos de alimentos en su interior. La función de los pequeños contenedores pudo estar asociada a la incorporación de alimentos para los muertos, y no simplemente como ajuar destinado como ofrenda al muerto. Es importante destacar que la reapertura de las tumbas y la alimentación de los muertos han sido comprobadas para otros casos en los Andes (Mackey 2003). La alimentación de los muertos es una práctica común y con esto los vivos buscan cubrir una necesidad de éstos seres, reforzando los lazos recíprocos con los antepasados (Earls y Silverblatt 1978). En este sentido, el acompañamiento es parte de una práctica activa a lo largo del tiempo y no sólo producto de un único evento.

En conclusión, como sostuve en las anteriores secciones, las tumbas fueron organizadas privilegiando su incorporación en la vida doméstica de una manera fluida, sin interrumpir o cambiar los ritmos cotidianos, sino todo lo contrario, cargando de significados al espacio

doméstico a través de una inversión emocional en la práctica. Las tumbas fueron embebidas en la materialidad y los significados generados en el movimiento cotidiano. También los entierros permitieron el continuo acceso corporal y visual de los sujetos vivos al interior del entierro luego de la inhumación del cadáver, estableciendo una relación física activa, dinámica y cotidiana con los niños muertos, extendida a través del tiempo.

La muerte y la tumba como representación

Se ha argumentado que la cultura material está cargada de significados. Los objetos adquieren valor y significado en su relación contextual con otros objetos y sujetos, generando una acción comunicativa apprehendida en la práctica. En el caso de las tumbas, la localización y los objetos usados para construir la tumba y acompañar a los muertos, así como el tratamiento que se le dio al cuerpo, construyeron sentidos específicos, comunicaron y estimularon conductas sociales y experiencias sensoriales en los sujetos que interactuaron con ellas.

Algunos estudios sobre restos mortuorios han considerado que los objetos colocados con los muertos representaron citas sobre aspectos particulares de su vida o de la vida social en general. Por ejemplo, citas de la biografía del difunto, de aspectos estructurales de la vida social, de las relaciones de género, etc. (Fowler 2001; Jones 2005). En otras palabras, las personas al colocar ciertos objetos con el muerto buscaron hacer referencia a algunos aspectos determinados, como categorías sociales o experiencias de la comunidad y de los sujetos en particular. En el caso de las tumbas del Valle Calchaquí Norte, ¿cuáles son las representaciones que fueron activadas a través de las tumbas? Para abordar este interrogante tomo por separado a la estructura de la tumba o el contenedor y su tapa, luego a los objetos del interior de la tumba, y por último, al cuerpo mismo.

¿Qué representa la estructura?

Para abordar la pregunta sobre las representaciones que encarnaron los distintos tipos de vasijas que contenían a los cuerpos, primero busqué demostrar si éstas habían sido producidas especialmente para el ritual fúnebre. El análisis se enfocó en los atributos físicos de las piezas y en el examen químico de los residuos alojados en su interior. Las evidencias presentadas en el análisis (las formas, los atributos físicos, las marcas de uso y los residuos microscópicos hallados en su interior) indicaron que las vasijas utilizadas como urnas habían tenido un uso previo, participando en otras actividades antes de acabar como contenedores fúnebres. A continuación se describen cada uno de los tipos de ollas empleadas en el enterratorio de niños y sus usos previos.

- Vasijas toscas: Existen varios indicadores que evidencian que este tipo de urnas estuvieron previamente involucradas en actividades culinarias: presencia de hollín en las superficies externas, la receptividad media (que impide la rápida pérdida de calor, pero posibilita la manipulación del interior), sus bases cónicas (le dan poca estabilidad, pero pueden ser depositadas en el medio de fogones, evitando los vuelcos) y la identificación de lípidos en los análisis químicos (de recursos cárnicos, como camélidos, o vegetales, como maní, poroto blanco y maíz). Algunas de estas ollas pudieron haber sido también almacenes transformados en contenedores de restos de niños. Esto está sugerido por las condiciones de hallazgo (al lado de los muros, enterradas parcialmente bajo los pisos de ocupación, permitiendo el acceso al interior) y también por la presencia de lípidos. Considerando que por cuestiones de peso el límite de transportabilidad de una olla es de 15 litros, la amplia capacidad de este grupo de vasijas (entre 30 y 60 litros) descarta la posibilidad de que hayan sido empleadas para el transporte de sus contenidos.
- Urnas santamarianas y urnas santamarianas tres cinturas: En este caso la evidencia indica que su función previa pudo haber estado relacionada con el transporte de recursos en su interior. Esto está señalado por: la ubicación de las asas encintadas en la parte inferior y de forma horizontal (permitiendo una distribución del peso en la parte inferior del cuerpo, evitando el colapso de la pieza) y la alta receptividad

(índice cercano a 1). Sumado a esto, el hallazgo de lípidos (de camélidos, de cera de abeja y maní) y los contextos de hallazgo (semejantes a los descritos para las vasijas toscas) indican que también pudieron haber tenido funciones de almacén. No presentan hollín en su exterior, con lo que se descarta su uso como ollas para cocción de alimentos. Las marcas de abrasión, sin embargo, permiten pensar en algún tipo de preparado en su interior que requirió de un movimiento mecánico utilizando algún elemento que raspó las paredes de la pieza.

- Ollas globulares decoradas: su uso como almacenes se sugiere por: la ubicación y tipo de asas (ubicadas en la parte inferior del cuerpo y de manera horizontal), que permitieron una mejor distribución del peso, evitando el colapso de la pieza, pero sólo movimientos mínimos, dado el gran volumen (93,42 litros) y sus bases cónicas. Se descarta su uso culinario por no presentar hollín en la superficie, aunque no su uso para el preparado de alguna bebida o comida. No se han realizado análisis químicos sobre esta pieza.

Otro de los elementos que formaron parte de la estructura de las tumbas fueron las tapas. Como se vio en la *Parte I del Capítulo 5*, los cerramientos se realizaron con diferentes materiales (lítico y cerámico), incorporando varios objetos con usos específicos como:

- Conanas: asociadas al procesamiento de granos y alimentos.
- Pucos: posiblemente utilizados para servir o fragmentar alimentos
- Fragmentos de vasijas: descartes de piezas que formaron parte de actividades como la cocción o el almacenamiento de alimentos.

El análisis de los elementos materiales que conforman las tumbas de niños me permite concluir que éstos no fueron especialmente fabricados para los rituales mortuorios, sino que se encontraban en uso dentro de otras actividades antes de formar parte estructural de la tumba. Podemos sostener entonces que las tumbas de niños estaban simbólicamente asociadas con los alimentos y la alimentación: el transporte de alimentos en el interior del sitio (urnas santamarianas y urnas santamarianas tres cinturas), su almacenamiento en grandes contenedores depositados en el interior de las casas (vasijas toscas, urnas

santamarianas, urnas santamarianas tres cinturas y ollas globulares decoradas), la preparación de alimentos o bebidas en las piezas (urnas santamarianas, urnas santamarianas tres cinturas y ollas globulares decoradas), la cocción de alimentos (vasijas toscas), el procesamiento de alimentos (conanas) y el fraccionamiento y distribución de la comida (pucos).

Como indica la evidencia analizada, a través de los objetos estructurales de las tumbas de infantes se representaban las actividades mundanas y cotidianas típicas del quehacer diario. Específicamente, los elementos asocian a la tumba con la alimentación de la familia, con la comida y todo el proceso que siguen los alimentos: procesamiento, cocción, almacenaje, distribución y consumo (en el caso de que los pucos hayan sido usados para fraccionar y distribuir la comida). Los objetos elegidos para construir una tumba de infantes hicieron una conexión marcadamente directa entre las actividades dentro de las casas en general, y en especial las relacionadas con los alimentos, y los niños difuntos. Es interesante destacar que la esfera de los alimentos “envolvió” a los cuerpos de los infantes en dos niveles: a un nivel espacial, con la realización de las actividades relacionadas con el procesamiento, cocción, almacenaje y probablemente consumo de alimentos en el mismo lugar en donde se emplazaban las tumbas de niños; y a nivel artefactual, al seleccionarse los objetos empleados para todas estas actividades culinarias para construir una tumba.

Ahora bien, ¿por qué se buscó asociar simbólicamente las tumbas de infantes con la esfera de las prácticas alimenticias? Para poder responder esta pregunta es necesario examinar la naturaleza de las prácticas relacionadas con los alimentos y cuáles eran los sentidos asociados tanto con éstas como con su cultura material. Los estudios que nuestro proyecto desarrolla en la región nos han permitido entender algunos aspectos de las prácticas relacionadas con el procesamiento, preparación y consumo de alimentos y las características de los objetos relacionados con estas actividades.

En primer lugar, hemos determinado que el consumo de alimentos no era una actividad privada y limitada a la familia nuclear, sino que constituía un contexto de socialización mayor y de integración de un número grande de personas. En otras palabras, el momento de

la comida, más que ser una instancia de separación y distinción, se conformó como un momento de agregación orientado a compartir (Acuto *et al.* 2008). Hemos comprobado que las vasijas para cocción de alimentos son piezas con una gran capacidad (con un promedio de 43 litros, con extremos de 75 litros y 21 litros). Si se consideran a los pucos como la única vasija disponible con una forma propicia para servir comida dentro del conjunto alfarero de esta época, los cuales tienen una capacidad promedio de 1,12 litros (Acuto *et al.* 2008:44), entonces las ollas de cocina habrían alcanzado para servir entre 19 y 67 porciones, con un promedio de 38 porciones. Esto indicaría que varios comensales habrían compartido el momento de la comida y no sólo una familia nuclear.

Segundo, un dato interesante sobre las ollas para cocinar es el de su trayectoria dentro de los grupos. Según observaciones etnográficas de nuestro proyecto, las vasijas cerámicas de cocina solían tener una larga vida útil, por lo que eran empleadas por varias generaciones. En el área andina se justifica esta permanencia bajo la idea de que las ollas viejas dan mejor sabor a las comidas (Pazzarelli 2009). Esto, sumado a su forma, estructura y peso que limitaba el transporte, indicaría que las ollas de cocina eran artefactos de larga duración relacionados con la historia familiar, ya que pasaban por las manos de varias generaciones.

Tercero, si bien no contamos aún con información sobre las relaciones sociales que involucraban a la producción de alimentos, sí tenemos información sobre su distribución y almacenaje. Las poblaciones tardías del Valle Calchaquí Norte desarrollaron esta actividad a nivel doméstico, en pequeñas estructuras de piedra, en pozos pircados o en grandes vasijas. En los asentamientos no existen almacenes centralizados y controlados, sino que, por las dimensiones de las piezas usadas como depósitos y su localización, los silos fueron gestionados dentro del espacio doméstico. Su desarrollo a nivel doméstico, sin embargo, implica necesariamente una serie de configuraciones sociales que superan las decisiones del grupo doméstico (Pazzarelli 2006). En este sentido, debe existir una serie de acuerdos dentro de la comunidad para configurar la estructura de producción, distribución y consumo de los grupos. El almacenamiento centralizado, por ejemplo, estaría mediado por una organización supradoméstica jerárquica que concentraría el control y distribución de la producción de la comunidad en pocas manos (Acuto 1994). El almacenamiento en el

interior de las casas, por otro lado, genera una distribución y consumo horizontal, dotando a todo el poblado de las mismas posibilidades de consumo.

Cuarto, en lo que respecta a las vasijas decoradas, también empleadas para inhumar restos de infantes, es interesante discutir la circulación que éstas tenían. A través de nuestros trabajos de prospección, relevamiento de superficie y excavación hemos podido comprobar dos aspectos importantes sobre las vasijas santamarianas: 1) Tuvieron una distribución homogénea dentro de los poblados. En otras palabras, no se trató de un ítem de acceso y consumo restringido. 2) Circularon principalmente dentro de los grandes poblados conglomerados. Es decir, no son objetos que hayan circulado en otros contextos, tales como las áreas de cultivo, los puestos de pastoreo o sitios de arte rupestre. En este último caso, hemos comprobado que los sitios de arte rupestre (ya sea campos de petroglifos tallados en rocas móviles o afloramientos de rocas que concentran una variedad de grabados) se encuentran separados y apartados de los poblados, exhibiendo representaciones distintas a las plasmadas en las vasijas. En este sentido, podemos sostener que las vasijas santamarianas transmitían un conjunto de símbolos y significados dentro de la esfera de la vida cotidiana, la cual incluye la esfera funeraria. Sus representaciones, entonces, crearon un imaginario que circuló en el contexto diario y se diferenció del imaginario creado en los sitios de arte rupestre. Sumado a esto, la gran ubicuidad de estas piezas a lo largo de los asentamientos conglomerados permite sostener que los significados eran ampliamente comprendidos y todos participaban del acto comunicativo que la presencia de las vasijas evocaba. Así, la circulación de las vasijas santamarianas dentro del poblado, posiblemente transportando ciertos contenidos, involucró a la comunidad dentro de un acto comunicativo y un imaginario específico relacionado con la vida cotidiana.

En conclusión, para construir las tumbas de infantes las personas seleccionaron objetos previamente utilizados en una variedad de actividades relacionadas con los alimentos (vasijas de almacenaje, ollas de cocina, vasijas decoradas para transportarlos, conanas para su procesamiento y pucos para servirlos). Esta selección creó una fuerte asociación simbólica entre la tumba y la esfera de la comida. Esta esfera de prácticas de almacenaje, transporte, procesamiento, cocción y distribución de comida estuvo a su vez fuertemente

conectada con aspectos esenciales de la vida social de las comunidades tardías del Valle Calchaquí Norte; aspectos que construyeron las relaciones sociales y el sentido de lugar de los poblados conglomerados. Las ollas de cocina remitían a un contexto de integración y donde predominaba el sentido de compartir los alimentos entre varias personas. Además, estas ollas pudieron haber tenido una larga vida útil y una biografía asociada a distintas generaciones de un mismo grupo familiar antes de ser “sacrificadas” en el entierro de un infante. En otras palabras, las vasijas de cocina empleadas para enterrar niños pudieron haber estado asociadas con la historia de una familia y sus antepasados. Por otro lado, la similitud entre las tumbas y los almacenes se liga nuevamente con otra de las actividades realizadas en el interior de los poblados: la distribución de los alimentos. El control de los grupos sobre los recursos de la comunidad a través del almacenamiento doméstico nos propone un dato más sobre la vida social. El almacenamiento dentro de las casas evoca en su estructura la configuración de toda una comunidad, conteniendo una fuerte carga ideológica en esta experiencia, al poder los grupos al autogestionar sus alimentos en el ámbito doméstico y en las mismas cantidades que el resto del poblado, como una forma más de integración social. Por último, en el caso de las urnas y pucos santamarianos empleados en las tumbas, se trata de vasijas de amplia distribución dentro de los poblados y cuya iconografía se relacionaba con el imaginario del mundo doméstico. Entonces, las vasijas funerarias no fueron piezas especialmente fabricadas para el evento de la muerte, sino que tuvieron una biografía (Gosden y Marshall 1999). Al participar en cada instancia, fijaron y corporizaron memorias e historias que fueron llevadas a la tumba. Una historia quizá familiar y de la vida dentro de la casa, ya que los objetos estructurales del entierro hablan de la historia pedestre de la casa y sus habitantes. Así como los muros de las casas funcionaron como recipientes (Haber 1997), conteniendo la vida doméstica, al mismo tiempo, los sujetos inhumados se encontraron contenidos por elementos que encarnaban las actividades rutinarias diarias de un poblado tardío: la cocción, almacenamiento, el transporte y el procesamiento de los alimentos. La estructura de la tumba no sólo estuvo compuesta por objetos con una función y una historia cargada de significados dentro de la vida diaria del poblado, sino que las tumbas representaron en su estructura a la vida doméstica de las personas que habitaron los poblados.

¿Qué representan los objetos colocados junto a los cuerpos?

Como se planteó en capítulos anteriores, la inclusión de objetos dentro de las tumbas no es azarosa o inocente, sino que responde a una selección de los vivos, creando y ligando significados en el contexto mortuario. Pero ¿qué significados se ponían en juego? ¿A qué hacen referencia los objetos depositados con los cuerpos de los niños muertos? ¿Qué aspectos de la vida social durante el Período Tardío del Valle Calchaquí Norte están citando? Para contestar estas preguntas, como se planteó en la *Parte III del Capítulo 5*, se separaron los objetos utilizados como acompañamiento según la actividad representada, no tumba por tumba sino tomando como conjunto la totalidad de los objetos colocados en las 75 tumbas analizadas.

El análisis mostró que hay una importante variabilidad en el tipo de objetos depositados en las tumbas de infantes, aunque se detectaron algunas tendencias. Sin embargo, no existe un patrón marcado e incluso no se ha hallado ajuar asociado con todos los entierros. Sólo un 49,3 % (N 37) del total de tumbas analizadas tienen evidencia de ajuar. Los objetos comprendidos en el universo del acompañamiento suman un total de 91. De estos 91 objetos sólo de 85 se consiguieron adscripciones a actividades y esferas sociales donde pudieron haber participado.

Los objetos más comunes en los sepulcros de infantes fueron los contenedores pequeños (en cerámica, mate y cestería), los cuales alcanzan algo más del 50 % de la muestra. Estos pueden ser divididos entre aquellos que se encuentran decorados (vasijas cerámicas pequeñas y mates pirograbados) (28,2 % N 24) y los no decorados (23,5 % N 20). La única actividad productiva representada con sus herramientas (torteros, husos y palas tensoras) fue la producción textil (21,1% N 18). El resto de los objetos colocados en las tumbas fue muy variable (desde cuentas sueltas, una valva, restos óseos animal, una figura antropomorfa, hasta un fragmento aserrado de costilla de adulto) y en varios casos se trató de objetos que aparecen una única vez.

Si consideramos que el elemento más frecuente en las tumbas de niños fueron los recipientes decorados, los cuales también tuvieron una alta presencia en los entierros de adultos (Acuto *et al.* 2008), es posible señalar que existió una tendencia a conectar a los niños difuntos con los símbolos plasmados en vasijas y mates; símbolos que, como se explicó, constituían el imaginario simbólico al interior de los poblados. El uso de piezas con iconografía introdujo en la tumba una serie de significados construidos y conocidos por la comunidad en la observación, circulación y manipulación de los símbolos plasmados en las piezas. La esfera cotidiana y doméstica, las tumbas de adultos y los sepulcros de infantes eran así semantizados por una misma simbología que atravesaba e integraba dentro del poblado estos ámbitos aparentemente distintos. En pocas palabras, en este contexto histórico parece haberse buscado relacionar a los niños con la iconografía de la vida cotidiana.

Si bien no existen patrones claros en las decisiones correspondientes a los objetos colocados como acompañamiento de los niños difuntos, llama la atención la ausencia de objetos comúnmente colocados en las tumbas de adultos (Acuto *et al.* 2008), tales como instrumentos líticos, artefactos para la producción agrícola (como las palas), elementos asociados al transporte en llamas (como las tarabitas), objetos para la producción metalúrgica o cerámica (como arcillas, pigmentos, pulidores, moldes y escoria), útiles de metal (como cinceles, pinzas y punzones), obsidiana o elementos asociados al consumo de alucinógenos (tabletas de rapé y escarificadores o inhaladores). Esto estaría indicando que hubo una selección intencionada de lo que no se depositaba.

Ahora bien, ¿cómo se puede explicar la importante presencia de pequeños contendores dentro de estas tumbas? En primer lugar podemos señalar que estos pequeños recipientes presentan una gran variabilidad (pucos sanamarianos, rojos y negros pulidos, ollitas santamarianas, *yuritos*, vasos libatorios, vasos de dos bocas, mates decorados y sin decoración, y cestos), lo que demuestra que no hay un objeto cerámico o de otro material especialmente relacionado con los niños muertos. Es más, algunos de ellos son elementos únicos dentro del universo de las tumbas analizadas.

Si bien debemos seguir explorando esta idea, considero que la alta frecuencia y ubicuidad de contenedores pequeños dentro de las tumbas estuvieron relacionadas con prácticas de alimentación del muerto. En este sentido, los recipientes no fueron pensados y colocados como el ajuar del muerto, sino que se incorporaron a la tumba como recipientes donde depositar alimentos. Por lo tanto, este registro arqueológico no es resultado de un único evento, sino producto de una relación continua de los vivos con los niños. A diferencia de las ollas utilizadas como urnas, cuyo uso pasó a ser exclusivamente funerario y ya no pudieron ser empleadas en otras actividades, podríamos pensar que los objetos introducidos en las tumbas de infantes podían ser retirados, rellenos y vueltos a poner o usados en otras tareas.

A diferencia del contenedor, los objetos internos no muestran una búsqueda de imprimir una idea o sentido de manera determinante. Lo que marcan es que la relación entre los vivos y los muertos fue fluida y continua. Fueron objetos introducidos para seguir siendo usados, retirados o rellenos con sustancias. Siguió siendo activos, y nos llegan como la materialización de la relación dinámica y particular dada entre los vivos y los muertos. Lo que llamamos ajuar es producto de prácticas activas en el tiempo, de incorporación y la remoción de elementos, y no resultado de un único evento.

¿Qué representan los cuerpos?

Del análisis de los cuerpos de las tumbas de infantes se desprende que las tumbas individuales representan el 86,76 % de la muestra (59 de N 68) y sólo se cuenta con un 13,24 % de entierros colectivos³⁶. El caso de los infantes (menores de 3 años), es exactamente el opuesto al de los adultos, considerando que la mayoría de las tumbas de adultos son múltiples (69 % N 102). Este último dato ha sido interpretado como parte de un proceso de no individualización de los sujetos fallecidos (Acuto *et al.* 2008).

³⁶ Como se explicó en la *Parte II del Capítulo 5*, del total de entierros analizados, sólo 68 contaban con información sobre la cantidad de cuerpos inhumados en la tumba.

No sólo los infantes fueron sepultados de manera individual, sino que sus cuerpos mantuvieron integridad al no ser removidas partes del mismo o enterrados parcialmente. El 90,32 % (N 56) de los cuerpos fueron inhumados de forma completa. Por lo tanto, se puede sostener que existió una búsqueda de individualización de los niños muertos. En este sentido, considero que la individualización de los cuerpos de los infantes fue parte de una acción intencional de los vivos. En sintonía con esto, el único tratamiento especial del cuerpo detectado, en algunos casos, fue el uso de fardos realizados con textiles envolviendo los cuerpos. Esta evidencia apoya la idea de una búsqueda de separar y delimitar a los cuerpos, sobre todo en aquellos entierros donde se han inhumado más de un individuo (e.g. Rescate 1976 de Tero y el Hallazgo 12 de La Paya).

La individualización de los cuerpos en la práctica posibilita que el individuo muerto no se diluya en una categoría general de ancestro, entidad u objeto, perdiendo su identidad particular. La relación entre los vivos y los muertos en este sentido es particular: se sostiene entre un sujeto específico inhumado dentro del campo de acción cotidiano de un grupo doméstico concreto. Se mantiene en la vida diaria la memoria y la presencia simultánea de un ser específico.

La muerte y la tumba como categorización

Como se ha discutido, las sociedades ordenan y categorizan el universo a partir de conjuntos y clasificaciones. Estas categorías son construcciones colectivas, construidas y adquiridas históricamente. En este sentido, y como la antropología ha demostrado, esta construcción ontológica no necesariamente es coincidente con la ontología moderna, tanto con respecto a las entidades que se reconocen, al status de los mismos como a la relación entre ellos (Ingold 2000). La muerte debe ser entendida como una categoría construida históricamente, formando parte de una racionalidad particular. Por lo tanto, la muerte, como categoría, puede conectar experiencias, representaciones y objetos diametralmente lejanos para nuestra comprensión y clasificaciones modernas del mundo. Dentro de este marco, ha sido el interés de este trabajo explorar las conexiones de sentido que las tumbas

de niños tuvieron durante la época tardía del Valle Calchaquí Norte. Particularmente, ¿con qué otros aspectos de la vida social se relacionaron metafóricamente? ¿Estuvieron incluidas en una categoría que compartían con otras esferas sociales y objetos?

Para lograr esto se realizaron tres tipos de análisis: 1) Se examinaron los registros de excavaciones de los sitios en busca de relaciones espaciales existentes dentro de los recintos entre tumbas de infantes y otros contextos materiales o rasgos relacionados con actividades diferentes. 2) Para comprender la asociación entre las estructuras mortuorias de adultos y los infantes, se relevaron los casos de vasijas dentro de cistas (con inhumaciones de infantes y entierros de adultos, inhumaciones de infantes sin entierros de adultos, y sin inhumaciones de infantes ni adultos). 3) Se analizó el tipo de tratamiento mortuario dado a los restos de subadultos mayores que los infantes de tres años, para poder establecer la categoría etárea correspondiente a cada grupo.

La espacialización de la muerte y las tumbas nos da pistas sobre las asociaciones que se establecieron con otras esferas sociales y materiales. Como fue comentado anteriormente, el caso del Período Tardío del Valle Calchaquí Norte nos muestra que en un mismo espacio se combinaron actividades que desde la modernidad tendemos a pensar y disponer separadas. Se dispusieron y combinaron dentro de la casa tareas domésticas, actividades de producción de artefactos y los contextos mortuorios de los niños. Específicamente, hemos observado la integración entre las prácticas alimenticias y la presencia corpórea de los niños muertos y la estructura que los contiene.

El análisis de las actividades realizadas en el mismo espacio que las tumbas (*ver Figuras 2 a 21 en la Parte I del Capítulo 5*) proporcionó evidencia sobre las siguientes actividades domésticas:

- Almacenes en estructuras subterráneas pequeñas, cercanas a los muros. Se realizaron en contenedores (urnas santamarianas, urnas santamarianas tres cinturas y ollas globulares decoradas) y en hoyos pircados. Ambos con tapas (conanas, lajas, restos de vasijas o pucos). Se hallaron macrorestos de alimentos en su interior y

residuos de alimentos detectados a través de análisis químicos (maní, posiblemente maíz, cera de abeja y grasa de camélido).

- Fogones dentro de los recintos habitacionales o patios, muchos de ellos contenían restos de alimentos.
- Áreas de preparación de comidas evidenciadas por restos de alimentos (vegetales como maíz, algarroba y quínoa, animales como camélido, entre otros), herramientas de molienda (manos, conanas y morteros) y sectores interpretados como áreas de procesamiento y cocina (concentraciones de semillas, concreciones del sedimento, fogones y herramientas).

Se observa, en este sentido, que los sepulcros de niños, los fogones, las ollas de almacenaje, los restos de comida, las áreas de procesamiento de comida y los artefactos de molienda conformaron la materialidad de la vida doméstica en el Valle Calchaquí Norte durante el Período Tardío.

Un primer punto a rescatar es que los depósitos o almacenes no sólo compartieron los mismos espacios con las tumbas, sino también el mismo tipo de objetos y arreglo material: mismo tipo de vasijas y tapas, con evidencia de que fueron utilizadas anteriormente para cocinar (hollín y residuos de alimentos cocinados, como los camélidos), y emplazadas cercanas a los muros, enterradas por debajo del nivel del piso de ocupación, dejando disponibles en las superficies sus bocas, y en la mayoría de los casos con tapas. En sí, y por tener la misma lógica material y espacial, las tumbas de niños pudieron haberse confundido, mimetizándose, pasando a simple vista por un almacén de alimentos.

Sumado a esto, los objetos empleados para la práctica relacionados con los alimentos (almacenaje, molienda, cocción), fueron los mismos que los empleados para construir las tumbas de infantes. Es así que estos sepulcros y las actividades relacionadas con el tratamiento de los alimentos no sólo compartieron el espacio de la residencia sino también el mismo conjunto artefactual. Estos elementos pudieron ser incluso intercambiables entre ambas esferas. Principalmente pudieron pasar de los alimentos a la muerte, pero quizá viceversa tal como pudo ser el caso de los contenedores pequeños antes mencionados, o las

conanas o pucos empleados como tapa. En este sentido es importante señalar que las tapas no fueron selladas³⁷, sino que eran removibles, permitiendo no sólo ingresar y remover elementos del interior de la tumba, sino también disponer de las tapas para otras actividades.

Esto muestra claramente que las tumbas de infantes, en cuanto a los lugares donde se localizaron, los objetos empleados para construirlas y la manera en que se emplazaron, estuvieron simbólicamente conectados con las prácticas alimenticias cotidianas. De esta manera se integraron dentro de una misma categoría inconjugables en nuestra visión moderna del mundo, donde los alimentos y la muerte se encuentran en esferas de interacción irreconciliables. Tumbas de niños y procesamiento, almacenaje y consumo de alimento pertenecieron a una misma esfera de experiencia y acción. Esto es bien distinto a los adultos y niños más grandes (*ver Parte III del Capítulo 5*)

Ahora bien, ¿por qué?, ¿por qué eligieron asociar al niño con los alimentos?, ¿qué representaban éstos para estas comunidades? Para contestar éstos interrogantes se deben abordar los significados culturales construidos en torno a la tecnología. Sillar (1996) plantea que el uso de una misma técnica y herramientas para actividades diferentes implica no sólo un traslado de una finalidad funcional, sino fundamentalmente de representaciones culturales de la tecnología. La integración de técnicas y significados se dan en contextos culturales e históricos específicos. Por ejemplo, muchas de las técnicas utilizadas para preparar la arcilla son comunes a otras áreas de la tecnología andina, en particular la preparación de los alimentos. Hay un cruce de conocimientos técnicos y una terminología en común (la recolección desde el interior del suelo, la desecación, la molienda y el remojado). Al considerar la aplicación de técnicas similares en contextos diferentes podemos llegar a una mejor comprensión del significado cultural de la tecnología. El intercambio de técnicas es un nivel fundamental que refleja una percepción particular Andina de cómo procesar los materiales, en este caso las arcillas y los alimentos, que requiere el triturado de algunas cosas antes de que puedan ser productivos. Dentro del contexto andino el machacado con su tecnología tiene un significado cultural específico.

³⁷ Como sí se observó en casos de Período Hispano-indígena (Siglos XVI yXVII) (Gamarra 2008)

También dentro del área andina el almacenamiento y las tumbas comparten tecnología, y por lo tanto, una serie de significados (Sillar 1996). Dentro de la cosmología andina, lo seco se considera muerto, y su máxima expresión es la estación sin lluvias, donde la tierra está seca. Aún así lo seco es la fuente potencial de la fertilidad. La humedad de la lluvia trae la vida. Este proceso, siguiendo a Sillar, es simbólicamente comparable a la producción *ch'uñu* (papa deshidratada) o el proceso de momificación de los muertos, generando una serie de significados compartidos entre los cultivos almacenados y los antepasados: el *ch'uñu* otorga salud, la desecación de los muertos provee el agua para el cultivo. Según el autor, el vínculo conceptual no puede establecerse primero por una transferencia de técnicas sino que debe existir previamente una serie de significados vinculables, en este caso, la regeneración y la reciprocidad con los antepasados, representan un vínculo entre el pueblo y la tierra, un compromiso continuo para arar, sembrar, fertilizar y para ofrecer algunas de las cosechas en el sacrificio.

En sintonía con las ideas anteriores, en el caso de las tumbas de infantes del Valle Calchaquí Norte, la elección de los elementos estructurales y su emplazamiento en contextos domésticos combinó tecnología de diferentes actividades, como molienda, cocción, transporte, consumo y almacenaje de alimentos. Esta combinación contendría una fuerte carga ideológica sobre la experiencia de los sujetos sociales, en dónde enterrar a niños fue simbólicamente similar a procesar, cocinar y almacenar alimentos, formando parte de una misma categoría y esfera de experiencia. Es posible suponer que los niños muertos y mantenidos en el hogar pudieron tener alguna incidencia en la alimentación y reproducción de los alimentos de las personas vivas que se relacionaron cotidianamente con las tumbas. La conexión establecida entre los muertos y las prácticas alimenticias me permite pensar que la conservación y la alimentación de los niños dentro de las casas pudieron garantizar la alimentación y supervivencia de los vivos, al obtener beneficios en el trato continuo y cotidiano con ellos. Asumo en esta reflexión que entre los vivos y los muertos existió un lazo recíproco, en donde los favores de uno deben obtenerse a través de ciertas responsabilidades y obligaciones con el otro, como se entiende en la cosmología

andina en general. De esta manera, entre los vivos y los muertos se mantiene el equilibrio de la vida a través de la alimentación mutua.

Las tumbas en cistas: ¿Fueron exclusivas de adultos? ¿Determinaron categorías etáreas?

Las clásicas estructuras mortuorias características del Período Tardío Calchaquí, cistas para adultos y contenedores cerámicos para infantes, no fueron exclusivas para cada grupo etáreo. Como se observó en el examen de las fuentes analizadas, las cistas, si bien en la mayor parte de los casos contienen restos de adultos, aparecen también conteniendo entierros en vasijas de niños junto con entierros de adultos, inhumaciones de infantes en vasijas sin entierros de adultos, así como vasijas cerámicas sin inhumaciones de infantes dentro de cistas sin entierros de adultos. Como expresé en el capítulo anterior, interpreto este último caso como otro tipo de estructura de almacenamiento.

Las tumbas de infantes en vasija dentro de cistas se encuentran emplazadas fuera de los recintos. La mayor parte de la evidencia disponible pertenece al área de cementerio y periferia de La Paya o tumbas de adultos ubicadas en montículos. Estos contextos, por lo tanto, nos ofrecen la posibilidad de reflexionar acerca de las vasijas halladas fuera de los recintos. Los entierros localizados en el interior de los poblados fueron emplazados en su mayoría dentro de estructuras arquitectónicas o asociados a caminos armados con muros compartidos por dos o más recintos. Esta situación le ofrece al muerto una doble contención: la vasija y los muros. Una doble envoltura relacionada con la vida doméstica. Si los muros cumplen la función de recipientes conteniendo a la tumba, la cista con sus muros, algunos de ellos de pirca doble como en los recintos, pudo representar esta idea, transformándose en especies de casas para los muertos y ofreciendo la doble envoltura necesaria para los infantes.

¿Qué categorías etáreas se materializaron en las tumbas?

En relación a las edades consideradas en la práctica de entierros en vasijas, como se evidenció en el capítulo anterior, todos los individuos analizados integran la categoría de infantes (menores de tres años). Por su parte, existe una serie de tumbas de niños mayores a este límite de tres años integradas al análisis de la *Parte III* del capítulo anterior. Según los excavadores, las edades varían entre siete y 12 años, aunque no existen análisis osteológicos realizados sobre estos restos. Sin embargo, queda claro que no corresponden a cuerpos de individuos adultos y mucho menos a infantes. Estos niños mayores al límite de tres años fueron inhumados en cistas, la clásica estructura funeraria para enterrar cuerpos de adultos. En algunos casos los cuerpos de estos niños fueron acompañados por adultos y los objetos que formaron el ajuar están en sintonía con las ofrendas de las tumbas exclusivamente de adultos (Acuto *et al.* 2008). Como se notó en el análisis, son muy pocos los objetos que coinciden con el acompañamiento de las tumbas de infantes.

Una de las diferencias más sobresalientes entre ambos conjuntos etéreos es que los infantes, cuando fallecieron, se hallaban en pleno proceso de formación como sujetos sociales. Es decir, tenían mínimas posibilidades de comunicación e integración en niveles superiores al núcleo parental, en comparación al mundo de los adultos. Los infantes conforman, en general, un grupo no integrado completamente en la comunidad pero tampoco independizado de esta, ya que depende de los adultos para sobrevivir. Es decir: no hablan, en algunos casos no caminan, no producen, algunos no fueron destetados. Esto cualidades diferencian a los niños mayores de tres años. En el caso del mundo andino los niños pequeños no son considerados como sujetos plenamente conformados, socializados y con identidad propia hasta que pueden hablar y comunicarse y reciben su primer corte de pelo (Van Vleet 2008, Bolin 2006) Posiblemente la diferencia dentro de la esfera mortuoria se deba a esto, ya que los mayores reciben el mismo trato que los adultos. Pareciera que los infantes, menores de tres años, y los niños mayores fueron dos categorías diferentes, construidas a través de la inhumación diferente.

Considerando la evidencia, puedo sostener que estos niños mayores se encontraban, al instante de su muerte, en un momento dentro del ciclo de la vida distinta al que se encontraban los infantes menores de tres años (Stoodley 2000). Estos, a diferencia de los infantes, estaban más cercanos al mundo de los adultos (Bolin 2006). Se considera esto a partir de la presencia de objetos que citan prácticas distintas y más numerosas a las de los más pequeños (caza, pastoreo, trabajo agrícola, molienda, etc.) y de las pocas diferencias evidentes en el tratamiento mortuorio entre los adultos y los niños mayores.

Capítulo 7

Conclusiones

Como se planteó en un principio, la meta general del proyecto donde se inserta esta tesis es adentrarse en las experiencias y prácticas sociales de las poblaciones tardías del Valle Calchaquí Norte. El objetivo de este trabajo, dentro del marco anterior, fue estudiar la naturaleza de las prácticas funerarias de niños, específicamente a través de la materialidad generada por ésta, como una práctica social particular y su articulación con otras esferas sociales.

Como síntesis del trabajo puedo decir que la tumba de los niños menores de tres años fue pensada como parte del espacio doméstico, donde también se desarrollaron otro tipo de actividades. El ritual mortuario ejecutado para la disposición de la tumba se practicó en lugares reducidos, como las casas, los patios, los caminos y los montículos. Esto no debió permitir la participación de toda la comunidad en un mismo momento. Se piensa, en este sentido, a la ceremonia de entierro como un momento íntimo para un grupo determinado. Sin embargo, como se dijo, la permeabilidad en la circulación dentro de los poblados y la proximidad entre los recintos habitacionales pudieron generar instancias de comunicación de la muerte, el ritual y la tumba, más allá de la no presencia corporal de toda la comunidad. Esta comunicación pudo realizarse a través de los sentidos, como la observación de la tumba o el ritual en el circular, los sonidos propios del ritual y los olores posteriores producto de la corrupción del cuerpo.

Las tumbas fueron absorbidas en la vida cotidiana de los poblados, y particularmente dentro de las casas, a través de la convivencia y el trato cotidiano establecido entre los vivos y los niños muertos. La posibilidad de abrir las tumbas, observar a los sujetos, alimentarlos y cuidarlos pudo ser parte de las actividades domésticas. La alimentación supo formar parte de una relación de reciprocidad establecida entre los sujetos, tanto vivos como muertos. La contraparte pudo ser la reproducción de los alimentos dentro del grupo doméstico, garantizando la alimentación de éste. Particularmente, esta conexión entre las prácticas mortuorias y las prácticas de alimentación se establece a partir de la conformación

de la tumba. La estructura representa en todos sus elementos a diferentes pasos que sigue la comida dentro de la estructura doméstica: el procesamiento, la cocción, el almacenamiento y el consumo.

Siguiendo con la idea anterior, el cadáver del niño, como un sujeto específico, y su tumba actuaron como bisagras entre los alimentos de los muertos, favoreciendo la alimentación de los vivos. Los alimentos y los niños pequeños formaron parte del mismo grupo de ideas, su relación y manutención permitió la alimentación de la comunidad. El niño fue envuelto y conservado en el mundo doméstico, en las prácticas relacionadas con la reproducción diaria, no sólo en los elementos, sino en la relación cotidiana con las actividades mismas. El cuidado y relación activa con los niños muertos de manera diaria permitió que no fueran desplazados del mundo de la vida, sino que pasaron a conformar una parte esencial de la vida de la comunidad.

Esta tesis, sin embargo, deja una serie de líneas que invitan a seguir trabajando en el registro arqueológico del Valle Calchaquí Norte y del registro mortuario en general. La primera es indagar con más severidad y específicamente sobre las actividades donde circularon las piezas ya que en este trabajo se ha propuesto una serie de evidencias relacionadas con los usos posibles de las vasijas y otros elementos asociados a las tumbas. Fundamentalmente, sus implicancias como prácticas sociales en sí mismas dentro de las experiencias de momentos tardíos. Segunda, si bien se ha establecido un nexo entre las prácticas mortuorias y las prácticas relacionadas con la comida, resta indagar sobre las prácticas de producción de alimentos. El camino inverso al realizado en esta tesis, siguiendo el camino de la comida hacia la tumba, puede generar nuevas respuestas sobre las experiencias del pasado. Tercera, también resta ampliar el registro analizado de restos humanos, entendiendo el potencial de la información contenida en ellos (sexo, patologías, etc.) para seguir avanzando en una mejor comprensión de las poblaciones tardías. Y por último, restaría evaluar si la relación entre la vida doméstica y los entierros de infantes puede pensarse para tumbas similares de otras zonas del NOA. Debe quedar claro que este trabajo no pretende, ni debe hacerse, extrapolar sus resultados e interpretaciones sobre registro arqueológico de otras áreas sin un análisis previo.

Más allá de las líneas anteriores, considero con esta tesis haber abordado a las prácticas mortuorias de niños en sí mismas y desde una perspectiva superadora del descuido al que han sido sometidas. Básicamente, en esta tesis las tumbas fueron consideradas como el resultado de una práctica social y de experiencia en sí misma, sin considerarlas dentro del universo de las personas adultas. Con esto último, a su vez, me alejé de aquellos trabajos que toman a las tumbas como indicadores de aspectos de la estructura social, vinculadas a la posibilidad de verlas como en un reflejo de las dimensiones de la persona social alcanzados en vida. Otro de los aportes se relaciona con la discusión de nuestra concepción occidental de la muerte y como estas ideas no pueden, si no son debatidas previamente, ayudarnos a comprender el vínculo entre la vida y la muerte en el análisis de las prácticas mortuorias del pasado. La muerte es una categoría históricamente formada dentro de un sistema lógico particular. En el caso analizado, la muerte fue parte de una categoría del ciclo de la vida cotidiana.

Bibliografía

Acuto, Félix

-1994. *La organización del almacenaje estatal: La ocupación Inka en el sector norte del valle Calchaquí y sus alrededores*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. MS.

-2007. Fragmentación versus integración comunal: Repensando el Período Tardío del Noroeste Argentino. *Estudios Atacameños*. San Pedro de Atacama: Universidad Católica del Norte, Chile, 34:71-95

-2008. Materialidad, espacialidad y vida social: Reinterpretando el Período Tardío de los Andes del Sur. En *Sed Non Satiata II: Acercamientos sociales en arqueología latinoamericana*, F.A. Acuto y A. Zarankin (Eds.). Universidad Nacional de Catamarca y Universidad de Los Andes, pp. 157-192. Catamarca y Bogotá.

Acuto, Félix, Claudia Amuedo, Marisa Kergaravat, Alejandro Ferrari, Lucila Gamarra y Ana Laura Goldin

2008. "Experiencias subjetivas en las aldeas prehispánicas del valle Calchaquí Norte: Arqueología de la vida cotidiana, prácticas y relaciones sociales durante el Período Prehispánico Tardío". En *Arqueología del extremo sur del continente americano. Resultados de nuevos proyectos*, L.A. Borrero y N. Franco (Eds), CONICET – IMHCIHU, pp. 11-54. Buenos Aires.

Acuto, Félix y Andrés Zarankin

2008. Introducción. En *Sed Non Satiata II: Acercamientos sociales en arqueología latinoamericana*, F.A. Acuto y A. Zarankin (Eds.). Universidad Nacional de Catamarca y Universidad de Los Andes, pp. 17-32. Catamarca y Bogotá.

Albeck, María Ester

2000. La vida agraria en los Andes del sur En: *Nueva Historia Argentina* Vol. 1. Los Pueblos Originarios y la Conquista. M. Tarragó (Ed), Ed. Sudamericana, pp. 257-300.

Albeck, María Ester y María Amalia Zaburlín

2007. Lo público y lo privado en Pueblo Viejo de Tucute. En *Procesos sociales prehispánicos en el sur andino. La vivienda, la comunidad y el territorio*, editado por A. Nielsen *et al.*, pp. 163-181. Editorial Brujas, Córdoba.

Alfaro de Lanzone, Lidia

1985. Investigación arqueológica de la 'ciudad' prehistórica de La Paya, Dpto. Cachi, Provincia de Salta, R. Argentina. *Beitrage zur allgemeinen und Vergleichenden Archaeologie 7*: 563-560. Bonn.

Ambrosetti, Juan Bautista

1907. Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya (Valle Calchaquí, Pcia. de Salta). *Revista de la Universidad de Buenos Aires VIII*; (Sección Antropología 3). Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires.

Aranda, Claudia

2007. Evaluación de la variabilidad de las formas de inhumación en el sitio Chenque 1 (Parque Nacional Luhué Calel, provincia de La Pampa). En: *Arqueología en las Pampas*, C. Bayón, M. I. González y A. Pupio (Eds.), pp. 109-127. Sociedad Argentina de Antropología.

Aries, Philippe.

2000 [1975]. *Historia de la muerte en occidente desde la Edad Media hasta nuestros días*. Ed. El acantilado. Barcelona.

Arnold, Bettina

2001. The Limits of Agency in the Analysis of Elite Iron Age Celtic Burials. *Journal of Social Archaeology* 1(2), pp. 210-224.

Ayala, Guido

2004. Aporte de los cultivos andinos a la nutrición humana. En: *Raíces Andinas: Contribuciones al conocimiento y a la capacitación*. J. Seminario (Ed.). CIP. Lima, Perú.

Baffi Elvira Inés, Lidia Baldini y Roberto Pappalardo

2001. Entierro de párvulo en urna. Ruiz de los Llanos (Valle Calchaquí, Salta, Argentina) *Boletín Museo de Arqueología y Antropología* 4(3):69-75. UNMSM

Baffi Elvira Inés y María Fernanda Torres

2000. *Introducción al estudio de poblaciones extinguidas*. Ficha de cátedra publicado por OPFyL. FFyL. UBA

Bailey, Alton E.

1984. *Aceite y grasas industriales*. Ed. Reverté. Barcelona.

Baldini, Lidia

-1980. Dispersión y cronología de las urnas de tres cinturas en el Noroeste argentino. *Relaciones* XIV (1); pp. 49-61.

-2002. Sociedades prehispánicas tardías del Valle Calchaquí, Noroeste de la Argentina. En *América Latina: Historia y Sociedad: una visión interdisciplinaria. Cinco años de Aula Oberta en la UAB*. Barcelona: R. Piqué i Huerta y M. Ventura i Oller (Eds), Institut Català de Cooperació Iberoamericana / Universitat Autònoma de Barcelona.

-2007. Espacios productivos en la cuenca del Río Molinos (Valle Calchaquí, Salta), *Cuadernos FHyCS-UNJu*, Nro. 32, pp.35-51.

Baldini, Lidia y Elvira Inés Baffi

-2003. Niños en vasijas. Entierros tardíos en el Valle Calchaquí (Salta). *Runa* 24:43-62.

-2007a. Aportación al estudio de prácticas mortuorias durante el período de desarrollos regionales: entierros en vasijas utilitarias del sector central del valle Calchaquí (Salta, Argentina). *Revista Española de Antropología Americana* 37 (1): 7-26

-2007b. Muertos y vivos. Comportamiento mortuario de las sociedades del Valle Calchaquí Central (Provincia de Salta, Argentina) durante el período de desarrollos regionales. En: *Memorias Anthropos 2007* pp: 1-11 [Presentado en]: Primer Congreso Iberoamericano de Antropología, La Habana.

Barbich, Santiago y Julia De Stefano

2010. Una cuestión de muerte. En: *Octavas Jornadas de Jóvenes investigadores en Ciencias Antropológicas. 2 al 6 de noviembre*, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. Secretaría de Cultura de la Nación. En prensa.

Baxter, Jane Eva

2005. The archaeology of childhood: Children, gender and material culture. *Altamira Press*.

Bender, B., Hamilton, S., & C. Tilley

1997. Leskernick. Stone Worlds; Alternative Narratives; Nested Landscapes. *Proceedings of the Prehistoric Society* 63:147-178.

Bermúdez de Castro, José María

2008. Claves de la evolución humana en el Pleistoceno. *Investigación y Ciencia*, 376: 80-88

Binford, Louis

1971. Mortuary Practices: Their Study and Their Potential. Social Dimensions of Mortuary Practices. Memoir N° 25. *American Antiquity* 36: 6-29

Bolin, Inge

2006. *Growing up in a Culture of Respect: Child Rearing in Highland Peru*. University of Texas Press. Austin, Texas.

Bourdieu, Pierre

-1979. Symbolic Power. Critique of Anthropology. En *Critique of Anthropology*, vol. 14, (13 y 14):77-85

-1999. *Meditaciones pascalianas*. Editorial Anagrama, Barcelona.

-2000. *Poder, Derecho y Clases Sociales*. Editorial Desclée de Brouwer, S.A., España

-2007. *El sentido práctico*. Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires.

Cañabate Guerrero, María Luisa y Roberto Sánchez Vizcaíno

1995. Análisis de indicadores bioquímicos del contenido de recipientes arqueológicos. *Complutum* 6: 281-291

Canelo, Brenda

2008. Dirigentes de migrantes andinos, empleados y funcionarios públicos ante "el Estado": Una mirada desde abajo para comprender procesos políticos locales (Ciudad de Buenos Aires, Argentina). *Cuaderno de antropología social* [online], n.27: 175-193. Disponible en web en: <http://www.scielo.org.ar/pdf/cas/n27/n27a09.pdf>

Cannon, Aubrey; Brad Bartel; Richard Bradley; R. W. Chapman; Mary Lou Curran; David W. J. Gill; S. C. Humphreys; Cl. Masset; Ian Morris; Jeffrey Quilter; Nan A. Rothschild; Curtis Runnels
1989. The Historical Dimension in Mortuary Expressions of Status and Sentiment. *Current Anthropology*, Vol. 30 (4): 437-458.

Carr, Christopher.

1995. Mortuary Practices: Their social, philosophical-religious, circumstantial and physical determinants. *Journal of Archaeological Method and Theory* 2: 105-200.

Caviglia, Sergio

1985. *Las urnas para niños de los valles Yocavil y Calchaquí. Su interpretación sobre la base de un enfoque gestáltico*. Seminario de Arqueología i, Buenos Aires. Ms.

Cohen, Ira

1990. Teoría de la estructuración y praxis social. En *La Teoría Social Hoy*, A. Giddens y J. Turner (Eds.). Alianza Editorial, Madrid.

Debenedetti, Salvador

-1908. Excursión arqueológica a las ruinas de Kipón (valle calchaquí, provincia de Salta). *Publicaciones de la Sección Antropológica* 4. FFyL. Buenos Aires

DeMarrais, Elizabeth

-1997. *Materialization, ideology and power: The development of centralized authority among pre-Hispanic polities of the Calchaquí Valley, Argentina*. Ph. D. Dissertation, University of California, Los Angeles.

-2001a La Arqueología del Norte del Valle Calchaquí. En: *Historia Prehispánica Argentina*, Tomo I; E. Berberían y A. Nielsen (Eds), pp. 289-346. Editorial Brujas, Córdoba.

-2001b. Mortuary Practices and Political Integration in the Andes: Potentials and Limits of Material Display. *Paper presented at the 66th Annual Meeting of the Society for American*. En prensa.

Díaz, Pío Pablo

-1974. Notas sobre el sector septentrional del Valle Calchaquí. *Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce" e Instituto de Investigaciones Antropológicas*, Olavaria: 2-4.

- 1976. Registro del Rescate efectuado en febrero de 1976 en el sitio Tero SSalCac 14. Informe depositado en el Museo Arqueológico de Cachi, Salta. MS.
- 1978-84. Diario de la excavación realizada en el sitio Tero SSalCac 14. Informe depositado en el Museo Arqueológico de Cachi, Salta. MS.
- 1981. Diario de excavación realizada en el sitio La Paya SSalCac 1. Informe depositado en el Museo Arqueológico de Cachi, Salta. MS
- 1983. Sitios arqueológicos del valle Calchaquí. *Estudios de Arqueología* 2:93-104. Museo Arqueológico de Cachi, Salta.
- 1992. Sitios arqueológicos del valle Calchaquí IV. *Estudios de Arqueología* 5:63-77. Museo Arqueológico de Cachi, Salta.
- 1990. Arqueología de Urgencia en el sitio SSalCac 14, Tero. Informe depositado en el Museo Arqueológico de Cachi, Salta. MS.

Durkheim, Emile y Marcel Mauss;

1971. De Ciertas Formas Primitivas de Clasificación. En: *Institución y Culto*; M. Mauss (Ed.) Barral; España.

Earls, John e Irene Silverblatt.

1978. La realidad física y social en la cosmología andina. *Actes du XLII Congres International des Americanistes* 4:299-326.

Eco, Humberto

1972 [1968]. *La estructura ausente: introducción a la semiótica*. Editorial Lumen, Barcelona.

Evershed, Richard P.; Carl Heron; Stephanie Charters y L. John Goad

1992. The survival of food residues: new methods of analysis, interpretation and application. *Proceedings of the British Academy*, 77: 187-208.

Fahlander, Fredrik y Terje Oestigaard

2008. *The Materiality of Death: Bodies, Burials, Beliefs*. Hadrian Books Ltd, Oxford.

Finlay, Nyree

2000. Outside of Life: infant burials from cillin to cist. *World archaeology*, Vol. 31 (3): 407-422

Fowler, Chris

2001, Personhood and Social Relation in the British Neolithic with a Study from the Isle of Man. *Journal of Material Culture* 6(2):137-163

Gamarra, Lucila

2008. *Representando el Mundo desde un Mundo Nuevo: Trayectorias y rupturas en las prácticas funerarias y el estilo cerámico en el Valle Calchaquí Norte (Salta) durante el Período Hispano Indígena (siglo XVI-XVII)*. Tesis para optar por el grado de Licenciada en Antropología. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, MS.

Gamboa, Martín

2008. *De la ergonomía a la antropología y viceversa: La materialidad de los "objetos" y sus implicaciones*. Disponible en web en: <http://www.unesco.org.uy>

García Azcárate, Jorgelina.

2000. *Símbolos, piedras y espacios: una experiencia semiológica*. En: *Arte en las rocas. Arte Rupestre, Menhires y Piedras de Colores en Argentina*, M.M. Podestá y M. de Hoyos (Eds), pp. 15-44. Buenos Aires.

García Canclini, Néstor

1990. *La sociología de la cultura de Pierre Bourdieu*. En *Sociología y Cultura de Pierre Bourdieu*. Editorial Grijalbo, México D.F.

Giddens, Anthony

-1979. *Central Problems in Social Theory*. MacMillan, London.

-1995. *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.

Gifford, Chad

2003. *Local matters: Encountering the imperial inkas in the South Andes*. Ph. D. Dissertation, Columbia University, Nueva York.

Gil García, Francisco Miguel

2002. Donde los muertos no mueren. Culto a los antepasados y reproducción social en el mundo andino: Una discusión orientada a los manejos del tiempo y el espacio. *Anales del Museo de América*, 10: 59-83

González, Alberto Rex y Pío Pablo Díaz

1992. Notas arqueológicas sobre la "Casa Morada", La Paya, pcia. de Salta. *Estudios de Arqueología* 5:9-61. Museo Arqueológico de Cachi, Salta.

González de Bonaveri, María Isabel y María Magdalena Frére

2004. Analysis of Potsherd Residues and Vessel Use in Hunter-Gatherer-Fisher Groups (Pampean Region, Argentina). *Acts of the XIVth UISPP Congress, 2-8 September 2001* edited by Le Secrétariat du Congrès , University of Liège, Belgium

González, Luis

2005. La sagrada transformación del cobre: Alquimias milenarias. En: *Joyas para los Andes*. Ed. Museo de Arte Precolombino, Santiago de Chile.

Gosden, Chris

2005. What Do Objects Want? *Journal of Archaeological Method and Theory*, Vol. 12 (3): 193-211

Gosden, Chris & Yvonne Marshall

1999. The Cultural Biography of Objects. *World Archaeology* 31(2):169-178.

Haber, Alejandro

1997. La casa, el sendero y el mundo. Significados culturales de la arqueología, la cultura material y el paisaje de l Puna de Atacama. *Estudios Atacameños*, 17:373-392

Hodder, Ian

-1984. Burials, Houses, Women and Men in the European Neolithic. En *Ideology, Power and Prehistory*, Miller, D. y C. Tilley (Eds.), pp. 51-8. Cambridge University Press, Cambridge.

-1994. *Interpretación en arqueología*. Ed. Crítica, Barcelona.

-1999 *The Archaeological Process*. Blackwell Publishers, Oxford

Hoppa, Robert

2000. Population Variation in Osteological Aging Criteria: An Example from the Pubic Symphysis. *American Journal of Physical Anthropology* 111:185-191.

Hutson, Scott

2002. Built Space and Bad Subjects: Domination and Resistance at Monte Albán, Oaxaca, Mexico. *Journal of Social Archaeology* 2(1): 53-80

Ingold, Tim

2000. *The perception of the environment: essays in livelihood, dwelling and skill*. Editorial Routledge, Londres.

Jones, Andy

2005. Lives in Fragments? Personhood and the European Neolithic. *Journal of Social Archaeology* 5(2): 193-224.

Kergaravat, Marisa, Claudia Amuedo y Alejandro Ferrari.

2009. "Revisando las Prácticas Mortuorias en el Valle Calchaquí Norte". En: *Entre Pasados y Presentes II. Estudios contemporáneos en Ciencias Antropológicas*. T. Bourlot, D. Bozzuto, C. Crespo, A. C. Hecht y N. Kuperzmit (Eds.): Fundación Natural Félix de Azara e Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, pp. 227-239. Buenos Aires.

Kus, Susan

1992. Toward an Archaeology of Body and Soul. En *Representations in Archaeology*, J.C. Gardin y C. Peebles (Eds.), pp. 168-177. Indiana University Press, Bloomington & Indianapolis.

Ledesma, Rossana

2003. Diseño de puntas de proyectil: Una vía de análisis alternativo para el estudio de identidad en la Quebrada del Toro, provincia de Salta, Argentina. *Cuad. Fac. Humanid. Cienc. Soc., Univ. Nac. Jujuy*, n.20, pp. 241-269.

Leibowicz, Iván.

2007. Espacios de poder en La Huerta, quebrada de Humahuaca.. *Estudios Atacameños*. San Pedro de Atacama: Universidad Católica del Norte, Chile, 34: 51-69

Lorandi, A.M. y R. Boixadós

1987-88 Etnohistoria de los Valles Calchaquíes en los siglos XVI y XVII. *Runa* XVII-XVIII; 263-419, Buenos Aires.

Marcheghiani, Marina

2008. Estilo y cronología: Los cambios en la cerámica funeraria de Rincón Chico entre los siglos X y XVII DC. En: *Estudios arqueológicos en Yocavil*. M. Tarragó y L.González (Eds), pp. 127-175, Asociación de Amigos del Museo Etnográfico, Buenos Aires.

Mackey, Carol,

2003. La transformación socioeconómica de Farfán bajo el gobierno Inka. *Boletín de Arqueología PUCP* 7:321-353

McGuire, Randall

1988. Dialogues with the Dead: Ideology and the Cemetery. En: *The Recovery of Meaning*, Leone, M. y P. Potter (Eds.), pp. 435-480. Washington, Smithsonian Institution Press.

Menacho, Karina

2007. Etnoarqueología y estudios sobre funcionalidad cerámica: aportes a partir de un caso de estudio. *Intersecciones en Antropología* 8 (dic): 149-161. Disponible en:
<<http://www.scielo.org.ar/scielo.php>>

Nastri, Javier

-1997-1998 Patrones de asentamiento prehispánico tardíos en el sudoeste del valle de Santa María (Noroeste Argentino). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 22-23:247-270.

-2008. La figura de las largas cejas de la iconografía santamariana: chamanismo, sacrificio y cosmovisión calchaquí. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*. Vol. 13; 9-34, Santiago de Chile

Nielsen, Axel E.

-1996. Demografía y cambio social (en Quebrada de Humahuaca, Jujuy, Argentina) 700-1535 d.C. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXI: 307-385.

-2005. Pobres Jefes: Aspectos Corporativos en las Formaciones Sociales Pre-Inkaicas de los Andes Circumpuneños. En *Contra el pensamiento tipológico: reflexiones teóricas actuales sobre*

complejidad social, Cristóbal Gnecco y Carl Langebaek (Eds.). pp. 121-150, Bogotá, Universidad de los Andes.

-2006. Plazas para los antepasados: Descentralización y poder corporativo en las formaciones políticas preincaicas de los Andes circumpuneños. *Estudios Atacameños* 31: 63-89.

Palma, Jorge R.

-1993. Aproximación al estudio de una sociedad compleja: un análisis orientado en la funebria. *Arqueología* 3:41-68.

-1997-98 Ceremonialismo mortuario y registro arqueológico: apuntes sobre complejidad social. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 22-23:179-202.

-1998 *Curacas y Señores: Una visión de la sociedad política prehispánica en la Quebrada de Humahuaca*. Instituto Interdisciplinario Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Parker Pearson, Michael

2002 (1999). *The Archaeology of Death and Burial*. Texas A & M University Press. College Station.

Pazzarelli, Francisco

-2006. *Prácticas domésticas de almacenamiento y consumo en contextos arqueológicos de desigualdad social (Valle de Ambato, Catamarca)*, Trabajo Final de Tesis para optar por el grado de Licenciado en Historia, Escuela de Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. MS

-2009. *Criar, cosechar, picar, moler, hervir y "hacerse: itinerarios de la cocina y la comida en la literatura antropológica sobre los Andes*. Informe Final de Estancia de Lecturas, dirigida por la Dra. Denise Arnold, Instituto de Cultura y Lengua Aymara (ILCA). MS

Pérez de Micou, Cecilia.

2003. Cestería y cordelería para los muertos. *Chungará* (Arica). 2001, vol.33, n.1:137-144

Raffino, Rodolfo.

1984. Excavaciones en el Churcal (Valle Calchaquí, Rep. Argentina). *Revista del Museo de La Plata v.8 Antropología* 59, pp. 223-263

Randall, Robert

1993. Los dos vasos: cosmovisión y política de la embriaguez desde el inkánato hasta la colonia. En: *Borrachera y memoria: la experiencia de lo sagrado en los Andes*, (Ed: T. Saïgues), pp.73-112, La Paz, Hisbol/IFEA.

Ratto, Norma; Anabel Feely y Mara Basile

2007. Coexistencia de diseños tecno-estilísticos en el Período Tardío Preincaico: el caso del entierro en urna del bebé de La Troya (Tinogasta, Catamarca, Argentina). *Intersecciones antropología*, 8: 69-85.

Ribotta, Eduardo

2003. *La conservación preventiva en la investigación cerámica*. Instituto de Arqueología y Museo. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo. Universidad Nacional de Tucumán. MS

Rice, Prudence

1987. *Pottery analysis: A sourcebook*. Chicago: University of Chicago Press

Rissech, Carme

2008. Nasciturus, infans, puerulus, vovis mater terra. The death in the childhood. F. Gusi, F. Muriel, C. Olària (Eds). Castelló: Servei d'Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques. Diputació de Castelló

Rodríguez Báez, Daniel y Francisco López Naranjo

2007. Características Físico-Químicas de la Cera de Abeja (*Apis mellifera*). *Apitec: Revista Mexicana de Apicultura* 68: 27-30.

Ruiz, Marta

1995-1996. Prehistoria y arqueología regional: el noroeste argentino. *AnMurcia* 11-12: 163-173

Salatino, Patricia

2008. Imágenes sobre rocas: construcción del paisaje social en Chile central. Análisis espacial de sitios con petroglifos del cerro Tuquque, valle de Putaendo, región Aconcagua. Tesis para optar al grado de Licenciado en Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. MS.

Sánchez-Criado, Tomás

2007. *La importancia de la reflexión de los "cuerpos en acción"*. Disponible en web en: <http://www.aibr.org/socios/tomassanchezcriado/inv/CEA2007.pdf>

Saxe, Arthur A.

1970. *Social Dimensions of Mortuary Practices*. Ph. D. diss, University of Michigan, Ann Arbor.

Scheuer y Black

2000. *Developmental juvenile osteology*. London, Academic Press.

Seldes, Verónica.

2006. Bioarqueología de poblaciones prehistóricas de la quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina). *Estudios Atacameños*, 31: 47-61.

Shepard, Anna O.

1957. *Ceramics for the Archaeologist*. Publications 609. Carnegie Institution of Washington, Washington.

Sillar, Bill

1996. The Dead and the Drying: Techniques for Transforming People and Things in the Andes. *Journal of Material Culture* 1: 259-289.

Skibo, James M.

1992. *Pottery function. A use alteration perspective*. Plenum Press, Nueva York y Londres.

Stinson, Sara

2000. Growth Variation: Biological and Cultural factors, En: *Human Biology: An Evolutionary and Biocultural Perspective*, S. Stinson, B. Bogin, R. Huss-Ashmore y D. O'Rourke (Eds.), pp. 425-463, Nueva York, Wiley-Liss, Inc.

Stoodley, Nick

2000. From the Cradle to the Grave: Age Organization and the Early Anglo-Saxon Burial Rite. *World Archaeology* 31(3):456-472.

Tainter, Joseph A.

-1975. Social Inference and Mortuary Practices: An Experiment in Numerical Classification. *World Archaeology*, Vol. 7, No. 1: 1-15.

-1978. Mortuary Practice and the Study of Prehistoric Social Systems. *Advances in Archaeological Method and Theory* 1: 106-43.

Tapia, Mario y Ana María Fries.

2007. *Guía de campo de los cultivos andinos*. FAO y ANPE. Lima.

Tarragó, Myriam Noemí

-1980. Los asentamientos aldeanos tempranos en el sector septentrional del valle Calchaquí y el desarrollo agrícola posterior. *Estudios Arqueológicos* 5: 29-53.

-1994. Jerarquía Social y Prácticas Mortuorias. *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Tomo XIII (1/4): 170-174. Museo de Historia Natural, San Rafael.

-1996 El formativo en el Noroeste Argentino y el Alto Valle Calchaquí. *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina "Arqueología del Temprano en el NOA"*.

-2000. Chacras y pukaras. Desarrollos sociales tardíos. En: *Nueva Historia Argentina* Vol. 1. Los Pueblos Originarios y la Conquista. M. Tarragó (Ed), Ed. Sudamericana, pp: 257-300

Tarragó, Myriam Noemí; María Teresa Carrara y Pío Pablo Díaz.

1979. Exploraciones arqueológicas en el sitio SSaIcCac 14 (Tero), Valle Calchaquí. *Antiquitas* N° 2: 231-242. Universidad del Salvador, Buenos Aires.

Tarragó, Myriam Noemí; María A. Bordach y Osvaldo Mendonça

2005. El Cementerio de Rincón Chico 21, Santa María (Catamarca). *Cuad. Fac. Humanid. Cienc. Soc., Univ. Nac. Jujuy* [online], n.29, pp. 9-21 Disponible en web en: <http://www.scielo.org.ar/pdf/cfhycs/n29/n29a01.pdf>

Tilley, Christopher

1994. *A Phenomenology of Landscape. Places, Paths and Monuments*, Part I. Berg, Oxford.

Troncoso, Andrés

-2005. Hacia una semiótica del arte rupestre de la cuenca superior del río Aconcagua, Chile central. *Chungara* 37 (1): 21-35

-2008. Arquitectura imaginaria y ritualidad del movimiento: Arte rupestre y espacio en el Cerro Paidahuen, Chile Central. En *Sed Non Satiata II: Acercamientos sociales en arqueología latinoamericana*, F.A. Acuto y A. Zarankin (Eds.). Universidad Nacional de Catamarca y Universidad de Los Andes, Catamarca y Bogotá.

Van Vleet, Krista E.

2008. *Performing Kinship. Narrative, Gender, and the Intimacies of Power in the Andes*. University of Texas Press, Austin.

Vázquez, Cristina, Marta Maier, Sara Parera, Hugo Yacobaccio y Patricia Solá

2008. Combining TXRF, FT-IR and GC-MS information for identification of inorganic and organic components in black pigments of rock art from Alero Hornillos 2 (Jujuy, Argentina). *Anal Bioanal Chem* 391:1381-1387

Williams, Howard

2004. Death Warmed Up. The Agency of Bodies and Bones in Early Anglo-Saxon Cremation Rites. *Journal of Material Culture* 9(3):263-291.

Williams, Verónica

2005. Unidades étnicas. Discusión sobre un acercamiento arqueológico. En *Genero y Etnicidad en la Arqueología Sudamericana*, V. Williams y B. Alberti (Eds.) Serie Teórica 4, pp. 163-192. INCUAPA, UNICEN. Olavarria.

Anexo I

Tumbas

A continuación se presenta en una tabla el universo de la muestra considerada en esta tesis. Los datos considerados en cada variable fueron extraídos de los registros de campo citados (Ambrosetti 1907; Debenedetti 1908; Díaz 1976, 1978-84, 1981, 1990) y de nuestro propio trabajo de campo en el sitio Mariscal.

NÚMERO DE ENTIERRO	SITIO	LOCALIZACIÓN	TIPO	CANTIDAD INDIVIDUOS	PARTES ESQUELETARIAS	POSICIÓN	ORIENTACIÓN	ACOMPANAMIENTO	VASIJA	ORIENTACIÓN ASAS	OBSERVACIONES
5	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de complejo residencial	Entierro en una primario, múltiple	2	semicompleto	-----	N-E mirando al S / S-O mirando al E (piernas hacia el NO)	Tortero de taba/ huso/ mate piragabado/ huso de madera / tortero lítico	Una SM / Tapa fragmento de olla	-----	Preservación tejidos - "casi momificación natural."
7	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Asociada a complejo residencial, por fuera de la estructura.	Entierro en una primario	-----	semicompleto	-----	Cráneo hacia el W	Vestigios de cestería/ mate/ cenizas	Vasija tosca / Tapa conana	SO-NE	Sector fuera del plano. "Sumado a E.8. 9, 10 podrían constituir "zona de cementerio."
14	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	En montículo	Entierro en una primario, simple	1	-----	-----	-----	Cuatro puco negros pulidos/ puco pulido tipo La Paya/ valva/ restos de madera / mate	Vasija tosca / Tapa puco	O-E	-----
16	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	completo	-----	Rostró orientado al N, no detalla	-----	Una SM / Tapa conana	O-E	-----
17	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	cráneo	Recostado	Cráneo hacia el N, cuerpo hacia el S	Vaso laboratorio	Vasija tosca / Tapa puco	O-E	"Orificio circular en cráneo que parece haber sido realizado intencionalmente" "al E, a la altura del cráneo aparece consolidación porosa color negrozoo que pareciera que está formada por pequeños palitos, hojas y tal vez tela."
18	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	completo	"flexionado y sentado", "como en todos los casos anteriores"	Cráneo en el sector E	-----	Vasija tosca / Tapa conana	O-E	-----
20	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, múltiple	2	completo	-----	Cráneo orientado hacia el sector cráneo hacia el N	Lítico local/ guijos (2) vaso laboratorio/ olla santamariana/ pala tensora	Vasija tosca / Tapa conana	-----	-----
21	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, múltiple	1	semicompleto	-----	-----	-----	Una SM	-----	Muy destruida. Dice que posiblemente se volvo hacia el E, mezclando el contenido.
22	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	completo	-----	Cráneo hacia el E	-----	Vasija tosca / Tapa fragmento de olla	-----	Tapa: base de olla tosca.
23	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	completo	-----	Cráneo hacia el E	-----	Vasija tosca / Tapa conana	-----	-----
24	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	completo	Cráneo a la altura de las asas	Cráneo hacia el E	-----	Una SM	-----	-----
25	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	completo	-----	-----	-----	Vasija Tosca	-----	-----
26	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	cráneo	cráneo en el centro	-----	-----	Una SM / Tapa fragmento de olla	E-W	Tapa: puco campaluniforme.
27	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	completo	-----	-----	-----	Una SM tres cint / Tapa fragmento de olla	E-W	Tapa: puco campaluniforme.
28	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	completo	-----	Cráneo en el S, mirando al W	Ollita roja alisada/ óseo trabajado	Una SM / Tapa fragmento de olla	-----	Tapa: base de olla tosca. Ollita roja alisada.
30	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de patio	Entierro en una primario, simple	-----	-----	-----	-----	Puco negro pulido/ puco pulido	Una SM / Tapa fragmento de olla	-----	Posiblemente fue depositada posterior al abandono del recinto - muy deteriorado - sellada con barro.
31	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de patio	Entierro en una primario, simple	-----	-----	-----	-----	Puco negro pulido/ puco pulido	Una SM / Tapa fragmento de olla	-----	Posiblemente fue depositada posterior al abandono del recinto - muy deteriorado - sellada con barro.
34	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de patio	Entierro en una primario, simple	1	completo	Cuallilas	Cráneo SE	Textil cenizas	Una SM	E-W	Una "matada"
35	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de patio	Entierro en una primario, múltiple	2	semicompleto	-----	Cráneos E y W	Cuanta de turquesa/ cuentas de valva (360) / ceniza	Vasija Tosca	N-S	Aparentemente hubo dos momentos. Un primer momento, luego del desagote de un sector para el segundo.
36	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de patio	Entierro en una primario, simple	1	semicompleto	Sentado	Cráneo mirando E	-----	Vasija tosca / Tapa conana	N-S	Una roca de la tapa canteada. Una "matada"
37	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de patio	Entierro en una primario, simple	1	semicompleto	Sentado	-----	-----	Una SM / Tapa conana	N-S	-----
38	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de patio	Entierro en una primario, simple	1	semicompleto	Sentado	-----	Textil cenizas	Vasija tosca / Tapa puco	N-S	-----
46	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	semicompleto	Sentado	Rostró hacia E	Tortero de cerámica	Una SM	E-W	Matada: perforación en la base y debajo de las asas. Cráneo de roedor.
48	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	semicompleto	-----	-----	-----	Una SM / Tapa fragmento de olla	N-S	Tapada con restos de tiestos.
49	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de patio	Entierro en una primario, simple	1	completo	-----	-----	-----	Vasija tosca / Tapa puco	NE-SE	-----
51	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de patio	Entierro en una primario, simple	1	-----	-----	-----	Restos de camélido	Vasija Tosca	NE-SE	Mitad por debajo de la pared.
53	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	semicompleto	-----	Cráneo orientado hacia el S	Ceniza	Vasija Tosca	E-W	-----
54	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una secundario, simple	1	completo	-----	-----	Textil cordel/ guijos/ ceniza	Vasija tosca / Tapa puco	N-S	-----
55	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	semicompleto	Cuallilas	Cráneo y resto del cuerpo hacia W	Olla santamariana/ puco pulido	Una SM / Tapa fragmento de olla	N-S	Boca sellada con una capa de greda roja. Cráneo con perforación. Puco gris matado dientes en gema de la mandíbula superior. No bajarón.
56	SSalCao 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	semicompleto	-----	Rostró hacia E	Puco santamariano	Una SM / Tapa puco	N-S	Uno de los puco sirvió de tapa y el otro era pequeño.

57.	SSaICac 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	semicompleto	-----	Cráneo ubicado al W	Puco santamariano	Vasija tosca / Tapa puco	E-W	Uno de los puocos sirvió de tapa y el otro era pequeño.
56	SSaICac 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	semicompleto	-----	-----	-----	Vasija Tosca	-----	Olla rota, inclinada, con base hacia el sur.
59	SSaICac 14 (Díaz 1978-84)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	semicompleto	-----	Cráneo al N mirando S	Ceniza	Vasija tosca / Tapa conana	N-S	Realizado en el relleno de la habitación.
Rescate 1976	SSaICac 14 (Díaz 1976)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	2	completo	-----	Un cráneo orientado al N y otro al S.	Calabaza / distintos tipos de tejidos y cordes de un posible gorro / ceniza	Vasija Tosca	-----	No se cuenta con los datos de la orientación ni las condiciones de hallazgo de la pieza.
urna I (rescate 1990)	SSaICac 14 (Díaz 1990)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	semicompleto	-----	-----	-----	Urna SM / Tapa puco	N-S	-----
urna III (rescate 1990)	SSaICac 14 (Díaz 1990)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	semicompleto	-----	-----	-----	Vasija tosca / Tapa conana	NE-SE	El puoco es pequeño.
Hallazgo 1	Kipón (Debenedetti 1908)	Dentro de complejo residencial	Entierro en una primario, simple. Ubicado dentro de una cista	1	semicompleto	-----	-----	Puco pequeño rojo pulido / tortero de madera (2) / escultura antropomorfa de madera/ mate (2)	Vasija tosca / Tapa fragmento de olla	E-W	Olla pequeña tosca utilizada como tapa. Urna dentro de una estructura circular picada de 1m diámetro.
Hallazgo 9 (c)	Kipón (Debenedetti 1908)	Dentro de complejo residencial	Entierro en una primario, simple	1	semicompleto	-----	-----	Restos de camélido	Urna SM tres cint / Tapa puco	-----	Dentro de un contexto de 4 ollas, solo 2 tenían restos humanos.
Hallazgo 9 (e)	Kipón (Debenedetti 1908)	Dentro de complejo residencial	Entierro en una primario, simple	1	semicompleto	-----	-----	-----	Vasija Tosca	-----	Todo el Hallazgo 9 esta relacionado con muchas piezas que están alrededor pero no dentro de las urnas.
Hallazgo 10c	Kipón (Debenedetti 1908)	Dentro de complejo residencial	Entierro en una primario, simple	1	completo	-----	-----	Mate pirograbado/ pintura roja/ tortero de astrágalos	Urna SM	-----	La urna fue hallada dentro de una cista en la que fueron inhumados nueve cuerpos de adultos.
Hallazgo 13	Kipón (Debenedetti 1908)	Dentro de complejo residencial	Entierro en una primario, simple. Ubicado dentro de una cista	1	semicompleto	-----	-----	-----	Urna SM	-----	-----
1	La Paya (Díaz 1981)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple. Ubicado dentro de una cista	1	completo	-----	Cráneo hacia el W, piernas y cuerpo hacia el E.	-----	-----	-----	El fragmento que cubría el esqueleto es alisado de color pardo grisáceo. En el resto del recinto se recuperan mano, mortero, un fogón.
2	La Paya (Díaz 1981)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	completo	-----	-----	-----	Urna SM / Tapa fragmento de olla	E-D	Tapa: base de vasija tosca.
3	La Paya (Díaz 1981)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	-----	-----	-----	Techos dispersos/ mate/ huesos/ textiles (2)	Urna SM / Tapa puco	N-S	Materia orgánica pegada al fondo de la vasija. La base de la urna estaba unida con pegamento a la urna, según PP. Díaz "la base estaba rota y para poder utilizarla como urna la compusieron con un fragmento amarillento al que le adosaron un pedazo de cerámica" el esqueleto está envuelto en dos textiles, uno externo más grueso, y otro interno más fino, formando un pequeño fardo.
4	La Paya (Díaz 1981)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	-----	-----	-----	-----	-----	Vasija tosca / Tapa puco	E-O	-----
6	La Paya (Díaz 1981)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple. Ubicado dentro de una cista	1	completo	-----	-----	-----	-----	-----	En el recinto hay artefactos de piedra (conana), silo (olla tosca con carbón y huesos de llama), hojas con cerámica, carbón, huesos, oore. El fragmento que cubría el esqueleto es gris alisado y pulido.
7	La Paya (Díaz 1981)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	completo	-----	-----	Textil/ fragmento de objeto de madera/ mate/ tortero de Madera (2)	Vasija tosca / Tapa fragmento de olla	E-D	En el Recinto hay: conana, cerámica, ceniza, huesos, restos de caña de maíz.
10	La Paya (Díaz 1981)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	semicompleto	-----	-----	Textil / cordel	Vasija tosca / Tapa conana	E-O	-----
11	La Paya (Díaz 1981)	Dentro de recinto	Entierro en una primario, simple	1	cráneo	-----	-----	-----	Vasija tosca / Tapa conana	E-O	-----
12	La Paya (Ambrosetti 1907)	Asociada a complejo residencial	Entierro en una primario, múltiple. Ubicado dentro de una cista	2	-----	-----	-----	Textil/ Tortero de madera (2) / tortero lítico 11.15/ Vasculbatorio	Olla Globular decorada / Tapa conana	-----	1,50 m diám x 1,80 m prof. La urna estaba tapada por una conana.
17	La Paya (Ambrosetti 1907)	Asociada a complejo residencial	Entierro en una primario, múltiple. Ubicado dentro de una cista	2 (adultos) y niños	-----	-----	-----	-----	urna rota	-----	sección circular / 3,50 m diám/ Los objetos están por fuera de la urna. Son parte de la cista.
18	La Paya (Ambrosetti 1907)	Asociada a complejo residencial	Entierro en una primario, simple. Ubicado dentro de una cista	1	-----	-----	-----	-----	Urna SM tres cint / Tapa puco	-----	-----

	SSaICao 10 (Baffi et al. 2001)	En vía de circulación multivular	Entierro en una primario, simple	1	completo	Recostado sobre el costado	Orientado N-S, con la cabeza hacia el N, mirando al E.	Ceniza	Vasija Tosca	N-S	
5-150-1-o1	SSaICao 5	En vía de circulación	Entierro en una primario, simple	1	completo	Decúbito dorsal	Cráneo hacia E.	Mate/ceniza	Vasija tosca / Tapa puco		La olla se encontraba volcada sobre un costado con dos puco de tapa.
5-150-2-o1	SSaICao 5	Dentro de recinto	Entierro en una primario, múltiple	2	completo / cráneo	Recostado sobre el costado	Orientado E-S, con la cabeza hacia el E mirando al N	Puco negro pulido (peq.) / jarra asimétrica / puco tosco / ceniza / costilla de adulto	Vasija Tosca		
5-150-2-o2	SSaICao 5	Asociada a complejo residencial, por fuera de la estructura.	Entierro en una primario, simple	1	completo	Recostado sobre el fondo	Rostro mirando al E	Puco santamariano/ceniza	Vasija tosca / Tapa fragmento de olla	N-S	Rescotada sobre un costado. Tapa de olla tosca pequeña fragmentada. Por fuera del recinto, dentro de un rasgo (pozo).
5-150-2-o3	SSaICao 5	Dentro de recinto	Entierro en una simple	1	cráneo		Ubicado en el centro de la vasija	Vaso santamariano de dos bocas / ceniza	Vasija tosca / Tapa conana	N-S	Tapa de laja. Un solo cráneo ubicado en el centro de la vasija.
5-24-1a-o1	SSaICao 5	Dentro de recinto	Entierro en una primario, múltiple	3	completo	Recostados sobre el costado		Puco negro pulido (peq.) / cestería / mate / maíz	Vasija tosca / Tapa conana		Tapa de conana, los individuos estaban articulados. Primarios. No se puede determinar si fueron enterrados en un mismo momento.

Anexo II

Análisis tecno-morfológico

En este anexo se adjuntan^N los datos recolectados de la observación y análisis de las piezas cerámicas consideradas en la Parte II del Capítulo 5.



Algunas referencias para interpretar el cuadro:

-Distribución del Hollín en la pieza:

- 1 - Cobertura total de la pieza
- ½ - Total (Distribución heterogénea - mayor cantidad por debajo de las asas).
- 2 - Parcial / Localizada (por debajo de las asas).

-Las medias están todas calculadas en centímetros y los volúmenes en litros.

Sitio	Vasija		Contexto	Dimensiones				Receptividad	Hollín
				Diámetro boca	Diámetro máx.	h	Vol. (litros)		
La Paya	90/08	vasija semiglobular tosca	no entierro	24	47	65 total/54 inflexión	57,646	0,51	1
	88/224	vasija semiglobular tosca	no entierro	18	26	30,5	11,3406	0,69	no
	88/2.2.1	Urna SM (negro y rojo sobre ante)	no entierro	26,5 cm	37	34,5	11,26	0,71	no
	88/2.2.3	vasija semiglobular tosca	no entierro	14 cm	27	29	8,2	0,51	2
	R2/E3	urna SM (negro y rojo sobre ante)	tumba	26	26,5	31,5	6,1	0,98	no
Tero	80- (R12-E37)	Urna SM (negro sobre ante)	tumba	24	24	28,4	8,2699	1	no
	79- (R9-E27)	Urna SM Tres Cinturas	tumba	25,2	32	40	25,6555	0,96	no
	78- (R5-E16)	Urna SM (negro sobre ante)	tumba	23,2	26	37	14,95	0,89	no
	80- (R12/E34)	Urna SM (negro sobre ante)	tumba	23	23	35,5	10,76344	1	no
	78 - (R5)	vasija semiglobular tosca	no entierro	27	48,5	56,2	75,35502	0,55	2
	78 - (R5/E17)	vasija semiglobular tosca	tumba	28	50,17	53	45,05759	0,55	½
	78 - (R5/E18)	vasija semiglobular tosca	tumba	25,6	46,5	51	57,44591	0,55	lavada

	80 – (R12/E38)	vasija semiglobular tosca	tumba	19	34,7	43	26,97858	0,54	1
	80 – (R13/E39)	vasija semiglobular tosca	tumba	18	32	42	21,69271	0,56	1
	90 – 90/06.1 (3780)	vasija semiglobular tosca	tumba	22	41	51	40,03	0,53	½
	81 – (R20)	vasija semiglobular tosca	no entierro	20	35,5	48,5	27,65	0,56	2
	81 – (R /E48)	vasija semiglobular tosca	tumba	23	41,08	50	33,84047	0,55	½
	R8/E7	vasija semiglobular tosca	tumba	26	49	46,5	57,49666	0,53	2
	R7/E24	Urna SM (negro sobre ante)	tumba	22	23	20,5 (hasta el comienzo del cuello)/36 con resto del cuello	11,40363	0,95	no
	'90/3782	Urna SM (negro sobre ante)	tumba	24	26	37	12,1819	0,92	no
	R2/E41	Urna SM (negro sobre ante)	tumba	28,5	28,5	48,2	18,189	1	no
	E34	Urna SM (negro sobre ante)	tumba	23	23	35,5 falta cuello	10,144	1	no
	R9/E26	Urna SM (negro sobre ante)	tumba	34	34 cuello/26,5 cuerpo	53	27,2485	1	no
	E45	Olla globular (decorada negro sobre ante)	tumba	28	60,5	58/48,5 p. inflexión	93,422	0,46	no
	R7/E23	vasija semiglobular tosca	tumba	17,7	28,5	37,5	15,459	0,62	no
	E40	vasija semiglobular tosca	tumba	22	45	46,5	52,19	0,48	no
	E5	vasija semiglobular tosca	tumba	19	43	48,5	29,89	0,44	2
	E6	vasija semiglobular tosca	tumba	24,5	51,5	65 total/56,5 p. inflexión	77,158	0,47	2
	(R22-E49)	Urna SM Tres Cinturas	tumba	24	30	20	6,07	0,8	no
Mariscal	R24/1/O1	vasija semiglobular tosca	tumba	34	45	58	48,9	0,75	2
	R25/2/O1	vasija semiglobular tosca	no entierro	21	31,5	37,7cm	28,4	0,66	½
	R150/ 2/Olla 1	vasija semiglobular tosca	tumba	30	44,5	52,5	57,3	0,67	1
	R150/2/Olla 2	vasija semiglobular tosca	tumba	27	35	38	31,43	0,77	2
	R150/ 2/Olla 3	vasija semiglobular tosca	tumba	26	38	48	32,86	0,68	1
	R150/ 1/Olla	vasija semiglobular tosca	tumba	24	49	56	66,09	0,48	1

Anexo III

Análisis químico

Los análisis químicos se realizaron sobre siete vasijas provenientes de sitios nor-calchaquies adscritos al Período Tardío (900-1470 DC) en el NOA. Es la primera vez que se analizan este tipo de análisis sobre muestras cerámicas de los sitios Tero, La Paya y Mariscal. Por este motivo es que no contamos con material de referencia.

Se extrajeron muestras de 19 vasijas correspondientes a los sitios mencionados. De este total sólo seleccionaron para el análisis químico 7 piezas cerámicas. Como se dijo en el cuerpo de la tesis, el recorte se debe a los altos costos que tienen este tipo de análisis.

El material analizado proviene del interior de las vasijas, extraído de la zona cercana a la base. Si bien se tomaron muestras de distintas partes del cuerpo de la vasija, preferimos éstas al no tener evidencia de hasta donde se llenaban. El procedimiento se realizó con guantes, aunque es sabido que la oleosidad de las manos no afecta a los resultados del análisis. Sin embargo, para su extracción se utilizó una espátula debidamente esterilizada con alcohol para el raspado. Las muestras fueron guardadas en bolsas libres de ácidos hasta su entrega a la Unidad de Microanálisis y Métodos Físicos Aplicados a Química Orgánica (UMYMFOR) (CONICET-FCNE-UBA). Los análisis estuvieron a cargo de la Dra. Marta Maier.

Las muestras analizadas fueron nombradas arbitrariamente en el laboratorio, correspondiendo a cada una de ellas la siguiente descripción:

Nombre UMYMFOR	Procedencia/Nombre de la muestra
5=150-2-01	Mariscal (150/2/01)
1A (08-250414)	Tero (R5)
1B (08-250415)	Mariscal (150/2/03)
1C (08-250416)	Tero (R5-E18)

1D (08-250417)	Tero (R13/E39)
1E (08-250418)	Tero (R20)
1F (08-250419)	La Paya (R2-E3)

A continuación se adjuntas los informes técnicos y los espectros de cada muestra analizada:



UNIDAD DE MICROANÁLISIS Y
MÉTODOS FÍSICOS APLICADOS
A QUÍMICA ORGÁNICA

pág. 1 de 1

INFORME TÉCNICO

ORIGEN: Claudia Amuedo –IMHICIHU

MUESTRAS: 5-150-2-01.

OBJETIVO: Identificación de ácidos grasos por cromatografía gaseosa acoplada a espectrometría de masa.

La muestra (0,65 g) fue extraída con una mezcla de cloroformo:metanol (2:1) a temperatura ambiente bajo sonicación. El extracto correspondiente (1,2 mg) fue derivatizado por calentamiento a 60 °C con una solución de ácido clorhídrico 2% en metanol durante 2 horas con el objeto de obtener los ésteres metílicos de los ácidos grasos para su análisis posterior por cromatografía gaseosa acoplada a espectrometría de masa en las condiciones que se adjuntan.

Se identificaron los siguientes ácidos grasos:

Masa de extracto lipídico/gramo de muestra: 1,85 mg/g

Se observan picos correspondientes a:

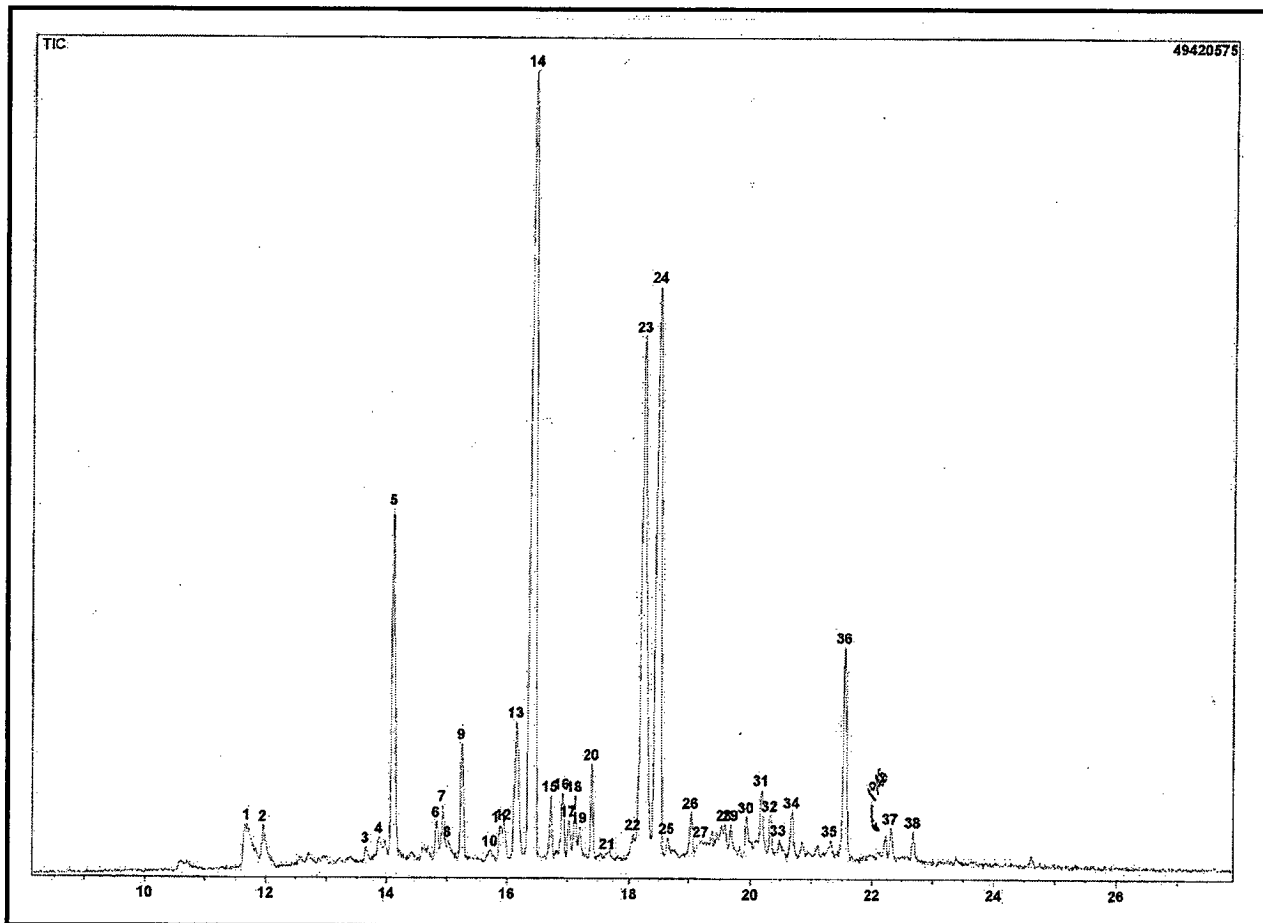
Acido tetradecanoico (14:0) (Tr 14.100 minutos)
Acido *iso*-pentadecanoico (15:0) (Tr 14.917 minutos)
Acido pentadecanoico (15:0) (Tr 15.233 minutos)
Acido *iso*-hexadecanoico (16:0) (Tr 15.942 minutos)
Acido hexadecanoico (16:1) (Tr 16.150 minutos)
Acido hexadecanoico (16:0) (Tr 16.433 minutos)
Acido heptadecanoico (17:0) (Tr 17.392 minutos)
Acido octadecenoico (18:1) (Tr 18.242 minutos)
Acido octadecanoico (18:0) (Tr 18.500 minutos)
Acido icosanoico (20:0) (Tr 20.325 minutos)
Acido docosenoico (22:0) (Tr 21.30 minutos)
Acidotricosanoico (23:0) (Tr 22.308 minutos)

Los componentes mayoritarios son los ácidos tetradecanoico (14:0), hexadecanoico (16:0), octadecenoico (18:1) y octadecanoico (18:0).

En base al resultado de este análisis se confirma la presencia de lípidos en la muestra.

Ciudad de Buenos Aires, 27 de febrero de 2008.

Dra. MARTA S. MAIER
SUB-COORDINADORA
UMYMFOR
CONICET - FCEN



Espectro de la muestra 5=150-2-01



INFORME TÉCNICO

ORIGEN: Dr. Félix Acuto – IMHICIHU

MUESTRAS: 08-250414/15/16/17/18/19

OBJETIVO: Identificación de ácidos grasos por cromatografía gaseosa acoplada a espectrometría de masa.

Las muestras (cuyas masas se indican en la tabla) fueron extraídas con una mezcla de cloroformo:metanol (2:1) a temperatura ambiente bajo sonicación. Los extractos fueron derivatizados por calentamiento a 60 °C con una solución de ácido clorhídrico 2% en metanol durante 2 horas con el objeto de obtener los ésteres metílicos de los ácidos grasos. Cada mezcla de reacción se extrajo con cloruro de metileno y se evaporó el solvente bajo corriente de nitrógeno. A continuación se realizaron los análisis por cromatografía gaseosa acoplada a espectrometría de masa en las condiciones que se adjuntan.

MUESTRA	MASA MUESTRA (g)	MASA EXTRACTO (mg)
1A (08-250414)	0,6028	12,6
1B (08-250415)	1,6327	36,8
1C (08-250416)	0,5570	1,2
1D (08-250417)	0,1360	32,5
1E (08-250418)	0,3345	25,5
1F (08-250419)	0,1046	39,4

Se identificaron los siguientes ácidos grasos:

Muestra 1A (08-250414)

Masa de extracto lipídico/gramo de muestra: 20,9 mg/g

Acido graso no identificado (Tr 11.875 minutos)
 Acido nonadecanoico o ácido azelaico (Tr 12.217 minutos)
 Acido tetradecanoico (14:0) (Tr 14.442 minutos)
 Acido iso-pentadecanoico (15:0) (Tr 15.192 minutos)
 Acido pentadecanoico ramificado (15:0) (Tr 15.292 minutos)
 Acido pentadecanoico (15:0) (Tr 15.625 minutos)
 Acido hexadecanoico (16:1) (Tr 16.575 minutos)
 Acido hexadecanoico (16:0) (Tr 16.867 minutos)
 Acido heptadecanoico ramificado (17:0) (Tr 17.475 minutos)
 Acido heptadecanoico ramificado (17:0) (Tr 17.575 minutos)
 Acido heptadecanoico (17:0) (Tr 17.875 minutos)
 Acido octadecanoico (18:1) (Tr 18.742 minutos)
 Acido octadecanoico (18:0) (Tr 19.008 minutos)
 Acido nonadecanoico (19:0) (Tr 19.942 minutos)

 Acido icosanoico (20:0) (Tr 20.967 minutos)

UMYMFOR



CONICET

FCEN - UBA

UNIDAD DE MICROANÁLISIS Y
MÉTODOS FÍSICOS APLICADOS
A QUÍMICA ORGÁNICA

pág. 2 de 4

Acido docosanoico (22:0) (Tr 23.163 minutos)
Acido tetracosanoico (24:0) (Tr 25.825 minutos)
Acido hexacosanoico (26:0) (Tr 29.408 minutos)

Se observaron además picos correspondientes a hidrocarburos, los cuales están indicados con la letra H en el cromatograma.

Muestra 1B (08-250415)

Masa de extracto lipídico/gramo de muestra: 22,5 mg/g

Acido graso no identificado (Tr 11.908 minutos)
Acido tetradecanoico (14:0) (Tr 14.442 minutos)
Acido *iso*-pentadecanoico (15:0) (Tr 15.200 minutos)
Acido pentadecanoico (15:0) (Tr 15.625 minutos)
Acido *iso*-hexadecanoico (16:0) (Tr 16.383 minutos)
Acido hexadecenoico (16:1) (Tr 16.575 minutos)
Acido hexadecanoico (16:0) (Tr 16.808 minutos)
Acido *iso*-heptadecanoico (17:0) (Tr 17.475 minutos)
Acido heptadecanoico ramificado (17:0) (Tr 17.575 minutos)
Acido heptadecanoico (17:0) (Tr 17.867 minutos)
Acido octadecenoico (18:1) (Tr 18.708 minutos)
Acido octadecanoico (18:0) (Tr 18.950 minutos)
Acido nonadecanoico (19:0) (Tr 19.933 minutos)
Acido icosanoico (20:0) (Tr 20.958 minutos)
Acido docosanoico (22:0) (Tr 23.158 minutos)
Acido tricosanoico (23:0) (Tr 24.400 minutos)
Acido tetracosanoico (24:0) (Tr 25.817 minutos)
Acido pentacosanoico (25:0) (Tr 27.467 minutos)
Acido hexacosanoico (26:0) (Tr 29.267 minutos)
Acido octacosanoico (28:0) (Tr 34.675 minutos)

Muestra 1C (08-250416)

Masa de extracto lipídico/gramo de muestra: 2,15 mg/g

Acido graso no identificado (Tr 11.883 minutos)
Acido tetradecanoico (14:0) (Tr 14.425 minutos)
Acido *iso*-pentadecanoico (15:0) (Tr 15.183 minutos)
Acido pentadecanoico (15:0) (Tr 15.625 minutos)
Acido hexadecenoico (16:1) (Tr 16.575 minutos)
Acido hexadecanoico (16:0) (Tr 16.808 minutos)
Acido *iso*-heptadecanoico (17:0) (Tr 17.475 minutos)
Acido heptadecanoico ramificado (17:0) (Tr 17.575 minutos)



Acido heptadecanoico (17:0) (Tr 17.867 minutos)
Acido octadecenoico (18:1) (Tr 18.742 minutos)
Acido octadecanoico (18:0) (Tr 18.992 minutos)
Acido nonadecanoico (19:0) (Tr 19.942 minutos)
Acido icosanoico (20:0) (Tr 20.958 minutos)
Acido docosanoico (22:0) (Tr 23.167 minutos)
Acido tetracosanoico (24:0) (Tr 25.817 minutos)
Acido hexacosanoico (26:0) (Tr 29.425 minutos)

Se observaron además picos correspondientes a hidrocarburos, los cuales están indicados con Hid en el cromatograma.

Muestra 1D (08-250417)

Masa de extracto lipídico/gramo de muestra: 239 mg/g

Acido graso no identificado (Tr 11.642 minutos)
Acido graso no identificado (Tr 14.083 minutos)
Acido *iso*-pentadecanoico (15:0) (Tr 15.225 minutos)
Acido hexadecenoico (16:1) (Tr 16.108 minutos)
Acido hexadecanoico (16:0) (Tr 16.342 minutos)
Acido *iso*-heptadecanoico (17:0) (Tr 17.375 minutos)
Acido octadecenoico (18:1) (Tr 18.175 minutos)
Acido octadecanoico (18:0) (Tr 18.400 minutos)
Acido docosenoico (22:1) (Tr 22.108 minutos)
Acido graso no identificado (Tr 22.250 minutos)

Se observaron además picos correspondientes a hidrocarburos, los cuales están indicados con Hid en el cromatograma.

Muestra 1E (08-250418)

Masa de extracto lipídico/gramo de muestra: 76,2 mg/g

Acido graso no identificado (Tr 11.883 minutos)
Acido nonadioico o ácido azelaico (Tr 12.225 minutos)
Acido tetradecanoico (14:0) (Tr 14.450 minutos)
Acido *iso*-pentadecanoico (15:0) (Tr 15.200 minutos)
Acido pentadecanoico ramificado (15:0) (Tr 15.308 minutos)
Acido pentadecanoico (15:0) (Tr 15.633 minutos)
Acido hexadecenoico (16:1) (Tr 16.608 minutos)
Acido hexadecanoico (16:0) (Tr 16.858 minutos)
Acido *iso*-heptadecanoico (17:0) (Tr 17.492 minutos)
Acido heptadecanoico ramificado (17:0) (Tr 17.592 minutos)

UMYMFOR



CONICET

FCEN - UBA

UNIDAD DE MICROANÁLISIS Y
MÉTODOS FÍSICOS APLICADOS
A QUÍMICA ORGÁNICA

pág. 4 de 4

Acido heptadecenoico (17:1) (Tr 17.675 minutos)
Acido heptadecanoico (17:0) (Tr 17.883 minutos)
Acido octadecenoico (18:1) (Tr 18.742 minutos)
Acido octadecanoico (18:0) (Tr 19.025 minutos)
Acido icosanoico (20:0) (Tr 20.983 minutos)
Compuesto no identificado, presumiblemente amida de un ácido graso (Tr 21.617 minutos)
Compuesto no identificado, presumiblemente amida de un ácido graso (Tr 21.783 minutos)
Acido docosanoico (22:0) (Tr 23.183 minutos)
Acido tetracosanoico (24:0) (Tr 25.833 minutos)
Acido hexacosanoico (26:0) (Tr 29.442 minutos)
Acido octacosanoico (28:0) (Tr 34.658 minutos)

Se observaron además tres picos correspondientes a hidrocarburos a tiempos de retención más altos.

Muestra 1F (08-250419)

Masa de extracto lipídico/gramo de muestra: 376,7 mg/g

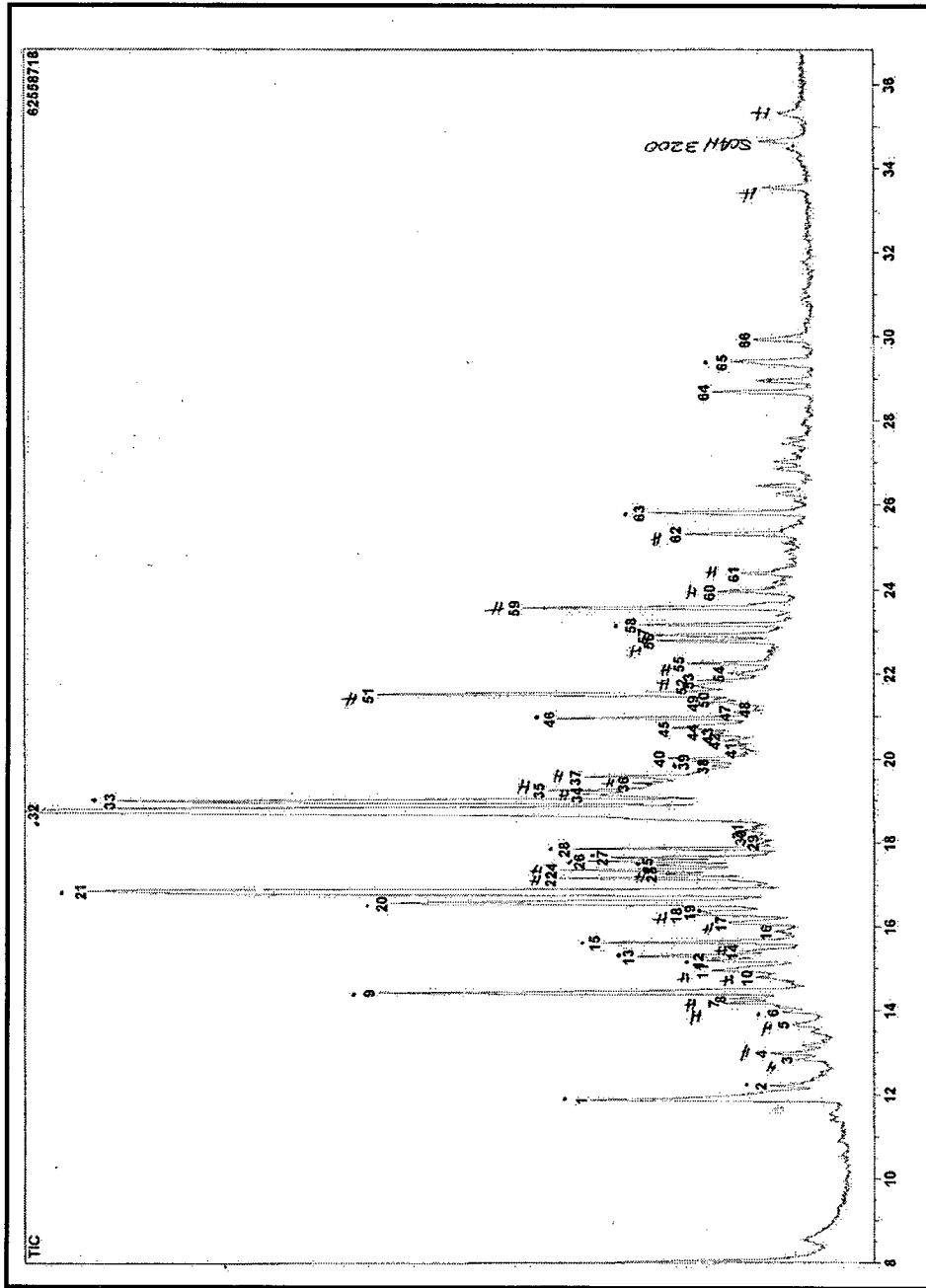
Acido graso no identificado (Tr 11.858 minutos)
Acido tetradecanoico (14:0) (Tr 14.408 minutos)
Acido iso-pentadecanoico (15:0) (Tr 15.200 minutos)
Acido pentadecanoico (15:0) (Tr 15.608 minutos)
Acido hexadecenoico (16:1) (Tr 16.533 minutos)
Acido hexadecanoico (16:0) (Tr 16.775 minutos)
Acido iso-heptadecanoico (17:0) (Tr 17.542 minutos)
Acido heptadecanoico (17:0) (Tr 17.842 minutos)
Acido octadecenoico (18:1) (Tr 18.683 minutos)
Acido octadecanoico (18:0) (Tr 18.917 minutos)
Acido graso insaturado no identificado (Tr 20.717 minutos)
Acido icosanoico (20:0) (Tr 20.942 minutos)
Acido graso insaturado no identificado (Tr 22.917 minutos)
Acido docosanoico (22:0) (Tr 23.150 minutos)
Acido tetracosanoico (24:0) (Tr 25.800 minutos)
Acido hexacosanoico (26:0) (Tr 29.383 minutos)

Se observaron además picos correspondientes a hidrocarburos, los cuales están indicados con H en el cromatograma.

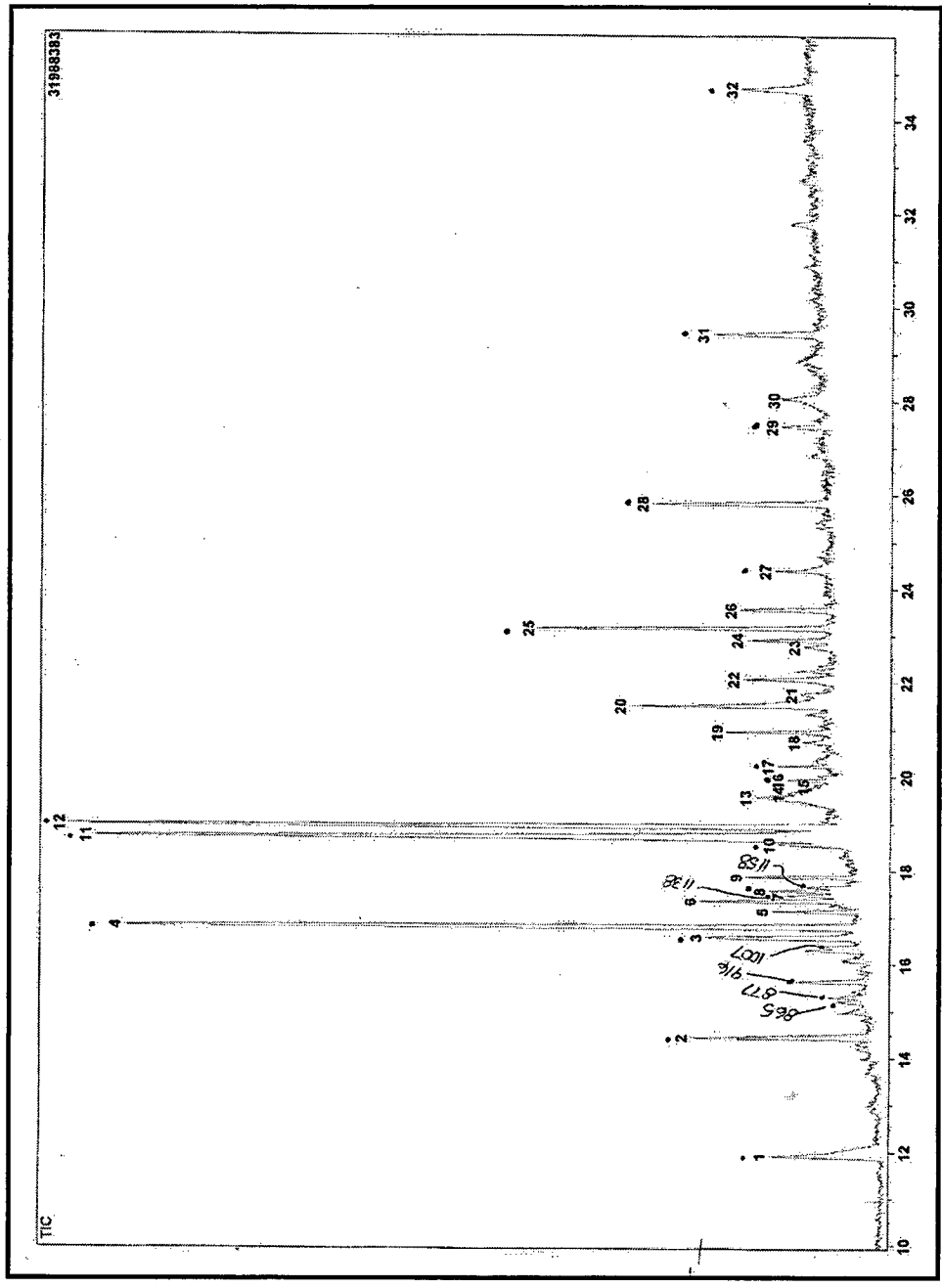
En base al resultado de este análisis se confirma la presencia de lípidos en la muestra.

Ciudad de Buenos Aires, 24 de junio de 2008.

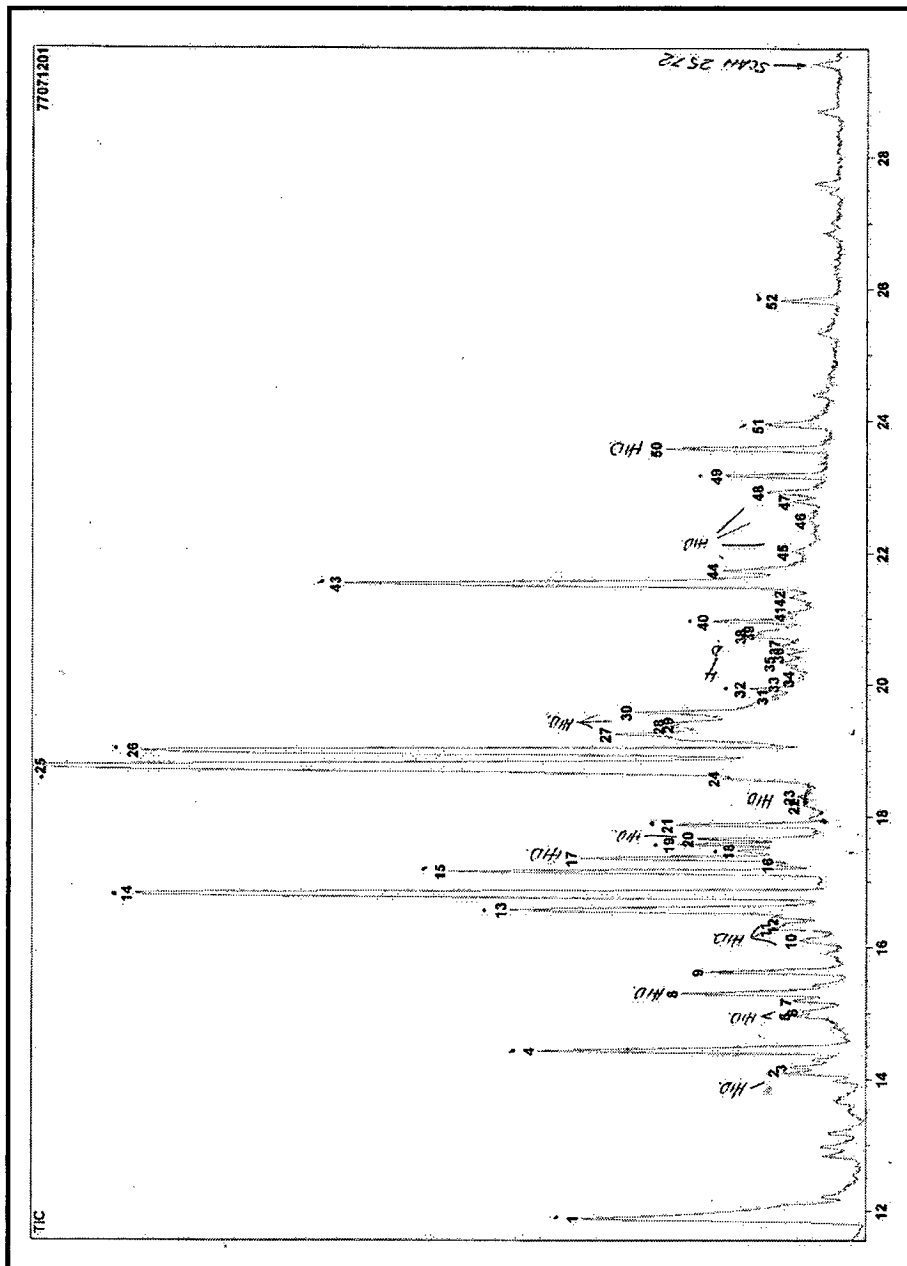
Dra. MARTA S. MAIER
SUB-COORDINADORA
UMYMFOR
CONICET - FCEN



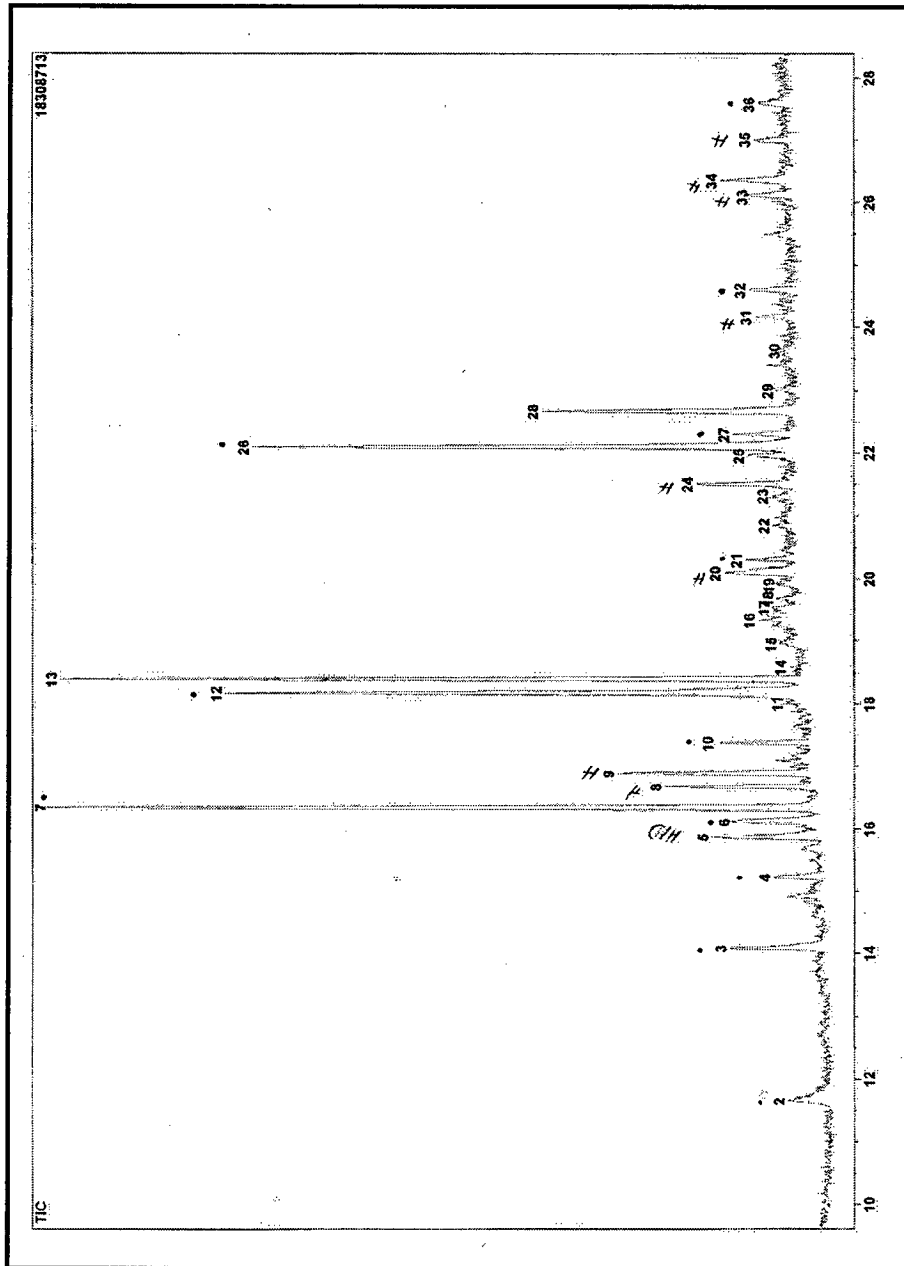
Espectro de la muestra: Tero (R5)



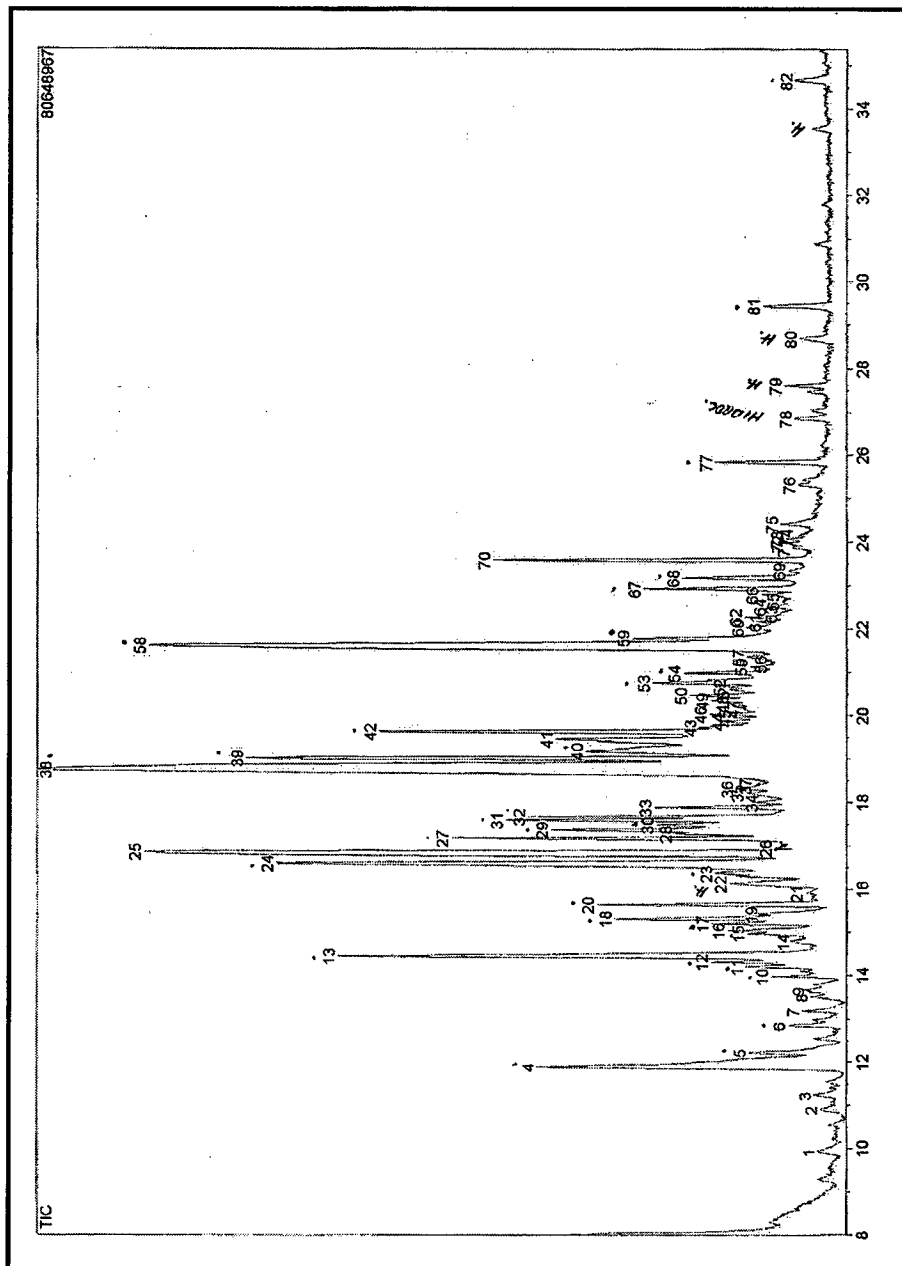
Espectro de la muestra: Mariscal (R150/2/o3)



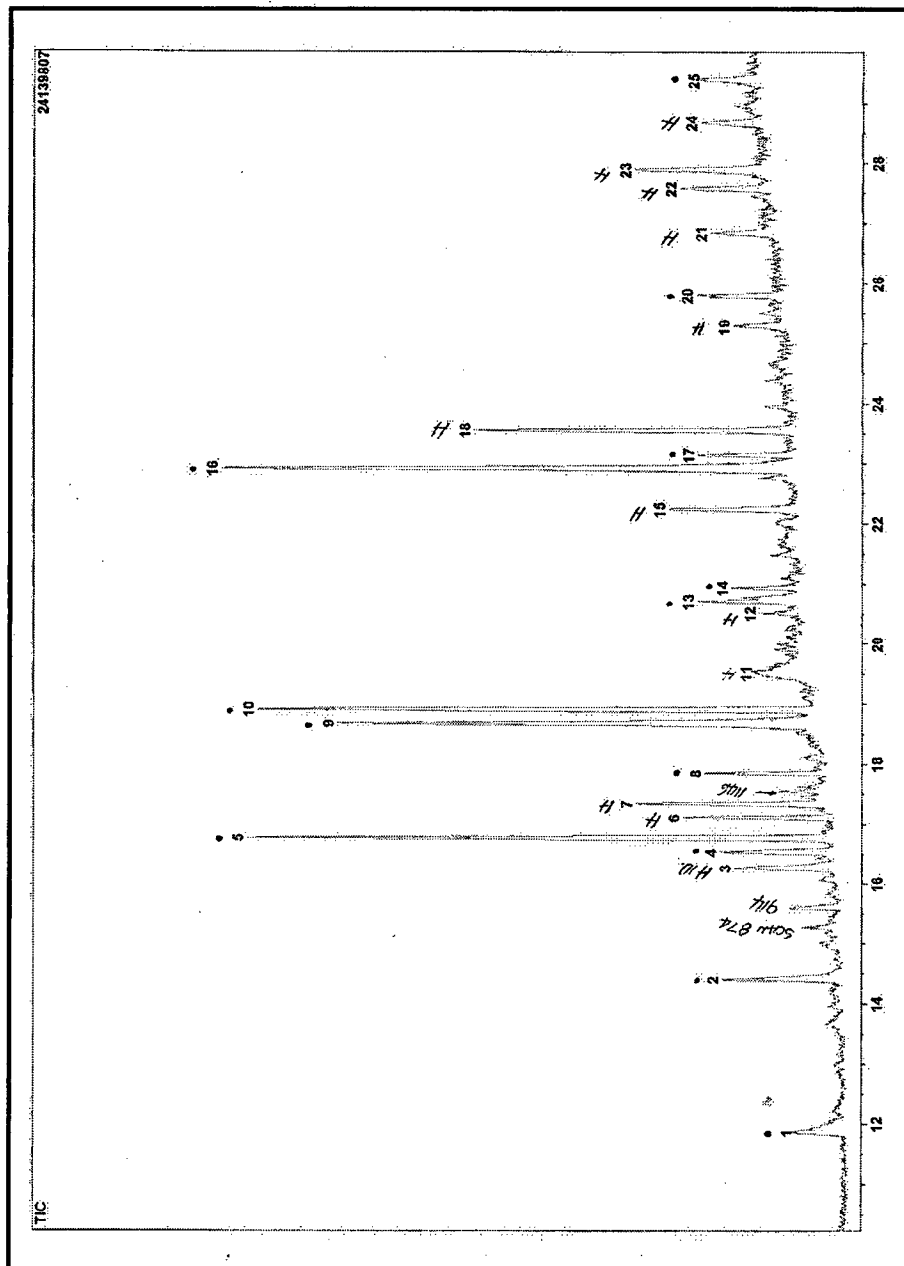
Espectro de la muestra: Tero (R5-E18)



Espectro de la muestra: Tero (R13/E39)



Espectro de la muestra: Tero (R20)



Espectro de la muestra: La Paya (R2/E3)